

*Valeriano López
Segura*

La última alternativa



No existen casualidades cuando el mundo está en peligro



*"QVOD NATVRA NON DAT,
SALMANTICA NON PRAESTAT"*

Dibujo de Daniela Reyes Bernal

Valeriano López Segura (Zamora, España, 1979) Biólogo, Máster en Oncología molecular y Doctor en Medicina molecular, compagina su vida académica y científica con su gran pasión como narrador de historias. Natural de Toro, Zamora, no tardó en interesarse por la literatura, primero como lector y con pocos años como autor de sus primeras páginas. Ahora, nos desvela su escritura para contarnos trepidantes historias, en las que se mezclan una profunda reflexión sobre la propia existencia del ser humano y sus relaciones personales, apasionantes aventuras y giros inesperados que no dejarán de sorprenderte en cada capítulo. Con su primera novela, *La última alternativa*, nos muestra un mundo que bien podría ser el actual y del que deberemos aprender si no queremos que se vuelva realidad.

Valeriano López Segura

La última alternativa



Primera edición: octubre, 2018.

© 2018, Valeriano López Segura.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de esta obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

ISBN: 978-17-2023-236-0

ASIN: B07H8MCPTJ

Diseño de portada: Daniela Reyes Bernal.

A mi hija Amaia y a los niños de su generación.

Ojalá os dejemos un mundo mejor de lo que hoy parece.

“No te creas nada de lo que vas a leer, cualquier parecido con la realidad es... pura intuición”

Capítulo 1

Nunca había conocido una primavera tan fría en toda mi vida Salmantina como la de aquel año. El anticiclón de las Azores había decidido asentarse sobre la península de forma perpetua y la luminosidad del sol castellano era directamente proporcional a la sensación helada que se podía sentir por las calles de la pequeña ciudad del Tormes. Los parques de la ciudad parecían anclados en el otoño y las hojas parecían no querer despertar en las copas de los arboles, ensimismados en su ensoñación invernal.

Quizá era eso o quizá era yo el que no quería despedirme de mi último invierno en su compañía. Quizá era yo el que no podía ver el follaje de los arboles porque las hojas me lo impedían. Sea como fuere, no estaba siendo un año fácil. Parecía mentira que solamente unos meses antes hubiera sido el hombre más feliz del mundo y sin más, todo parecía haber empezado a quebrarse entre mis dedos. Congelado al igual que esa helada primavera. Sin notar el fluir del tiempo bajo mis pies. No podía dejar de pensar en aquel maldito día. Aquel día que me devolvió a la realidad. Porque eso debió ser, ahora vivía en la realidad, y ese tiempo de felicidad infinita no fue otra cosa que el espejismo de una fantasía.

—¿Así, sin más?

—¡Sin más, Guillermo!

—Pero... ¿por qué? No entiendo nada, estábamos bien y ahora, ¿me dices que te vas?

—No hay un porqué, simplemente tengo que alejarme. Un día lo entenderás.

—¡Difícilmente lo podré entender si no te vuelvo a ver! —grité en un último intento de retenerla a mi lado.

Suspiró mientras me miraba por última vez, negando con la cabeza como quién se guarda un secreto que no puede revelar. Y así, sin más, se alejó. No

hubo discusiones, reproches, ni desde luego pelea alguna. Un beso en la mejilla, en el mismo banco donde años atrás nos dimos nuestro primer beso, bastó para despedirnos. Su silueta se desvanecía con cada paso que daba en dirección a la estación y el contoneo de sus caderas se despidieron con el mismo ritmo que me cautivo la noche en la que la conocí.

Nada tenía sentido en aquel momento y no lo tendría hasta muchos años después. Sin embargo, y a pesar del repentino giro de los acontecimientos, no me cubrió la amargura, ni la desesperanza. Si acaso, un velo traslucido que cubrió todo ante mis ojos y la vida siguió su cauce. Eso sí, un cauce mucho más gris.

Supongo que la medida en la reacción era un reflejo de la propia influencia que ella había tenido sobre mí desde el día que nos conocimos. Dicen que una buena pareja es aquella que saca lo mejor de uno y supongo que por eso, el recuerdo de lo bueno y de su impronta sobre mí, pesó más de lo que lo hizo el dolor tras su partida. Habían sido sólo unos años, pero se muy bien que nunca he vuelto a sentir algo parecido y dudo mucho que lo vuelva a sentir. Su hueco no ha podido rellenarlo nadie y su recuerdo me ha perseguido desde aquella maldita despedida.

Algunos dicen que por ella me volví un canalla. Que por ella no volví a mostrar mi corazón a nadie. No fue algo premeditado. Quizá fui yo el que no se asomó al corazón de nadie más, temiendo que la comparación sólo sirviera para recordarme lo desdichado que me quedé y que sigo sintiéndome tras su partida. Quizá tengan razón. Un canalla es más libre para pensar en otras cosas y por ello no volví a arriesgarme en el amor y pude volcarme de lleno en mi trabajo.

“Nada es casualidad”, como decía ella muy a menudo, y mi trabajo puede que sea un reflejo de su paso por mi vida y la razón de ser de aquella maravillosa y corta relación.

Nuestra historia comenzó en la primavera de 2008, la misma primavera en la que yo cumpliría veinte años. Desde pequeño había pensado que en aquella fecha tan extraordinaria de cambio de dígito debían acontecer cosas

maravillosas que me sacaran de la aburrida existencia de un universitario centrado demasiado en los libros y poco en las fiestas. No diré que no disfruté de juergas, bares y diversión. Sin embargo, algo más interesante era lo que mi cabeza esperaba para aquel final de ciclo. Estar tan centrado en los estudios era algo que iba más allá de mis intereses por aprender, pues la razón última para estar tan preocupado de no distraerme era no perder la beca, que, de no existir, no me hubiera permitido estudiar periodismo en Salamanca.

Que mejor época que el cumpleaños de uno para que pasase algo interesante. Veinte años quedaban atrás y nada mejor para iniciar mi siguiente veintena que un cambio radical en mi existencia. Pero... ¿qué podría ser tan radical como para hacer retumbar mi existencia?

Solo pasado el tiempo comprendí que efectivamente los acontecimientos que a continuación te narraré tendrían una importancia supina en el devenir de la historia, no solo mía, si no de muchas más cosas y personas, quizá, en el de toda la humanidad.

Era un viernes normal y corriente como cualquier otro en mitad del semestre. Las fiestas universitarias aparecían anunciadas por doquier y mi amigo Tomás no dudó ni un minuto que iríamos, no sólo a una, si no a todas las que fueran necesarias hasta encontrar a la chica de sus sueños.

Tomás Pardo era el típico hijo único de una pareja acomodada del norte de Guipúzcoa. Sin tantos ascendientes vascos como a él le gustaba alardear, nunca había tenido que preocuparse de nada y su futuro parecía bien asegurado ocupándose de la pequeña, pero lucrativa, inmobiliaria familiar. Según el Señor Pardo, no había caserío, ni frontón que no pudieran ser vendidos por un Pardo, sin sacar una buena parte del pastel en la transacción. Tiempos difíciles se le avecinaban a la familia a causa de la crisis inmobiliaria, pero esa es otra historia.

A pesar de todo o quizá por causa de ello, Tomás no parecía tan seguro de querer seguir el negocio familiar y se había propuesto estudiar Filosofía muy a pesar de sus padres y quizá también un poco para llevarles la contraria. A pesar de que no encajaba para nada en la figura arquetípica del filósofo, su

gran inteligencia le permitía salir airoso de exámenes y de las envidias de los más empollones de su clase.

—¡Tres cubatas y para casa! —le había dicho a Tomás.

Estaba claro que sus intenciones no eran las mismas y también estaba claro que mi fuerza de voluntad era más partícipe de la opinión de Tomás que de hacerme caso a mí mismo.

Quizá el destino era ese, lo que a los científicos les gusta llamar serendipia. Pero lo cierto es que por una vez no fuimos a los mismos bares, no hablamos con la misma gente, no hicimos nuestra rutina habitual. El frío, las colas o la publicidad. No sé que sucedió para que terminásemos entrando en aquel bar que aborrecíamos por ser el más pijo de la ciudad. Ahora sé que fue necesario, como todo a partir de ese momento. Como si de parte de una obra teatral se tratara esperando nuestra entrada en escena.

No existió el tiempo desde que entramos en aquel bar. Entre todas las féminas, allí estaba ella. Nunca podré olvidar su primera mirada con aquellos ojos, que a la luz del día descubriría de color verde y miel. Fue un instante, un fogonazo y sentí como si la conociera de toda la vida. Ella fue un relámpago, la que desde aquel mismo instante apagó el interruptor de mi corazón y que ahora sé que fue para siempre. Nunca más pude recuperarme de esa sensación y su huella quedaría marcada a fuego en mi alma. La idea del amor a primera vista no es muy romántica para mí. Al fin y al cabo, parecería que supone un amor basado en lo superficial, en lo visual. Sin embargo, aquello fue distinto. No diré que su preciosa sonrisa no contribuyera a esa desazón que sentí, como si desde ese mismo instante le faltara algo inefable a mi ser. Pero fue algo más. Parecía haber una conexión, algo que nos movería inexorablemente a estar y permanecer juntos por el resto de la vida.

Claro está que una mirada desde el presente me deja ver que me equivoque, pero eso no es óbice para pensar que durante un instante todo fue perfecto. Una sensación de culminación, de que todo estaba ya hecho se manifestó. Algo especial parecía haber surgido entre los dos, sin que ninguno lo demostrara tajantemente. La despedida de aquella noche sólo parecía ser el inicio de algo que tendríamos que descubrir los dos poco a poco.

Yetta había aterrizado en mi vida como un vendaval de sensaciones nuevas para mi joven corazón. Entonces simplemente parecía amor. Ahora sé que fue algo más necesario para todos.

Poco a poco y sin que ninguno de los dos hablase de una relación, el ir a buscarla y acompañarla a su residencia se convirtió en costumbre. Una costumbre dolorosa en ocasiones, ya que, a pesar de sentir aquel nexo tan intenso, ella seguía manifestándose demasiado observadora, como si tratase de decir algo que no pudiera ser aceptado por un simple mortal. Como si de una emisaria de malas noticias se tratase, como si pareciera que su garganta se secara al final de cada palabra, como si siempre hubiera algo más importante que contar que lo que acababa de pronunciar.

A pesar de esa sensación de separación perpetua, los gestos parecían ir en la dirección adecuada, hacía donde mi corazón quería que fuesen. Miradas tan profundas que parecían gritos silenciosos que me enamoraban a cada segundo más.

Todo pasó muy rápido. Un año se había esfumado ante mis ojos. Las notas no dejaban lugar a dudas. El mejor año, fue sin duda el peor de los años de la carrera. A duras penas puedo recordar que asignaturas estudié, pero si puedo asegurar que nunca fui tan feliz. Paseos, cenas y algunos viajes, como aquel que se empeño que hiciéramos a *Carcassonne*, ciudad que yo nunca había escuchado, se sucedieron durante ese siguiente año. Y de repente, sin previo aviso, se marchó. Después de obligarme a presentarme de becario en el periódico local, después de obligarme a aprender de política, después de haberme hecho pensar en cosas por las que nunca hubiera dado un duro. Me sentía manipulado, no era una simple ruptura, no era por haberla perdido. Sentí que ella había orquestado un plan para dirigir mi vida y yo simplemente me dejé llevar. De un modo realmente sutil había decidido mi vida y mi futuro profesional. Realmente fue un alivio tener algo que hacer tras su marcha y lo que empezó como una simple pasantía de verano, pronto se convirtió en mi trabajo a tiempo completo en el periódico. De una manera realmente vertiginosa me lancé de lleno a la investigación periodística. Fueron años de aprendizaje y con uno de los mejores. Enrique Urkitza había estado en todo diario de prestigio habido en España desde que salió de la facultad. Odiado

por muchos y querido por muchos más, había terminado cansado de las grandes ligas y en un arrebato de emprendimiento se había comprado un pequeño periódico casi en la quiebra y lo había hecho resurgir a base de entusiasmo y ayuda de becarios de la universidad. Más que un periódico éramos una familia. Muchos aprendimos en aquella redacción casi todo lo que sabemos y sin duda alguna, mucho más que en la facultad de periodismo.

Muy pronto la experiencia en aquel diario de Salamanca, *La voz Helmántica*, vería sus frutos y fui llamado de un importante periódico nacional que me permitió recorrer el mundo como corresponsal. Fueron ocho años sin descanso, viajando y escribiendo.

Por muy canalla que fuera, sólo su recuerdo me permitió continuar adelante. Quizá esperaba encontrarla en algún viaje o quizá que ella me leyera en alguna noticia. No sé muy bien si inconscientemente traté de vivir la vida que ella había soñado para mí. Pero si sé perfectamente que la viví por ella más que por mí mismo.

A veces no puedo encontrar las palabras para explicar como de importante fue nuestra relación. No existen estereotipos suficientes para entender porque los sentimientos que surgieron hacia aquella chica transformaron mi vivir. Almas gemelas, media naranja, amor ciego, eran todos eufemismos para designar un tabú del que, aún hoy, no sé el nombre. Su recuerdo permaneció suspendido en el tiempo, en algún lugar de mi cabeza y de mi corazón, y no ha pasado un solo día de mi vida en la que mis pensamientos no le dedicaran al menos unos minutos a aquellos momentos vividos, quizá atenuados por la distancia y el ajetreo diario, pero nunca consumidos en el olvido.

Todo se sacudió nuevamente en mi cabeza aquella tarde en la que nuevamente la serendipia hizo acto de presencia.

Capítulo 2

Marzo de 2018, Oxford, Inglaterra.

A alguien le había molestado bastante, desde luego. No se podía entender de otra manera que de la noche a la mañana hubiera pasado de ser el reportero estrella de la redacción a cubrir la sección de turismo. Sin menospreciar a los críticos gastronómicos y a los guías de viajes, entre los que tengo buenos amigos, estaba claro que me querían lejos de la acción, pero ocupado. Nada hubiera sido tan contraproducente como despedirme directamente. Un rastreador de noticias con el culo inquieto como el mío sin nada que hacer era más peligroso que un lobo en un gallinero y el que había dado la orden de mi cambio de destino lo sabía bien. La idea había sido mandarme a lugares donde no pudiera husmear más allá de cual era el restaurante de moda o el precio de entrada al museo de turno. Sin embargo, las oportunidades pueden aparecer hasta en el lugar mas aburrido del planeta.

En el fondo, aunque tremendamente molesto por la falta de claridad de mi jefe, estaba disfrutando esos meses de asueto. Sabía que tenía que contraatacar y volver a la vanguardia. Sabía que tenía que pedir explicaciones y reclamar que el periodismo no se debe a nada, ni a nadie. Pero esperaría a reunir fuerzas y a que las cosas se calmasen. Después de todo el estrés de los últimos años no estaba mal que me pagasen por viajar simplemente de turista.

Sé que era una mentira que de tanto repetírsela a mi familia y amigos me la había terminado por creer yo mismo, pero supongo que era mejor disfrutar el amargo trago de verme desterrado de la acción, que deprimirme y renunciar a un trabajo que, de todas formas, me permitía pagar las facturas y llegar a fin de mes desahogadamente.

El destino en esta ocasión era Oxford, la cuna de la cultura inglesa, la universidad universal, la más antigua y aclama entre las instituciones educativas del país anglosajón y que como cada primavera se encontraba en su clásico duelo náutico con su archirrival Cambridge.

Era veintitrés de marzo, había llegado el día anterior en un vuelo nocturno, con tiempo para aclimatarme a la pequeña ciudad universitaria y conocer todo lo necesario sobre la regata antes de que se celebrase el sábado veinticuatro.

He de reconocer que me sentía como en casa en aquella pequeña ciudad. El ambiente estudiantil trataba de abstraerme a otros tiempos y a otra ciudad universitaria. Mis días de estudiante no hubieran sido diferentes aquí. O quizá sí. Quizá aquí hubiera perdido la oportunidad de conocer a la persona que cambió mi vida para siempre. O quizá nos hubiera cruzado aquí también, o en Tokio o en Moscú, o en la Conchinchina, como diría mi madre, esté eso donde esté. Quizá era tan necesario que los astros hubieran encontrado la manera de unirnos.

Mis pensamientos se alejaban de aquellas calles, que, por otro lado, al unísono del encendido anaranjado de las farolas, se iban pareciendo cada vez más a las de mi querida Salamanca. Tras haberme zambullido durante todo el día en el ambiente estudiantil de la universidad, ya era hora de irme a conocer la otra parte de la mística inglesa, los pubs.

Hay que reconocer que nos han vendido bien la idea. Nada más entrar en uno de estos garitos te das cuenta de que te encuentras como en casa. Como si la publicidad cervecera de las paredes te sonara de algo. Y es que, quien haya entrado en una taberna inglesa en cualquier punto de la geografía mundial, se sentirá francamente identificado al reconocer una auténtica. Quizá la pátina de un lugar más viejo y con más solera que las típicas franquicias sea lo único que nos pueda recordar que estamos en el lugar correcto y no en un sucedáneo de escaparate. Pero, aun así, es algo perfectamente exportado a las cuatro esquinas del mundo.

Tras haber caminado toda la mañana visitando *colleges* y bibliotecas, había llegado el momento de degustar las famosas pintas inglesas, acompañadas de uno de esos típicos cubos con patatas y pescado. La tarde era deliciosa y el lugar, el famoso *The Head of the River*, era lo más parecido al Café del mar Ibicenco, pero en formato pub inglés. Menos *chill out* y más *folk*, para dar esa sensación rural de la campiña inglesa. La terraza, la brisa, el anochecer y las pintas que iban y venían, me permitieron ensimismarme

nuevamente en mis pensamientos y dejarme llevar por la música, olvidándome momentáneamente de la frustración con el trabajo y otros muchos comederos de cabeza.

A pesar del pequeño tamaño de Oxford, era evidente su naturaleza cosmopolita. En el pub se podía ver una pequeña selección de la diversidad étnica y cultural que se mezclaba en la pequeña ciudad universitaria. No había mesa en la que no se pudieran distinguir claramente al menos dos nacionalidades y tampoco pasaban desapercibidos los grupos de españoles, cuyas voces altisonantes sobresalían entre la multitud y rompían la monotonía de la seriedad local. Bien pensado, era como estar en casa, una Salamanca anglosajona, antigua, bella y culta.

Aun así, la clientela aquella noche debía ser distinta a lo normal. Supongo que movidos por el ambiente pre-regata, había muchos más adultos de lo que uno pensaría. Junto a los grupos de estudiantes, las calvas y las canas de lo que a todas luces debían ser profesores de los *colleges* y turistas entusiastas de la mítica competición poblaban diversas mesas, compartiendo con alegría esa fecha tan entrañable.

Frente a mí un velero se mecía anclado frente a la terraza del pub, recordándome otros tiempos más movidos. Tiempos sin descansos y acelerados navegando junto a mi viejo amigo Richard Bowman. Parecía haber pasado una eternidad desde aquel entonces, cuando la aventura parecía perseguirnos. Tras garabatear en una servilleta la figura del velero, una conversación a mis espaldas me saco del ensimismamiento. Estaban hablando de *Carcassonne*, aquella bella ciudad medieval que años atrás había visitado con mi querida Yetta. Aquel viaje había sido el punto álgido de nuestra relación. Nunca habíamos estado tan compenetrados y nunca en mi vida había sido tan feliz como en aquel viaje. Parecía realmente que la relación avanzaba y que Yetta se había dejado seducir, por fin, por mis encantos o por mi insistencia. Pasamos un fin de semana delicioso paseando por las callejuelas, tomando fotos y bebiendo vino francés.

Escuchando a aquel grupo de profesores describir las calles de la vieja ciudad, los recuerdos se amontonaron en mi cabeza y volví a sentirme perdido. Tan perdido como cuando a la semana siguiente de aquel viaje Yetta desapareció para siempre de mi vida. Sin explicación, sin dejar un rastro que

seguir y sin volver nunca a ponerse en contacto. Después de tantos años, la nostalgia se asomó levemente a mi corazón mientras terminaba de escuchar la conversación de los vecinos de mesa y remataba la enésima pinta de cerveza.

De repente, entre las descripciones de las calles y callejas de la ciudad y del castillo de *Carcassonne*, otro comentario me devolvió a la realidad presente azotándome como si del vapor hirviendo de una caldera se tratase. En ese mismo instante creí que el corazón se me iba a parar. Una especie de *dèjà vu* pero que no recordaba mi pasado, si no el pasado de alguien más que ya en ese momento contemplaba frente a frente tras una convulsiva contorsión.

¿Quién era ese tipo?, ¿por qué estaba contando mi anécdota? Aquella conversación era mía. Mía y de Yetta. Era uno de esos recuerdos que me corroían por dentro, que me repetían una y otra vez que había perdido a la mujer de mi vida. ¿Qué posibilidades había de que la misma anécdota les hubiera pasado a dos personas, en la misma ciudad y que además ahora coincidiéramos para enterarme yo de que mi vida no era tan única como cabría esperar?

La anécdota contada no tiene más importancia que el hecho de que fuera una de esas frases de Yetta que se me habían quedado grabadas en el corazón, hablaba del amor y de como los hombres a veces no sabemos distinguirlo de la simple atracción sexual. Pero además me instaba a buscarla cuando supiera distinguirlos de verdad. Buscarla, ¿donde?, si había desaparecido sin dejar rastro.

—Cuando distingas la casualidad de lo necesario sabrás que es amor — me retó Yetta al igual que habían retado al extraño que tenía enfrente—. Sólo entonces podrás encontrar mi corazón, que te estará esperando cual monje en su convento.

En aquel momento creía que era solo un juego de palabras y que de verdad llegaríamos a algo más de lo que éramos. Esa idea no duró mucho, ya que a la semana siguiente Yetta desapareció de mi vida para siempre. Y aquel trabalenguas sería uno de los últimos recuerdos que tendría de ella.

Aquel personaje no sólo había parafraseado a Yetta, si no que lo había situado en el lugar correcto, es decir, en el lugar donde Yetta me lo dijo, en la Plaza *Marcou* de *Carcassonne*. No podía ser, no podía ser que su mujer le hubiera dicho lo mismo en el mismo sitio y que años más tarde nos encontráramos los dos para saber de la existencia del otro.

De repente, una sensación de nostalgia por aquel viaje que tan mágico había sido con Yetta, se mezcló con la magia de estar viviendo algo irreal.

Winston, que así era su nombre, se percató de mi cara de estupefacción y de mi puesta en pie como si de un tentetieso me tratara. No pudo por menos que preguntar si me ocurría algo.

Un poco mareado me volví a sentar, negando con la cabeza, pero con el gesto del que algo quiere decir.

Winston Sahr era el arquetipo de profesor de Oxford, con su chaqueta de tweed con coderas y las gafas de cerca colgadas al cuello, no podía ocultar su aire de erudito ratón de biblioteca. Igualmente, sus acompañantes dejaban ver su vinculación con la universidad. Las chaquetas, casi calcadas y sus maletines de piel desgastados, no dejaban duda sobre su procedencia académica. También los acompañaban varios jóvenes, seguramente estudiantes de postgrado que animaban al grupo a continuar la fiesta con la excusa de estar en la semana más importante para el orgullo de la universidad en su inacabable lucha contra Cambridge.

El grupo pidió la cuenta mientras yo no podía dejar de pensar en lo sucedido minutos atrás. Todavía con el corazón acelerado y viendo que el profesor se levantaba, me levanté sin saber muy bien que es lo que quería saber, decir o preguntar.

—¡Disculpe caballero!, lo que ocurrió antes..., es que aquella anécdota que usted contó... me recordó una muy similar que una vez me dijo alguien muy especial para mí —alcancé a pronunciar en mi tosco inglés.

—¡ah, ya veo! —exclamó él—. Es bueno que las mujeres nos recuerden nuestras limitaciones, ¿verdad? Y se fue separando con una tímida carcajada y dándome una palmadita en el hombro.

No le deje marchar agarrándolo fuertemente por el codo ante su cara de sorpresa.

—Creo que no ha entendido, ¡la frase fue la misma y el lugar también! —le grité nervioso mientras trataba de encontrar la foto en mi *smartphone*—. Esperé, creo que tengo una foto que nos sacaron justo antes de que ella pronunciará aquella frase.

En la foto, que tardó unos segundos de descargarse desde la nube y alcanzar su resolución normal, se nos veía riendo mientras tomábamos un vino a la luz de las velas en una terraza de la plaza *Marcou*.

El profesor se ajustó sus gafas, mirándome como se mira a los locos, y agarró el teléfono, mientras sus compañeros esperaban impacientes sin entender muy bien que estaba pasando. Supongo que yo tampoco lo sabía, no sabía que esperaba que pasase con aquel caballero que ya había tenido bastante paciencia conmigo en aquel lapso de diez minutos.

De repente el profesor se desmoronó sobre la silla de la que acababa de levantarse, con un sofoco digno de la visión de un fantasma.

—¡No puede ser! —exclamó consternado. Y mirando casi llorando a uno de los profesores que le acompañaban, le preguntó su opinión—. Thomas, mira la foto por favor, ¿estoy delirando o esas cervezas me han nublado la vista?

El tal Thomas se acercó al teléfono y titubeando alcanzó a confirmar la intuición del Profesor Sahr.

—Es Yetta, o eso parece, ¡es igualita!, ¿verdad?

En ese momento ambos asentimos al unísono.

—¡Si, es Yetta!

La mirada impactada del profesor se clavó en la mía como si con esa confirmación le hubiera robado una parte de su pasado, aunque no menos *ojiplático* quedé yo al escucharle decir que era su esposa.

—No puede ser, ella era mi novia..., bueno, mi amiga o algo así y además... usted le dobla la edad —respondí contrariado—. Esta foto es del 2010, así que ella debía tener unos veinte años o alguno más y usted en aquella época debía tener cuarenta y muchos, ¿verdad? Aparte del hecho de que vivíamos en Salamanca y nunca me dijo que hubiera estado en Oxford y menos casada. Está claro que no pueden ser la misma persona —terminé aclarando entre risas nerviosas.

—Evidentemente no son la misma, además Yetta murió en 2009, ¿no es así Winston? —intervino su amigo Thomas para apaciguar la situación.

Winston no dejada de mirar la pantalla de mi teléfono móvil como si tratará de entender.

—Muchacho, me estás tratando de decir que tu novia, que era idéntica a mi esposa y que se llamaba igual, te dijo la misma frase, en el mismo lugar y en circunstancias similares. ¿Debe haber una explicación para todo esto, no crees?

Tras reposar las noticias, Winston insistió en que le acompañara a su casa. Ya que él había conocido a mi Yetta, quería que yo conociera a la suya. Su Amigo Thomas propuso acercarnos. Winston trataba de cuidar su estado físico de modo que venía al trabajo en bicicleta, una de esas plegables que tenía aparcada en el *College*, a unos pocos metros del pub. Ambos profesores trabajaban en el *Church College* que quedaba a la vuelta, cerca del río. Precisamente acabé mi ruta en aquel pub, además de por ser de los más famosos y porque tenía que hacer una reseña al respecto, porque había ido horas antes al *Church College*, a comprobar si el comedor era tan parecido al de Harry Potter como comentaban.

El tráfico en la zona no ayuda al uso de otros métodos de transporte, de modo que la bicicleta es una buena solución, salvo los días que llueve, que por desgracia son los más normales. Plegamos la bicicleta del profesor y nos dirigimos a las afueras del pueblo en el amplio coche del profesor Thomas Hayes, compañero y viejo amigo de Sahr.

Winston vivía en una encantadora casita, pequeña, pero con un buen jardín otrora cuidado con esmero por su esposa Yetta y que ahora pacería languidecer sólo alimentado por las frecuentes lluvias, pero habiendo olvidado lo que era un rastrillo o una podadora.

La casa contaba con una pequeña cocina, dos alcobas en el piso superior, un baño en cada planta y con un modesto salón-comedor, que más parecía una biblioteca y donde el profesor solía hacer de anfitrión para sus amigos y estudiantes más cercanos en cenas que se alargaban, hasta altas horas de la noche, divagando sobre las políticas públicas y sobre el papel del Imperio en el devenir de los tiempos. Tras la muerte de su esposa y viéndose solo, se había volcado por completo en su carrera, cosechando varios premios y siendo muy bien considerado en su campo. Más adelante me enteraría que el profesor Winston Sahr, además de profesor de prestigio en el ámbito de las ciencias políticas, era un importante asesor del gobierno, al que recurrían en numerosas ocasiones cuando las políticas internacionales lo exigían y que en más de una ocasión había salvado el cuello del Primer ministro de turno con sus argucias en el terreno diplomático. A pesar de ello, nunca rehízo su vida y vivía en aquella humilde casa rodeado de libros y recuerdos que aquella noche, más que en mucho tiempo, se estaban tornando demasiado dolorosos.

Cada mueble y cada anaquel mostraban fotos de ellos dos en distintos sitios del mundo. Yo me había quedado fascinado viendo aquellas instantáneas donde el amor de mi vida, o su clon inglés, iba madurando. Nunca había vuelto a ver a Yetta desde aquel año de 2010, con *veintialgún* años, y en aquellas fotos podía ver su evolución. Veinte, treinta y tantos, cuarenta. Su cara era igual de bella en todas ellas, pero los años se dejaban ver en las primeras arrugas y en el plateado de las sienes.

—Ahí estamos en la India —me comentó Winston—. ¿Te apetece un Brandy, como lo llamas en tu país?

—Sí, claro. Eso me vendría bien en este momento.

—Fuimos de luna de miel —me aclaró mientras servía sendos coñacs en unas bonitas copas de bohemia—. Nos casamos en secreto antes de terminar nuestros doctorados. Ella de Historia del arte y yo en Historia política de Inglaterra. Mis padres no querían que me casase tan joven. Querían que viera

mundo y, ojalá, olvidara a aquella chica tan libre pensadora. Así que les dije que me iba a la India a estudiar la antigua colonia y se quedaron tan contentos, sin saber que nos íbamos de luna de miel.

Winston me entregó el coñac, busco en una estantería lo que parecía un viejo álbum de fotos y se sentó en una butaca de cuero que servía de centro neurálgico del salón y desde donde se divisaba casi toda la planta baja de la casa. El profesor no tenía más de sesenta años, sin embargo, y a pesar de su buena forma física, emanaba un aire de viejo sabio, quizá acrecentado por la rutina de una vida en soledad. Tras ajustarse las gafas que siempre llevaba colgando del cuello pasó un par de páginas del álbum hasta encontrar una foto que desprendió con cuidado.

—¡Esta es de tu tierra! —dijo mientras me la acercaba. Salamanca, 1999. Congreso internacional de derecho constitucional. Yetta me acompañó para poder hacer fotos de las maravillas arquitectónicas de la ciudad. Le encantaba la Purísima. Si no la encontraba en el punto de encuentro que habíamos determinado, sabía que la podría encontrar allí. Siempre se quejaba de que nuestra parroquia no fuera como aquella iglesia. Y yo siempre le recordaba que ni siquiera era practicante, a lo que ella me corregía que no lo era porque nuestra parroquia no era como la iglesia de la Purísima.

En la foto se les veía a los dos en un lugar muy conocido por mí y que más adelante le sorprendería con la nueva coincidencia a Winston. Estaban posando en la iglesia justo enfrente de la residencia donde vivía mi Yetta, cerca, muy cerca del lugar donde la conocí y donde a la larga, esta historia comenzó.

—¡Aja, esta es la que andaba buscando! —exclamó Winston acercándome una bonita postal nocturna en la que se les veía a los dos abrazados, mientras Yetta señalaba una majestuosa luna llena a lo lejos—. Lamentablemente es la única que conservamos de *Carcassonne*, las demás se velaron.

Tras observarla unos segundos y detallar el paisaje, saqué mi teléfono y nuevamente busqué entre mis álbumes *online* hasta encontrarla y enseñársela a Winston.

—Winston, tienes que ver esto —le conminé una vez más *ojiplático*

aquella noche.

La foto dejó estupefacto a Winston. Una vez más una casualidad desmedida hacía que tuviéramos esa sensación de *dèjà vu* incesante que estaba viviendo desde que entré en aquella casa. En la foto, al igual que en la que me había entregado Winston, aparecíamos Yetta y yo, abrazados y con ella señalando una luna tan rutilante como la anterior.

—A decir por la forma de la muralla del fondo y la altura de la luna, las dos fotos fueron tomadas en el mismo sitio y a la misma hora —Anunció Winston confirmando mis sospechas.

—Salvo que hay unos ocho años de diferencia —aclaré yo. la mía es de hace casi nueve años y tu aquí parece tener quince o veinte años menos.

—Sí, es cierto. Nosotros estuvimos en *Carcassonne* hace 17 años, en 2001 —concretó el profesor.

Allí estábamos sentados ambos, intentando entender lo que la razón nos decía que eran simples coincidencias, pero con la intuición de que había algo más. Dos extraños que parecían compartir algo inexplicable, observando fotos antiguas en las que parecía haber un nexo entre los dos que ni conocíamos previamente, ni comprendíamos a pesar de darle vueltas.

Tras varios coñacs más y sin ser capaces de encontrar lógica a todo aquello, decidí llama un taxi que me acercara a mi hotel. Para los horarios de fiesta de España, la noche apenas estaba comenzando, de modo que en vez de subir a mi habitación me quedé en el bar del hotel, donde una cantante de jazz entrada en edad amenizaba a los cuatro gatos que allí quedábamos.

Tras comprobar que en el bar contaban con mi ron preferido, pedí un Cubalibre que me quitará el amargo sabor del coñac. Había pedido a Winston permiso para hacer una foto a su fotografía de *Carcassonne* y allí estaba yo intentando encajar las piezas del misterio o de una casualidad muy bien montada por el destino.

A las 6 de la mañana sonó el despertador de mi teléfono móvil. Con su leve vibración empecé a recordar donde estaba y que había sucedido la noche anterior. Decidí salir a correr acompañado de mi cámara compacta para aprovechar a despejarme y a hacer algunas fotos matutinas con los espacios verdes vacíos que sirvieran para ilustrar mi crónica de la regata entre Oxford y Cambridge. Lamentablemente no era el único con resaca y los jardines de varios *college* amanecían ese sábado repleto de estudiantes en peor estado que el mío.

Tras completar una buena serie de fotos, me acerqué nuevamente hasta la cafetería del hotel donde tomé un buen café solo, antes de subir a la habitación a ducharme y a vestirme para la cita de aquel día en la Biblioteca Bodleiana a la que mi nuevo mejor amigo, Winston Sahr, se había apuntado entusiasmado por hacerme de guía. Le pareció fantástico poder acompañarme y mostrarme algunos secretos que el guía de la biblioteca seguro no conocía. Él se había criado académicamente entre esas estanterías. Tanto en su pregrado como en el postgrado, la Biblioteca Bodleiana siempre había sido su favorita, no sólo por su colección de libros, si no por la historia que guardaba el mismo edificio de la biblioteca original y *Radcliffe Camera*.

Eran ya las ocho cuando salí del hotel. Habíamos quedado en la librería *Blackwell*, una de las más antiguas y famosas de la ciudad, muy cerca a la biblioteca y a *Radcliffe Camera*.

Oxford es una ciudad pequeña, amigable para los transeúntes y ciclistas, de modo que a las ocho y veinte ya me encontraba en el punto de encuentro. Tras fisgonear un poco lo que la librería ofrecía, decidí esperar al bueno del profesor en otro comercio más adecuado para mi estado físico. El pub del Caballo blanco se encuentra encajonado entre dos partes de la librería *Blackwell*, famoso por su *fish and chips*, para mí sería más bien el remedio a la tremenda resaca que aquel coñac me había dejado. Ante la sorpresa, y creo que algo de indignación del camarero, mezclé media pinta de *Fuller's* con un refresco de limón y esperé plácidamente al profesor en la única mesa que se encontraba en aquel momento montada en la terraza. Mientras observaba a la gente entrar y salir de la librería vecina, no podía quitarme de la cabeza el rompecabezas que suponían las casualidades compartidas la noche anterior entre el profesor y yo.

Como buen inglés, Winston Sahr aparecía ante mí cual cuco de un reloj suizo a las 9:00.

—¡Willy! —me gritó desde la puerta de la librería. Y vino con los brazos abiertos dispuesto a darme un gran abrazo.

Winston había encontrado en mí un apoyo emocional ante la falta de su esposa. Creo que ambos veíamos en el otro algo de nuestro propio dolor por las pérdidas mutuas y esa empatía había propiciado una amistad repentina, pero profunda y sincera.

—¡Willy, Willy, espero que el coñac no te dejara muchas secuelas! — alcanzó a decirme antes de propinarme un tremendo abrazo que me sacó el aire de los pulmones. Se había empeñado en llamarme Willy o Pequeño William desde el tercer coñac, sin haberlo corregido entonces, así siguió llamándome por años.

—Buenos días Winston, un café esta mañana y este remedio español me han compuesto un poco el estómago. Sabes que no hay nada mejor para la resaca que seguir bebiendo, ¿verdad?

Como bueno académico decidió comprobar mi teoría y ante la estupefacción del camarero se pidió otra clara con limón. Estaba bien que un turista pidiera aquella aberración cervecera, pero un inglés autóctono...

Tras refrescar el gástrico no fuimos a la tarea que tenía pendiente antes de la regata. Winston me fue haciendo de guía por cada calle. Tras fotografiar el teatro *Seldonian* nos dirigimos a *Radcliffe Camera* dejando atrás la biblioteca que más tarde visitaríamos. Supongo que las casualidades no acaban en Yetta. El haber conocido al profesor me permitió visitar el interior de *Radcliffe Camera* y gracias a ello el reportaje salió redondo, dejando sorprendidos a todos en la redacción. Si mi destierro a la sección de turismo fue para opacarme, ni por esas lo habían conseguido.

Tras la necesaria visita a la iglesia de *St. Mary* volvimos sobre nuestros pasos para entrar en el sobrio claustro Bodleiano. Supongo que la personalidad inglesa había quedado plasmada en el frugal neoclasicismo de muchos de los vetustos edificios que habíamos visitado. Nada que ver con mi

churrigueresca Universidad de Salamanca, donde el exceso era alegría y seña de identidad.

—¿Dónde has quedado con el guía? —preguntó Winston.

—Me dijo que nos esperaría frente a la estatua que hay en el claustro.

—Ah, junto a tu tocayo, Guillermo Herberto —me hizo saber el profesor.

Allí parado se encontraba un hombrecito enjuto y almidonado, que de llevar bombín hubiera parecido sacado directamente de una novela de Agatha Christie.

—Supongo que usted es el señor Stuart, estuvimos hablando ayer por teléfono. Soy Guillermo Sánchez de *la Gaceta de Madrid*.

—Mucho gusto señor Sánchez, es un placer tenerle de visitante a nuestra Biblioteca —saludó afectuosamente el guía.

—Nos acompañará mi amigo, el profesor Sahr del *Church College*.

—¿Es su primera visita a la biblioteca señor Sánchez? —pregunto el señor Stuart.

Tras mi afirmativo movimiento de cabeza siguió explicando.

—Como el profesor sabrá —empezó a explicar mirando a Winston—. Antes de entrar a la biblioteca por primera vez hay que hacer un juramento.

—¿Juramento? —pregunté risueño. En España basta con sacarse el carnet. ¿No tendremos que sacrificar a una virgen también? —pregunté jocosamente mientras Winston meneaba la cabeza queriendo decir que no bromeaba con las tradiciones.

—Señor Sánchez, el material que reside en nuestra biblioteca es sumamente valioso. Desde el más antiguo hasta el más moderno libro merecen respeto y de ahí el siguiente juramento que debe pronunciar. Repita conmigo señor Sánchez:

“Juro no sacar de la biblioteca, ni marcar, modificar o dañar de modo alguno, ningún volumen, documento u otro objeto perteneciente a esta biblioteca o bajo su custodia, o dañarla bien sea por el fuego o la llama, y no fumaré en la biblioteca, y prometo obedecer todas las normas de la biblioteca”.

—La biblioteca Bodleiana es una de las más antiguas de Europa y la segunda más grande de Gran Bretaña, sólo superada por la *British Library* de Londres. En la actualidad consta de más de 4 millones de volúmenes y unos 40.000 manuscritos. El nombre se lo debe a su primer benefactor *Thomas Bodley*, quien en 1602 la inauguró con una colección de 2000 libros... —nos empezó a explicar el señor Stuart mientras nos encaminábamos al interior.

Mientras ponía cara de interés antes las explicaciones del guía, algo de forma inconsciente se había filtrado en mi cabeza y una idea se estaba empezando a gestar.

—¡Ni marcar libros, ni marcar libros...! —empecé a gritar como un poseso ante la mirada de reproche del guía y de extrañeza de Winston—. Esperé un momento por favor —pedí al señor Stuart mientras arrastraba a un rincón a Winston.

—¿Qué sucede Willy? —preguntó apurado Sahr.

Marcas, Winston, ¿no lo comprendes? —increpé al profesor—. Si nuestras Yettas fueran la misma persona tendrían las mismas marcas, ¿verdad?

—¿Qué clase de marcas quieres decir? —preguntó el profesor sin entender de lo que estaba hablando.

—No sé... cicatrices, lunares... ¡TATUAJES! —terminé gritando como si hubiera inventado la electricidad en ese instante—. ¡Yetta tenía un tatuaje en el hombro derecho!, una pequeña flor azul con hojitas a los lados.

El profesor se desplomó sobre si mismo sentándose en el suelo mientras abría y cerraba sus gafas que siempre llevaba al cuello.

—No puede ser Guillermo —me recriminó llamándome así por última vez

en nuestra vida—. Mi esposa murió y tu nunca la pudiste conocer. No podemos seguir con esta insensatez.

Agachado a su lado y cogiéndolo del hombro le hice que me contestara — ¡dímelo, dímelo...! ¿Yetta tenía ese tatuaje?

—¡Si...! y una cicatriz sobre el ojo izquierdo que se hizo...

—de pequeña estando de vacaciones con su abuelo —completé su frase mientras un par de lágrimas le recorrían las mejillas.

El resto de la visita no importó para ninguno de los dos. Seguimos al guía en silencio y yo aproveché para completar la memoria de mi cámara con instantánea que bien podía a ver encontrado en cualquier buscador de internet.

Mi trabajo en Oxford ya casi estaba completo, pero la singular amistad surgida entre dos extraños la noche anterior merecía una explicación.

Tras la regata volvimos al pub *The Head of the River*. Esta vez buscamos una pequeña mesa en el interior, como si de dos espías que no quieren ser visto por nadie nos tratásemos.

—La situación es la siguiente —inició la conversación Winston. Dos mujeres, que parecen ser la misma, vivieron en sitios distintos a la vez. ¿Qué se supone que debemos hacer nosotros?

—¿Tu eres investigador no? —le deje caer a modo de propuesta—. Los académicos debes hacer investigación.

—Si, pero sobre leyes y tratados internacionales, eso es lo que yo investigo. ¡No sucesos paranormales, Willy! —sentencio el profesor—. Tu si sabes como investigar esto, al fin y al cabo, ir tras la noticia es el trabajo de un periodista.

—Yo creo que nos incumbe a los dos y los dos debemos investigar, ¿por donde empezamos? —le pregunté a Winston.

—¿Acaso tenemos alguna pista? —dudó un segundo.

—¿Deberíamos empezar por su pasado? ¿Su familia debe tener algo que contar? —sugerí.

—En mi caso es difícil, Yetta era Huérfana —aclaró Winston—. No salió del orfanato hasta entrar en la universidad, para lo cual pidió su propia patria potestad y se independizó. De hecho, tuvo que trabajar mucho para pagarse los estudios y vivir modestamente. Aunque había conseguido una beca privada que le pagaba los estudios, la vida en Oxford es cara y durante toda la carrera trabajó de camarera en una cafetería cercana a su *college*.

—Que oportuna su orfandad para el caso que nos ocupa —argüí yo.

—¿Acaso crees que se inventó su pasado? —contestó molesto Winston.

—Sólo digo que si no quieres dejar rastro por alguna razón, ser huérfano facilita bastante el proceso.

Mi comentario había puesto a pensar a Winston.

—¿Crees que invento toda su vida?

La pregunta tenía más miga de lo que parecía. Si había algo de real en toda esa situación, también cabía la posibilidad de que cierto tipo de manipulación hubiera hecho falta para vivir dos vidas paralelas.

—Winston, sé que te puede doler pensar que todo fue un montaje, pero que inventara un pasado no quiere decir... que vuestro matrimonio fuera falso — alcancé a consolar al cada momento más deprimido Winston—. Fuera como fuera su pasado, ella vivió su presente contigo. Yo no alcancé a conocer a su familia, pero en principio si tenía —aclaré por mi parte—. Alguna foto creo que vi, aunque a estas alturas eso no demuestra nada. Creo que deberíamos empezar por el único sitio en el que sabemos que ambas estuvieron...

—¡*Carcassonne*! —respondimos al unísono, costumbre que nos iba a acompañar más de lo que la casualidad podría explicar.

Tras varias rondas de alitas, costillas y cervezas de medio litro el plan

parecía claro. Debíamos ir a *Carcassonne* y seguir los pasos de nuestras anteriores visitas en compañía de Yetta. Un plan clarísimo, sin ninguna lógica, pero clarísimo gracias en gran medida al estado etílico que ya a aquellas hora nos acompañaba.

Capítulo 3

El viaje a *Carcassonne* no se podía improvisar. Aunque yo quería ir de forma inmediata, la cordura reinó entre nosotros dos y decidimos prepararlo con más tiempo. Yo tenía que volver a Madrid a presentar mi artículo sobre Oxford y Winston tenía algunas clases pendientes antes de que el semestre terminara.

De este modo y tal como estaba previsto, tras la conclusión de la regata con la victoria de Cambridge, tomé mi avión destino Madrid. Winston me acompañó hasta la estación de ferrocarril que me llevaría hasta Londres y allí mismo concretamos los últimos flecos del viaje mientras degustábamos la última cerveza del fin de semana.

A finales de mayo sería el viaje. Yo había planeado proponer un artículo sobre el precioso pueblo medieval, de modo que no tendría que pedir días libres, me pagarían el pasaje y el hospedaje y además no daría nuevas razones a mi jefe para un posible despido. Era una guerra sucia la que mantenía en el periódico que sólo podía ganar trabajando y agachando la cabeza. Ya llegarían mejores tiempos para la lírica.

El viernes 25 de mayo llegamos a *Carcassonne*. A Winston le había resultado fácil. Un vuelo directo unía Londres con la ciudad francesa sin necesidad de hacer escalas. En mi caso el proceso fue bastante más complejo y tras una larga escala en el aeropuerto de *Fiumicino* en Roma llegué a *Toulouse* desde donde debería tomar un autobús para llegar a la bella ciudad del sur de Francia. En realidad, ya me había acostumbrado a ese tipo de vuelos. El periódico siempre escatimaba en los vuelos y eran habituales las escalas interminables y los horarios absurdos. Cuando, como en este caso, eran en aeropuertos internacionales, al menos quedaba la ventaja de poder hacer un poco de turismo intraportuario que siempre te termina facilitando la compra de objetos típicos o alguna comida especial. Supongo que la pizza del aeropuerto no será la mejor del mundo, pero al menos puedo decir que comí

pizza en Roma mientras me deleitaba con una Ducati Panigale que exhibían en los pasillos del aeropuerto.

El viajero frecuente adquiere la capacidad de montar su oficina en cualquier sitio. Uno aprende rápido lo que es necesario y lo que sólo sirve para ocupar espacio en su maleta y con una pequeña mochila puedes hacer varios días de viaje sin que te falte de nada a la hora de trabajar. Un buen portátil con buena batería es fundamental, un *Smartphone* con datos para navegar y compartir con el portátil y siempre un buen termo con café calentito por si nos quedamos tirados en el culo del mundo. Eso era lo esencial y con eso, aproveche a adelantar mi trabajo sobre la ciudad antes incluso de llegar a ella. Uno aprende a valorar la calidad de los productos cuando por ahorrarte un poco de dinero te quedas sin batería a mitad de un artículo y se te pierde el trabajo de la última media hora, pero también cuando después de un largo viaje tu café está tan helado como la sala de espera del aeropuerto. Entonces entiendes eso de que lo barato sale caro.

Era media mañana cuando ya había inspeccionado todo *Fiumicino*. Tras terminarme mi pizza primavera y aprovechando un *hotspot* abierto con conexión a internet, cosa cada vez más rara en los aeropuertos, me serví un buen café negro como el azabache de mi inseparable termo *Stanley*. Son años de inseparable amistad entre él y yo. Le debo más palabras escritas a mi termo, que Hemingway a su *Moleskine*.

En la era del internet los datos históricos, arquitectónicos y demás están en todas partes y lo que da verdadero valor a un artículo para el turista es esa parte intangible que sólo el que de verdad ha estado en un sitio y se ha empapado de su sabor más íntimo puede ofrecer. De este modo, tirando de recuerdos y fotos personales puede completar el artículo, ofreciendo una gran variedad de sitios curiosos a los que ir, donde comer y donde comprar a buenos precios, sin que la cara de turista te deje en bancarrota. Con el trabajo terminado por adelantado, tenía todo el fin de semana para investigar el misterio que realmente me había llevado a la ciudad.

Había reservado una habitación doble para Winston y para mí en un modesto hotel del centro de la ciudad vieja. Era una recomendación del propio Winston y el precio era tan contenido que no dudé en aceptarla. Ya que no se trataba de un viaje romántico, no dudamos en tirar de económica. El Hotel

duPont estaba situado a escasos metros del castillo y desde nuestra ventana podíamos ver una linda estampa de la muralla. Se trataba de un hotel familiar, donde una esquizofrenia decorativa mezclaba los mas vetustos muebles con la decoración más vanguardista en un dislocado nuevo estilo que dejaba entrever el “quiero y no puedo” de un hotel en decaimiento. Las modernas lámparas de la habitación chocaban con unos baños *setenteros* cuyo alicatado bien podrían haber sido colocados a la par que la muralla del castillo. En todo caso, con encontrar una cama limpia y un buen desayuno, no pedíamos más a la estancia.

A mi llegada al hotel los últimos rayos de sol se colaban entre las almenas de la muralla tiñendo de un precioso dorado rojizo las calles de la ciudad. Winston me estaba esperando en una salita del hotel, leyendo el diario local mientras agitaba lentamente una copa de coñac. No podía evitar parecer un profesor de universidad aún estando de vacaciones. Su chaqueta de cuadros con coderas, su barba canosa y sus inseparables gafitas redondas lo delataban.

Tras un fuerte abrazo me acompañó a la habitación para enseñarme orgulloso su decisión de hospedaje.

—¿Has visto que confortable?, modesto pero limpio. ¿Quieres que te pida un coñac para ti, pequeño William? —me invitó el profesor mientras descargaba mi ligero equipaje y me refrescaba en el baño.

—Tranquilo Winston, termínate el tuyo mientras me doy una ducha rápida y te llevaré a cenar a un sitio estupendo —le conminé yo—. Tienen una buena bodega de vinos y estando aquí no podemos no probar alguno.

Paseamos hasta la plaza *Marcou* donde nos esperaba un ambiente cargado de emociones para ambos. Allí habíamos pasado momentos muy especiales con nuestras respectivas amadas y de allí partió la conversación común que un par de meses atrás nos había unido en esa loca investigación.

Disfrutamos de una cena ligera pero bien regada de un rico caldo de *Bourdeaux* y decidimos iniciar nuestra búsqueda de pistas en la mañana.

El sábado por la mañana salimos temprano del hotel. El plan era ir a todos

los lugares de donde tuviéramos fotos con nuestras Yettas. En el caso de Winston no era si no la foto junto a la muralla, ya que el resto al parecer se habían velado. Sin embargo, en mi caso contaba con al menos una docena de localizaciones retratadas. Pensando en lo largo del fin de semana y para no gastar batería de mi teléfono, había decidido imprimir todas las fotos importantes de modo que las pudiéramos tener a mano en cualquier momento. Además, eso facilitaría el preguntar por aquellos lugares que no recordábamos exactamente donde se encontraban localizados.

Tras tomar un café cerca de la muralla empezamos nuestra tarea con la foto más importante, la que ambos compartíamos.

—Disculpe camarero, ¿usted nos podría decir dónde está tomada esta fotografía exactamente? —le pregunté acercándole la copia de la foto de Winston que también la había reproducido para no perder la original.

—Yo diría que esta fotografía está tomada aquí a la vuelta de la esquina —acertó a confirmar el camarero tras escrutar minuciosamente la instantánea—. Esta que se ve es la torre que queda detrás de la basílica, en la Plaza de *Saint-Nazaire*. Claro que esta foto es muy antigua. Ahora no se puede subir por ahí y la entrada a la torre está cerrada con una verja.

—Si, en esta otra foto se ve la verja —aclaré yo tendiéndole mi foto que era más moderna.

—Pero estas fotos parecen estar trucadas, porque hay otra cosa que no es como aparece en ellas —terminó completando el muchacho dejándonos un poco extrañados.

—¿A qué se refiere, no entiendo? —preguntó confuso Winston.

—¿Ven este escudo al que esta señalando la chica?, ese escudo no es el que debería estar y, de hecho, no es el que está en la muralla.

— ¿A qué escudo te refieres?, la chica está señalando la luna llena —objeté yo sin estar muy seguro de estar en lo cierto.

—Bueno, quizá no lo hayan visto, esta bastante oscuro, pero entre el dedo

de la chica y la luna hay un escudo que se encuentra todavía en la muralla. Pero no es el que aparece en esa foto y... —el joven camarero se cayó mientras revisaba la segunda foto—. Tampoco es el de esta otra fotografía.

Tras unos segundos de confusión Winston y yo analizamos ambas fotografías y conseguimos ver que efectivamente había un escudo esculpido en piedra que se interponía entre Yetta y la luna.

—Vengan, vengan, se lo mostraré —terminó invitándonos el simpático camarero.

A la vuelta de la manzana se abría un ensanche que permitía ver la muralla y también contemplar la cúpula de la basílica. Era la Plaza de *Saint Nazaire*, uno de los lugares más concurridos por los turistas ya que dejaba tomar fotos panorámicas en las que se fundían las antiguas murallas con la hermosa iglesia. Al fondo se podía ver la verja de la torre en cuestión y en lo alto de la pared de la torre el escudo que minutos antes había descubierto para nuestros ojos nuestro particular guía turístico.

—¿Lo ven?, ese es el escudo del que les hablaba, el escudo de la ciudad. Yo siempre lo he conocido ahí y como pueden ver no se parece en nada a los que ustedes tienen en sus fotos.

El camarero estaba en lo cierto. Sobre la verja que cubría la entrada a la torre se observaba perfectamente un escudo con un castillo central, mientras que en la foto de Winston lo que se veía era un escudo con una cruz y en la mía un campo de flores de Lis.

—Si vieran el escudo en color es un castillo sobre un campo azul y es el escudo que se denomina de *Carcassonne* Alto —nos describió el camarero. Mientras que en esta foto... —siguió explicando mientras tomaba de mis manos la fotografía de Winston. Lo que se ve es el escudo de *Aude*, el departamento donde estamos, que es una cruz amarilla sobre un campo rojo. No se parecen en nada —concluyó el inesperado experto en blasones.

—¿Y este otro? —pregunté señalando el campo de flores de Lis que aparecían en mi foto.

—La verdad es que ese no me suena, puede que sea de otro lugar o de una casa noble concreta. Tendrían que consultar con un experto —terminó recomendando el muchacho que ya se disponía a regresar a su puesto de trabajo.

—¡En la Calle Ancha hay una tienda de regalos cuyo dueño es un fanático de los sellos y de esas cosas, quizá les pueda ayudar! —gritó el camarero que ya había salido corriendo ante la llegada de nuevos clientes a la terraza de la cafetería.

Este descubrimiento nos había dejado con la boca abierta. ¿Acaso era posible que nuestras Yettas, o lo que cada vez parecía más evidente, nuestra Yetta, nos hubiera dejado algún tipo de pista para algo? Y si era así, ¿para qué y por qué a nosotros?

A estas alturas ni siquiera teníamos claro si nos habíamos conocido por casualidad o todo estaba premeditado. Quizá Yetta quería que Winston y yo nos conociéramos y aquellas fotografías trucadas eran alguna clase de pista. Nada estaba claro, pero como ella misma solía decir: “las casualidades no existen”.

Las dudas se agolpaban en nuestras cabezas. Winston lo estaba llevando peor que yo. Estaba en duda la veracidad de su matrimonio. Estaba empezando a pensar que era sólo un peón dentro de un extraño juego y que el amor que tantos años habían cultivado no era otra cosa que una obra teatral.

Tras caminar por las angostas calles de la vieja ciudad llegamos a una nueva calle que hacía honor a su nombre. No es que fuera una avenida, pero comparada con el resto así lo parecía. La calle Ancha era ya a esas horas un tumulto continuo de turistas y vendedores. Dentro y fuera de las tiendas cada cual intentaba hacer su agosto. Los turistas cazando gangas que llevar a sus familiares y amigos y los vendedores haciendo pasar por gangas lo que a todas luces eran malas reproducciones chinas de productos no tan autóctonos.

Tras preguntar en un par de tiendas sobre el filatélico tendero dimos con una pequeña floristería que se había reconvertido a tienda de suvenires. En ella una hermosa joven atendía a unos turistas orientales, mientras en la trastienda asomaba el viejo coleccionista intentado armar un gran centro de mesa con rosas de varios colores aderezado con racimos de las típicas uvas de la región.

—¡Perdone!, nos han dicho que aquí nos podrían ayudar con una duda sobre escudos antiguos —le comenté a la joven mientras envolvía una miniatura del castillo en plástico de burbujas para los clientes.

Tras mirar extrañada a la pintoresca pareja que formábamos el profesor y yo, nos indicó que a su abuelo le gustaban mucho esas cosas, seguro que por eso nos habían guiado hasta allí. Al escuchar la conversación el viejo florista salió de la trastienda mientras se secaba las manos en su delantal.

—Buenos días caballeros, ¿en qué les puedo ayudar? —preguntó emocionado ante la necesidad de sus sabios consejos.

—Disculpe que le molestemos con estas cosas —inicio Winston la conversación—. Estamos muy interesados en conocer la procedencia de estos escudos que tenemos aquí —prosiguió mientras hacía entrega de las correspondientes fotos al florista.

—Que curiosas fotos, no recuerdo que el escudo de la plaza *Saint Nazaire* haya sido modificado nunca —se sorprendió el anciano.

—Esa es la cosa, no sabemos porque han aparecido en esas fotografías —contesté yo sin saber muy bien como explicar la rareza del hallazgo.

—Pasen a mi oficina, tengo un par de libros que quizá nos ayuden a solucionar el misterio —alcanzó a emocionarnos el florista que entró como un vendaval a su trastienda—. Este escudo de aquí —empezó a señalar haciendo referencia a la fotografía de Winston—. Es el escudo del departamento de *Aude*, al que pertenece *Carcassonne*, pero en esa pared siempre ha estado el escudo de *Carcassonne*, no el del departamento. De modo que alguien se tomó muchas molestias para incluir en esa foto el escudo. Un experto en *Photoshop* —inquirió el anciano.

—Este otro escudo no es de la zona —nos aclaró el florista mientras bajaba un pesado libro de una estantería. Quizá aquí encontremos algo.

Tras revisar varias páginas e ir adelante y atrás terminó señalando un escudo en concreto.

—Aquí está, es lo que me parecía. Es un escudo del centro de Francia, del departamento de *Allier*, en la región de *Auvergne*. Campo azul con flores de Lis, cruzado por banda Roja. Pero no entiendo porque lo han puesto en esa muralla, ¿es un concurso o algo así? —terminó preguntando el florista.

«Ojalá lo fuera», pensé yo para mis adentros, pero la realidad parecía ser mucho más compleja que una simple broma.

—¿No hay algo que una las dos regiones? ¿algo que tengan en común y explique el porqué poner los dos escudos? —preguntó Winston sin ver hacia donde nos llevaba el asunto.

—Déjenme pensar —pidió tiempo el florista—. ¿Conocen ustedes la región de *Allier*?

—¡No! —respondimos al unísono—. La verdad es que solo hemos estado aquí en *Carcassonne* y en París —completó Winston.

—En *Allier* hay un pueblecito llamado *Audes* y que usan también ese mismo escudo como propio, no sólo es de la región si no del pueblo. Eso explicaría en parte el misterio. Han querido poner los dos escudos juntos como indicando algo, el de *Aude* y el de *Audes*, ven, es como un juego de palabras —divagó el anciano.

Tras despedirnos del simpático florista y de Isabella, su linda nieta, nos dirigimos al resto de lugares de donde teníamos fotos. La suposición del anciano era lo único que teníamos, pero nos había dejado bastante abatidos. Parecía una teoría cogida por los pelos. Sin embargo, tras revisar cada uno de los distintos lugares y encontrar menos pistas aún, la idea de que la procedencia del segundo escudo fuera la pista a seguir fue tomando fuerza.

El regreso al hotel fue como un calvario. El paseo por las bonitas calles de

la ciudad sólo se había convertido en un recuerdo de nuestra ridícula búsqueda y llegamos al hotel totalmente cansados, física y anímicamente.

Mientras recuperábamos fuerzas en la terraza del hotel comiendo unos ligeros sándwiches y unos cafés, tuvimos que sopesar nuestras posibilidades.

—Aquí termina nuestra aventura —presagió Winston, que claro estaba, prefería volver a su rutina académica que seguir divagando sobre una posible conexión cósmica conmigo.

—No amigo mío, aquí hay algo raro y voy a ir hasta el fondo. ¡contigo o sin ti, Winston! —faroleé, para ver si le convencía—. Nos vamos a *Audes* mañana en la mañana o me iré solo, tu decides que quieres hacer.

—Si vas te acompaño —confirmó Winston a regañadientes—. Pero no creas que me convence el plan. La navaja de Ockham no te apoya. Lo más sencillo es que tu y yo nos hayamos conocido de casualidad y esta búsqueda sea una soberana estupidez.

—Winston...tu no te crees eso, sabes que las persona que aparece en mis fotos es tu esposa, pero te aterra descubrir el porqué —le intenté convencer.

Tras investigar por internet como llegar al pueblo en cuestión decidimos comprar un par de billetes de autobús hasta la capital de *Allier, Moulins*. Allí alquilaríamos un coche que nos permitiera llegar más autónomamente a *Audes*, que parecía estar mal comunicado y no presentaba ningún indicio de que fuera un sitio interesante.

El mismo domingo en la mañana ya estábamos en camino. Nos distanciaban de nuestro destino cinco horas de viaje en el mejor de los casos y Winston no iba a ser un buen compañero de viaje. Si bien las emociones de los últimos dos meses le habían hecho aceptar el reto de seguir buscando, no estaba de humor y se sentía más abatido que otra cosa. Cada casualidad que nos unía a una Yetta común se convertía para él en una prueba de que su matrimonio y su vida completa habían sido una farsa y parte de un plan que en ese momento ninguno de los dos alcanzábamos a comprender.

No hubo en todo el viaje más que un par de frases cruzadas. Winston

parecía ensimismado y yo no quise provocar una discusión tan cerca como estábamos ya de nuestro destino. Aunque descubrir el misterio se había convertido para mí en una obsesión a la que la había dedicado más tiempo del que me gustaba reconocer, dejé de pensar en ello durante el viaje y aproveche para ponerme al día con el trabajo ampliando un poco los datos sobre el artículo de *Carcassonne*. Además, el paisaje permitía relajarse contemplando los campos de vides de la zona, así como las verdes colinas copadas de árboles.

Llegamos a *Moulins* a tiempo para comer algo en la estación antes de alquilar el coche que nos llevaría a *Audes*. La carretera era buena y pude poner a prueba al pequeño *Fiat Cinquecento* que nos había tocado en gracia. Fueron solo setenta kilómetros, pero en la cara de Winston se veía claramente que le habían parecido más largos que las cinco horas de autobús.

—¡Tranquilo Winston, que hay mucho campo para poder frenar! —había bromeado yo para distraerle de las curvas que se avecinaban.

En poco más de media hora habíamos llegado, pero si en *Carcassonne* no habíamos sabido por donde empezar a buscar por la cantidad de calles y plazuelas existentes, en este caso no sabíamos por donde porque no había nada a la vista que llamara la atención.

Audes resultó ser un pueblo más pequeño de lo que uno esperaría para un misterio como el que nos ocupaba. Apenas dos calles, una de ellas ocupada por la carretera de acceso, y una pequeña Iglesia era todo lo que se podía apreciar a simple vista. A las afueras del pueblo se localizaba el, si acaso un poco más famoso, *Canal de Berry*, que atraía a la región a algunos incautos turistas en busca del pequeño museo que llevaba el mismo nombre. El canal, otrora vía de abastecimiento y comercio, había quedado relegado a paraje turístico por la belleza del entorno, donde las pequeñas corrientes de agua que aún discurrían por el único tramo navegable en la actualidad daban un aire bucólico al paisaje que te hacían sentir dentro de una de las pinturas de los agapantos de Monet.

Decidimos aparcar el coche cerca de la iglesia, no en vano los curas siempre han sido una buena fuente de información. Y eso era lo que en ese momento necesitábamos.

La iglesia estaba con la puerta entreabierta. Decidimos entrar a ver si encontrábamos algo interesante, aunque por la sobriedad del exterior no parecía que fuera a ser muy distinto el interior. Dentro se encontraba una señora de media edad haciendo la limpieza con fregona en mano y que al ritmo de un viejo *Walkman* bailaba más que limpiaba. Tras el sobresalto que le produjo el vernos detrás de ella observándola divertidos, se quitó los auriculares rápidamente y compuso su cara más seria para preguntarnos que deseábamos.

—Discúlpenos —me dirigí a la salerosa bailarina—. Estamos buscando al párroco.

—El Padre Beltrane se encuentra haciendo un recado, pero lo pueden esperar afuera, seguro que no tarda —nos despacho la señora invitándonos a no seguir pisándole el piso recién fregado.

Sin discutir, decidimos dar una vuelta por los alrededores. Realmente el lugar no revestía ningún encanto. La iglesia se encontraba situada en un ensanche de dos calles, algo que distaba mucho de ser una plaza o similar. Alrededor solo había casas de una sola planta, de construcción muy rústica, alineadas en dos calles sin aceras y donde el arcén terroso de la carretera hacía las veces de vía para los cuatro abuelos que paseaban arriba y abajo tomando el sol.

—¿Qué esperamos encontrar aquí Willy? —pregunto hastiado del sitio y de los misterios el profesor Sahr.

—No lo sé muy bien, Winston, pero he estado pensando algunas cosas desde que salimos de *Carcassonne* —comenté yo para ver si mis conjeturas lo animaban—. Recuerdas la frase que hizo que nos conociéramos. Ella nos dijo que cuando supiéramos que era el amor nos esperaría como monje en convento. En aquel entonces yo creí que realmente estaba hablando de nuestra relación y de un futuro junto, pero ahora está claro que era una clave, ¿no crees? ¡Y aquí estamos!, al lado de una iglesia. Debe haber algo en la iglesia que resuelva el misterio.

Creí ver cierto interés en el rostro de Winston ante mi idea y eso también me animó a mí, que veía ese pueblo de mala muerte como un callejón sin

salida.

—Iglesia...convento, no veo clara la pista —barruntó Winston.

—¡Entonces busquemos un convento! —le animé yo.

En ese momento hizo su aparición el párroco. Un hombre rubicundo, de semblante bonachón que nos gritaba desde la puerta de la iglesia. Con sotana negra y sombrero de ala ancha, parecía sacado de otro tiempo. Y quizá lo fuera, porque ese pueblo parecía no haber cambiado en siglos.

—Amigos, ¿en que puedo ayudarles? —nos preguntó abriendo los brazos invitándonos a acercarnos.

—Buenas tardes padre. Estamos aquí buscando algo, pero no sabemos muy bien el qué —adelanté yo para que no nos enredáramos en eufemismos. Mire Padre, ¿Usted conoce *Carcassonne*?, mire esta foto —Le pregunté yo mientras le mostraba la foto en la que aparecía el escudo del pueblo—. Ese escudo no es el que está en *Carcassonne*, pero aparece en esta foto y nos han dicho que podría ser de aquí.

—¡Sí, claro! —confirmó el párroco tras observar la foto un instante. Es el escudo del pueblo, de hecho, es el de toda la región. ¿Y qué quieren saber sobre él? —continuó el padre sin comprender exactamente que buscábamos.

—Quizá allá por aquí un escudo igual y nos pueda dar una pista de que hace este en la foto —intenté indagar a ver si el padre sabía algo.

—Bueno, todo el mundo sabe que los escudos se usaron mucho en la segunda guerra mundial para mandar información —empezó a explicarnos el cura, que parecía saber mas de lo que aparentaba—. Se colgaban de las puertas y significaban cosas distintas. Que el campo estaba seguro, que había vigilancia nazi... Este pueblo era por aquel entonces una importante vía de llegada y salida de espías y los lugareños ayudaron durante mucho tiempo al transito de personas, municiones y víveres para los aliados.

—¿Qué me dice de la iglesia, sirvió para ocultar algo o a alguien? —Traté de sonsacarle más al cura—. ¿Quizá en el altar hay algún mensaje secreto? —

le dejé caer con tono burlón para que no sospechara.

—Realmente esta iglesia hubo que reconstruirla tras un bombardeo que dejó en muy malas condiciones el campanario y la nave central. Nada de lo que ven es original, todo se restauró tras el final de la guerra, de modo que es bastante moderna en ese sentido —comentó el cura haciéndonos descartar cualquier relación de la iglesia con los cuentos de espías.

—¿No hay más iglesias en la zona, algún sitio donde encontrar algún monje que sepa de la época? —intervino Winston que hasta ese momento había permanecido fuera de juego.

—En este pueblo la iglesia más venerada es la *Abadía* —Alcanzó a decir el párroco entre carcajadas.

—¿Una abadía?, no teníamos información al respecto. ¿Donde se encuentra padre? —pregunté yo lleno de curiosidad con el cambio de rumbo de la conversación.

—¡Aquí gusta más el vino tinto que el de misa, hijo! —contesto el cura descolocándonos. La *Abadía* es el bar del pueblo, lo llaman así porque de siempre ha sido regentado por la familia Abat. Está en esa dirección —terminó indicándonos el padre Beltrane al que no le hacía gracia la comparación del bar con el lugar sagrado.

Tras despedirnos del buen párroco, decidimos darle una oportunidad a la nueva posibilidad que el padre nos había hecho conocer: Un bar que desde antaño era el centro cultural y social de la pequeña villa y que habría sido paso obligado para espías en sus pernoctas en el pueblo.

En el otro extremo del pueblo, como antítesis a la iglesia, se hallaba la *Abadía Cafetería - Vinatería*, según anunciaba su viejo anuncio sobre la puerta.

—Mira la puerta Winston —le grité a Winston mientras le codeaba y aceleraba el paso—. ¿Otra Casualidad?

Delante nuestro y bajo el gran cartel de hierro forjado que anunciaba el bar

estaba la puerta del establecimiento rodeada a ambos lados por sendos blasones esculpidos en piedra. El escudo de *Audes* nos daba la bienvenida al lugar con su campo de flores de Lis. En mi cabeza no cabía una casualidad más. Si Yetta nos había llevado hasta allí tenía que tratarse de algo importante.

Entramos en la cafetería como si pensáramos que encontraríamos todas las respuestas tras la barra del bar. Sin embargo, nada extraordinario sucedió. Allí estaban tomando café los mismos abueletes que un rato antes habíamos visto pasear por la carretera principal, barajando unas fichas de dominó mientras increpaban al presentador del noticiero que se veía en una vieja televisión de tubo colgada en una esquina del recinto.

La falta de competencia había anclado el establecimiento en los tiempos en los que debió haber servido de escondrijo para los espías y contrabandistas de los que nos había hablado el padre Beltrane. A pesar o gracias a ello, el aspecto decadente se convertía en acogedor y tras percartarte de ciertas decoraciones descoloridas llegabas a apreciar la gran cantidad de historias que entre esas paredes se debían haber contado y vivido.

Tras la barra, un camarero, más cercano a los cincuenta que a los cuarenta, secaba y colocaba minuciosamente grandes copas de vino en una de esas repisas invertidas. Mientras, la que parecía ser su esposa salía de la cocina tarareando cargada con una succulenta tabla de quesos y tostadas calientes.

—¡Buenas tardes caballeros! —nos saludó el simpático camarero—. ¿En qué podemos servirles?

—¿Qué te apetece Winston? —pregunté a mi compañero sabiendo que no podíamos iniciar la conversación sin un acercamiento previo.

—Camarero pongamos dos copas de su mejor coñac —pidió Winston con un desparpajo que no había visto en él desde que llegamos a *Carcassonne*. Quizá, dentro de su coraza de escepticismo, algo mantenía la llama de la esperanza de encontrar solución al misterio.

—Y una tabla de quesos de esa que tiene tan buena pinta —añadí yo que después de la ligera comida de la estación estaba ya necesitado de alimento.

Nos sentamos en una mesa con nuestros coñacs, mientras los abueletes nos alzaban sus propias copas a modo de brindis. Estaba claro que a pesar del secarral que era aquel pueblo, sabían vivir cómodamente.

—Winston, te encuentro muy animado de repente —le comenté mientras yo también alzaba la copa para brindar por ello.

—Si este es el convento que Yetta quería que conociéramos habrá que brindar a su salud, ¿no crees pequeño William? —brindó Winston exaltado y chocando con fuerza las copas.

—¡Yetta!, hacía tiempo que no escuchaba ese nombre —exclamó la esposa del camarero mientras dejaba la tabla de quesos sobre la mesa.

La mirada entre el profesor y yo fue tan intensa como la primera vez que nos dimos cuenta de nuestra conexión.

—*Dèjà vu*, Winston, ha vuelto el *Dèjà vu*! —le grité a Winston cuando la Camarera ya se había ido.

Estábamos en el buen camino o eso parecía. ¿Acaso una tercera Yetta había vivido en ese pueblo francés? La emoción nos embargo a ambos y rápidamente nos acercamos a la barra para poder indagar más sobre el asunto.

Capítulo 4

Langley, Virginia, Cuartel general de la CIA.

A pesar de ser sábado en la madrugada en Estados Unidos, las oficinas de la CIA en Langley nunca descansan.

En su oficina, Robert Sinclair comprobaba el reporte que el ordenador la acababa de enviar. Era una alerta roja, un código 365. El primero que había visto desde que lo destinaron de joven a aquella sección a la que había dedicado toda su vida. Él había estado allí desde el principio de todo aquello. Se había criado como agente entre aquellas paredes y había estado esperando ese momento por más de dos décadas. Eso no quitaba que llegado el reporte a sus manos se hubiera puesto a temblar, no tenía muy claro si de emoción o de miedo.

Robert Sinclair se había criado en el sur de California. Hijo de una familia de clase media, había tenido todas las posibilidades del mundo en su educación gracias a sus resultados académicos y desde muy pequeño había demostrado afición y habilidad para la electrónica.

Llevaba a orgullo haber pertenecido al *Homebrew Computer Club* y alardeaba de su buena amistad con Steve Wozniak, bromeando a veces de que él hubiera podido ser cofundador de *Apple* junto a los Steves.

Sus buenas calificaciones en el instituto le valieron una beca para estudiar en el *Caltech* donde se convirtió en informático y posteriormente completó sus estudios con un doctorado en el *MIT*. Famoso ya en aquella época en la industria incipiente de la informática de masas, varias empresas se lo estaban rifando para contratarlo, incluida la propia *Apple*, donde un ya descontento Steve Wozniak, creía que traerle a trabajar para su equipo permitiría sobrellevar a la empresa los duros momentos que se iban a vivir por culpa del obcecado genio de Steve Jobs.

Sin embargo, justo unos días antes de que firmara contrato con la empresa que había sido su elección, *IBM*, la vida le tenía preparada una sorpresa que no podía dejar escapar.

Su fama en la creación de algoritmos de alta similitud había llamado la atención a un recién ascendido a director de proyectos de la CIA al que le habían encargado un proyecto de alto secreto.

Walter Scott, era un veterano marine, curtido en campo de batalla y que, con un gran palmarés militar, había terminado en la CIA donde su rudeza y locuacidad habían encajado como anillo al dedo.

Al más puro estilo del cine negro, Walter había contactado con Robert a través de un mensaje enrollado en una servilleta de la cafetería donde el informático solía desayunar. Cuando la camarera le trajo sus huevos con beicon y café solo, le dejó caer la servilleta mientras le miraba fijamente a los ojos, actitud que extrañó a Robert, hasta que descubrió el papel enrollado con esmero al pasarse la servilleta por los labios.

“Reúnete conmigo en la parte trasera del restaurante en cinco minutos, W.S.”, decía la nota.

Robert, sin disimulo, oteó la cafetería en busca del remitente de tan enigmático mensaje. Tras no encontrar entre los parroquianos ningún personaje sospechoso, decidió salir al encuentro, calculando que desde que le trajeron el desayuno hasta que se percató de la nota ya habían pasado los cinco minutos. Desde pequeño le habían fascinado los libros de espías y aquel mensaje le hizo sentirse en una novela de *James Bond*.

Robert encontró allí al típico espía. La escena no podía ser más surrealista. A lado del contenedor de la basura, un hombre con gabardina beige y gafas de sol de aviador aguardaba su llegada mientras terminaba un cigarrillo y apagaba la colilla con un buen pisotón.

—Queremos que trabajes para nosotros —inició la conversación sin tan siquiera presentarse.

—Perdone, pero no le entiendo, ¿quién es usted? —preguntó Robert

divertido por la puesta en escena del agente oscuro.

—No importa quien sea yo, lo importante es lo que tu puedes llegar a ser. Si estás interesado ven a vernos el lunes a las nueve en punto —le contestó entregándole una tarjeta de visita donde se podía ver el nombre del sujeto y el logotipo de la Agencia de Seguridad.

Aunque a cualquiera en su situación, a punto de firmar un buen contrato con *IBM*, esta propuesta le hubiera parecido una ridiculez, Robert había soñado toda su vida con ser espía. Desde pequeño jugaba a ello y su universo de juguetes se habían ido convirtiendo en pistolas con sus fundas hechas en la maquina de coser de su madre, esposas, ganzúas, maletines multipropósitos y una plétora de artefactos que en su imaginación rivalizaban de tu a tu con cualquier invento de la *Q Division* del Servicio Secreto Británico que solía ver en las películas de 007.

Fue un largo fin de semana. Su padre se había emocionado tanto como él con la historia, mientras que su madre solo era capaz de ver lo beneficios de trabajar para una gran empresa como *IBM* y no le agradaba mucho lo de trabajar para un servicio secreto con sus armas y sus peligros.

—Mamá, me quieren por mis conocimientos de informática, no me van a mandar a matar a nadie —intentaba defender su postura Robert, aunque muy dentro de él prefería dejar volar su imaginación y pensar que le mandarían a peligrosas misiones en el extranjero. La excitación que sentía ante la entrevista solo podía significar que dentro de su corazón esa era la elección adecuada y cualquier otro trabajo ya no lo vería como algo que le pudiera colmar para el resto de su vida.

El mismo lunes debía ir a firmar contrato con *IBM*, si no aparecía o si les pedía más tiempo, muy posiblemente les dejara de interesar. Las negociaciones habían sido largas y Robert les había hecho concederles demasiado prebendas como para que ahora les dijera que no. Estaba claro que tenía que decidir y no sabía si tendría tiempo después de ir a ver a la gente de la CIA. Más valía que le convenciera lo que ellos fueran a ofrecer, si no muy posiblemente habría desperdiciado la oportunidad con *IBM* para nada.

El lunes temprano se fue con el coche que su padre le había regalado

cuando cumplió dieciocho. Un Mustang del 65 descapotable de color crema que había cuidado con esmero todos esos años. Incluso en el tiempo de su doctorado en el *MIT*, donde no lo llevó por la falta de calefacción y lo inadecuado de una capota de lona para el tiempo invernal de Massachusetts, le pedía a su padre que lo mimara por él, que no dejara que se estropeará la batería y que lo lavara con esmero para que no se fuera a deteriorar.

Conduciendo lentamente hacía el punto de encuentro, unas oficinas apartadas en *Anaheim*, cerca de *Disney Land*, no podía contener su emoción y a la vez el temor de estar metiendo la pata. Una cómoda vida en *IBM* parecía adecuada para cualquiera y él la estaba arriesgando por hacer realidad un sueño de niñez.

Las oficinas no parecían muy concurridas y, de hecho, el aspecto era más de un decorado que de oficina que sirvieran para algo real. Su imaginación ya estaba volando antes de saber de que se trataba todo aquello y el sentirse dentro de una película de cine negro no mejoraba su percepción de la realidad.

Al fondo de la oficina, en una gran sala de reuniones con capacidad como para veinte personas le esperaban dos fornidos agentes haciendo guardia en la puerta, Walter Scott y el que parecía ser el jefe de todos ellos, único sin apariencia de espía barato y bien trajeado.

—¡Robert! —exclamó el sujeto en cuestión, invitándole a seguir y ocupar una de las muchas sillas vacías.

Walter mientras tanto se hacía el interesante mirando por la ventana sin intención de saludar. Con el tiempo llegarían a ser amigos, pero el inicio de la relación fue bastante seco.

—Mi nombre es Stuart O'Neill —se presentó el hombre elegante.

Soy...un organizador de recursos, podríamos decir. Mi misión es que los recursos de los que disponemos sean bien invertidos y usados. Cada vez que un nuevo proyecto se inicia, yo digo cuanto y en qué o quién se gasta el dinero. Creo que eso te puede ayudar a entender mi trabajo. Sabemos de las ofertas que ha recibido de *IBM* y las otras empresas y no podemos aceptar que su intelecto se añeje en reuniones de inversionistas. Si aceptas esa oferta, antes

de que se de cuenta será un ejecutivo de los que no saben ni formatear un disco duro. Usted tiene la capacidad de desarrollar software increíble, software que cambie el mundo... y eso es lo que queremos de usted.

—¿Qué es lo que necesitan de mí exactamente? —preguntó Robert con cara de póker, aunque se le notaba emocionado por todo ese asunto.

—Chico, necesitamos que crees un algoritmo que detecte anomalías en los vínculos entre personas —empezó a explicar O'Neill. Por ejemplo, ¿conoces la regla de los seis grados de separación? No es una regla universal, pero si es verdad que hay gente que de forma normal podría estar dentro de su radio de acción. Sin embargo, a veces ocurre que de repente personas que no deberían conocerse directamente entran en contacto de forma fortuita. Eso es lo que queremos que descubras. Amistades que a nuestros ojos sean preocupantes.

Con aquella explicación tan escueta Bob no entendía muy bien para que querían aquello, pero se le hizo interesante el reto. Cuando el jefe O'Neill le prometió acceso al entrenamiento de campo y al uso de armas, terminó convenciendo al espía que llevaba dentro y en menos de una semana estaba establecido en Langley como jefe de su propio departamento de investigación y desarrollo de software. Tiempo después, cuando el primer algoritmo empezó a funcionar, le explicarían la verdad que se escondía detrás de ese deseo de conocer ciertas amistades peligrosas y en ese momento todo cambiaría para él.

Desde un principio supo que su departamento era uno de los dos que estaban a cargo de Walter Scott. El veterano *marine* dirigía con mano de hierro y en un total hermetismo las dos secciones a su cargo. Tanto es así, que, si bien Robert era consciente de que sólo era la mitad de un equipo más grande, durante años desconoció a la otra mitad del equipo y su función.

Los primeros años fueron muy divertidos para él. Desde el principio le permitieron alistarse al entrenamiento de campo como Stuart O'Neill le había prometido. Dividía su jornada entre el gimnasio, el campo de tiro y su oficina, donde picaba código hasta bien entrada la madrugada.

Aprendió defensa personal, manejo de armas ligeras y explosivos e incluso llegó a ser piloto de helicóptero. Todo aquello le fascinaba y su

trabajo de informático también le proporcionó innumerables elogios de sus superiores, a pesar de los escasos resultados, que en todo caso no eran culpa suya.

En aquellos años los datos digitales eran pocos y por tanto el algoritmo solo tenía en cuenta datos bancarios, vuelos de avión y en ocasiones algunas reservas hoteleras. Esa simplicidad impediría que el programa diera frutos hasta finales de la década de los noventa, cuando el continuo aumento en el uso del internet complicó mucho su trabajo a nivel de datos a manejar, pero empezó a ver ciertos resultados.

Su equipo de trabajo era muy reducido. Eran simplemente él y su secretaria, una chica bonita y tímida, que, a pesar de convivir casi durante una década con él en una oficina de apenas diez metros cuadrados, seguía llamándolo señor y nunca se atrevió a iniciar una conversación. En innumerables ocasiones comían junto frente a la pantalla del ordenador de Robert, pero incluso en esos momentos el silencio era la principal unión que mantenían. Ella miraba como él borraba y escribía código y le daba la razón cuando se quejaba de lo mal que había escrito algo o cuando se trababa alguna parte del algoritmo. Sin tener mucha idea de lo que hablaba su jefe, los asentimientos con la cabeza no dejaban de ser el reflejo de un sentimiento que poco a poco había crecido en su interior.

El tiempo pasó, los entrenamientos cesaron en la misma medida que el trabajo con su algoritmo se complicó. Stuart O'Neill había dejado claro que debían atar a Robert a su puesto antes de contarle toda la verdad. Para ello, y teniendo en cuenta que no tenía ni pareja, ni familia a su cargo, le fueron facilitando una serie de préstamos que él aceptó con gusto para seguir con el estilo de vida que había empezado a llevar el mismo día que entró a trabajar para ellos.

Desde el comienzo había tomado la determinación de vivir la vida de un espía internacional, aun sabiendo que su trabajo no fuera a ser tan apasionante. Mientras que el sueño americano era conseguir una casa en los suburbios, con jardín y una buena barbacoa, él decidió alquilar un ático tipo loft en una zona central de la ciudad. Todo un nidito de soltero donde llevar a sus conquistas, que desgraciadamente no eran muchas. Lo había decorado lujosamente y se había dado el capricho de instalar los pocos sistemas domóticos que por aquel

entonces existían: puerta del garaje eléctrica, persianas eléctricas, sistema de seguridad con cámaras infrarrojas y un sistema de climatización que ya sólo él costaba lo que cualquier obrero tardaba un año en ganar. Por aquel entonces todavía tenía la ilusión de que le mandaran a alguna misión fuera de su oficina y con esa ilusión también sus jefes jugaron. Los incentivos económicos que le ofrecieron fueron suficientes para que se embarcara en una hipoteca para comprarse el loft en el que tanto dinero había invertido y, sin vender su querido Mustang, se compró el *Aston Martin* que un *James Bond* como él se merecía. Si a todo eso le sumamos un par de pérdidas en la bolsa, su situación financiera, sin ser problemática, si dependía totalmente de que siguiera en su puesto de trabajo o le tocara la lotería.

Tras diez años en la agencia su valor a cargo del departamento de software era claro y todos le admiraban por su lealtad y esfuerzo. Sin embargo, él seguía soñando con el trabajo de campo y una vida llena de acción.

Aunque parezca mentira, después de diez años solo conocía la mitad de su trabajo y ya había llegado el momento de meterlo en el círculo de confianza más secreto.

Días después de incorporarse después de unas vacaciones en las Bahamas, fue llamado por Walter Scott para que se reuniera con él en su oficina. Cuando llegó, allí estaba Stuart O'Neill, el único jefe a parte de a Walter que conocía y ya habían pasado muchos años desde el primero y último día en que se vieron. Junto a ellos, otras dos personas compartían la mesa de reuniones del despacho de Walter. Una mujer y un hombre, ambos con apariencia de extranjeros, rusos concretamente, como más tarde se enteraría Robert. Ella tenía un gesto serio y cara de ser más severa que el propio Walter Scott. Con una esbelta figura para su edad, sus facciones angulosas dejaban ver que había sido una belleza en su juventud y todavía conservaba parte de su encanto que se encargaba de ocultar con una bata blanca de laboratorio y un gran moño que escondía una larga melena rubia. El hombre por su parte parecía más simpático, pequeño, enjuto y despeinado, se asemejaba a un profesor chiflado que no dudó en levantarse para dar un caluroso saludo a Robert.

—¡Bobby, Bobby, Bobby! ¡Cuanto tiempo sin vernos! —comenzó la conversación Stuart, quien apenas había cambiado en aquellos años—. No te creas que te tengo olvidado, he seguido muy de cerca tu desempeño, pero otras

obligaciones no me permiten estar mucho por aquí —se excusó sin que nadie le hubiera pedido explicaciones—. Te presento a la Doctora María Matriskaya y al Doctor Ilya Markof. ¡Creo que ya era hora de que conocieras a tus compañeros de departamento! —bromeo Stuart entre carcajadas—. Ellos son la razón por la que tu debes hacer tu trabajo. Si tuvieran éxito en el suyo o más bien, cuando lo tengan, tu algoritmo debería anunciárnoslo. Y para que puedas mejorar tu trabajo queremos que Ilya te asesore sobre ciertos datos muy técnicos que seguro refinarán más tu forma de enseñar a tu algoritmo que es lo que estamos buscando.

La reunión se extendió por más de dos horas en las que la verdad sobre la función de su departamento quedó al descubierto para un Robert que apenas podía creer que aquello estuviera desarrollándose en la sala de al lado de su oficina y nunca hubiera tenido noticias. Si bien los nuevos acontecimientos dejaban clara la importancia de su trabajo, lo único que sonaba en su cabeza es que le habían engañado. No solo en su función, si no lo que más le dolía, en que alguna vez le fueran a dejar participar activamente en una misión. Era un informático y ahora se lo estaban dejando claro.

—Bobby, olvídate de misiones secretas, esto es lo más importante que harás en tu vida, ¿no lo comprende? —trató de tranquilizar Walter a un descompuesto Robert—. Te necesitamos, eres una pieza clave para que esto avance. Deja lo de arriesgar la vida para otros, tu eres uno de nuestros cerebros más privilegiados, no pensábamos ponerte en ningún riesgo y en el fondo lo sabías.

Esas últimas palabras cayeron como una losa sobre su juventud y de repente envejeció una década, o así lo sintió él.

—¡Ahora vuelve al trabajo, Robert! —terminó la conversación Stuart—. Y dile a Christine tu secretaria que venga. A partir de ahora va a escuchar cosas en la oficina que son alto secreto y debemos hablar con ella y explicarle su nueva situación de confidencialidad.

Robert se fue cabizbajo, con los ojos rojos de contener la ira y las lágrimas. A la llegada a su oficina una expectante Christine le esperaba aguardando buenas noticias. Sin embargo, la cara de Robert lo decía todo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la secretaria preocupada por el futuro de su jefe inmediato y por el suyo propio.

—¡Me han engañado! —se desmoronó Robert junto a su secretaria que no entendía a que se refería.

Ella, llevada por un impulso mezcla de maternalismo y de su atracción nunca admitida, se acercó a su jefe y en un gesto que a ambos les cogió de improviso lo abrazó profundamente, para terminar fundidos en un apasionado beso que marcaría un antes y un después en su relación.

Tras componerse ambos de la íntima demostración de afecto, Robert le anunció que ella también debía asistir a una reunión en la que le pondrían al tanto de ciertos cambios que iban a ocurrir en la oficina a raíz del descubrimiento de la verdadera naturaleza del trabajo que ambos realizaban para la agencia.

A diferencia de Robert, Christine aceptó la nueva situación de la oficina, no solo positivamente, si no emocionada al verse involucrada en algo tan secreto. Por primera vez en su vida se sentía partícipe de algo importante y esa nueva posición de poder, junto al hecho de haber dejado al descubierto sus sentimientos hacia su jefe le habían dado una confianza que se notaba hasta en su modo de caminar. De repente, quizá por el beso o quizá por esa sensación de ser una pieza importante en el organigrama y no sólo una simple secretaria, hasta Robert se vio atraído por esa bonita chica, que había pasado a parecer no solo bonita, si no atractiva y seductora. Como si de la nada hubiera crecido en ella un carisma del cual carecía horas antes.

A partir de ese mismo día se convertirían en amantes secretos. Robert, dejando a un lado el hastío que durante todo el día le había acompañado y quizá para desahogarse, la invitó a su apartamento por primera vez en sus diez años de relación profesional y sin esperar a que otra situación similar a la de la mañana permitiera el inicio del romance, se abalanzó sobre la pequeña secretaria que le correspondió efusivamente desvistiéndole agresivamente mientras se convertía en una verdadera bomba sexual.

En pocas semanas habían estandarizado una nueva clase de relación entre ambos. De día la discreción era la norma y la simpática secretaria seguía

comportándose con el mismo cariño y comprensión con su jefe. Por la noche la cosa cambiaba y Christine resultó ser la más ardiente de las amantes, colmando por completo al *James Bond* que Robert llevaba dentro.

Quizá esa relación, que funcionaba tan estupendamente, permitió a Robert continuar con el trabajo y no caer en depresión por el ritmo cada vez más monótono que el departamento había obligado a seguir al informático.

Pronto Robert y Christine serían inseparables, pero ninguno de los dos propondría nunca un cambio en el tipo de relación que les unía. De día compañeros, de tarde amigos y de noche amantes. Ambos parecían haber encontrado la relación perfecta.

La discreción en su relación con Christine se convirtió en la única misión secreta para Robert y la realizó perfectamente. Nunca nadie sospecho que jefe y secretaria tuvieran nada más que la anodina relación que parecían tener en la oficina y solamente Ilya, que se convertiría en gran amigo de Robert, estuvo al tanto de la misma, compartiendo buenos ratos con la extraña pareja, quienes llegarían a ser sus más íntimos amigos en su país de acogida.

La amistad con Ilya se inició con su nuevo cometido como enlace entre los dos laboratorios, el de Física dirigido por María Matriskaya y el de informática de Robert Sinclair. Ilya fue el encargado de actualizar a Robert con los detalles más íntimos de la teoría que barajaban como plausible en sus experimentos. Esta información le serviría a Robert para afinar más aun su algoritmo y dejarlo listo para el devenir de los acontecimientos. Ya no eran coincidencias aleatorias lo que el algoritmo buscaba. Eran coincidencias que sólo pudieran producirse ante acontecimientos nunca conocidos hasta aquel entonces.

Ilya Markof, a diferencia de la soberbia María Matriskaya, era un hombre sencillo, que a pesar de la responsabilidad de su puesto y de su avezado intelecto, no quería más que vivir tranquilo en su país de acogida. Su vida, a pesar de todo, había estado rodeada de mucha suerte y había ido salvando todas las circunstancias negativas imaginables hasta llegar a la tranquila vida que en aquel momento disfrutaba en América. No así su familia, que se había

ido desmembrando a lo largo de todos los conflictos en los que los judíos habían sido víctimas a lo largo del siglo XX. Ilya, aunque no lo aparentaba sobrepasaba ya los setenta años cuando Robert lo conoció. A pesar de ello, un estado de forma excepcional y su buen sentido del humor le hacían aparentar veinte años menos.

Hijo de un reputado zapatero de San Petersburgo, nunca habían disfrutado de mucho dinero, pero sí de privilegios y comodidades sólo alcanzadas por los artesanos y artistas más cercanos a la familia del Zar Nicolás. La destreza de Igor Markof para confeccionar los más novedosos botines y zapatos para las clases altas habían propiciado a la familia Markof un bienestar casi inaudito en aquella situación prebélica de los últimos años del Zarismo. Más aún si cabe, teniendo en cuenta sus orígenes judíos.

Si bien Igor había educado a todos sus hijos lejos de los fanatismos religiosos y quizá, hasta fuera de sus propias creencias, eso no quitaba que todo el mundo supiera sus orígenes. Además, de lo que nunca renegaría sería de sus amistades, judías como ellos y que en gran medida habían sido los que permitieron iniciar el negocio familiar que tantos frutos estaba dando en aquel momento.

Entre sus amistades se encontraban comerciantes y artesanos como él, pero también judíos acaudalados que habían emparentado con aristócratas en decadencia aportando su riqueza como incentivo para dichas uniones. Esa nueva élite, con dinero y cultura, que además se codeaba con lo más florido de la aristocracia, había sido su punto de entrada al comercio de alta alcurnia y le había valido ser el zapatero más reclamado de la corte.

En 1914, el señor Markof acababa de abrir su propia Boutique en un sector de creciente importancia financiera y comercial de la ciudad. Todo parecía ir bien para la familia Markof y los pequeños sustos que de vez en cuando alteraban la paz de las familias judías nunca les habían tocado de cerca, ni a ellos, ni a sus amigos. Sin embargo, la revolución de 1917 iba a ser un punto de inflexión, no solo para la Rusia imperial, si no para toda la familia Markof.

Tras el estallido de la revolución, los Pogromos contra los judíos se multiplicaron de forma alarmante al suponerles autores de muchos de los

altercados provocados por los Bolcheviques y si bien algunos jóvenes judíos si estaban apoyando la revolución, lo cierto es que se utilizó de excusa para saquear y robar las pertenencias y propiedades de las familias más pudientes.

Importantes amigos de Igor Markof decidieron abandonarlo todo y huir antes de que fuera tarde, dejando tras de sí mansiones y pertenencias que fácilmente sustituirían a su llegada a Londres, lugar de destino de muchos de los nuevos aristócratas rusos judíos. Algunos comerciantes hicieron lo mismo, huyendo en grupo ante las masacres perpetradas por el ejercito blanco. Igor, al igual que lo sería Ilya, era un hombre tranquilo que solo esperaba vivir plácidamente con su familia lo que le quedaba de vida. No veía claro el hecho de empezar de nuevo en otro país con lo que le había costado alcanzar lo que tenía en Rusia y no le gustaba la idea de abandonar su San Petersburgo natal. El era tan ruso como cualquiera y así lo sentía. Además, estaba seguro de que fuera el que fuera el desenlace de la guerra civil, una vez terminada la tempestad llegaría la calma y sus vidas seguiría adelante. Obviamente habría que buscar nuevos clientes, pero sobrevivirían como siempre lo habían hecho.

No hubo que esperar mucho para un desenlace fatal. Frente a las suplicas de su mujer Katherine, Igor seguía obcecado con seguir en la ciudad y seguir como si la vida fuera normal. Cada día abría su boutique y a pesar de la bajada de las ventas, el hacía su mejor esfuerzo en sacar nuevos modelos de zapatos que deleitar a las cada vez más escasas clientes.

En el verano de 1918, San Petersburgo caería en manos bolcheviques por completo y con la ciudad, las últimas esperanzas de Katherine de poder escapar con su marido, sus dos hijas y el futuro Ilya en su vientre. Las represalias contra los que consideraban afines al anterior régimen no se hicieron esperar y el bueno de Igor fue capturado por la Checa, la Policía Bolchevique, quien lo acusó de espiar para el ejercito blanco. Una vez más quedaba claro que los judíos no iban a correr con suerte. Todos aquellos que se libraron de las duras persecuciones en épocas zaristas o por el propio ejercito blanco, resultaron ser víctimas de los bolcheviques que vieron, o quisieron ver, en la suerte de esas familias alguna clase de auspicio por parte del antiguo régimen y sus aliados.

Katherine sin saber muy bien que hacer, esperó a que el malentendido se solucionara y subsistió semanas con los pocos ahorros que les quedaban en

casa tras dos años de una situación comercial menos adecuada de lo que Igor quería aceptar.

Tras convencerse de que la situación no había de tener otra solución que la de la noticia del asesinato de su marido, Katherine, ayudada por una familia católica vecina, sin aparentes enemigos entre los bolcheviques, decidió emprender la huida que tantas veces propuso a Igor. La salida de Rusia era compleja y no exenta de riesgos, y más con un recién nacido Ilya, pero quedarse en San Petersburgo, sin dinero y viuda, era una sentencia de muerte segura para sí y para sus hijos.

El invierno se acercaba y la huida se complicaba con las primeras nieves. Los pasos fronterizos hacia Finlandia, el país mas cercano a la ya Ex capital rusa, eran difíciles y suponían maratónicas jornadas por bosques inhóspitos. Si bien la llegada a Finlandia suponía una primera salvación, no parecía que el país eslavo guardara nada de interés para una rusa con tres criaturas y sin dinero. La decisión era clara, debía intentar encontrar a sus viejos amigos y para ello tendría que ir más al oeste, llevar a Holanda o Bélgica y quizá con suerte poder llegar a Londres, donde estaba segura de que encontraría ayuda.

El pequeño Ilya aguantó las largas caminatas a costas de su madre que, pertrechada con gruesas pieles que Igor había dejado guardadas para la confección de botas de invierno, atravesó con total entereza los nevados bosques. A su lado, las dos hijas mayores del zapatero, de seis y ocho años no se distanciaban ni un metro de su madre. A pesar de ello, las extenuantes caminatas y el invierno hicieron mella en su salud y ambas niñas enfermarían de sendas pulmonías de las que no se recuperarían. Una ya llegando a Alemania y la otra cuando se disponían a salir de la misma. No aguantaron más el largo éxodo, dejando a una debilitada Katherine casi sin aliento para poder continuar el recorrido. El cansancio físico dejó espacio a la desolación de ver irse a sus dos hijas.

La llegada a Amberes parecía un milagro para madre e hijo. Un invierno en el que habían perdido todo y a todos sus seres queridos había dejado la moral y la alegría de aquella madre enterradas en algún lugar de aquellos campos nevados por los que con tanto esfuerzo habían avanzado hacia la estabilidad y paz que en Rusia habían perdido.

No tardaron en hallar judíos dispuestos a ayudar a la madre y al hijo en el nuevo país. Aunque la idea inicial de Katherine era llegar hasta Londres, no era mala idea recuperar aliento y ahorrar algo de dinero en la ciudad belga. Pronto encontraría trabajo como niñera de un par de gemelas hijas de un comerciante de telas que, al igual que ellos, había huido, en su caso con suficiente tiempo de antelación para no verse envuelto en los pogromos previos a la caída del régimen.

Vladimir Petrovich era hijo de uno de aquellos rusos que adquirieron un título nobiliario a golpe de talonario tras casarse con una viuda condesa. Vladimir había sido criado para dirigir los negocios familiares y desde muy pequeño había conocido el mundo junto a su padre. Una vez el problema bélico se reveló inminente, el señor Petrovich no dudó en marcharse con su esposa y su hijo. En la ciudad belga encontraron el perfecto empuje para su comercio y no tardaron en recuperar el patrimonio que habían dejado atrás.

Poco después, Vladimir se casó con la hija de un socio de su padre, una joven belga, bella y delicada que le dio a sus dos hijas. Lamentablemente en el parto la joven enfermó de fiebres puerperales que le causarían la muerte. Desde entonces, la empresa familiar y el cuidado de sus gemelas se habían convertido en toda su vida.

Katherine se adaptó como anillo al dedo a aquella casa. Cuidaba a las gemelas con todo el cariño y si bien, no podía dejar de recordar a sus dos pequeñas al ver a las hijas de Vladimir corretear por la casa, también resultaron ser su mejor terapia.

El pequeño Ilya fue el más beneficiado, que, sin recordar el dolor de la pérdida de sus hermanas por su corta edad, encontró unas verdaderas amigas en las gemelas, con las que crecería y compartiría su juventud.

El afecto que Katherine y Ilya encontraron en la familia Petrovich no se limitaba a Vladimir y las gemelas, Elise y Emma. El viejo señor Petrovich, así como la Condesa, trataban a Katherine, no como a una niñera, si no como a una compatriota a la que querían ayudar honestamente.

Ilya era el centro de ambas casas, llamando abuelos a los condes y recibiendo de ellos un amor sincero comparable con el que procesaban a las

gemelas. Desde muy pequeño Ilya demostró un intelecto agudísimo que no pasó desapercibido para Vladimir. Él mismo le enseñó con apenas cuatro años de edad a tocar el violín, igual que él aprendió de su padre. Cuando tuvo la edad adecuada, Vladimir se ofreció a pagar sus estudios para que pudiera ir al mismo colegio en el que estudiaban las gemelas y que era de lo mejor de la ciudad.

Poco a poco, los duros momentos de la guerra se fueron borrando en ambas familias. Los Petrovich seguían liderando el mercado de las telas en media Europa y Katherine e Ilya habían encontrado una nueva familia entre aquellos rusos que les recibieron como si de su propia sangre se tratase.

A pesar de dejar casi toda la responsabilidad de la crianza de las gemelas a Katherine, Vladimir seguía sacando todo el tiempo que podía para disfrutar de sus hijas y del pequeño Ilya, que se había convertido en el varón que nunca pudo tener. Acompañaba a Katherine en sus paseos por el parque con los tres niños y poco a poco su relación dejó de ser profesional para convertirse en amigos y sin que ninguno de los dos se diera cuenta, algo más.

Nunca se sabrá quien de los dos se enamoró antes, pero fue Vladimir Petrovich quien primero le declaró su amor a una Katherine ruborizada pero deseosa de demostrarle que también ella lo amaba. Así empezaba una nueva etapa en la vida de ambas familias, fundidas en una sola. Ya no había razón para pensar en seguir su viaje hacia Londres. Allí habían encontrado todo lo que habían deseado y sólo el recuerdo de su Igor, nunca olvidado, y de sus pequeñas, empañaban la felicidad de una Katherine que parecía haber rejuvenecido después de tantos sufrimientos.

Ilya seguía progresando en el colegio y pronto demostró grandes dotes para las matemáticas, gracias a las cuales conseguiría una beca para estudiar en la Universidad Libre de Bruselas, donde se graduaría de Matemáticas y Física y donde continuaría su doctorado hasta convertirse en profesor de Fisicoquímica y Física teórica, cargo que no ocuparía mucho tiempo debido al devenir de la guerra mundial que les sacaría de su idílica vida en Bélgica.

Tras dos décadas de felicidad y tranquilidad, la Segunda guerra mundial parecía poner en peligro todo y así fue una vez más para la familia Markof. La rendición del Rey Leopoldo III en mayo de 1940 antes las embestidas nazis,

haría que Bélgica pasara, en tan solo dieciocho días, de país aliado a ser un blanco para los enemigos del eje. Mientras que los nazis hacían la vida imposible a los nuevos súbditos y comerciaban con trabajadores belgas por todo el *Reich*, los aliados se habían propuesto como objetivo militar acabar con puntos estratégicos belgas. Desgraciadamente las campañas de bombardeos aliados sobre el país causaron más bajas civiles que militares y así fue lo que sucedió cuando en abril de 1943 bombardearon los alrededores de Amberes, causando casi un millar de víctimas civiles, entre los que se encontraba toda la familia Petrovich-Markof salvo Ilya. Vladimir y Katherine se encontraban en su mansión junto a las gemelas, Noah, el marido de Elise y el nuevo novio de Emma, la otra gemela. El ruido de los bombarderos atronó los pasillos de la mansión tan fuerte que pudieron sentir el impacto sobre el tejado. Nada se salvo. La Mansión de Vladimir y su esposa Katherine había sido reducida a cenizas y con ella todos los miembros de la familia y del servicio.

Ilya se encontraba dando clase en Bruselas cuando se enteró de la desgraciada noticia. Los aliados habían destruido todo a su paso, sin discernir si eran objetivos militares o civiles. A sus veinticinco años se había quedado completamente solo. Los coletazos de la primera guerra mundial en forma de revolución y guerra civil se había llevado la vida de su padre y de sus hermanas y ahora la segunda guerra mundial había acabado con su madre y con el único hogar que había conocido.

Para cuando Ilya llegó a casa, la mansión no era más que una montaña de escombros. Se tardaron días en recuperar los cadáveres. El Conde Petrovich era el único familiar vivo de Ilya después de esta desgracia y de que la Condesa muriera años antes de una complicación cardiaca. Ambos estaban desolados, pero el Conde, que quería a Ilya como a su verdadero nieto, convenció al joven físico para que abandonara el país y viajará a Nueva York. A él ya no le quedaban fuerzas para una nueva migración, pero sabía que era la mejor elección para el científico.

Así fue como Ilya llegó a Nueva York donde pronto encontraría trabajo en la Universidad de Columbia. Aquellos años fueron tranquilos y fructíferos, haciéndose un nombre en el campo de las estructuras disipativas y la reversibilidad de la entropía. Conocimientos que causaron el interés de un

nuevo departamento de investigación de la CIA. El despliegue de medios y de dinero que le prometieron fue tal, que Ilya no pudo por menos que sopesar dejar su vida académica en pos de un trabajo que parecía que fuera hacer realidad lo que sus ecuaciones ya habían predicho. A principios de los sesenta, ya asentado en Langley, era uno de los padres de un proyecto ultrasecreto que lo mantendría ocupado el resto de su vida activa. Allí conocería a Robert años después, con el que entablaría una amistad que se extendería más allá de sus años de trabajo en común. A pesar de ello, hubo cosas que nunca compartió con Robert y que serían la última contribución de Ilya a la humanidad.

La alerta 365 era la señal que debía poner a todo el departamento en guardia. Robert sabía que debía informarla inmediatamente a Walter, ese era el protocolo. Él sabía que hacer. Sin embargo, los años de amistad con Ilya le habían servido más que para aprender de física. Había aprendido lo que el ser humano era capaz de hacer y no tenía muy claro si el desenlace, una vez Walter conociera la noticia, podría poner en riesgo a unas personas que muy probablemente eran inocentes de cualquier cosa.

Decidió consultarlo con Christine, quien en ese momento estaría durmiendo en su apartamento, tal como la dejó, para regresar a la oficina aquel sábado. Tras aparcar el viejo Mustang que seguía utilizando para ir a la oficina, subió corriendo a despertar a Christine, la cual se despertó sobresaltada ante el nerviosismo del Informático.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la secretaria mientras se incorporaba y se intentaba despertar de su plácido descanso.

—¡Ha aparecido una alerta, la 365! —explicó nervioso a la vez que excitado Robert—. Por fin el algoritmo ha encontrado algo serio y no sé si quiero que Walter se entere todavía —explicó más calmado Robert a una estupefacta Christine.

—Pero cariño, eso es por lo que has trabajado todos estos años, es una recompensa a tu duro esfuerzo —le intentó animar la bella secretaria.

—Eso lo sé, pero no estoy seguro de que pasará con esas personas. ¿Y si las pongo en peligro sin necesidad?

Christine entendió enseguida las reservas de Robert respecto a las acciones que llevaría a cabo la agencia en cuanto se enteraran de la alerta. Secuestro e interrogatorio agresivo eran las primeras palabras que aprendían los agentes una vez salían a campo.

La confusión de Robert se acrecentaba cada vez que recordaba las palabras de su viejo amigo Ilya el día que se retiró de la agencia.

—Bobby, recuerda esto, cuando llegué a saltar la alerta 365, muy posiblemente todo el planeta esté en peligro, nadie se atrevería a ser el primero sin un fin justificable de gran magnitud. En la agencia lo tratarán como si fuera un enemigo, aunque muy posiblemente será uno de nosotros, un sobreviviente, un soñador. Lo torturarán y le harán hablar, así es como ellos entienden la investigación. Muy posiblemente esté en tus manos que eso no suceda, ¡mira en tu interior y no te dejes deslumbrar por las luces de neón! — terminó conminándole Ilya mientras se subía a la autocaravana que había alquilado para dar la vuelta a Estados Unidos, el sueño que quería realizar cuando se retirase.

Al recordar aquellas palabras lo tuvo claro, debía ser él el que investigara la alarma antes de que se enteraran más arriba.

—Christine, me tienes que cubrir, voy a ver que es esa alarma y confirmar si realmente el algoritmo ha encontrado lo que parece indicar. Debo hacerlo o si no... quien sabe cual será el protocolo a seguir por la agencia.

Christine afirmó con un contundente movimiento de cabeza, expresando su apoyo a la decisión de Robert. Mientras ella le preparaba una ligera maleta de viaje, Robert desconectó las notificaciones del algoritmo para la próxima semana y lo dejó en un modo que no levantara sospechas de nada, pero que no permitiera volver a encontrar la misma coincidencia encontrada esa noche. Todos los datos de la alarma los guardó en su portátil y bloqueó la entrada remota al ordenador de su oficina para que la alarma no pudiera ser encontrada por nadie.

—diles que me enfermé, que en un par de días estaré como nuevo, yo creo que el miércoles a más tardar podría estar de vuelta —le indicó un eufórico Robert que ya estaba soñando con su anhelada aventura de espías.

En menos de tres horas desde la alarma, Robert ya estaba volando rumbo a Francia donde no sabía realmente que esperaba encontrar, ni como dirigir su investigación en la dirección correcta.

Capítulo 5

Tras la barra de La *abadía* conversaba el matrimonio que atendía el local, que como sabríamos posteriormente eran los dueños desde que muriera el padre de él, de quien lo heredó, igual que éste lo había heredado del suyo. La familia Abat había sido la dueña del local desde que se abrió al público en el siglo XIX y salvo honrosas excepciones en el mobiliario, parecía mantenerse intacto desde su apertura.

—¡Disculpe! —empecé la conversación dirigiéndome a la alegre cocinera—. Ha dicho usted antes que hacía mucho que no escuchaba el nombre de Yetta. Realmente es un nombre poco común, ¿a quién se refería, si no es inmiscuirme demasiado?

El matrimonio se miró como quien guarda un secreto doloroso del que preferiría no hablar. A pesar de ello, tras unos segundos de silencio, ella terminó contestando.

—Yetta era mi cuñada, la novia de Gabrielle, el hermano de Maurice —explicó señalando a su propio esposo, que seguía con cara de no querer soltar prenda y cuya sonrisa a la hora de atendernos se había esfumado por completo.

—¿Era? —alcancé a preguntar intentando sonsacar algo más de información a la pareja.

—Sí, era —aclaró compungida ella—. Desapareció hace ya unos meses y desde entonces Gabrielle...

—¡Perdió la cabeza, Gabrielle perdió la cabeza! —terminó la frase Maurice claramente consternado, mientras entraba a la cocina dándonos la espalda.

—No hagan caso a mi marido —nos tranquilizó—. Siempre exagera con el tema. Lo cierto es que Gabrielle se obsesionó mucho tras su pérdida. Viene y va sin aclarar que está haciendo y aunque a veces ayuda en el bar, la verdad es que no para mucho en el pueblo.

—Y díganme, ¿acaso ustedes también conocen a una Yetta? —nos preguntó ella cambiando de tema.

Winston salió del paso mucho más natural de lo que yo hubiera sido.

—Sí, mi esposa también se llamaba así.

—¡Qué coincidencia!, por cierto, mi nombre es Cécile —contestó nuevamente risueña la Cocinera.

—Mucho gusto Cécile, yo soy Guillermo y él, Winston —le contesté yo para seguir dándole conversación y de una vez me tiré a la piscina. Sentía que había que descubrir el misterio cuanto antes.

—La verdad es que no estamos tan seguros de que sea una coincidencia —proseguí la conversación ante los ojos atónitos de Winston—. Estamos aquí porque creemos que la esposa de Winston y su cuñada se conocían.

Winston se relajó al ver que no iba a desvelar de golpe la extraña situación, lo que nos hubiera dejado ante los ojos del matrimonio como unos auténticos locos.

—¿Su esposa era francesa? —preguntó Cécile a Winston.

—¡No, era inglesa! —contestó Winston con un tono de duda final, la misma duda que al escucharle me había entrado a mí. A esas alturas no sabíamos muy bien quien era Yetta o dónde había nacido. Quizá no fuera ni de Extremadura como yo creía, ni de Oxford y quién sabe si de *Audes*.

—¡Sería raro que se conocieran! —contestó Cécile—. No recuerdo que Yetta viajara nunca a Inglaterra y nunca mencionó que tuviera una amiga inglesa.

—Tu cuñada, ¿era de aquí del pueblo? —pregunté para saber si ellos si conocían su origen de forma clara.

—No, Yetta llegó al pueblo como maestra de la escuela, pero aún así no tenía secretos conmigo —contestó algo molesta Cécile—. Además, ¿por qué habría de mentir sobre algún viaje a Inglaterra o sobre conocer a otra Yetta?

De hecho sería una anécdota interesante para contar.

A la cocinera no le faltaba razón si todo fuera normal. Sin embargo, si nuestra hipótesis de que todas esas Yettas eran la misma persona era real, tampoco tendría sentido que hablase de otra Yetta como si no fuera ella y cabría esperar que ocultase cualquier relación con zonas donde hubiera estado bajo otra identidad o llevando otra vida. Aún así, esta hipótesis hacía aguas, ya que tal como habíamos descubierto en Oxford, tanto Winston como yo habíamos compartido nuestras vidas con Yetta en las mismas fechas, al menos durante un año y eso sí que no tenía fácil comprensión.

Mientras nos acabábamos nuestra deliciosa tabla de quesos sentados en la barra del bar, Cécile empezó a contarnos más sobre como Gabrielle y Yetta se conocieron.

—Ella era una chica encantadora y enseguida dejó prendado a Gabrielle que, además de ayudar en el bar familiar, solía hacer algunos arreglos de fontanería y albañilería cuando necesitaba un dinero extra. Así se conocieron. El fue contratado para una pequeña remodelación en el colegio al poco de que Yetta se instalara en el pueblo y después de un par de semanas se habían hecho inseparables.

—Dígame, la Yetta de Gabrielle, ¿provocó algún cambio sustancial en la vida de él? —preguntó Winston.

—Ciertamente sí —respondió Cécile—. Gabrielle siempre había sido el díscolo de la familia, ¡y Yetta lo domó fácilmente! —Rio Cécile mientras nos rellenaba las copas de coñac—. ¡A estas invita la casa!

—Lo cierto es que Gabrielle siempre había estado muy alejado del legado familiar —prosiguió su relato—. A diferencia de Maurice, que siempre tuvo a orgullo la contribución de su abuelo y en general de la familia en el devenir del país, a Gabrielle solo le importaba él mismo y eso siempre lo mantuvo alejado de su padre y en cierta medida de Maurice, a pesar de que era quien lo ayudaba a salir de sus aprietos.

—¿A qué legado familiar se refiere, Cécile? —Pregunté extrañado un poco por el comentario.

—Verán ustedes —comenzó la simpática cocinera, que mientras hablaba, mira de reojo a su marido como pidiéndole permiso para continuar con la historia—. A pesar de lo pequeño que es este pueblo, muchas son las historias que se pueden contar de él y en las que las gentes de aquí han contribuido durante la historia francesa. Por su posición geográfica, siempre a sido lugar de paso para inmigrantes, ejércitos y espías y en todas esas circunstancias, algún miembro de la familia Abat ha colaborado.

El abuelo Abat, Simon, solía contar que los Abat habían estado luchando por la libertad desde la Revolución —continuó narrando Cécile, refiriéndose a la Revolución Francesa—. Siempre ayudando a los más necesitados y conspirando contra los enemigos de la patria. No sé si sería cierto que en la Revolución ayudarían, pero lo que si me consta es su papel en la segunda guerra mundial, donde convirtió la *Abadía* en un centro neurálgico de inteligencia y desde donde se planeaban todo tipo de acciones, tanto para sacar a inocentes de las zonas ocupadas, como para atacar a los alemanes.

—¡Que interesante! —exclamé yo—. Habíamos oído que el pueblo había tenido su pasado lleno de espías, pero no esperábamos encontrar a la familia más importante en el asunto.

—Y respecto a Gabrielle, ¿Por qué dice que cambió radicalmente? —preguntó Winston.

—Si, les estaba contando como Yetta influyó en Gabrielle —Encauzó la conversación Cécile—. Lo cierto es que desde que ella entró en su vida, él comenzó a ir por la casa de su padre, ese fue su primer cambio. La casa familiar se encuentra vacía desde que Maurice Padre murió. Hasta ese momento solo mi esposo se acercaba allá. Se había convertido en su santuario particular y cuando necesitaba estar solo, iba allí a organizar las cosas y recuerdos que su padre había dejado. Realmente la casa familiar es hoy en día casi un museo de la historia de *Audes*. En ella se pueden encontrar cualquier tipo de fotografía y documento que atestiguan las aventuras vividas en este pueblo en los últimos cien años, incluidos documentos secretos del grupo de espías organizados por el abuelo, Simon Abat. De repente, Gabrielle empezó a frecuentar la casa y a indagar en todos esos documentos que Maurice con tanto amor había organizado. Aunque en un principio Maurice sintió celos por tener que compartir el legado familiar con su hermano, él cual nunca había hecho

caso a nada de ello, pronto comprendió que en el fondo eso era algo bueno para Gabrielle, al igual que lo era Yetta, que en principio no había caído muy bien a Maurice.

—Los dos hermanos tenían al fin algo en común y en poco tiempo recuperaron la amistad y el cariño que los problemas causados por Gabrielle desde su juventud habían borrado. Maurice le facilitó el conocer todo lo que la casa guardaba y pasaban tardes enteras encerrados analizando recuerdos, mientras Yetta y yo nos divertíamos por nuestra cuenta. ¡Fueron tiempos bonitos! —concluyó una emocionada Cécile que se retiró de la barra enjuagándose las lágrimas.

—¡Mi esposa se emociona por cualquier cosa! —intervino por primera vez en la conversación Maurice, que, aunque con mala cara, había estado escuchando toda la conversación.

—Lamentamos haberle recordado ese dolor a su esposa, ¡se ve que es una mujer excepcional! —trató de disculparse Winston con toda la clase de un *gentleman* inglés.

—No se preocupen y... ¡discúlpeme a mí por mi comportamiento de antes! —continuó Maurice—. Tal como decía Cécile, fueron tiempos bonitos y la desaparición de Yetta acabó con todo de un plumazo. Maurice se encerró nuevamente en sí mismo y se volvió cada vez más huraño. No se si loco, pero poco le falta, ¡estoy seguro!

—¿Dice que Yetta desapareció? —pregunté recordando como mi Yetta se fue un día sin decir nada más.

—Sí, desapareció de la noche a la mañana —Aclaró el Mesonero. Nunca volvimos a saber de ella.

—¿Pero saben si le pasó algo o se fue por decisión propia? —preguntó Winston.

—Dejó sendas notas en el colegio y en casa de Gabrielle, así que entiendo que fue una decisión premeditada —aclaró Maurice—. En el Colegio dejó su renuncia sin más explicación y a Gabrielle una nota que decía que no la

buscara, pero que no olvidara su promesa y que se mantendría en contacto, cosa que no sucedió. Eso fue todo y eso fue el comienzo del distanciamiento de Gabrielle.

—¿A qué promesa se refería? —le pregunté a Maurice.

—No estamos seguros, aunque yo intuyo que tiene que ver con las cosas en las que andaban metidos —aventuró Maurice.

—¿A qué se refiere? —preguntó Winston.

—Digamos que, junto a su curiosidad por el pasado familiar, también había empezado a preocuparse por la política actual y creo que andaban metidos en algún grupo de esos que hacen sentadas frente al congreso y esas cosas —nos sorprendió Maurice con la confesión—. ¡Ella fue la que le metió esos pájaros en la cabeza! y cada dos por tres se iban de viaje a alguna manifestación en París.

—Se veía que era una persona complicada —siguió hablando Maurice refiriéndose a Yetta—. ¡No me mal interpreten!, era una chica muy amable y dulce, pero respecto a Gabrielle... siempre me pareció que le estaba lavando el cerebro con esas cosas, como si quisiera convertirle en otra persona. Aunque es cierto que en principio esa nueva persona era mucho más agradable que mi hermano original —carcajeó Gabrielle—. Disculpen, voy a ver si Cécile se encuentra bien —concluyó la conversación Maurice con un esbozo de sonrisa mientras entraba en la cocina.

Winston y yo nos quedamos allí un rato en silencio, rumiando toda la información que acabábamos de recibir del matrimonio de mesoneros. Los abuelos seguían jugando al dominó y criticando las noticias y la noche se nos estaba echando encima. Había sido un largo día y el cansancio físico y emocional empezaba a hacernos mella tanto a Winston como a mí.

—¡Aquí era donde debíamos llegar y aquí estamos! —empecé a convencer a Winston—. ¡Debemos contarles la verdad! Está claro que hay algo raro en toda esta historia de Gabrielle Abat y creo que es el hilo que debemos seguir.

A regañadientes Winston aceptó descubrirles la razón verdadera por la que

nos encontrábamos en aquel pueblo perdido de la mano de Dios. Y así nos dispusimos a hacerlo cuando el matrimonio volvió de la cocina con una nuevamente sonriente Cécile. Los abuelos, únicos clientes del bar a parte de nosotros, se disponían a marchar. Era la ocasión perfecta para desvelar el misterio que nos había llevado hasta allí sin que ninguno de los dos mesoneros hiciera un escándalo.

—¡Maurice, Cécile! —habéis sido muy amables con nosotros esta noche y creemos que debéis saber la verdad de porque estamos aquí —comencé yo la delicada conversación.

Ambos mesoneros se miraron despistados. Ya era rara la historia de que las Yettas se conociesen como para que la realidad fuera aun peor. Decidí empezar por lo más visual y les acerqué a la barra una de las fotografías que teníamos impresas. En ella aparecían Winston y Yetta en uno de sus tantos viajes. Cécile extendió su mano y tras observarla detenidamente se llevó las manos a la boca exclamando en francés algo que ninguno de los dos comprendimos.

—¿Usted conocía a Yetta? —preguntó una asustada Cécile dirigiéndose a Winston.

—Esa que ves ahí es mi esposa —explicó Winston a unos contrariados Maurice y Cécile.

—¿Yetta es su esposa? —preguntó Maurice—. Pero es usted mucho mayor que ella —argumentó el mesonero un poco extrañado al reparar que en la foto ambos parecían de la misma edad.

Antes de aclararles nada decidí soltarles encima de la barra otra fotografía para que de una vez se enfrentarán a lo extraordinario del asunto.

—¡Ella era mi novia! —les solté sin anestesia—. Y antes de que intenten hacer cálculos les diré que esa foto fue tomada casi un año después de que la esposa de Winston muriera, pero años antes de que Yetta entrará en vuestras vidas, según nos han contado.

La conmoción era evidente. Mientras la pareja miraba la foto de

Carcassonne en la que yo aparecía con una joven Yetta, Winston me miraba como diciéndome que no los presionara tan rápido. Pero era claro que necesitábamos que se pusieran al día y nos contarán todo lo que supieran sobre esa misteriosa promesa hecha por Gabrielle a Yetta.

—Miren —continué la conversación—. Nosotros estamos tan extrañados como ustedes. La verdad es que Winston y yo nos conocimos hace un par de meses de forma fortuita y nos dimos cuenta de que había algo raro en que los dos conociéramos a Yetta pero que hubiera sido en dos periodos de tiempo simultáneos y en ciudades diferentes. Al principio creíamos que era una casualidad: dos personas muy parecidas, que compartían un nombre poco usual. Sin embargo, la cosa se complicó cuando nos fijamos en algunas marcas muy personales que compartían.

—¿Recuerdan que Yetta tuviera alguna marca física?, ¿Tatuajes, cicatrices? —preguntó Winston.

—Bueno, tenía un tatuaje pequeño en el hombro derecho —respondió Cécile.

—¿Una pequeña flor azul? —le pregunté.

Tras un pequeño silencio y una mirada furtiva a su esposo, Cécile contestó afirmativamente meneando la cabeza.

—¿Recuerdan si tenía una cicatriz sobre el ojo izquierdo? —les pregunté para terminar de concretar la descripción de las marcas que la Yetta de Winston y la mía compartían.

La afirmación del matrimonio se completó con la misma descripción que ya conocíamos. Una herida en la finca del abuelo cuando era pequeña era la misma descripción que a todos nos había contado. Maurice no dejaba de mirar las fotografías como si en ellas fuera a encontrar la respuesta que todos andábamos buscando.

El silencio tenso fue roto por el resplandor de los faros de un coche que iluminaron fugazmente el bar y que dadas las altas horas que ya eran extrañaron a la pareja de franceses.

—¡Ve a ver si es Gabrielle! —le gritó Cécile a su marido que ya estaba de camino a la puerta.

—¡No, es un Mini verde!, ¡no lo conozco!, debe ser de algún turista despistado —aclaró Maurice—. Debe dirigirse al canal.

—¿Acaso esperan que Gabrielle llegue hoy? —pregunté animado por lo que podría ser una gran oportunidad de seguir investigando.

—A Gabrielle no se le espera, llega sin aviso y del mismo modo se marcha —sentenció Maurice—. Podría ser que llegue en estos días, de hecho, hace tiempo que no viene. Pero no se hagan ilusiones.

—Dadas las horas que son, ¿tienen decidido quedarse esta noche en el pueblo? —preguntó Cécile.

—La verdad es que no lo habíamos pensado, ¡ni siquiera sabemos si aquí hay algún hotel! —contesté como quien pide información al respecto.

—Cerca del pueblo está el Hostal Magnette, al lado del canal de Berry, seguramente allí se dirigía ese coche —nos indicó Maurice.

—Creo que sería una buena idea ir a descansar —comenté mirando a Winston—. Sin embargo, no queremos perder la oportunidad de investigar más sobre vuestra cuñada. ¿Habría alguna forma de indagar sobre esa promesa que le hizo Gabrielle y sobre su militancia en esos grupos de los que nos hablaban?

—Mañana lunes es nuestro día libre —comentó Maurice—. Y pesábamos descansar en casa de mi padre. Allí tenemos un jardín hermoso donde solemos hacer buenas barbacoas. Si les interesa podemos echar un vistazo a lo último que Gabrielle haya estado husmeando allí, quizá así descubramos donde anda metido.

La amable invitación de Maurice nos sorprendió y desde luego no la íbamos a rechazar. En el peor de los casos descubriríamos esa casa museo y los secretos de la familia Abat.

Nos marchamos directamente por la carretera del canal en busca del hostel que nos habían comentado. No fue difícil de encontrar. Una bonita casa rural bien adecentada que invitaba al turista a quedarse el fin de semana en aquel inhóspito paraje. Delante de la puerta estaba estacionado el Mini verde que un rato antes nos había deslumbrado en el bar. Maurice debía tener razón, algún turista había llegado tarde al canal y parecía que se disponía a pernoctar en el hostel. No hubo problema en encontrar habitación, casi todo el hostel estaba vacío. La habitación era igual de encantadora que la casa en sí misma. Un toque rural mezclado con comodidades modernas hizo nuestro descanso placentero y reparador. Las expectativas del día siguiente eran altas y debíamos descansar si queríamos estar al cien por cien.

Capítulo 6

A la mañana siguiente un contundente desayuno casero nos esperaba en el pequeño comedor del hostel. Una pareja de jubilados era junto a nosotros y al desconocido del Mini verde todos los ocupantes del hostel. Compartiendo el desayuno con la pareja descubrimos que el canal de Berry era más famoso de lo que nosotros pensábamos y que atraía anualmente a un buen número de turistas que, para fortuna de la dueña del hostel, no encontraban otro hospedaje en bastantes kilómetros a la redonda. El *Magnette* se había convertido, como su nombre indicaba, en un buen imán para el turismo, que encontraba en la decoración y en la buena comida, casi más alicientes en la región que en el propio canal y su museo.

Tras pasear un rato por los alrededores del hostel y llegar a conocer el canal de Berry, decidimos poner rumbo a nuestra cita con el matrimonio Abat. A la salida del Museo del canal nos topamos una vez más con el Mini verde que habíamos dejado aparcado una hora antes en el hostel. No era de extrañar que el turista fuera también a esas horas a ver el único punto turístico de la zona.

Con la ayuda de un mapa que Maurice nos habían dibujado en una servilleta del bar, conseguimos llegar a la casa paterna. Los escuetos garabatos del mesonero fueron suficientes para llegar sin titubear entre las angostas calles del pueblo. La casa familiar ubicada en un extremo de la población presentaba una fachada de lo más normal, donde la pintura, maltratada por las lluvias invernales y la falta de mantenimiento, dejaba ver los ladrillos de adobe que databan la construcción en épocas poco recientes.

Cécile nos recibió con la efusividad con la que se recibe a un par de viejos amigos. Una vez dentro de la casa, la austeridad exterior se vio opacada por lo que resultó ser una mansión de enormes proporciones, que, aunque no escondía su deterioro general, dejaba entrever muebles de nobles maderas y espaciosos salones colmados de libros y obras de arte. La vivienda sorprendía por su amplitud frente a la contenida fachada. Un largo pasillo que distribuía innumerables habitaciones a cada lado nos condujo al patio, el cual

parecía trasladarnos a otra localización geográfica. Era increíble que en pleno casco urbano una casa tuviera tan tremendo espacio natural. Un conjunto de no menos de diez higueras nos dio la bienvenida a lo que a todas luces parecía un bosque rodeado de una alta tapia hecha de los mismos ladrillos de adobe que componían la casa. Un poco más allá se divisaban manzanos, cerezos y almendros, que, por la época del año, todavía estaban en flor, asemejando el patio desde la distancia a un hermoso campo nevado. Si los frutales se contaban por decenas, el espacio dedicado a la viña no se quedaba atrás. Las perfectas hileras de vides se alejaban paralelas hasta donde la vista alcanzaba y aun sobraba espacio para que en un lateral se observara una pequeña construcción otrora establo para caballos, cerdos y conejos y que ahora hacía las veces de depósito de todo tipo de enseres en desuso.

Cerca de una gran alberca, que muy posiblemente usaran a modo de piscina los pequeños hermanos Abat, nos esperaba Maurice, preparando la leña que pronto serviría para cocinar un lustroso lomo que en ese momento se encontraba marinando en una secreta salsa familiar.

—¡Bienvenidos a la auténtica *Abadía*! —Nos recibió un sonriente Maurice que recordaba al camarero que nos atendió en primera instancia el día anterior y no tanto al taciturno que nos despidió por la noche.

Cécile se acercó con una gran jarra de sangría y cuatro vasos y repitió la bienvenida.

—Como supondréis, este es el auténtico centro de operaciones de la familia Abat —nos aclaró Maurice—. Aquí es donde se dieron las aventuras de mis antepasados y aquí se escondieron refugiados y espías en cada conflicto bélico en el que Francia ha estado envuelta en los últimos siglos. Ahora os enseño la casa y lo último que ha estado mirando Maurice.

Tras conseguir encender la lumbre para preparar el almuerzo y disfrutar de la rica sangría casera, Maurice nos hizo un tour por la casa. Empezamos por la bodega cuya entrada estaba en el patio. No era una bodega cualquiera. Según se entraba sólo se observaban una amplia bóveda alargada con un par de hileras de cubas muy bien ordenadas apoyadas a lo largo de ambas paredes. Sin embargo, al fondo y oculta detrás de la última cuba, existía una pequeña entrada que daba paso a otra bóveda. Sin embargo, esta vez no eran cubas las

que aparecían alineadas, si no unas cuantas literas que bien podrían dar cobijo a veinte o treinta personas.

—Este era el auténtico valor de la casa —nos explicó Gabrielle—. Aquí es donde pernoctaban los inmigrantes: judíos que lograban escapar de Alemania, niños, mujeres y ancianos, sobretodo. Y algunos republicanos españoles también pasaron por aquí —terminó de explicarnos mirándome a mí.

Una vez dentro de la casa y tras visitar varias estancias, llegamos a la biblioteca principal, lugar donde se escondían los tesoros más importantes del legado Abat. De las paredes colgaban descoloridas fotografías con lo que parecían soldados de la segunda guerra mundial y también algunos retratos familiares. Las estanterías estaban llenas de libros. Sin Embargo, no parecía una biblioteca literaria y es que aquellos libros eran todos manuscritos donde estaban recogidas las mil y una peripecias de los Abat. Principalmente planes de espionaje y la información recabada en ellos por parte del abuelo Simon Abat.

—Esta biblioteca guarda la historia de mi familia —empezó a contar Maurice—. Estos libros fueron escritos por mi abuela y mi abuelo. Ella le ayudaba como secretaria en las reuniones clandestinas, además de cuidar con cariño a todo viajero que pasaba por la bodega.

Maurice nos siguió contando la historia de Simon y Marta Abat, sus abuelos, relatándola a través de un viejo álbum de fotos en las que al parecer había seleccionado las más informativas para mostrar a los posibles visitantes del museo familiar, como nosotros.

Mientras el abuelo se embarcaba en alguna misión para atacar alemanes en los alrededores de París, la casa seguía con su ritmo gracias a la abuela. Los inmigrantes solían llegar en barcas por el canal de Berry. En aquella época todavía tenía una extensión suficiente como para facilitar el transito, pero ya no hacía su función de transporte de mercancías, de modo que los viajes a la sombra de los juncos de sus orillas eran más seguros que por cualquier camino de la región. Desde *Audes*, todavía les quedaba un largo camino hasta llegar a Portugal, destino elegido en la mayoría de los casos. Si la salida de Francia aseguraba el no volver a encontrarse con alemanes, esto no significaba que el

camino mejorara. Con la ayuda de algunos republicanos vascos, los grupos de mujeres, niños y ancianos atravesaban los Pirineos por caminos de pastoreo que solo los lugareños conocían. Pero una vez en España la cosa se ponía peliaguda. Si bien, el riesgo de muerte era más escaso que en Francia, el régimen franquista, partidario de Hitler, no toleraba fácilmente estos viajes de inmigrantes y no se lo ponían nada fácil para llegar a Portugal. Desde allí, muchos emigraron a Estados Unidos a comenzar una nueva vida.

Maurice contaba la historia con mucho orgullo, recalcando la cantidad de vidas que se salvaron gracias a esa casa y a sus abuelos. Pero no sólo de inmigrantes se nutría la historia familiar. Los internamientos en zona alemana para destruir sus recursos: polvorines, alimentos y vehículos, se contaban por docenas y lo mismo se podía decir de las misiones de espionaje que daban la información necesaria para dichas incursiones y para conocer los caminos más seguros para el tránsito hacia la frontera con España. La red de informantes organizada desde la *Abadía* había tenido un gran éxito y una gran repercusión en el devenir de la contienda y no era de extrañar el orgullo de Maurice.

Mientras Maurice Abat se embelesaba contándonos una nueva historia sobre su abuelo, yo andaba husmeando en cada rincón de la biblioteca. Las ventanas de la sala se hallaban ocultas tras gruesas cortinas con la intención de que la luz del sol no dañara los valiosos manuscritos. Alcé una de estas cortinas para situar nuestra posición respecto al pueblo y resultó ser la ventana principal de la casa, la que habíamos visto antes de entrar y desde la cual Cécile nos saludó efusivamente antes de bajar a abrirnos la puerta. Entre los barrotes de una verja forjada a la vieja usanza, se podía observar la plazoleta sobre la que se encontraba la casa. Frente a ella una pequeña capilla presidía la plaza y a su lado la tapia de lo que a todas luces se asemejaba a un viejo convento de clausura. La *abadía* y el convento, frente a frente, seguro que tenían distintas historias que contar de aquellos azarosos años de guerra.

De repente, algo llamó mi atención. Algo que ya había visto pero que no me percaté inmediatamente de que se trataba, tuve que analizar el paisaje unos instantes para darme cuenta de que era lo que me resultaba familiar.

—¡Eh Chicos, venid! —Insté a unos absortos Winston y Maurice—. ¡Ahí abajo está otra vez el Mini del hostal!, ¿No os parece raro?

—¿Crees que nos están siguiendo? —rio Winston.

—Bueno, al fin y al cabo, estamos investigando algo realmente raro —me excusé ante las miradas de incompreensión.

Seguí mirando un rato por un hueco entre las cortinas a la espera de reconocer al conductor del coche y fue entonces cuando no dude que efectivamente nos estaban siguiendo. Apoyado en el costado del mini apareció por un segundo el que parecía el conductor. El personaje no ocultaba lo que parecía ser. Enfundado en una gabardina beige y con gafas de aviador no tenía pinta de tratarse de ningún turista, como por la mañana habíamos asumido al cruzarnos con él en el comedor del hostel y en el museo del canal. Más bien parecía un espía y a todas luces no estaba esperando a entrar a la capilla, así que... ¿qué hacía allí parado? Cuando Winston y Maurice lo observaron tras mi insistencia, sus caras cambiaron rápidamente de semblante. Estaba claro que no era la estampa que uno esperaba ver en aquel pueblecito. Con el calor reinante, el atuendo del desconocido no pasaba desapercibido. Corbata negra bien apretada, traje y gabardina, no era la indumentaria que uno esperaría encontrar en un turista.

La alarma cundió entre todos. Acaso era posible que nos estuvieran siguiendo y si era así, ¿por qué? Maurice rápidamente elaboró un plan para salir de dudas.

—Podemos hacer una cosa para ver si realmente os están siguiendo. Salid de la casa y dirigíos a la derecha, torced en la primera calle que encontréis y corred hasta una pequeña puerta trasera que tiene el patio. veremos que hace el tipo, si os sigue y que hace cuando no os vea. Yo estaré esperando en la puerta.

Dicho y hecho, Winston y yo salimos de la casa haciendo que nos despedíamos de los ocupantes de la misma. Con paso calmado nos fuimos alejando de la casa sin mirar atrás y una vez torcimos la calle, corrimos como alma que lleva el diablo para escondernos nuevamente en el interior del solar, pasando a través de una pequeña puerta bajo la que ambos tuvimos que agacharnos para no golpearlos la cabeza. Una vez traspasamos el umbral vimos que Maurice no estaba exactamente en el patio. Encaramado a la tapia, aguardaba sigilosamente los pasos del presunto espía y antes de que nos

diéramos cuenta de que estaba pasando al otro lado pudimos ver como un atlético Maurice se lanzaba como Superman desde lo alto de la tapia para terminar aterrizando sobre los hombros del desconocido. Si bien la maniobra desestabilizó al hombre de la gabardina, una vez ambos se encontraban en el suelo, no le fue difícil al fornido desconocido deshacerse del mucho más delgado Maurice. Para cuando nosotros volvimos a salir a la calle por la pequeña portezuela, el desconocido ya había reducido a Maurice al que sujetaba contra el suelo por el cuello y amenazaba con el otro puño, mientras este ya estaba gritando pidiendo ayuda.

—¡Tranquilos amigos! —nos gritó mientras nos acercábamos a los dos—. No vengo a hacer daño a nadie. Y soltó el cuello de Maurice subiendo ambas manos en signo de paz, aunque seguía sentado encima del francés, para quien el salto y la caída ya habían sido suficiente emoción para aquel día.

—¿Quién es usted y por qué nos estaba siguiendo? —le grité mientras me acercaba a Maurice intentando zafarlo del desconocido.

—¡Mi nombre es Robert Sinclair, de la CIA! —exclamó mientras sacaba su placa del bolsillo de la gabardina—. Tengo algunas preguntas que hacerles señores Winston Sahr y Guillermo Sánchez —completó la frase dirigiéndose a cada uno de nosotros como si nos conociera perfectamente.

Capítulo 7

No hay nada para confiar en alguien como que te diga que él es la alternativa a la llegada del quinto de caballería y que te está salvando de que te esposen, te torturen y te metan en un avión con destino a algún cuartel de dudosa reputación en un punto desconocido del planeta. No teníamos pruebas de lo que decía y no entendíamos como había llegado allí aquel desconocido que decía ser un agente de la CIA, pero tampoco teníamos muchas alternativas. La falta de ideas sobre lo que allí estaba aconteciendo nos estaba volviendo locos. No sabíamos hacia donde enfocar nuestra investigación y mucho menos como escapar de un auténtico espía.

Robert Sinclair aparentaba ser un tipo duro y desde luego que sabía cuidarse a la vista de como redujo al pobre Maurice. Sin embargo, algo parecía indicar que no era el típico agente de la CIA. Efectivamente, cierto aire de inseguridad se entreveía en sus ademanes y quedó claro una vez que nos contó que no era un agente de campo. El aire de James Bond que él mismo había cultivado a su alrededor se veía eclipsado por la personalidad de empollón informático que era su esencia verdadera. Aún así, tener a la CIA detrás nuestra era algo que nos inquietaba a todos los que estábamos metidos en el asunto en ese momento.

—Tendrá que entender que la pregunta más obvia es, ¿cómo ha llegado hasta aquí, si nosotros mismos no sabíamos de la existencia de este pueblo hasta hace dos días? —inició la conversación un preocupado Winston, al que no le hacía gracia que ningún servicio de inteligencia que no fuera de su madre patria husmeara en sus asuntos.

—Les repito que estoy aquí de forma personal, para evitar que la CIA cometa un error que caiga sobre mi cabeza para toda mi vida. Contestó desafiante un Robert Sinclair al que le molestaban nuestras sospechas.

—Si estuviera venido aquí para matarles ya lo estarían, ¡créanme! —volvió a desafiarnos—. Les estoy protegiendo, así que déjenme que les explique y explíquenme ustedes también algunas cosas.

Ya en el interior de la casa, la llegada de Cécile con café para todos apaciguó los ánimos y pudimos empezar a conocer la razón por la que la CIA estaba detrás nuestra.

—No soy un espía, pero si soy de la CIA y sé el modo de operar que tienen y que les hubiera ocurrido a ustedes en el momento en el que yo hubiera dado la noticia de la alerta que apareció en mi sistema.

Robert Sinclair parecía dispuesto a ser totalmente sincero con nosotros y empezó a contarnos que es lo que hacía para la agencia de información.

—Soy informático, y desde hace más de veinte años trabajo para la CIA en un proyecto ultrasecreto. Al principio simplemente creé para ellos un pequeño algoritmo que buscaba coincidencias en billetes aéreos o en transacciones bancarias a fin de descubrir lo que ellos definían como amistades peligrosas. Siempre pensé que buscaban terroristas o mafiosos que pudieran estar tramando algo, pero hace unos diez años me aclararon un poco más de que se trataba. Alrededor de diez años tardaron en confiarme el secreto de lo que estábamos buscando y evidentemente preferían que el algoritmo funcionara a medias todo ese tiempo a descubrir la verdad a la persona equivocada. Una vez que demostré mi lealtad me abrieron el abanico de información y me presentaron a la otra mitad del equipo, a los que ni siquiera conocía hasta ese momento. Durante esos diez años sólo tuve contacto con mi superior y con mi secretaria, mientras que en la puerta de al lado otro grupo de trabajo complementaba de cierto modo lo que yo hacía. Mejor dicho, yo complementaba lo que hacían ellos.

Robert continuó su historia mientras tomábamos aquel café tan delicioso preparado por Cécile.

—Cuando el flujo de información se hizo bidireccional entre ambos departamentos del proyecto, el algoritmo creció exponencialmente y empezó a dar fruto. Hasta entonces había sido poco eficaz en encontrar esas amistades peligrosas, aunque para desgracia de algunos compañeros, si había descubierto más de un amorío extramatrimonial entre ciertos jefes y sus secretarias, por ejemplo —explicó pícaro el agente—. Sin embargo, nunca hasta la pasada noche se activó la Alerta 365. Esa es la que toda mi vida había esperado. Por fin una coincidencia parecía suficientemente sólida para que

todo el mecanismo de investigación subsiguiente se activará.

—Ok, entiendo lo que dices, pero porque está usted aquí en vez de un grupo operativo —le pregunté yo, que después de haber estado años en frentes de guerra sabía algo del modo de actuar de los servicios secretos.

—¡Por lo que os he dicho! Tenía miedo de que fuera un error y ustedes salieran heridos. Uno como informático nunca se imagina que su software pueda herir a nadie, pero en este caso había muchas posibilidades. Dentro de la CIA las ordenes son acatadas sin preguntarse las consecuencias y los altos mandos no se andan con chiquitas. Os aseguro que si hace dos días yo hubiera dado la noticia de la alerta 365, en este momento no sería yo el que les estaría hablando, si no los que usted bien supone, un grupo de intervención con bastantes malas pulgas. Los resultados del algoritmo no hay forma de validarlos y como esta era la primera vez que saltaba la alarma, me entraron dudas sobre su verosimilitud. Si activaba la alarma y avisaba a mi superior mandarían un grupo de intervención rápida por ustedes y básicamente les secuestrarían hasta encontrar las respuestas que esperaban. Yo quise venir y comprobar *in situ* quienes eran y que sabían. Mi secretaria me está cubriendo y la alarma está oculta para que nadie pueda sospechar que se ha activado.

—Suponiendo que nos está diciendo la verdad... ¿por qué la alarma saltó?
—pregunté para ir avanzando en el misterio.

—Básicamente la alarma salto al encontrar varias coincidencias entre ustedes dos. La primera coincidencia fue su encuentro en un pub inglés llamado *The Head of the River* —explicó el agente leyendo sus notas de una pequeña libreta negra—. Evidentemente que dos personas coincidan en un pub no tiene nada de especial, simplemente fue el primer dato que tomó el algoritmo. Un segundo encuentro en el pub sirvió para seguirles la pista, aunque todavía no había ninguna alarma, claro está.

—¡Un momento!, mucha gente va a ese Pub, que tenemos nosotros de especial —preguntó Winston—. Y aparte, la primera vez que nos vimos en el Pub ni siquiera estábamos juntos, simplemente nos conocimos allí. Casi no hablamos, ¿como nos pudieron grabar?

—¡No, no, el algoritmo no es intrusivo a ese nivel! Nadie les grabó —

explicó Robert Sinclair—. La confirmación de su presencia allí se produjo porque ambos pagaron con sus tarjetas de crédito y eso es lo que el algoritmo reportó y guardó para comparar más tarde. Ese dato simplemente nos permite saber que coincidieron en el mismo sitio y a la misma hora. Y es cierto, no sería raro que dos personas coincidan en el mismo Pub dos días seguidos, y menos en una ciudad como Oxford donde hay tanto turista y es relativamente pequeña. La alerta saltó con otros dos pagos realizados por ustedes: Billetes de avión a *Carcassonne*, Francia, en la misma fecha y lo que desató la alerta 365, billetes de tren hasta Moulins. Esos cuatro pagos iniciaron la alarma y el algoritmo inició un proceso de búsqueda de otras coincidencias, ahora si usando toda información que en internet se puede recabar de una persona: Twitter, Facebook y otros servicios sociales son una mina para este tipo de investigaciones y pronto halló lo que estaba buscando, ustedes no tenían ninguna relación y de repente eran inseparables y con un nexo único.

—¡Yetta!, Yetta es lo único que nos une al profesor y a mí —interrumpí al agente Sinclair.

—Efectivamente —corroboró Robert Sinclair—. Yetta es una palabra rara y fue fácil asociarla con el nombre de pila de una persona. En su caso profesor, las fotos y referencias a su esposa están por todas partes. Incluso en la dedicatoria de alguno de sus libros. En el caso de Guillermo la cosa fue más difícil, no hay mucha información social suya, supongo que por su trabajo de investigación se sabe guardar las espaldas. Sin embargo, el algoritmo encontró algunos mails a un amigo del colegio en los que hacía referencia a que había conocido a una chica llamada Yetta.

—Me parece extraño que con esa información se pueda suponer que hay algo raro en nuestra amistad —sentencie a fin de que el agente nos explicara más sobre el algoritmo.

—Miren, el algoritmo coteja muchos datos y básicamente se basa en la famosa ley del sexto grado, ¿saben de lo que hablo?, ¿verdad? —pregunto el agente Sinclair.

—Es eso de que todos nos conocemos con todos a través de como máximo seis personas, ¿no? —Alcanzó a explicar Cécile, quien seguía la conversación con verdadera fascinación. Aquella era la mayor aventura que había vivido en

su vida, aunque solo fueran una serie de conversaciones, era realmente intrigante todo lo que había pasado desde la noche anterior.

—Exacto, esa es la idea de los seis grados —siguió explicando Robert Sinclair—. Y ustedes dos saltaron de esos seis grados, que son los normales entre la mayoría de las personas, a grado uno, por lo cual de repente el algoritmo interpretó que Yetta era su nexa directa.

—Ahora que saben porque estoy aquí, ¿que tal si ustedes me explican realmente como se conocieron y que hacen aquí! —nos pidió Robert sacando nuevamente su pequeña libreta negra.

La historia de nuestra amistad reflejaba perfectamente el rastro dejado por nuestras tarjetas de crédito. Tal como ya sabía el agente Sinclair nos conocimos en el pub *The Head of the River* y a partir de ahí le explicamos nuestras andanzas en busca de una explicación a lo que el mismo algoritmo había catalogado como una coincidencia extraña. Era verdad, algo extraño había en nuestra coincidente relación con Yetta, pero la cosa se complicaba al contarle porque estábamos en *Aude* y que es lo que habíamos encontrado allí. Si bien, hasta donde Robert Sinclair sabía, existían dos Yettas con una conexión que se nos escapaba, la existencia de una tercera Yetta en ese pueblito francés nos había descolocado, pero no así a el agente que simplemente se limitó a asentir y a extraer un pequeño computador de su maletín.

—Este hallazgo es de lo más interesante, veamos que nos dice el algoritmo cuando introduzcamos la variable *Aude* a la ecuación —explicó el agente mientras tecleaba rápidamente en su ordenador.

En la pantalla del portátil pronto apareció el logotipo de la CIA y tras introducir un usuario y una clave la pantalla se convirtió en una de esas indescifrables colecciones de frases y símbolos que solo un hacker entendería.

—Estoy accediendo a mi ordenador central en Langley para entrar en el algoritmo —fue explicando Robert.

Tras unos minutos la ecuación se había actualizado y como era de esperar una tercera Yetta aparecía en juego.

—Novia o algo así de Gabrielle Abat, militante política, padre desconocido, madre desconocida, sin fecha ni lugar de nacimiento. Es como un fantasma. Sólo hay datos de su paso por la Universidad de Salamanca y por la Universidad de Oxford. Es como si hubiera borrado su pasado y se hubiera creado sólo perfiles académicos. Y su pista desaparece hace unos ocho meses. A partir de esa fecha es como si no existiera. Amén de que apareceré su defunción en Oxford —comentó Robert mientras nos hacía un sucinto perfil de Yetta—. Entonces su viaje a Francia fue en busca de pistas para entender quien es Yetta, ¿verdad?

—Al final tenemos más dudas que cuando empezamos —aclaré yo.

Winston llevaba un rato en silencio, paseando de lado a lado de la habitación con la mirada fija en el suelo. Algo le perturbaba en toda esa historia de la CIA.

—Hay algo que no comprendo, señor Sinclair. Usted digo antes que el algoritmo era para detectar amistades peligrosas —comenzó a preguntar Winston—. ¿Donde encajamos nosotros en esa definición?, ¿o a caso era mi mujer la peligrosa? —concluyó el profesor con tono de enojo.

—Supongo que para que todos entendamos bien esta situación deben conocer toda la verdad..., pero prometan que esto no saldrá de aquí. Vine a protegerles y darles esta información me pone en peligro a mí —afirmó misterioso el agente de la CIA.

—A estas alturas, o confiamos todos en todos o nos vamos a quedar aquí encerrados para siempre sin saber que hacer —zanjé yo el tema—. Está claro que sabes algo que nosotros no y supongo que es la explicación de todo esto.

—Bueno, lo que por mi parte puedo aportar no es toda la explicación. Por ejemplo, no sé que hacen aquí o que esperaban encontrar. Pero si puedo dar algo de luz respecto al tema de las distintas Yettas, si bien, tampoco puedo arrogar conocimiento respecto a quien era ella en concreto. Creo que para empezar debería aclararles un poco más donde es que trabajo.

El aura de misterio que le había imprimido el agente al inicio de su relato nos dejó a todos expectantes y no era para menos, como muy pronto

entenderíamos.

—Verán, les he dicho que soy un informático de la CIA, pero ni si quiera les he dicho como se llama nuestro departamento —inició su explicación el agente Sinclair—. El departamento para el que trabajo se encuentra dentro de los que se denomina de investigación y desarrollo, no somos de intervención, ni nada parecido, y suelen tener partes más teóricas y otras más prácticas. En nuestro caso, la parte teórica y práctica la realizan mis compañeros de al lado, mientras que yo, soy una especie de soporte para la búsqueda de esas anomalías que les he comentado. Todos formamos parte del Departamento de estudio de anomalías espacio-temporales.

Un silencio denso se hizo al escuchar esas palabras. Ninguno entendíamos muy bien que significaban, pero eran palabras que a todos nos sonaron muy rimbombantes, además de referirnos de inmediato a la ciencia ficción. Esta última apreciación no era del todo alegada de la realidad, ya que la historia que esos días estábamos viviendo parecía más ficción que cualquier otra cosa a la que ninguno de nosotros se hubiera enfrentado jamás.

—¿Quiere decir que mi esposa era una anomalía espacio-temporal? —preguntó con indignación Winston.

—Lo cierto es que sí, Doctor Sahr —respondió lo más educadamente que pudo el agente Sinclair.

—¿Cómo se atreve?, ¡James Bond de pacotilla!, no sabe de quien esta hablando... ¡era mi esposa! —increpó Winston con los ojos encolerizados y harto ya de tanto misterio—. Viene aquí con su aire de agente secreto y no es más que un informático, ¿Por qué deberíamos creerle ni una sola palabra de lo que dice?

—¡Winston! —le grité para que se calmara—. Tu y yo llevamos meses rumiando este misterio, este fin de semana ha sido largo y estamos cansados... pero no nos vendrá mal las ideas que nos den, sean ciertas o no. ¡Déjale continuar!

—No era mi intención ofenderle, de verdad —se excusó el agente y prosiguió con su explicación—. La razón por la que el algoritmo dio la alarma

es porque consideró que todas sus Yettas son la misma persona y como bien saben eso es poco probable si tenemos en cuenta las fechas en las que cada uno de ustedes tuvo relación con ella. Ese es el tipo de anomalías a las que me refería.

—Hasta ahí habíamos llegado nosotros solos —le contesté esperando una explicación a la anomalía y no una confirmación de lo extraordinario de la situación—. La pregunta es ¿cómo se puede explicar eso?

—Bueno, como les acabo de contar, la otra mitad del departamento se encarga de la teoría y la práctica que pueden explicarlo. Pero tendrán que creer lo que les voy a contar.

—Ellos son los que provocan las anomalías, ¿verdad? eso es lo que nos quiere decir. Ellos pusieron a cada Yetta en nuestras vidas —concluí tras analizar lo que nos estaba contando.

Quizá no todo estaba claro, pero eso podía explicar las dudas que el pobre Winston albergaba sobre su matrimonio. Yetta había sido enviada por alguna razón a nuestras vidas y con ello, nuestras vidas no parecían nada más que mentiras inventadas por el gobierno de Estados Unidos por alguna razón que no alcanzábamos a entender.

—No exactamente, de hecho, no creo que ellos conozcan a Yetta... a día de hoy. Yo por lo menos no la conozco, no aparece en ninguna base de datos y no sé quien es, como les dije antes.

—¿Qué quiere decir con eso de a día de hoy? —pregunto todavía molesto Winston—. ¿Acaso Yetta vino del Futuro?

—Eso es exactamente lo que les estaba intentado decir. Creo que Yetta es una viajera temporal.

Cualquier estupefacción previa no podía compararse con la que en ese instante sentimos todos en aquel salón de la vieja mansión Abat. Un desconocido acababa de venir a buscarnos para explicarnos que el viaje en el

tiempo existía y lo que era peor, que un ser querido para cada uno de nosotros, resultaba ser el mismo y que venía del futuro. No había forma de creerlo, pero tanto Winston como yo sabíamos que las coincidencias no podían explicar todo, mientras que esta nueva teoría sí lo hacía a la perfección o casi, a pesar de ser una auténtica locura.

—Supongo que tendrán más preguntas ahora que antes —nos sacó el agente Sinclair del ensimismamiento colectivo en el que nos encontrábamos.

—Si eso fuera cierto..., y no digo que me lo crea —empezó a divagar Winston—. ¿Cómo explicaría eso que William y yo hubiéramos compartido un año con nuestras Yettas a la vez?

—Además no eran de la misma edad cuando convivimos con ellas —completé yo la incoherencia expuesta por Winston.

—Bueno, aunque parezca mentira sería bastante fácil pensar en una solución para esa paradoja temporal. Cuando jugamos con el tiempo muchas cosas que parecen imposibles se vuelven posibles. Pero creo que se están desviando de lo que realmente importa: ¿por qué viajó al pasado?

—Estas dando por supuesto algo que parece improbable a día de hoy —intervino Cécile, que seguía la conversación con más atención que nadie.

—Creo que no han entendido del todo la situación —respondió en tono condescendiente Robert Sinclair—. Cuando os digo que la otra mitad del departamento se dedican a la teoría y a la práctica..., quiero decir que son ellos los que están intentando crear la máquina que permitirá el viaje en el tiempo. A mí simplemente me contrataron para descubrir si van a tener éxito. Para descubrir indicios de que en unos años o unas décadas el proyecto terminará funcionando. ¿Lo entienden ahora?

—La alerta 365 significa que el algoritmo ha encontrado al primer viajero del futuro y por lo extraño de la situación no dudo que ha acertado —nos explicó con una sonrisa de satisfacción el padre del algoritmo—. Yo le puse el nombre, ¡como es una cuestión de diferencia de años, le puse ese número haciendo referencia a una anomalía a nivel anual! —explicó el informático con la misma cara de tonto que un padre pone al ver a su hijo hacer monerías.

La explicación dada por el agente no estaba carente de lógica. Para un proyecto de tan gran magnitud no era de extrañar que hubieran intentado conseguir una especie de control positivo. En este caso el control que daba por bueno el dinero gastado y la dirección del proyecto era descubrir que en el futuro se conseguía realizar el tan ansiado viaje en el tiempo y eso sólo se podía saber si desde el futuro viajaban a nuestro presente y el viajero era encontrado.

Si las coincidencias que nosotros habíamos encontrado en nuestras historias con Yetta eran debidas a que ella era la primera viajera en el tiempo, muchas de las incongruencias podían explicarse. Sin embargo, no era fácil aceptar que ella fuera algo puesto allí a propósito. Si bien para mí era una sorpresa desagradable pensar que podía haber sido manipulado por una agente de la CIA proveniente del futuro, aun peor se sentía Winston, para quien la noticia definitivamente le hacía dudar de la veracidad de todo su matrimonio y de gran parte de su vida. Era un duro golpe, que, aun siendo cierto, necesitaba una explicación al porqué y de qué modo sucedió. ¿Yetta sólo estaba haciendo su trabajo o realmente se enamoró? ¿Éramos nosotros peones de un plan de la CIA o quizá el plan se torció y vivimos un amor real con nuestras Yetta?

—¿Y ahora qué? —preguntó un Maurice con cara de no haber entendido la mitad de lo que se había contado—. ¿Qué se supone que debemos esperar ahora?

—Quizá Gabrielle tenga alguna respuesta —trató de alentarnos Cécile.

No era una mala suposición. El escueto informe sobre la vida francesa de Yetta leído por Robert Sinclair coincidía con lo que Maurice y ella nos habían contado el día anterior sobre Gabrielle. Según ellos, Yetta había metido a Gabrielle en temas políticos y quizá esa era una de las claves de su misión al pasado. Sin embargo, teníamos un problema. Tal como Maurice y Cécile nos habían comentado el día anterior, Gabrielle se había convertido en un nómada que sólo aparecía de vez en cuando y sin fecha definida por la casa paterna. No teníamos forma de localizarlo a no ser que rastreáramos al grupo político

al que pertenecía, del cual no teníamos apenas información.

—Agente Sinclair, ¿en su base de datos hay algún dato sobre el grupo político al que pertenecía Yetta? —Indagué esperando tener una solución al callejón sin salida en el que parecíamos estar.

—Se hacen llamar los Libertarios, pero no hay mucha información que en este momento sea relevante —nos explicó el agente de la CIA echando un vistazo a la pantalla de su portátil—. Los datos con los que contamos en la actualidad hacen suponer que es un grupo pacífico, sin más intenciones que las de aparecer en sentadas y manifestaciones pro-derechos humanos y anticapitalistas. Dicen que son los herederos de los auténticos anarquistas que desaparecieron en el siglo XIX aquí en Francia, después de que se prohibiera tal ideología. Pero con estos grupos nunca se sabe. Hasta que no dan un disgusto no se les tiene en el punto de mira y quizá estén planeando algo y no sabemos nada.

—¿Alguna dirección donde poder buscar? —pregunté.

—Tienen su sede en París, quizá allí puedan encontrar a Gabrielle —nos confirmó Sinclair mientras anotaba la dirección en una hoja arrancada de su libreta.

No había vuelta atrás para Winston y para mí. Habíamos llegado muy lejos y después de la aparición del agente Sinclair estaba claro que estábamos embarcados en una aventura a la que no podíamos dar la espalda. Después de meses absorto por un trabajo en el que no levantaba cabeza. La historia de Yetta había vuelto a encender en mí la llama de la investigación que todo buen periodista debe tener. Viajar a París en busca de Gabrielle Abat no era una locura, era lo que mi intuición me pedía a gritos. En ese momento ya no importaba el trabajo, ni estar detrás de un fantasma del pasado. La necesidad de encontrar una explicación a todo aquello había transcendido la necesidad de conectarme con aquel pasado maravilloso de mi juventud que era Yetta, que, sin querer admitirlo, había sido la primera razón por la que me abalancé sobre Winston aquel primer día en Oxford. Había pasado mucho tiempo desde que no recordaba mis andanzas con ella y la casualidad no sólo me acercó a algo tan desconcertante como la historia en la que estábamos metidos, más allá de eso, me había reconciliado con mis recuerdos de juventud. Quizá en

cualquier otro momento, como en los años que pasé en zona de guerra, donde la separación entre la vida y la muerte se difumina con el ruido de los morteros, el recuerdo de Yetta no me habría sido tan necesario. Sin embargo, la monotonía a la que mi jefe me había obligado a adaptarme en mi nuevo puesto de bloguero viajero había sembrado en mí la semilla que ahora floecía en una incontrolable alegría ante esta disparatada aventura en busca de una explicación para lo inexplicable. El viaje a Oxford había terminado siendo un auténtico revulsivo para mi alma. En los últimos dos meses había vuelto a sonreír los lunes por la mañana, en los que encontrarme con la realidad había dejado de ser sinónimo de tedio y hastío por la situación laboral y se habían convertido nuevamente en una fiesta, en la que poder tomar el primer café de la mañana con mis compañeros volvía a ser un ritual de sanación como lo había sido en los primeros años en la redacción.

En este momento me importaba poco lo que opinara mi jefe y las razones por las que le habían obligado a mandarme a ese puesto. Y menos aún haberle tocado los huevos a alguien que, a fin de cuentas, era la razón fundamental para mi destierro. Este estado de ánimo era lo que necesitaba para estar dispuesto a dejarlo todo, pero a la vez para destapar la mano negra que andaba ahogando mi carrera desde la sombra. Estaba decidido, después de terminar esta aventura volvería a la carga con la investigación que mi jefe me prohibió y ya veríamos lo que pasaba.

Mientras yo sonreía como un bobo ensimismado en mis planes futuros, mientras me terminada la enésima taza de café de aquella extraña mañana, el agente Sinclair nos tenía preparada una última sorpresa.

—Señor Sinclair, ahora que ya ha comprobado que no somos terroristas, ¿qué espera hacer con la información sobre su alerta 365? —preguntó Winston que ya se había adelantado a los acontecimientos y había pensado hábilmente que en algún momento el agente de la CIA tendría que comunicar a sus superiores nuestra existencia.

—Por favor, llámenme Robert —Inició amigablemente el agente, al que todo aquello también la había servido, igual que a mí, para salir de su rutina —. Si lo dice por el protocolo a seguir... efectivamente, debo comunicárselo a mi superior y eso tendrá consecuencias en su investigación. Dejé a mi secretaria encargada de cubrirme y le dije que no tardaría más que un par de

días. Pero creo que eso no será suficiente para darles margen de maniobra a ustedes. Deben encontrar al señor Abat y averiguar todo lo que puedan sobre ese grupo de los Libertarios, quizá así puedan defenderse en caso de una intervención por parte de la CIA. Si demuestran que ustedes no son peligrosos y ellos si, se centrarán en seguir esa línea de investigación y les dejarán en paz. En todo caso intentaré tardar un par de días más en dar la noticia a mi jefe, porque tienen a otra persona a la que buscar.

Este último anuncio nos desconcertó a todos. ¿Acaso se refería a la propia Yetta, o es que su algoritmo había encontrado una nueva pieza del rompecabezas?

—Verán, con toda la información que aquí he recabado puse a andar al algoritmo nuevamente en busca de más piezas que unir y acaba de dar una nueva alerta. Ustedes cuatro han pasado de no conocer de nada a cierta persona a tener un nexo más o menos cercano con ella.

—¿Quieres decir que ha encontrado a una nueva Yetta?, ¿verdad? —preguntó un agudo Winston.

—¡Efectivamente! —confirmo Robert—. Parece que Yetta tuvo relación con alguien en Madrid hace ya algunos años, una tal Julia Navarrete.

—¿Julia Navarrete?, ese nombre me suena —comenté yo de inmediato.

—Bueno, parece que es compañera de profesión suya, quizá por eso le suene —confirmó Robert—. Licenciada por la Complutense en comunicación y periodismo en 1991. Trabajó durante muchos años de corresponsal en Nueva York para un periódico pequeño de Madrid, desde donde la contrataron como jefa de prensa de un grupo importante internacional. Pero hay algo raro —continuó contando el agente, concentrado en la pantalla de su portátil—. No entiendo, parece que desde su contratación se le pierde la pista profesional. En vez de mejorar su estatus con esa importante contratación parece que desapareció de la faz de la tierra. Como si se la hubiera tragado un volcán.

—Eso no tiene mucho sentido, déjame ver, ¿tienes alguna foto? —pregunté mientras me inclinaba sobre la pantalla.

—Aquí aparece su última foto publicada en internet. Es de su contratación, en una rueda de prensa de hace unos años. Parece que se anunció a bombo y platillo en los medios nacionales españoles y sin embargo no hay más noticias posteriores a ello.

—A esta mujer yo la conozco, me suena su cara, igual que su nombre, pero no acabo de situarla.

—¡Quizá buscando a algún familiar... Vamos a ver que pasa! —continuó investigando Robert.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los pies en el momento que recordé porque me sonaba la susodicha Julia Navarrete. No, no era bueno que Yetta estuviera relacionada con ella y tampoco era bueno que yo lo estuviera. Bastantes problemas profesionales tenía ya como para permitirme el lujo de codearme con los enemigos del poder.

—¡Ya recuerdo de que me suena su nombre! —alcancé a decir entre dientes—. Mi jefe me habló de ella el día que me sacó de mi puesto de redactor para colocarme como bloguero de turismo. ¡Esa mujer no desapareció por su voluntad, le obligaron a desaparecer!

—¿Quieres decir que la asesinaron?

—No, realmente no. Aunque lo intentaron, fue lo suficientemente lista como para desaparecer sin dejar rastro antes de que eso sucediera. Mi jefe me contó su historia aquel día para apaciguar mi ira por la destitución obligada.

Según les iba contando la historia, no podía quitarme esa sensación de mal cuerpo que se me había quedado al reconocer a Julia. Al parecer había metido las narices donde no tenía que hacerlo y había enfadado o, mejor dicho, puesto en jaque a quien no debía. Yo en esa época estaba caminando sus mismos pasos y sólo la intervención de mi jefe había evitado un desenlace similar.

—¿No querrás ser otro Caso Navarrete? —Me había preguntado Alberto, mi redactor jefe, mientras lanzaba un dossier arrugado sobre su escritorio—. Eso es lo que les pasa a los que no siguen la reglas. Esto no es *El Planeta de Clark Kent*, olvida tu espíritu romántico. Somos parte de un conglomerado que

debe demasiados favores y que pertenece a quien no debería. ¡Informa de lo que te pido o tendrás que buscarte un adosado muy pronto, y no me refiero a un chalet, hablo de un nicho en el cementerio de tu pueblo!

La contratación de Julia por aquella transnacional simplemente había sido una tapadera para alejarla de Nueva York y para tenerla más cerca a fin de manipularla. En cuanto demostró ser difícil de controlar, le pusieron precio a su cabeza y las presiones internas, incluidas extorsiones y amenazas a su familia, terminaron por hacerla desaparecer. El propio grupo empresarial se encargó de emborronar la desaparición, eliminando todo recuerdo de su paso por la empresa. En poco tiempo Julia Navarrete se había convertido en un fantasma, difícil de saber si su existencia había sido verídica o formaba parte de una leyenda urbana. Mi jefe juraba que seguía investigando y que había escrito varios artículos bajo un seudónimo y quizá algún libro estaba de camino con la información necesaria para lavar su nombre y devolverla al mundo de los vivos.

Si todo este lío tenía que ver con los poderes fácticos que habían fulminado a Julia, estábamos en grave peligro. Sin embargo, ella era ahora nuestro nuevo punto de interés y parecía claro que encontrarla podría dar más luz que el mismo Gabrielle.

—Creo que es prioritario encontrar a esa mujer —señaló Winston, como si me hubiera leído la mente—. Está claro que esa historia ya es un misterio por si sola y puede que nos ayude a comprender porque Yetta hizo... “sus viajes”. Quizá tenga que ver con algún tipo de aviso. Eso explicaría que esa Julia Navarrete salvara la vida. Quizá Yetta le trajo información del futuro.

—¡Claro, eso es, nos quería avisar de algo! —exclamé excitado ante esa nueva perspectiva.

—Pero... ¿por qué montar todo este plan y no avisar abiertamente?

—Quizá haya algo en el viaje en el tiempo que no sabemos y que impide cambiarlo, como sucede en las películas —era lo único que se me ocurría, y no en vano me sentía dentro de una película de Hollywood tras esos días tan colmados de emociones.

El fin de semana había empezado repleto de sentimientos y acción desde nuestra llegada a *Carcassonne*. La sola presencia de Winston me hacía sentir cerca de nuevo de mi amada Yetta y a la vez inmerso en un universo paralelo, donde la magia tenía cabida y todo podía suceder. Recorrer los pasos que ambos habíamos compartido con nuestras Yettas había sido una buena medicina para nuestros corazones, más si cabe para Winston, a quien el peso de la soledad, tras una vida casi completa al lado de su amada, se le notaba en cada arruga de su ceño y en esa melancolía que exhalaban sus ojos. No debía ser fácil acostumbrarse a la soledad, y esta aventura, recordatorio continuo de su anterior vida, tampoco debía ser tan emocionante como a mí me lo parecía. Si a eso le sumamos sus dudas sobre su matrimonio, la sensación de estar en una nube, que ambos teníamos, se tornaba para Winston en un desgarramiento brutal de su pasado y sus sentimientos.

Lo descubierto en la *Abadía* y con nuestro nuevo amigo, el agente Sinclair, había dado un giro completo a nuestra aventura. Ya no era más la búsqueda de un recuerdo común por parte de dos desconocidos. Había algo más oscuro y peligroso en todo aquello. Si bien desde la perspectiva de Winston no hubiera sido difícil desfallecer y volver a la rutina diaria de su vida en Oxford, yo como periodista e investigador no podía dejar de lado lo extraordinario de la situación. La aventura ya había trascendido lo personal y se había convertido en un asunto de ética periodística.

—¡Creo que todo está claro ahora! —Inquirió Robert mientras iba guardando su portátil dejando clara su despedida—. Distraré a mi jefe un par de días para que podáis encontrar a Julia Navarrete y a Gabrielle Abat, es lo máximo que puedo hacer por vosotros. Después de eso tendréis a los sabuesos tras vuestros pasos.

Tras la partida del agente Sinclair la casa quedó en silencio. Un silencio mortecino, como cuando se dan malas noticias. Todos teníamos claro que algo malo estaba pasando e incluso, aunque cuando la actitud de Maurice y Cécile era distante al respecto y estaba claro que no querían involucrarse, se notaba en sus semblantes el nerviosismo por la suerte que podría correr Gabrielle.

Era hora de volver a la carretera, de buscar nuevas pistas. Al contrario de lo que yo había supuesto, Winston no dudó en el paso que debíamos de seguir y el mismo propuso que fuéramos directamente a Madrid a hablar con mi jefe,

al fin y al cabo, él era el único que nos podía acercar a Julia Navarrete.

Capítulo 8

Robert Sinclair no tardó en poner rumbo a París, desde donde tomaría su avión de vuelta a Langley. En el rápido Mini Cooper pudo disfrutar de las carreteras francesas y de la tranquilidad de sus campos. Hubiera sido una auténtica delicia de paseo si no fuera porque sabía que esa aparente calma sólo era la que precedería a la tempestad. En cuanto informara de la alerta 365 todo se volvería caótico y sólo esperaba que su pequeña investigación y el retraso en el anuncio de la alarma no le salpicaran. Confiaba ciegamente en que Christine habría guardado adecuadamente el secreto y en que su ausencia no hubiera levantado sospechas. Lamentablemente ese no había sido el caso.

La mañana del lunes inició como cualquier otra semana en las oficinas de Langley. Christine decidió llegar antes de lo normal. De ese modo, si alguien preguntaba por Robert, ella estaría allí para poner en marcha la coartada. Tras tomarse el primer café de la mañana y poner en orden los papeles que quedaron en su mesa la semana anterior, todo parecía tranquilo. De hecho, nadie había entrado a la oficina, ni si quiera para saludar o buscar a Robert para ir a tomar un café. Mientras ese pensamiento de tranquilidad absoluta pasaba por la mente de la secretaria irrumpió en la oficina una de las visitas que últimamente se habían convertido en cotidiana.

Thomas Smith era un joven recluta que había entrado en el departamento hacía poco tiempo. Un estudiante de física sobresaliente y sabelotodo que rápidamente fue reclutado para trabajar en el proyecto. Tal había sido su desempeño y dedicación que con él no tuvieron que esperar mucho para desvelarle todos los secretos del departamento. Una vez enterado de la verdad y a diferencia de la reacción de Robert, Thomas se había vuelto más comprometido si cabe, llegando a ser más inquisitivo que el propio Walter Scott, quien lo protegía más que a cualquiera y que veía en su vehemente actitud un seguro de lealtad.

Thomas se había hecho un asiduo a la oficina de Robert. Si bien, una de las razones era su interés en la informática y por el trabajo de Sinclair, más cierto era que sentía verdadera fascinación por la callada secretaria de este.

Pareciera que únicamente él había descubierto, tras el velo de niña recatada, el verdadero espíritu indomable que solamente era capaz de mostrar en la intimidad con Robert. La diferencia de edad no parecía importarle en absoluto al joven físico que le coqueteaba francamente, incluso delante de Robert Sinclair, sin que este se inmutara. Una mirada de complicidad entre Christine y Robert bastaba para que ambos supieran que no había nada que temer, incluso en las ocasiones en las que la secretaria le seguía el juego al precoz seductor.

Thomas se acercó a la mesa de Christine para hacerle entrega de un espumoso capuchino decorado con un corazón, detalle que acostumbraba a obsequiarle de forma habitual.

—¡Tus dotes de Barista mejoran cada día, Thomas! —bromeó Christine a la vez que le agradecía el regalo con una sonrisa complaciente.

—¡Mi arte es todo para ti, ya lo sabes! —flirteó el físico—. ¿Robert no ha llegado?

—No va a venir. Me ha escrito diciendo que se encuentra un poco enfermo, debe ser esa virosis que hay en la ciudad.

—En ese caso deberíamos aprovechar para salir temprano e ir a tomar una copa, ¿no crees? —siguió coqueteando Thomas mientras se acercaba a la mesa de trabajo de Robert.

Robert no tenía un despacho como tal. Compartía la oficina con su secretaria que era la única que tenía una mesa propia. Robert simplemente tenía su estación de trabajo: Un gran ordenador con seis pantallas de grandes dimensiones que le permitían analizar todo lo que el algoritmo le mostraba en tiempo real. Thomas pasó sus dedos sobre el teclado del Informático mientras seguía coqueteando con la secretaria. De repente las pantallas se iluminaron dejando a la vista las últimas ordenes sometidas al algoritmo. El físico pronto se dio cuenta que algo no era normal. Por un lado, aparecían las consultas realizadas por Robert desde Francia, pero lo que despertó el recelo de Thomas Smith fue comprobar que las alarmas del sistema se encontraban apagadas. Robert no había contado con que alguien entrara físicamente a su oficina. Tenía todo el sistema perfectamente asegurado, pero no así su propio puesto de trabajo que había quedado activo tras sus consultas desde Francia.

—¿Sabías que las alarmas están desconectadas? —preguntó a Christine sin darle mayor importancia—. Supongo que será un error, Robert no dejaría el sistema así todo el fin de semana.

Christine no supo que decir. Mientras buscaba las palabras adecuadas para no culpar a Robert, Thomas ya se había tomado la libertad de volver a conectar las alarmas del Algoritmo. De forma instantánea el ordenador se volvió loco y empezó a reportar alertas 365 sin parar. Thomas no entendía que había pasado, pero pronto se dio cuenta de lo que tenía delante de sus ojos.

—¡Dios mío, es la alarma! —alcanzó a tartamudear el joven físico—. ¡Es la alerta 365!

Thomas salió corriendo antes de que Christine pudiera intervenir. Estaba claro que iba directo al despacho de Walter y en cuanto este estuviera al tanto del asunto toda la coartada de Robert se vendría abajo.

Sin esperar a la respuesta de la secretaria, Thomas había salido corriendo para comunicar la sorprendente noticia. Tomó las escaleras para no tener que esperar al ascensor que conducía hasta las oficinas de los jefes. Jadeando por el esfuerzo de la acelerada subida, se apoyó con fuerza en la mesa de la secretaria de Walter Scott.

—¡Necesito ver a Walter, es urgente! —alcanzó a balbucear entre respiraciones forzadas.

—En este momento está reunido.

—No creo que esa reunión sea tan importante como lo que le vengo a contar.

Sin esperar una respuesta por parte de la secretaria Thomas se abalanzó sobre la puerta que daba acceso a la amplia oficina de su superior y protector.

—¡Disculpa Walter, pero tengo que darte una noticia sumamente importante!

—¿No puede esperar Thomas?, ¿no ves que estoy reunido?

—¡Creo que esto lo querrás oír ya mismo!, ¡Alerta 365! — gritó entrecortadamente.

La cara de estupefacción de Walter dejó claro a su interlocutor que la conversación había terminado y que ese asunto era más importante que la conversación que mantenían. Walter se disculpó dando un fuerte apretón de manos a su invitado y lo acercó a la salida. El nerviosismo que se había dibujado en su cara no daba lugar a equívocos. Aunque la conversación fuera importante, no le iba a escuchar desde aquel momento, de modo que el invitado no objetó en cambiar la reunión para otra ocasión.

La extraña pareja formada por Walter y Thomas descendió rápidamente hasta la oficina de Robert Sinclair. Allí se encontraba una aturdida Christine, que sabía que nada bueno había de pasar aquella mañana.

Walter entró como un huracán preguntando por Robert y dirigiéndose directamente hacia la estación de trabajo, sin ni siquiera mirar a la cara de la secretaria.

—Señor Scott, Robert está enfermo, ¿no ha venido a trabajar hoy! — alcanzó a trastabillar la secretaria con una clara voz de preocupación.

—¡Llámelo inmediatamente, no me importa si está echando los pulmones por la boca!, y llámé también a María, ella debe estar al tanto de este hallazgo —exhortó Walter, que se movía entre la alegría y el enfado porque el protocolo no se hubiera seguido con normalidad. No era adecuado que fuera Thomas, que ni siquiera debería estar en aquella oficina, el que se enterara de todo antes que nadie.

Christine sabía que Robert no contestaría. Ya se encontraba en vuelo hacia estados unidos. No podía hacer más que el intento y esperar a que Walter no se enfadara con ella cuando no lo localizase.

Mientras Christine se comunicaba con el laboratorio de María Matriskaya, Thomas le mostraba a Walter todo lo que el ordenador de Robert había dejado al descubierto. Era difícil entender todo ese galimatías, pero si era una alerta

365 todo nombre que aparecía en la pantalla era un objetivo prioritario.

Walter se encontraba ya telefoneando a Stuart O'Neill cuando María Matriskaya hizo acto de presencia. Entró en la oficina de Robert con la fuerza que le caracterizaba. Los años parecían no haber pasado por ella. Si bien su melena recogida como siempre en un apretado moño, otrora dorada, reflejaba el paso del tiempo, no había perdido un ápice de su fuerza e ímpetu. Vestía como siempre, su falda ajustada bajo una impoluta bata blanca seguía desviando miradas. Nada mal para una venerable anciana cercana ya a los setenta años. Siempre fue una mujer elegante y esto unido a su temperamento, había despertado más de una pasión, de las cuales ella huía como alma que llevara el diablo.

—¡Walter, por Dios!, ¿ya estás llamando a O'Neill? —Gritó María en tono de reproche a un excitado Walter—. Ni siquiera sabemos que es esto, o si es una alerta de verdad. El algoritmo puede haber fallado. Lo primero es que Robert nos informe.

María era la única capaz de hacer callar a Walter. Ante ella él se convertía en un sumiso perro faldero que no podía imponer su voluntad tal y como lo hacía en cualquier otra situación.

—María, el protocolo es claro, ¡hay que actuar!

—¿Mandarás a tus sabuesos a que interroguen a esa pobre gente?

—¡Debemos hacerlo, así se estableció y así se hará!

María sabía que esta batalla la tenía perdida. El pasado militar de Walter no le dejaba pensar en otra solución que no fuera seguir las reglas. Aunque ella era la más interesada en que la alerta fuera verídica, le preocupaba la forma de actuar de los agentes de campo. Sabía como se las gastaban y lo rudos que podían llegar a ser.

Tras la euforia inicial y la recogida de los datos de todas las personas que la alerta había puesto a la luz, las miradas se volvieron hacia Christine que aguardaba en su escritorio a que le volvieran a preguntar por Robert. La falta de información sobre el informático puso nervioso a Walter, quien no olvidaba

que Thomas le había informado sobre la desactivación de las alertas a su llegada a la oficina.

—Christine, ¿has localizado ya a Robert? —le preguntó Walter, mientras Stuart O’Neill hacía acto de presencia en la habitación.

—Tranquilo Walter, ¡ya han ido a buscarlo! —alertó O’Neill mientras lanzaba una mirada inquisidora a la secretaria—. Seguro que si no lo encontramos en su apartamento la señorita Foster nos podrá aclarar algo sobre su ubicación.

Christine empezó a temblar tras su escritorio como si las palabras de O’Neill hubieran sido un cuchillo rasgando todo su ser. Sabía que aquella petición de ayuda no era más que una intimidación y que no habría segundas oportunidades para responder adecuadamente a la pregunta.

—María, ¡tan bella como siempre!

—Stuart.

—¡Así que por fin sabemos que tendrás éxito!

—Quizá sean los rusos —sugirió María sólo por molestar a O’Neill.

—¡Quizá! —Siguió la conversación O’Neill sin importarle las impertinencias de la física—. Sea como fuere, conseguiremos a esa gente antes que nadie y averiguaremos que está pasando y porque están aquí.

—Ellos no están aquí, son de aquí, de este tiempo. Y muy posiblemente ni siquiera saben que está pasando.

—¡Ya veremos! —la desafió Stuart con su seguridad arrogante.

Se habían visto un máximo de media docena de veces en treinta años. Sin embargo, la animadversión que ambos se procesaban había quedado patente desde el mismo momento en el que él contrató a María. Eran dos temperamentos fuertes que chocaban en cada decisión y en cada posición respecto al proyecto. Si bien, eso no había interferido nunca en el desarrollo del mismo, ya que ninguno se había dejado amilanar por el otro.

—Espero que sepas lo que haces y no causes daños indebidos —le devolvió el desafío María a su superior.

—Si aquí no se me necesita para nada más, me vuelvo a mi trabajo. Ya veo que las decisiones están todas tomadas.

Mientras tanto Christine desde detrás de su escritorio le mandaba un mensaje tras otro a Robert alertándole de la situación.

Una llamada al teléfono de O'Neill sacó a todo el mundo de la tensión creada minutos antes por María y Stuart. Era John Green, el lugarteniente y mano derecha de Stuart para situaciones como esta. Él, junto a sus hombres se había acercado rápidamente al apartamento de Robert Sinclair, donde no había rastro de él, ni de su supuesta gripe. En el garaje sus dos coches, aparcados, perfectamente alineados como solían permanecer tras las metódicas maniobras que con mimo realiza Sinclair, parecían indicar que de haber desaparecido lo había hecho a algún lugar lejano, difícil de alcanzar conduciendo.

La noticia no extrañó a O'Neill que veía en la historia que Walter le había contado algo extraño. Las alarmas desconectadas y una serie de consultas desde fuera de la oficina le habían parecido indicios suficientes para pensar que Robert había manipulado el sistema a propósito, aunque no supiera bien el porqué.

—Hay que localizar inmediatamente a Sinclair y traerlo aquí, ¡como sea necesarios! —exclamó enfadado O'Neill a su interlocutor—. En cuanto a usted, Señorita Foster... Creo que hay algo que nos debe contar —concluyó O'Neill, agarrando por la muñeca a la secretaria y arrancándole el teléfono que manipulaba en ese momento.

—Señor O'Neill, no sé nada más de lo que he contado. ¡Robert me escribió esta mañana y dijo que no vendría! —intentó convencerle una desesperada Christine la cual ya se veía perdida.

—Pues parece que su amigo Robert no ha recibido los últimos mensajes que usted le ha enviado —la increpó O'Neill al ver la pantalla del teléfono—. ¿Por qué desaparecería el señor Sinclair justo en un momento tan importante

para su proyecto? ¿o a caso creyó que podía manejar por su cuenta la investigación?

A pesar del silencio reinante en la oficina, todos parecían estar pensando lo mismo. Parecía claro que Robert se había marchado en busca de respuestas a la alerta lanzada por su propio algoritmo. Todos los indicios parecían anunciar un viaje a Europa y no una gripe como él y su secretaria habían intentado hacerles creer.

O'Neill devolvió la llamada al agente Green y simplemente le confirmó lo que parecía obvio a la luz de los mensajes de la secretaria.

—John, cuidado con Sinclair, búscadlo en el aeropuerto. En cuanto baje del avión sabrá que lo estamos buscando. Y prepárate para ir a Europa, allí hay más ajustes que realizar.

Horas más tarde, Robert Sinclair bajada de su avión. Tras un fin de semana tan ajetreado salió del avión cansado, pero a la vez, relajado por la vuelta a casa. Sentía haber hecho lo correcto y eso le permitía estar en paz consigo mismo, a pesar de lo que pudiera ocurrir en la oficina.

Tras recoger su equipaje de mano de la bandeja superior del avión, salió a los pasillos del aeropuerto con una tranquilidad que no sentía desde varios días atrás. Deseaba llegar a contarle a Christine todo lo sucedido en Francia. La increíble historia de como dos desconocidos se habían embarcado en la búsqueda de un nexo que no entendían como podía existir era desde luego una gran aventura para contar.

Robert estaba tan absorto pensando en la aventura que había vivido ese fin de semana que ni siquiera se percató de encender su teléfono móvil una vez aterrizó el avión. Solamente, tras haber caminado un buen rato por los pasillos del aeropuerto se acordó de sacar su teléfono del bolsillo de la gabardina donde lo había guardado. No hicieron falta muchos segundos para que el aparato empezara a sonar como loco. Todos los mensajes de Christine le llegaron de golpe, al igual que distintas llamadas, algunas de Christine y otras de distintos despachos de la oficina de Langley. El contenido de los mensajes

no dejaba lugar a dudas. Los habían descubierto y lo estaban buscando. En ese momento, quien sabría lo que le estaban haciendo a Christine para que contara la verdad.

La tranquilidad con la que Robert había salido del avión se desvaneció de un soplo y mientras caminaba hacia la salida de pasajeros se daba cuenta que ahí mismo lo estarían esperando.

La adrenalina le puso en guarda y pensó rápidamente como escapar de allí. Metros antes del tumulto de gente que recibía a sus familiares entre besos y abrazos encontró una puerta entreabierta, sujeta por un cubo y una fregona de la limpieza. No dudó y dirigió sus pasos hacia ella. Todo el mundo salía con ganas de encontrarse con sus seres queridos y cansados del largo viaje. Nadie hizo el más mínimo caso a que aquel hombre trajeado saliera por una puerta de servicio. Antes de cerrar la puerta tras sus pasos echó una mirada al tumulto de nuevo y consiguió ver a dos personajes familiares. La gabardina y las gafas de aviador, que él mismo llevaba consigo delataban a sus dos compañeros que, de forma disimulada, buscaban entre la multitud a que saliera el informático.

Ese vistazo de un par de segundos le salió caro. Si bien no llegaron a verle claramente, si pudieron ver como un hombre de traje oscuro salía por aquella puerta y no dudaron un segundo en pensar que era Robert. De inmediato salieron corriendo en la misma dirección hacia la que apuntaba ese pasillo. Tras atravesar varias puertas y correr por pasillos habitados por personal del aseo y encargados del transporte de equipaje, llegaron a la parte trasera del edificio, donde los pequeños trenes transportadores de maletas iban y venían en un continuo frenesí. No había rastro de Robert Sinclair. Si acaso había sido él al que habían visto traspasar aquella puerta de servicio, había sido más hábil de lo que se esperaba de un informático que no había salido del cuartel general en años y nunca había estado envuelto en una situación parecida.

Mientras los agentes mandados por John Green al aeropuerto maldecían la habilidad de Sinclair, este se encontraba escondido en uno de aquellos trenes, el cual abandonaría en marcha cuando se sintió suficientemente lejos de la terminal a la que había llegado. No le fue difícil salir del recinto cerrado del aeropuerto. Aprovechando un agujero en la cerca, terminó saliendo a un amplio campo desde el que era difícil situarse. Estaba a salvo de sus

rastreadores, pero se encontraba los más lejos que nunca había estado de su casa en todos los años que llevaba viviendo en aquella ciudad. No había posibilidad de buscar transporte y ni siquiera había un sendero que seguir hacía ninguna parte. Tras un par de horas andando entre la maleza, su pequeña maleta le parecía un elefante al que hubiera arrastrado desde el mismo Serengueti. Con el teléfono apagado para que no le rastrearan, tampoco le quedaba posibilidad de usar el GPS del aparato y la noche se le estaba echando encima. Si la aventura de Francia había sido un placer para el ego del frustrado espía, esta se había vuelto todo lo desagradable que podía creer en ese momento. Finalmente encontró una pequeña granja desde la que el amable dueño no dudo en acercarle hasta un punto medianamente poblado desde donde poder llegar hasta su apartamento.

Bien entrada la noche Robert llegó a su vecindario. No tenía muy claro si todavía tendrían vigilado su apartamento, pero no tenía otra opción que entrar en casa para recoger algunas cosas importantes en ese momento: su pistola, un nuevo teléfono móvil, algo de dinero y un viejo regalo de Ilya Markof que quizá le fuera de utilidad, su vieja credencial. Las posibilidades de que siguiera funcionando eran remotas, pero era la única carta que tenía para poder entrar en el cuartel general sin ser detectado. Si bien era una irregularidad que de repente entrara el viejo profesor, estaba claro que en aquel momento todos los ojos estarían puesto en su entrada y en la de nadie más. Era arriesgado, pero debía encontrar a Christine y alertar a sus nuevos amigos, Guillermo y Winston, de que el tiempo de espera se había terminado y ya tenían a los sabuesos de la CIA tras su pista.

Después de subir cuidadosamente por la escalera de incendios se encontró un apartamento destruido. No habían tenido el más mínimo reparo, a pesar de ser uno de los suyos, en esculcar hasta el último rincón de su casa. Hasta ese momento no había tenido claro cuan peligrosa era la situación. Pero si así iban a actuar con él, estaba claro que todo los demás estaban en peligro. Un sentimiento de desolación le invadió según iba acomodando las sillas y sofás en su posición natural. Todos ellos habían sido rajados en la parte inferior en busca de algún secreto oculto. Los cuadros se hallaban descolgados y alguno había sufrido graves deterioros. Era increíble como podían ser de brutos estos tipos. Si el salón parecía haber sido un campo de batalla, la habitación no había salido mejor parada. Sobretudo el armario, donde Robert guardaba

cuidadosamente toda su ropa y la ropa de cama. Aquello parecía un gallinero. Sus caras almohadas y edredones de plumas eran ahora un simple recuerdo. ¿Qué podrían pensar que habría dentro? Era tan absurdo como lo parecía cuando se veía en una película de serie B.

Rápidamente tomo la ropa limpia que encontró por el suelo y la intercambié por la usada que traía en su maleta. Su pistola la encontré impoluta en su caja de seguridad, la cual no había sufrido la ira de los sabuesos. Como si para aquellos cuatrereros las armas fueran algo sagrado, no habían dudado en mantenerla intacta y no tirada por el suelo como el resto de los objetos. Buscó la credencial de Ilya cerca de la mesilla de noche, donde toda clase de objetos pequeños estaban diseminados. Entre ellos encontré un par de teléfonos móviles y una cartera antigua donde guardaba todos esos carnets de recuerdo, desde su primer carnet de la biblioteca municipal, hasta distintos tickets de metro de sus diversos viajes por el mundo.

Tras echar un último vistazo de desaliento a su desvencijado apartamento, cerró y se dirigió al garaje donde tomaría su viejo Mustang a fin de pasar lo más desapercibido posible. Tendría que cambiar de coche más adelante, pero en ese momento la prisa apremiaba.

Aparcó el Ford Mustang a un par de manzanas de las oficinas. Al lado de su cafetería favorita, donde solía desayunar muchas mañanas. Al dueño, un viejo de confianza después de tantos años, le dejó encargado el coche y le dejó un juego de llaves por si tenía que dejarlo más de la cuenta allí aparcado. No le extrañó, era habitual que dejara el coche allí cuando salía de viaje directamente desde la oficina. Él se lo guardaría en la parte trasera de la cafetería si veía que no venía al anochecer.

Por el momento dejaría la maleta en el coche, no podía entrar con ella sin llamar la atención, pero ojalá pudiera volver por ella junto a Christine.

Era la hora de demostrar si su entrenamiento de espía había valido la pena. Entrar en su propia oficina sin ser detectado se antojaba del todo imposible. Sin embargo, contó con la suerte de los ganadores. El carnet de Ilya Markof hizo su trabajo sin aparente complicación y permitió a Robert adentrarse por

el largo pasillo de una de las entradas laterales. Era una zona no tan vigilada y que daba directamente al área de reclusión. No tenía muy claro que habrían hecho con Christine, pero los mensajes que le había mandado dejaban claro que la situación había estado tensa.

Jugaba con una baza a su favor. Sabía que la situación era de tan alto secreto que no podían haber alertado a todo el edificio sobre su búsqueda. Hubiera sido complejo explicar porque de repente un informático de supuesto bajo rango se había convertido en un peligro nacional. Si esto era así, no tendría problema en husmear un poco por el área de reclusión. Quizá contara con la misma suerte que para entrar al edificio.

En la puerta se encontró con un agente de seguridad que no parecía tener mucho interés en su trabajo y que, si Christine estaba allí, ni siquiera se hubiera preguntado porque una secretaria había sido confinada en el calabozo. Le saludó despreocupado, preguntándole por el partido que parecía estaba escuchando por un pequeño auricular. Mientras apoyaba el carnet de Ilya sobre el lector tapando la foto del viejo científico, el guardia le contesto con un gesto que hacía pensar que su equipo no estaba ganando.

Una vez dentro no tuvo problema en encontrar a la secretaria. Estaba desesperada, había pasado toda el día recluida en esa pequeña celda como una delincuente.

—¡Robert!, ¿qué haces aquí?, te están buscando. Creen que somos unos tráfugas que hemos roto nuestro juramento de lealtad al país.

—¡Tranquila pequeña, he venido a sacarte de aquí! —le contestó un desconocido Robert totalmente metido en su papel de espía salvador del mundo—. Supuse que te habrían encerrado. Parece que hemos destapado la caja de Pandora. Tenemos que salir de aquí y alertar a Guillermo Sánchez. Si así nos tratan a nosotros, imagina que les harán a ellos cuando los encuentren.

—¿Cómo piensas sacarme de aquí?, esto está muy vigilado.

—Tu sígueme la corriente —contesto Robert, que esperaba que su peliculero plan diera resultado.

Acto seguido llamó al guardia y con la misma naturalidad que en su primer encuentro le explicó que tenía que llevar a la detenida arriba, a interrogatorio. Mientras el guarda abría la reja sin hacer preguntas, Robert le ponía unas esposas que llevaba colgadas en la sobaquera de la pistola. Como si hubiera hecho eso toda su vida, no podía dejar de recordar cuando de niño jugaba con sus pistolas de juguete y las esposas de plástico que le ponía a cualquiera que se despistara un momento. Parecía que sus juegos de infancia se habían hecho realidad y, además, le habían dado cierta experiencia en el manejo de aquella situación.

Todo parecía estar saliendo como Robert lo había planificado. Recorriendo los pasos que le habían llevado allí estarían libres. Lamentablemente las cosas habían sido hasta ese momento demasiado sencillas, cosa que no iba a seguir de la misma manera.

Metros antes de que alcanzarán la salida se abrieron las puertas de un ascensor. De él salía mirando su móvil Thomas Smith. El joven físico tardo en reaccionar. Antes sus ojos huían Robert Sinclair y Christine Foster. Christine trató de decelerar el paso con intención de hablar con Thomas. Sin embargo, los planes de Robert no pasaban por dar explicaciones a nadie. Tras asestarle un fuerte puñetazo al físico, cuyo papel en aquella situación había sido explicada por Christine en sus mensajes de texto, volvió a agarrar a Christine por la muñeca y salieron con paso seguro del edificio. Una vez fuera y ante la inminente llegada de agentes en respuesta a la agresión sufrida por el físico, la pareja optó por correr a todo lo que las piernas de la pequeña secretaria daban de sí.

—¡Anthony, necesito tu furgoneta! —Exclamó Robert al dueño de la cafetería donde minutos antes había estacionado su coche.

—¿En que lío te has metido, Robert? —preguntó el viejo camarero mientras se agachaba en busca de las llaves de una vieja Volkswagen con la que había corrido muchas juegas en su juventud.

—¡Algún día te lo contaré! Te aseguro que esta historia no tiene desperdicio —le respondió Robert mientras volvía a la calle en busca de la maleta que había dejado en su Mustang—. Cuida bien de mi Ford. Te devolveré a tu querida en cuanto pueda, o quizá la veas en las noticias —

terminó la conversación Robert dejando más preocupado que otra cosa al viejo camarero.

Ya en camino, Christine miraba a Robert como si de un extraño se tratase. No conocía a ese impetuoso hombre que había noqueado sin contemplaciones a uno de sus compañeros. Todo parecía fuera de control e ir a toda velocidad en una furgoneta prestada no mejoraba el panorama.

—¿A dónde vamos Robert? —preguntó asustada Christine.

—¡A buscar respuestas! —le contestó Robert mientras seguía fijamente mirando el tráfico.

—¿Respuestas a qué?, ¿qué está pasando?, ¿por qué creen que somos unos traidores? Nunca debiste marcharte, fue un error que no debí permitirte.

—Piensa un poco, si esto es lo que quieren hacernos a nosotros, imagina que harán con esas personas que buscan. Debemos ayudarles. Los encontré. Los conocí. Y confirmé que es verdad lo que el algoritmo dijo —trató de tranquilizarla Robert—. Hemos encontrado a la primera viajera temporal.

—Si es así, ¿por qué no dejarles a ellos que sigan investigando? —seguía gimoteando la secretaria.

—Por algo muy sencillo. Algo que me vaticino en su día Ilya. El día que una persona se atreva a ser la primera en usar la maquina que le haya traído hasta aquí, tendrá que tener muy buenas razones —explicó Robert.

—¿Y eso que significa Robert?, ¿qué debemos arriesgar nuestra vida por ello? —siguió insistiendo una indignada Christine.

—Quizá el destino del planeta está en que esa persona logre hacer lo que vino a hacer a esta época. Piénsalo así, quizá estemos ayudando más de lo que uno podría esperar.

—Me estás diciendo que no sólo has comprobado que es cierta la alerta, si no que quieres irte de nuevo a ayudar a esa gente a encontrar a la viajera.

—No a la viajera. La viajera ya sabemos quien es... o quien fue. Fue la

esposa de uno de los hombres que encontré en Europa y novia del otro.

—¡Que bien, compartían viajera temporal!

— No, no la compartieron. El profesor Sahr estuvo casado con ella muchos años y terminó muriendo de un tumor. Guillermo, que es veinte años más joven, la conoció poco antes de que muriera en Inglaterra, pero en su caso era una estudiante universitaria, mucho más joven que la primera.

—¿Me estas diciendo que hay varias viajeras? —preguntó perpleja Christine.

—No, todas son la misma, es decir... parece que viajó varias veces y en cada viaje parece que conoció a una persona que ahora está en peligro. No sé, eso es lo que yo he podido suponer.

—¿Y como piensas ayudarles?

—Lo primero es intentar entender todo esto y comprender el porqué de los viajes.

—Y entonces, ¿a donde vamos para empezar a buscar?

—Solo hay un lugar por donde empezar, el lugar donde todo empezó —respondió categórico Robert mientras salían a la autopista—. ¡Debemos reunirnos con Ilya Markof!

Capítulo 9

Tras conducir toda la noche y parte del día siguiente, la pareja de prófugos formada por Robert Sinclair y Christine Foster llegaban a un pequeño pueblecito llamado Pentwater, en el estado de Michigan. Allí había decidido retirarse el viejo Profesor Markof. Mientras que la mayoría de la gente sueña retirarse a un lugar cálido como Florida, Ilya había decidido buscar un sitio más acorde con su temperamento ruso. Pentwater tenía todo lo que un viejo pescador necesitaba. Era lo suficientemente tranquilo y lleno de naturaleza para perderse en su bote pescando durante horas o pasear entre arboles y montañas durante días. Pero también contaba con una época estival suficientemente clemente con el turista para que las costas del lago Michigan o del pequeño lago Pentwater se llenaran de familias y jóvenes en busca de aventuras naturales. Era un paraíso natural lejano del mundanal ruido.

Después de retirarse, el contacto de Ilya con la pareja había seguido siendo frecuente, no en vano los consideraba su familia americana. Sin embargo, la distancia había hecho que con el tiempo las visitas y las llamadas se fueran distanciando más de lo que Robert e Ilya hubieran querido. Apenas una llamada en navidad y otra en los respectivos cumpleaños era lo que quedaba de aquella amistad que durante tantos años habían mantenido los tres, a pesar de que Christine hacía lo posible para que Robert no se olvidara de contactar con Ilya.

Habían pasado muchos años desde la última vez que se habían visto. Ilya había sido un hombre fuerte durante toda su vida y la salud le había acompañado siempre. Desgraciadamente, los años no pasan en balde y cuando Ilya abrió la puerta de su casa, Robert y Christine apenas si lo podían reconocer. La vitalidad de antaño se había convertido en la vetusta silueta de un casi centenario anciano. Aun así, reflejaba por lo menos dos décadas menos de las que le correspondían por nacimiento.

Ilya no pudo contener la emoción de ver una vez más a sus viejos amigos a los que reconoció de inmediato. La emoción del encuentro se volvió lágrimas cuando la pareja denotó la falta de movilidad del físico. Su intento de

abrazarles casi terminó con el trio por el suelo del porche de la casa.

A pesar de que las facultades físicas de Ilya estaban claramente disminuidas, su cabeza seguía tan activa como siempre. Lucida como la de un quinceañero y curiosa como toda su vida había sido.

Tras las preguntas de rigor y otros cuantos abrazos, Ilya les ofreció algo de tomar. El camino había sido largo y no dudaron en aceptar la invitación a pesar de que les angustiaba poner el viejo físico a cocinar.

—Tranquilos, no seré yo el que prepare la cena, tengo un ayudante estupendo —les tranquilizó Markof, mientras llamaba a un joven que estaba en el jardín regando el césped.

—Él es Peter y nos va a preparar una deliciosa cena, ¿verdad? Nunca es de otra manera. ¡Cocina mejor que tu, Robert! —añadió Ilya mientras soltaba una risotada y apuraba la copa de vodka que se había servido para celebrar el encuentro.

A Christine y a Robert siempre le había preocupado que Ilya se fuera a vivir tan lejos y solo. Pero parecía que se las había arreglado bien. Siempre había contado con algún tipo de ayuda en casa y su vida había fluido cómodamente en aquel recóndito lugar.

—Bueno, ¿y a qué debo esta agradable visita? —preguntó Markof—. No parece muy probable que sea sólo por turismo.

—Es cierto Ilya, no estamos de paseo —respondió ya más serio Robert—. Estamos en un lío, Walter ha puesto a los sabuesos de O’neill a buscarnos.

—Acaso habéis hecho algo malo.

Robert tomó aire antes de comenzar su relato.

—El sábado pasado salto la alerta 365.

La cara de Markof se iluminó. Más allá de la preocupación porque Robert y Christine estuvieran en peligro, esa noticia era fabulosa. Significaba que todo el trabajo de su vida había valido la pena. O al menos había contribuido

a que en el futuro se hubiera logrado completar el proyecto de viajar en el tiempo.

—Eso es fantástico Robert, al fin una prueba de que el viaje en el tiempo se podrá realizar. ¿Por qué entonces te están persiguiendo?

—Cuando salto la alarma lo primero en lo que pensé fue en lo que me dijiste el día que te retiraste. Se supone que si ha ocurrido es por algo importante. Si alguien ha viajado debe ser algo serio.

—O quizá solo será una prueba —le contrarió Markof.

—¿Una prueba?, ¿piensas en serio que sólo será una prueba?

—Nunca fue mi primera opción, pero quizá sea así. En todo caso, ¿qué tiene que ver eso con que te persigan?

—Desconecté la alarma y fui yo mismo a investigar. Se dieron cuenta antes de que regresara y ahora creen que somos unos desertores o algo así. Christine por encubrirme y yo por saltarme las normas de esa manera.

—¿Cómo se te ocurrió?, sigues queriendo ser James Bond, Robert. No tienes suficiente con una vida feliz y tranquila.

—Quizá me falta eso para que sea totalmente feliz —contestó con una media sonrisa Robert, no sin provocar el enfado de Christine, que veía en la obsesión de Robert por la acción un reflejo de su incapacidad para hacerle del todo feliz.

—Yo sería muy feliz al lado de una chica como Christine —intentó suavizar la tensión Ilya—. Pero los tres sabíamos que eso era así desde un principio, así que no te enojas Christine. Es algo que debiste aceptar hace mucho tiempo.

Robert terminó de contarle la historia vivida en Francia a Ilya, que escuchaba como un niño escuchando un cuento. Las casualidades no existen le decía siempre a Robert cuando trabajaban juntos y esa historia demostraba que así era. Quizá Guillermo Sánchez y el Profesor Sahr se habían encontrado por

casualidad, pero estaba claro que era algo necesario y en gran medida premeditado. La premisa de que el viaje hubiera sido un simple experimento se caía por su propio peso al ver que habían sido varios los viajes de la misma persona y había contactado con personas muy diferentes a las del proyecto. Quizá realmente estuviera intentando transmitir algún tipo de información.

Ilya se levantó y fue lentamente hacia su biblioteca.

—Mirad, aquí está la razón por la que siempre predije que el primer contacto estaría asociado a un grave acontecimiento —explicó el físico mientras sacaba de su cuello una pequeña llave—. Mira James Bond —le dijo a Robert mientras con la llave abría un estante secreto de la biblioteca—. ¡Esto no lo esperabas!, yo también guardo mis secretos. Durante años guardé información sobre las decisiones tomadas entorno al proyecto. Entre ellas las decididas por Stuart O’Neill... ¡Un mal bicho!

Ilya sacó una carpeta de las muchas que había en aquel gabinete. En ella había un dossier que rezaba: Posibles complicaciones del proyecto.

—O’Neill nos pidió a María y a mí que estudiáramos las posibles complicaciones que podrían darse una vez se contactara con el paquete, así llamábamos al primer viajero. Esas complicaciones podrían decidir el modo de actuar y el protocolo que hasta día de hoy parece que es el que funciona y que es el que tu te saltaste, Robert.

Ilya explicó minuciosamente en que consistió ese estudio sobre las causas y consecuencias de un posible viaje en el tiempo. La premisa que ellos terminaron razonando era que sólo se detectaría la presencia del paquete cuando así él lo deseara y por tanto quedaba fuera de las posibles alarmas del algoritmo cualquier experimento y entrenamiento. El algoritmo solo funcionaría cuando el viaje tuviera una misión concreta: cambiar el rumbo de los acontecimientos, porque sólo bajo esa premisa el paquete se dejaría detectar o, mejor dicho, sólo en caso de necesitar contactar con personas diferentes al proyecto el algoritmo reaccionaría. Una persona nueva que conoce a un grupo de personas que trabajan juntas, no es algo raro y por tanto el algoritmo no podría asociarlo nunca con el paquete. Robert nunca había tenido acceso a esta información, que quizá hubiera sido útil a la hora de

refinar el algoritmo. La explicación era sencilla. Para Stuart el paquete no era más que un animal de experimentación y por ello el protocolo que se estableció era de caza y captura. Cuando María e Ilya le entregaron aquel informe a O'Neill, se les rio en la cara y lo tiró directamente a la basura. Muy posiblemente desde allí había empezado la enemistad entre María y O'Neill. Ella no soportaba la prepotencia de este y él se veía continuamente menoscabado por la verborrea científica que ella lanzaba para dejarle en ridículo en las pocas reuniones en las que habían coincidido a lo largo de los años.

—De modo que sí, tiene sentido que estemos en una situación delicada — confirmó Ilya—. Esa gente de Europa quizá no sepa lo peligroso que puede ser esto. Creo que has hecho bien Robert. Confiamos que el misterio lo puedan descubrir antes de que la CIA les cace. Si no, puede que esos viajes en el tiempo no sirvieran para nada y todos estemos realmente en peligro.

Tras la deliciosa cena preparada por Peter, continuaron hablando de los viejos tiempo, riendo como hacía muchos años que el viejo físico no había hecho. A pesar de los achaques de la edad, parecía mentira que estuviera cercano a cumplir los cien años. Un siglo completo de aventuras. Desde su difícil niñez, hasta este último episodio que lo colocaba en el centro de una verdadera encrucijada de la historia.

Peter se encargó de atenderlos y no dejó ni que levantaran los platos de la mesa. El joven parecía muy atento con el profesor y se notaba un afecto que iba más allá de una amistad entre cuidador y paciente.

Peter rellenó la copa de Ilya y sirvió sendas cervezas a Robert y Christine además de acercarles el postre.

—Veo que te cuida mucho, ¡es una suerte haber conseguido a alguien así! —comentó Christine mientras degustaba una exquisita Creme Brulee.

Ilya volvió a reír mientras explicaba el comportamiento tan cercano con aquel joven—. Peter es mi yerno.

—¿Yerno?, ¿para eso no hay que tener una hija? —rio Robert.

—¡Así es Robert, así es! —Asintió divertido Markof—. Creo que es hora de que conozcáis una parte de mi vida que siempre he mantenido oculta.

Mientras Ilya comentaba esto, Peter descendía la escalera de la casa con un bebé en brazos.

—¡Y aquí viene mi nietecita!

—¡Es divina! —alcanzó a decir Christine antes de abalanzarse sobre ella para acunarla.

—Pero ¿cómo? —Robert no salía de su estupor. ¿Cómo era posible que un amigo de tantos años no les hubiera contado jamás la existencia de una hija?, que, por otro lado, debió tener siendo ya bastante mayor.

—Fue decisión de la madre que nadie supiera de la existencia de María, nuestra Hija —aclaró Ilya—. Se llama igual que su madre—. Siguió relatando mientras acercaba una fotografía de una joven rubia y esbelta que reposaba sobre la chimenea.

No había duda de la maternidad, era un clon perfecto de María Matriskaya.

—Si, María es su madre, como podréis apreciar por el parecido.

—Esto si que no lo esperaba, y no lo del armario secreto. ¿Cómo es posible que durante tantos años lo mantuvierais en secreto? —Robert no salía de su asombro, mientras Christine disfrutaba de la pequeña en sus brazos.

—¡Es complicado!... ¡María es complicada! Ya sabéis.

—¿Tuvisteis un amorío? —preguntó Christine.

—No exactamente —inició Ilya el relato de la historia a sus invitados.

María había sido siempre tan fría como lo aparentaba. Su trabajo había ocupado cada minuto de su vida desde que ingresó en la CIA y nunca se preocupó de conocer a ningún hombre. A pesar de su atractivo, que le había proporcionado numerosos pretendientes, había supeditado su vida personal a la profesional y solo había usado su belleza para disfrutar de compañía en las

contadas ocasiones en las que le había apetecido. Sin embargo, llegó un momento en que la maternidad se le antojaba como algo de lo que no quería prescindir. Era difícil conjugar ambas ideas. ¿Cómo ser madre sin ceder espacio al amor? Evidentemente había alternativas artificiales con espermatozoides de un donante, pero no era algo que le agradara mucho. Si bien no quería una relación con el padre de su futuro hijo, sí quería que él tuviera la posibilidad de disfrutar de un padre. Creía que era un derecho importante del bebé. Así pues, decidió pedirle un gran favor al mejor hombre que conocía, Ilya Markof.

Ilya no coincidía en muchos aspectos con María. Para él el cariño humano era algo necesario. Si bien tampoco tuvo suerte en el amor, siempre buscó la compañía de sus seres queridos, como Robert y Christine, a los que mimaba y de los que disfrutaba en cualquier plan que se propusiera. La familia, posiblemente por la temprana pérdida de la suya real, era algo importante para Ilya y la proposición de María le parecía del todo antinatural. ¿Cómo podría el bebé disfrutar de un padre que no conviviría con él y que no tendría una relación normal con su madre?

A pesar de este razonamiento y tras mucho pensarlo decidió que también para él era de las pocas posibilidades para tener un hijo, de modo que aceptó el ofrecimiento como quien firma la escritura de una casa. Sería un contrato, pero que duraría toda su vida.

El modus operandi estaba por dilucidar. ¿Sería un proceso de laboratorio o se ahorrarían el dinero dejándose llevar por una noche loca?

Un día decidieron quedar a cenar para definir esta pequeña cuestión. Ilya preparó su apartamento como quien tiene una cita, aunque sabía muy bien que no era el caso y que incluso esto podría enfadar a María. Preparó una deliciosa cena que aderezó con un buen vino. Aunque la noche empezó seria y tensa por el tema a tratar, el vino hizo su efecto y terminaron ahorrándose la discusión. María decidió romper el hielo e Ilya no se opuso en absoluto. Eso fue todo lo necesario para que quedara embarazada. Una noche de lujuria que ninguno olvidaría y que repetirían en alguna otra ocasión, intentando crear un vínculo más personal que facilitara la vida de su hija. Sin embargo, eso no fue posible. Aunque ambos tuvieron sus momentos de querer apostar por formar un hogar, el temperamento de María lo dificultaba en demasía y la diferencia de edad tampoco ayudaba. Al final optaron por comportarse como un par de

amigos con algo muy importante que cuidar entre los dos.

Además de la dificultad de criar por separado a la pequeña María, estaba el tema de la privacidad, que María Matriskaya había dejado claro desde el principio. Tanto era así, que nadie en el laboratorio supo nunca que la niña existía. Durante el embarazo María tomó una licencia, con la excusa de volver a su país a recuperar su pasado. Nadie supo nunca nada. A su incorporación, su ritmo de trabajo continuó como si tal cosa, de modo que nadie podría suponer que en casa le esperaba la pequeña María.

Robert recordó en ese momento algunas ausencias extrañas de Ilya. El físico trataba de salir temprano del laboratorio y si bien en ocasiones salía con Robert y Christine, en otros casos se escabullía sin dejar rastro. Ahora todo tenía sentido. Muchas tardes Ilya iba a la casa de María para cuidar y disfrutar de su hija.

Cuando la niña creció la cosa se hizo más sencilla. Decidieron que estudiara en un internado suizo. La decisión fue dura a partes iguales para los tres, pero esto solucionó mucho el manejo del trabajo por parte de los dos científicos, mientras que se mentaban a sí mismos sobre lo beneficioso de la educación internacional para la pequeña.

Pronto María Markof se convirtió en una jovencita y decidió que quería estar cerca de casa, aunque su casa no estuviera claro cuál era. A partir de la adolescencia la relación con su madre se distanció. Matriskaya veía innecesario pasar ya tanto tiempo con la niña, que ya se podía cuidar sola y por tanto se volcó con nuevo ahínco en su trabajo. Por aquel entonces fue cuando Ilya decidió retirarse y no fue por sentirse ya cansado o viejo, aunque su edad superaba con creces la típica de retiro. Ahora está claro que fue una decisión basada en la vuelta de la joven María a Estados Unidos. Durante toda la secundaria de la joven, fue su padre quien estuvo allí con ella. Mientras que las visitas a Langley para ver a su madre se fueron distanciando poco a poco.

Fueron años felices para padre e hija. Existía una conexión fantástica entre ellos, a pesar de que por edad él más parecía su abuelo que su padre. Ella lo mimaba y cuidaba, mientras que él le enseñaba todo lo que la vida le había enseñado a las malas. Una vida tan ajetreada como la de Ilya Markof bien merecía ser contada y desde luego conocida por su hija. Tan profundo caló la

visión de la vida de Ilya en su hija que pronto decidió que quería estudiar Historia. Especializándose en Historia Europea del siglo XX. Sus estudios, en la Universidad de Nueva York, Culminaron con un extraordinario doctorado sobre la vida de su familia paterna. Sirviendo esta de hilo conductor para contar los periplos de los judíos rusos durante todo el siglo veinte. Tal repercusión tuvo el trabajo que terminó publicando una novela basada en él con un éxito de ventas asombroso. Fue por aquel entonces, terminando su doctorado, cuando conoció a Peter, un joven literato que le ayudó en la creación de la novela a partir de su tesis y por tanto se convirtió en su coautor. Desde entonces se volvieron inseparables, dando ruedas de prensa y asistiendo a numerosos programas televisivos.

Peter ya había publicado con más o menos fortuna un par de novelas de genero negro y subsistía con las escuetas ganancias que le reportaban esos primeros trabajos. El éxito de la novela junto a María le abrió las puertas de las grandes editoriales y le facilitó un buen contrato del que vivirían cómodamente los siguientes años mientras María buscaba que hacer tras su doctorado.

Alentada por su padre, no dudo en embarcarse en distintas ONGs con el animo de mejorar la situación de diversos grupos de refugiados políticos y a través de aquellas asociaciones estuvo siempre muy pendiente de los devenires de la política internacional.

Fue esta mezcla entre su interés por la ayuda y las historias de su padre la que le convirtió en una activista política reconocida y en un grano en el culo de los servicios secretos de estados unidos que continuamente tenían que lidiar con manifestaciones y sentadas promovidas por ella, allí donde iba el presidente.

Robert no salía de su asombro. No podía creer que Ilya hubiera criado a una niña y que esta fuera la famosa María Markof. La conocía por las noticias y siempre le había parecido una persona integra y con unos ideales que para si mismo los quisiera cualquier político.

—Pues esa es la historia —terminó el relato Ilya Markof—. Mientras María está por ahí tocando las narices a las autoridades, Peter y yo criamos a esta pequeña preciosidad. Este pueblo tan tranquilo es ideal para que él se

dedique a escribir, mientras Yetta es cuidada por la niñera y yo ayudo en lo que puedo. Y los fines de semana podemos dedicarnos a pasear y cocinar, poco más hacemos —rio Ilya.

La estupefacción apareció en la cara de Robert cuando Ilya pronunció el nombre de su preciosa nieta.

—¿Has dicho que se llama Yetta?

—Sí, un nombre curioso, ¿verdad? Era la protagonista de un cuento que yo le leía a María cuando era pequeña. Una pequeña heroína que salvaba al mundo reclutando a formidables guerreros.

—Ilya... ¡La presunta viajera se llama Yetta! —exclamó enardecido Robert.

—¿No pensarás que ella es la viajera? —preguntó Ilya mientras mecía en sus brazos a la pequeña y la besaba en la frente.

—No sería descabellado que la nieta de los inventores de la maquina fuera la que la probara.

—¿Por qué tendríamos que poner en peligro a Yetta en un experimento como ese?, ¿por qué usarla a ella de cobaya?

—Por lo que nos has contado del dossier destruido por Stuart. ¡Porque será necesario! Cuando la viajera conoció a cada una de las personas que conocí en Francia tenía unos veinte o veintidós años. Eso quiere decir que en estos próximos veinte años puede que pase algo tan grave que tu hija María decida intervenir de alguna manera. Y conociendo como conoce tus estudios y las posibilidades que la maquina en teoría posibilitará... ¿por qué no hacer que Yetta sea la salvadora del mundo?

—Para cuando Yetta tenga esa edad, su abuela se habrá tenido que retirar ya y es difícil que tenga acceso a la maquina si al final funciona.

—Eso es verdad, pero creo que es lo de menos el como llegue a la maquina. Las razones y el conocimiento son lo que de verdad pueden marcar

la diferencia —contestó Robert que veía su idea clara y cristalina.

La emoción del momento y el ir y venir de ideas terminó cansando al viejo profesor Markof que decidió retirarse a descansar.

Robert y Christine se quedaron charlando con Peter una vez que este dejó durmiendo a la pequeña Yetta.

—¡No salgo de mi asombro! —Comentó Peter—. Cada vez que se más de Ilya, más ideas me da para nuevas novelas. Ha tenido una vida de lo más interesante, a pesar de ser alguien tan sencillo y que siempre ha buscado la tranquilidad.

—Si, parece que la tranquilidad no le ha buscado mucho a él —sonrió Robert mientras apuraba las últimas gotas de su cerveza.

—Ojalá podáis conocer a María, es la más ferviente fan de su padre. No hay episodio de su vida que no conozca al detalle y en gran medida todo lo que hace es para reivindicar los desatinos que la vida a tenido con gente como su padre. Parece que trata de demostrarle su amor luchando por su honor y por el del resto de refugiados políticos que han sufrido persecuciones como él.

—¡Es curioso! —comentó Christine—. En tantos años de amistad, nunca he notado resentimiento en Ilya por su pasado. Siempre prefirió mirar para delante y de hecho nunca nos contó gran cosa de su vida antes de llegar a Estados Unidos. Y, sin embargo, pareciera que con su hija dejó aflorar todos esos sentimientos.

—Supongo que vio en ella la posibilidad de que no se borraran esos recuerdos una vez que él no exista. Y lo consiguió. La vida de Ilya Markof será ya para siempre parte de la cultura del mundo gracias al trabajo de tesis de María. Es toda una oda a la paz y al reencuentro entre civilizaciones.

A la mañana siguiente un huracán llamado María Markof despertó a toda la casa. Ella iba y venía sin previo aviso. Tras entran a dar un beso de bienvenida a la pequeña Yetta que dormía plácidamente al lado de su padre,

María recorrió toda la casa en busca del suyo que, como siempre, había madrugado más de lo que le correspondía a un hombre de su edad.

Lo encontró en la cocina removiendo su café con leche mientras repasaba las noticias del periódico local. Un ritual que no dejaba pasar y que era para él como un vigorizante.

—Con tantas desgracias, quien soy yo para quejarme— solía decir. Demostraba cada día esa templanza que le había enseñado la vida y que no le abandonaría hasta su último día. A pesar de todas las desgracias vividas, él sabía que había sido bendecido. Los azares de la vida le habían puesto en su camino a hombres viles, pero no tantos como para opacar a todos los buenos. No había un solo día en que no recordara a su padrastro, quien fue para él el único padre que conoció y que como tal se comportó. No podía olvidar que gracias a él su madre volvió a sonreír y que, sin su ayuda financiera, no hubiera podido jamás trabajar en algo tan importante como el proyecto 365 y hoy no podría estar disfrutando de un retiro acomodado y de su hija y su nieta. Todas las bendiciones que llegaron tras su paso por Bélgica se las debía a él, a quien recordaba como el mejor hombre del mundo y de quien aprendió su tranquilidad y sosiego, su honestidad y humildad. Sobresaltarse era para Ilya como deshonorar a aquel padre. Por su lado María, siguiendo las mismas premisas, había llevado a otro nivel el honrar a su padre. En su caso, ella se había convertido en la que se quejaba de todo aquello sucedido a esa otra generación de judíos y en su beligerancia veía el mayor tributo a su amado padre.

—¡Papá! —Entró gritando en la cocina—. ¡Ha sido fantástico! Estuvimos en Washington y la gente gritó como nunca.

—¿Fue productivo el fin de semana? —Preguntó Ilya a su hija.

—¡Desde luego!, mientras en la calle la gente no paraba de gritar, conseguí una cita con el secretario de estado y creo que nos van a apoyar.

—Me alegro mucho, hija. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Quién es la visita? —Preguntó mientras robada un trozo de fruta del plato de su padre.

—Son Robert Sinclair y Christine Foster.

—¿Tus amigos de la CIA?, ¿Por fin los podré conocer?

—¡Ja, ja! —rio su padre—. Si, y por fin ellos han sabido de tu existencia. Les causó un gran impacto que un viejo como yo hubiera criado a una niña como tú.

El encuentro fue de lo más grato. María era extrovertida y atenta. Nada que ver con su madre, con la que solo compartía su apariencia. Durante toda la mañana las preguntas sobre su padre fueron todo lo que le interesó a la joven. Sin embargo, el tema central de la visita tenía que salir tarde o temprano.

—¡Nos están persiguiendo! Nos consideran desertores por haber intentado investigar por nuestra cuenta la aparición de un indicio de movimiento en el tiempo —le explicó Robert—. Lo curioso de toda la historia es que este viaje nos ha permitido conocer la existencia de Yetta.

—Ellos creen que Yetta es la viajera en el tiempo —interrumpió Peter, que veía en esa historia ya de por sí un libro que escribir.

—Así es. Son muchas coincidencias juntas y no puedo por menos pensar que es así. La pequeña Yetta puede que sea la persona que buscamos como nexo de toda esta locura.

Robert le enseñó un par de fotos que había tomado con su móvil a las fotos que yo llevaba encima de la Yetta de Winston Sahr y de la mía misma. María sintió una punzada en el corazón al verlas. Es difícil saber como será el hijo de uno, pero quizá por la situación o quizá por ese nexo especial que tiene una madre con sus vástagos, no dudo un segundo en afirmar que era ella.

—No sé como explicarlo, pero es como si conociera a esa mujer de toda la vida —confirmó al observar a la esposa de Winston en aquella foto junto a la muralla de *Carcassonne*.

Ilya acepto esa confirmación por parte de su hija como la verdad más absoluta y su conclusión fue contundente.

—Si es así, no hay duda de que estamos ante una situación peligrosa —les aleccionó Markof—. Debéis encontrarla, si aun está en este tiempo o encontrar a alguien más que haya compartido algo con ella.

—La pista del francés es la más clara. Si todo esto es cierto, puede que el movimiento revolucionario donde lo metió Yetta tenga que ver con el devenir de esta historia —aclaró Robert—. El español y el inglés están intentando conectar con otra posible amiga de Yetta, una periodista que parece que tiene mucho que contar sobre algo. De hecho, está desaparecida para salvaguardar su vida por la supuesta información que tiene entre manos. Quizá deba ayudarles avanzando con la búsqueda del francés mientras ellos investigan en España.

—Creo que en esta situación poco más puedes hacer, si no es que quieres estar escondido tú por el resto de tus días.

—No será fácil volver a Europa —Afirmó Robert—. Y Christine... ¿Qué hacemos contigo?

—Christine se puede quedar aquí si es necesario —afirmó Ilya—. Hay sitio de sobra y nos vendrá bien su ayuda con la niña, si quiere cambiar de profesión por un tiempo —sonrió Ilya cálidamente.

—A ti también podemos ayudarte Robert —intervino Peter—. ¿Por qué no le dejamos uno de los pasaportes nuestros?

Peter no se refería a sus pasaportes reales. Ilya había sido siempre muy prudente con su seguridad personal y con la de su familia actual. En una vida como la suya, uno aprende a tener siempre un plan B. Las huidas precipitadas era lo que más había vivido desde pequeño, de modo que no era de extrañar que siempre hubiera tenido algún pasaporte falso a mano, fáciles de cambiar de foto y por tanto fáciles de ceder en ese caso. Por la edad, quizá habría algún problema, pero el pasaporte destinado a Peter podría fácilmente servir para Robert.

—Nadie creerá que tienes 99 años, pero quizá treinta y tantos bien llevados no parezcan tan extraños —bromeó Peter.

—¡Esto es genial! — Exclamo Robert—. Me habéis salvado la vida.

—Quizá seas tú él que está salvando la nuestra y la de otros muchos— concluyó Ilya cuando volvió de la biblioteca con un taco de pasaportes del que extrajo uno y se lo entregó.

—Recuerda buscar un lugar tranquilo a donde llegar. No se te ocurra volar directo a París. Allí sería mucho más difícil pasar los controles—le explicó Ilya, quién hablaba con la experiencia del que ha viajado por obligación y no por turismo.

—Quizá deba ir a Madrid, hacía allí se dirigían el profesor Sahr y Guillermo.

—¿Por qué no vuelas a Portugal?, está cerca y será mucho más tranquilo que Barajas. Ese aeropuerto es un infierno burocrático.

Robert asintió totalmente impresionado de la claridad logística de Markof. Sin embargo, un último problema apareció antes de que Robert pudiera ponerse en camino. Mientras Christine se despedía de Robert Sinclair y le pedía perdón por haber sido tan dura con él durante su huida, un mensaje instantáneo sacó a todos de la tranquila despedida.

—¡Es tu madre! —anunció Peter que fue el primero en ver el mensaje enviado al grupo de chat familiar—. La hierba está creciendo muy rápido, avisa al nuevo jardinero. ¿Qué significa eso?

Dadas las circunstancias, que María Matriskaya usara el chat familiar, que nunca había usado con anterioridad, era de por sí una mala noticia. Sin tiempo para entender el mensaje, lo primero que pensó Robert es que era peligroso que Christine se quedará en la casa de Ilya. No solo por su seguridad, si no porque podría poner en peligro a la familia de Markof.

—¿Puede ser que María suponga que vinimos hasta aquí? —preguntó Christine.

—Quién sabe, pero si eso fuera así, debe estar avisándonos de algo.

—¡Green! —gritó de repente la secretaria. —Green nos está persiguiendo. Él es la hierba y tú el jardinero —Completó su suposición Christine que de repente se aterrorizó al verse de nuevo encarcelada y en manos de aquel energúmeno.

Si bien la suposición era arriesgada, estaba claro que no era buena idea que Christine se quedara. Rápidamente María Markof reaccionó. Agarró los pasaportes que su padre aún conservaba en sus manos y le entregó el suyo a Christine.

—Es mejor que no nos arriesguemos —confirmó María—. Toma mi pasaporte y esté número de teléfono. Es totalmente confidencial. Nadie lo conoce fuera de mi círculo más cercano. Por favor, manteneos en contacto.

Sin un plan claro, la pareja se alejó de la finca Markof. Debían encontrar un vuelo a Europa. Chicago era la capital más cercana y hacia allí se dirigieron sin dilación. Todo había transcurrido muy rápido desde el sábado en la noche cuando esto comenzó. La vida tranquila de la pareja de amantes se había convertido en una aventura, de la cual no sabían si saldrían bien parados. Las aventuras suenan muchos mejor cuando se leen en los libros que cuando se arriesga la propia cabeza y de eso, Robert Sinclair se estaba dando cuenta a las malas.

Capítulo 10

Winston amaba España. En cuanto tomamos tierra en el aeropuerto de Barajas una sonrisa perpetua se instaló en su rostro. Nuestra misión era clara y no había tiempo que perder, pero eso no influyó en Winston, quien prefirió pasear por Madrid que acompañarme a la reunión con mi jefe. Recorrer los pasos que en su día recorrió con su esposa era más importante para él que ninguna cosa en aquel instante. Era el único revulsivo que tenía ante la soledad y el mal sabor de boca que toda esta aventura le estaba dejando. Recordar su vida pasada se había convertido en su religión, no sólo de ahora. Así se explica que su casa permaneciera intacta, tal como ella la dejó el día de su muerte. El paseo le vendría bien y moverme rápido por la ciudad me vendría bien a mí.

No estaba muy claro que mi jefe tuviera información para encontrar a Julia Navarrete, pero era la única pista que teníamos. La conversación que mantuvimos sobre las consecuencias de mis investigaciones parecía indicar que estaba muy al tanto de lo que le sucedió a Julia y por tanto existía la posibilidad de que conociera su paradero.

La redacción seguía a su ritmo, tal como la dejé. Parecía que no me habían echado de menos, a pesar de haberme retrasado un par de días en aparecer. Tras el café de rigor con unos compañeros, pude acercarme a preguntar por mi jefe.

—¡Está reunido! —fue la única respuesta que conseguí de su antipática secretaria, que sin dar importancia a mi presencia siguió tecleado sin tan siquiera levantar la cabeza.

No tuve que esperar demasiado para que la puerta de su despacho se abriera y tras ella Alberto Albornoz despidiera a un par de personas que parecía haber conseguido lo que buscaban, teniendo en cuenta las sonrisas esbozadas.

—¡Alberto! —grité mientras trancaba la puerta con un pie para evitar que

se cerrase ante mis narices.

—¡El brillante turista se digno a aparecer! —señaló sarcásticamente mientras se sentaba en su silla—. ¿Qué puedo hacer por ti?, ya que tú no haces mucho por mí últimamente.

—Alberto, no sé por dónde empezar o si de hecho sería bueno contarte algo, pero... ¡Necesito encontrar a Julia Navarrete!

—¿Para que te ilustre sobre lo que no debes hacer?, me parece una excelente idea que demuestra tu madurez —siguió con su sarcasmo Alberto—. Lamentablemente no sé de su paradero y aunque lo supiera no te lo diría a ti. Tienes la mala costumbre de poner en peligro a las personas que te rodean.

—¡Venga Alberto!, la historia que me contaste es de alguien que tiene mucha información. Ayúdame con esto, te juro que es el último favor que te pido.

—Creo que eso ya lo he oído antes, ¿por qué es tan importante? Está claro que no tiene que ver con tu reportaje sobre *Carcassonne*. Ese que con tanta insistencia me pediste hacer y para el cual te pague el viaje que duraba solo dos días.

—Lo sé, y te prometo un gran artículo sobre *Carcassonne* y otras partes de Francia. Tuve que moverme más de lo que imaginé. Te juro que es algo importante. Si te lo contara ni siquiera lo podrías creer. ¡Yo aún no me lo creo!

—¡Guillermo, no sé como consigues atraer tantos problemas! No quiero que tus pálpitos pongan en peligro a Julia. Bastante tiene ya con los suyos propios.

—Al parecer ella conoció a una persona que estoy buscando. Simplemente es eso. Creo que fueron compañeras de carrera o algo así, una tal Yetta —Dejé caer sin darme cuenta de que estaba dando demasiada información.

—¿Yetta? ¿Su compañera de piso?

—No sé, realmente no estoy seguro de que relación tenían. ¿A caso la

conociste? —pregunté asombrado del giro de los acontecimientos.

—Bueno, Julia y yo fuimos muy buenos amigos en la facultad. Yetta fue su compañera de piso durante toda la carrera. Era una chica espectacular, aunque bastante rara. Siempre andaba con prisa, nunca compartía con nadie. Solamente con Julia. Una vez que alguien quedaba con Julia ella desaparecía. Parecía como si Julia dividiera su vida en dos partes que mantenía totalmente separadas como el agua y el aceite. Una parte sólo para Yetta y la otra con los demás mortales

—Entiendo que no llegaste a conocerla mucho.

—Al principio incluso intenté invitarla a salir, pero era tan esquiva como guapa. No hubo manera de conocerla, siempre tenía algo que hacer, como si tramara algo a las espaldas de Julia y luego volviera a cuidarla en cuanto el resto nos íbamos. Muy rarita, en definitiva. ¿Pero qué tienes tú que ver con esa mujer?, ¿por qué la buscas?

Confiaba en Alberto. Si le pedía discreción la iba a tener, pero no sabía como reaccionaría a una noticia tan rocambolesca como la de un viajero en el tiempo. Recurrir a la verdad dejaría a la vista lo importante que era encontrar a Julia Navarrete, pero no me hacía gracia compartir esa información. Finalmente, asumí el riesgo y lancé sobre la mesa de Alberto la imagen de Yetta conmigo en *Carcassonne*.

—¿Es esa la chica que recuerdas? —Le pregunté mientras él recogía la fotografía.

—¡Si, puede ser!, han pasado años desde entonces —Afirmó tras escrutar unos segundos la imagen—. Pero un momento... este eres tu... y ella...

—Se lo que vas a decir —le corté en seco mientras le lanzaba la misma foto de Winston—. Esta es del profesor Winston Sahr y su esposa. Es un profesor de Oxford que conocí de casualidad cuando estuve allí. Supongo que ya entiendes que aquí hay algo raro y quizá Julia nos pueda ayudar de algún modo. Te prometo explicarte todo más adelante.

Como buen reportero Alberto quedó impactado por las fotografías, las cuales

desafiaban las leyes de la física y cualquier tipo de razonamiento lógico. Eran datos que difícilmente se podían acomodar en la cabeza en un primer momento y no era más fácil cuando se te explicaba la situación con más detenimiento.

Si bien Alberto me apretaba las tuercas más de la cuenta en cuanto tenía la ocasión, también era cierto que de una manera compleja y que no saltaba a la vista, era uno de sus reporteros más mimados. Sabía perfectamente que casi siempre tenía razón en mis corazonadas ante cualquier noticia que había que investigar y aunque no lo reconocería nunca, me admiraba como aquel que admira algo que fue y dejó de ser.

Alberto levantó el auricular de su teléfono y empezó a marcar sin volver a decir una palabra. Las fotografías habían surtido efecto y parecía dispuesto a ayudarme.

—¡Luis!, ¿como estás? —Saludó Alberto a su interlocutor, que por el tono animoso de la conversación parecía ser un viejo amigo—. Necesito un favor grande y créeme que es algo importante, si no, no te lo pediría. Necesito localizar a ya sabes quien.

El silencio se prolongó mientras Alberto asentía con la cabeza la replica del tal Luis. Mis gestos dejaban entrever mi inseguridad ante la petición, pero un movimiento de mano de Alberto parecía decirme que me calmara. Tras un par de súplicas sin poder darle muchas más razones, pareció que la suerte estaba echada. Luis se comunicaría con Julia y ella decidiría si se dejaba ver o no.

Minutos más tarde un mensaje de texto sonó en el móvil de Alberto. Tan perturbador como clasificador, el mensaje se reducía a unas simples coordenadas geográficas que rápidamente Alberto me anotó en un pequeño trozo de papel.

—¡Espero que no pongan en peligro a Julia por una tontería de las tuyas!
—Masculló mientras me hacía entrega de la información.

La primera parte del plan para encontrar a Julia había salido bien y a la primera. Sólo faltaba encontrar a Winston y seguir aquellas coordenadas.

Localicé a Winston a través del teléfono móvil que le había prestado cuando pasamos por mi apartamento. No era la última tecnología, pero serviría para mantenernos en contacto mientras estuviéramos en territorio español. Winston estaba paseando por el centro de Madrid como cualquier otro turista. Le encantaba entrar en los bares más decadentes. Esos que parecían sumidos en el sueño de los justos, como si hubieran muerto y su propia esencia se hubiera mantenido criogenizada por décadas. No era algo específico que le gustara de Madrid, también amaba los viejos *pubs* de su Oxford querido, aquellos a los que no iban los jóvenes estudiantes y en los que las pintas conservaban los precios que para un jugo de cebada fermentado eran lógicos.

A pesar de haber nacido en un pueblo pequeño y tranquilo, he de reconocer que con el tiempo he llegado a amar a Madrid. Supongo que los recuerdos ayudan a ello, igual que los de Winston le tenían sumido en la más profunda ensoñación cuando lo encontré tomando un café en el antiguo Barbieri.

Nos miramos y enseguida entendimos que ambos habíamos compartido buenos momentos con Yetta entre esos espejos oxidados y descoloridos. La magia que emanaba la antigua cafetería había sido fuente de atracción para madrileños y extraños por más de un siglo y era difícil encontrar a alguien que no tuviera un grato recuerdo que contar sobre ella. En nuestro caso, de la misma extraña manera como el destino nos había unido, no sólo teníamos bellos recuerdos en aquel bar, si no que eran con la misma persona, aquella que para ambos había marcado el *tempo* de nuestras vidas. Cuando miraba los melancólicos ojos de Winston no podía refrenar una profunda envidia, al fin y al cabo, él había disfrutado mucho más que yo de la compañía de aquella extraña mujer, que parecía haber sido causa y consecuencia de tantas decisiones tomadas en nuestras vidas. Tantas como para habernos hecho embarcar en aquella loca aventura, que poco a poco, parecía sumirnos en algo más peligroso de lo que alcanzábamos a ver en ese instante.

Mientras una menuda y simpática camarera nos traía un nuevo café para Winston y una cerveza helada para mí, empezamos a buscar la ubicación suministrada por mi jefe en la aplicación de mapas de mi *smartphone*.

—¿Qué región es esa? —Preguntó Winston.

—¡Es aquí cerca! —Le respondí sorprendido—. Mira, esto es lo que llaman la sierra de Madrid, una zona llena de chalets donde la gente sale a descansar el fin de semana. Y parece que las coordenadas son de cerca de esta urbanización, aunque daría la sensación de ser una zona totalmente boscosa.

—Si como tu me has contado está escondida, no es de extrañar que no esté en un lujoso chalet, ¿verdad?

—¡Toda la razón, querido amigo! —concluí mientras apuraba la cerveza y me levantaba con la decisión que nuestra próxima empresa requería.

Una hora más tarde abandonábamos las autopistas madrileñas para encaminarnos a la sierra a través de una pequeña carretera comarcal. Era extraño como aquella zona tan verde, y en principio rural, guardaba verdaderas obras de arte arquitectónicas. La gente que en las últimas décadas habían decidido construir allí no veían el bosque, los arboles no les dejaban, de modo que habían creado pequeños fragmentos de la Madrid más urbanita, rompiendo a su paso la armonía de la naturaleza.

—¡Que bestialidad! —se quejó Winston al divisar una mansión que no carecía de nada—. Campo de tenis en mitad del bosque, solo les faltaba talar todos los arboles para hacer un campo de golf.

Era una verdadera absurdez, habían destruido el campo convirtiéndolo en una nueva ciudad, más verde que Madrid, pero no tanto como debía ser cuando sólo era un bosque virgen.

Dos docenas de casas más allá, la carretera, a esas alturas convertida en una pista sin asfaltar, desaparecía por completo. Un tronco cruzado en el suelo, que hacía las veces de banco, nos anunciaba que hasta allí llegaba la civilización. Buena noticia, si no fuera porque aún estábamos a varios kilómetros del lugar hacia donde las coordenadas nos orientaban.

—¡Habrá que seguir a pie! —convinimos ambos al unísono.

Una vez apartados del camino y rodeados de naturaleza pudimos comprobar la verdadera belleza del lugar. Allí si sonaba a campo, las cigarras y grillos nos acompañaron hasta bien adentrados en el bosque. Seguimos

durante minutos las indicaciones que el teléfono nos arrojaba, sin ver claramente hacía donde nos dirigíamos. Subimos y bajamos colinas repletas de densos pinares y nada parecía indicar que nos acercáramos a ningún lugar remotamente habitado. El lugar era ese, con un error de diez metros arriba o abajo. Las coordenadas nos habían mandado a lo alto de una loma. La única zona sin vegetación que habíamos pasado en más de una hora.

—¿Qué hacemos ahora? —Preguntó Winston—. Está claro que aquí no vive nadie.

Nada parecido a una vivienda se divisaba en kilómetros a la redonda. Desde aquella pequeña meseta teníamos una vista privilegiada que nos permitía divisar incluso la silueta de la ciudad.

Mientras ambos girábamos sobre nosotros mismos en busca de alguna señal que nos indicara la localización de Julia Navarrete, una nueva sombra se incorporó a las nuestras, alargándose entre nuestras propias siluetas dibujadas en los matorrales. El cañón de una escopeta de caza nos miraba fijamente cuando nos giramos por completo y tras él, un joven nos escrutaba mientras trataba de que un gran sabueso de caza no se abalanzara sobre nosotros.

—¿Se han perdido? —Preguntó el joven tras unos segundos de silencio y sin apartar la escopeta—. Esto es una zona de caza, es peligroso moverse por aquí, una bala perdida puede dejarles secos y nadie les encontraría en meses.

La recomendación hubiera estado muy bien si no fuera por la persistente mirada del cañón del arma, lo cual parecía indicar que no estábamos ante un consejo, ni ante un cazador cualquiera.

—¡Podría dejar de apuntarnos! —Chapurreó Winston en su raquítico español.

—¿Se han perdido? —insistió el extraño esperando una respuesta que le agradara.

—¡No!, estamos buscando a alguien —tercié yo a fin de desenrocar la situación.

—¡Pues tenemos un problema! —respondió en un tono amenazante el joven cazador mientras apretaba con renovada intensidad la escopeta contra su hombro—. ¡Aquí no hay nadie a quien buscar!

—¡Julia Navarrete! —alcancé a gritar—. ¡Un amigo en común nos dio las coordenadas! Se fio de mí para dárme las, usted también se puede fiar. No somos peligrosos, ni venimos por nada que tenga que ver con el trabajo de Julia.

—¿Quién les dio las coordenadas?

—Mi jefe, Alberto Albornoz, de *La gaceta de Madrid*. Soy periodista, pero no vengo por nada oficial. Necesitamos información de una amiga que creemos tener en común. Alberto y Julia son amigos de la facultad. Se conocen desde entonces.

El joven bajó el arma, lentamente y sin quitarnos la vista de encima. Desató al perro y le dio un pequeño puntapié indicándole que se fuera, orden que el enorme *Pointer* esculpido en mármol oscuro, entendió de inmediato. Mientras el perro corría ladera abajo, el joven volvió a encañonarnos, esta vez descansando el arma en la cintura.

El silencio se instauró en aquella meseta. Entendimos que el perro traería a alguien y por tanto no quisimos interrumpir el silencio dando explicaciones que no nos habían pedido. Tras cinco eternos minutos, el jadeo del sabueso anunció la llegada de una nueva persona al lugar. Una mujer de mediana edad, de tez pálida y pelo corto, canoso y alborotado, apareció entre los árboles que daban paso a la planicie. Tras recibir un mensaje al odio por parte del cazador, le dirigió el cañón del arma al suelo.

—¡Perdonad a mi hijo!, se toma muy en serio su papel de guardaespaldas —inquirió la mujer mientras se acercaba a nosotros con la mano extendida—. ¿Así que trabajas con Alberto? Él conoce mi situación a la perfección. Si te ha dado las coordenadas para llegar hasta aquí debe ser por algo importante.

—No quisimos asustarlos, Alberto me contó sucintamente que estás en una situación comprometida, pero creo que el tema que tenemos entre manos es importante... sí, definitivamente lo es.

—Si Alberto te contó algo de mí, entenderás el porqué de las precauciones. Estas coordenadas son lo único que mis amigos conocen de mí y la verdadera localización, apenas mi hijo y yo. La discreción es lo único que me separa de la muerte.

El cazador aceptó la confianza de su madre en nosotros y cambió su tono radicalmente. Realmente era poco más que un veinteañero, al que los problemas de su madre le habían llevado a madurar rápidamente y a convertirse en su auténtico protector. Anduvimos el camino que Julia acababa de recorrer hasta nosotros en algo más de tiempo del consumido por la periodista. Parecía que estaba en forma a pesar del cautiverio autorregulado en el que se encontraba.

—¡Esta es mi vida desde hace tres años! —comentó extendiendo los brazos y respirando profundamente, mientras caminaba ladera abajo—. No me siento una presa, si lo estabais pensando. Me siento segura aquí y si no fuera por ser una obligación, me sentiría viviendo en el paraíso.

Tras el breve paseo llegamos a la casa de Julia. Está si era una cabaña de campo y no como las que habíamos visto durante el camino. No podía ser más sencilla. Apenas dos estancias y un pequeño baño en unos 30 metros cuadrados. Una cocina simple al lado de una mesa hacía las veces de sala-comedor y una pequeña habitación al lado de la chimenea completaba la escueta vivienda. En la mesa se arremolinaban cientos de papeles y un par de ordenadores portátiles.

Mientras calentaba agua para prepararnos unas infusiones, no sentamos alrededor de la mesa. El espacio era tan minúsculo que daba la sensación de que estuvieramos dentro de una caravana. Una de esas en las que el comedor de repente es convertido por arte de magia en una cama matrimonial.

—Disculpad el desorden, mi cautiverio no es sólo contemplativo, estoy con un trabajo importante.

—Alberto me digo que seguramente estuvieras escribiendo un libro.

—Si, supongo que es un libro. Para mí es al salvoconducto a la normalidad. Una vez publicada la verdad espero poder volver a ser persona.

Pero decidme, ¿en que os puedo ayudar?

—Veras Julia, ¿no te importa que te que llame así?

—Por favor.

—Se trata de una amiga tuya de los tiempos de la universidad.

—¡Uy! La universidad, ha llovido mucho, ¡espero acordarme! —bromeó Julia mientras servía el agua hirviendo de la tetera en nuestras respectivas tazas.

—¿Te suena el nombre de Yetta?

El silencio duró lo suficiente para que supiéramos que efectivamente la recordaba y el recuerdo le evocaba emociones difíciles de explicar. Una mueca, mezcla de alegría y de dolor, se asomó a la comisura de sus labios y entonces confirmó su amistad con ella.

—¡Vaya!, lo que menos me podía imaginar cuando hoy me levanté es que alguien vendría a recordarme a mi querida Yetta. Fueron años raros, incluso creí enamorarme de ella.

La cara de Daniel, el hijo de Julia resultó un poema al escuchar esa confesión de su madre.

—Tranquilo...—le dijo acariciándole el brazo—. Solo fue un espejismo, me gustan los hombres y entre todos, tu padre.

Entre chiste y chanza, y antes de que nos dejara explicarle el porqué de nuestra visita, nos explicó como fue su relación con Yetta. Su versión no distaba mucho de la contada por Alberto. Yetta ejerció sobre ella una gran influencia, a la vez que desaparecía de su vida social como por arte de magia. Sin embargo, y mirando en retrospectiva, pareciera que todo lo controlaba. Por ella fue que se especializó en periodismo económico y por tanto, a la larga, Yetta terminó siendo la causa de su actual cautiverio. Eso no era óbice para que siguiera pensando que sin ella no hubiera llegado a conseguir todo lo bueno que había conseguido en su vida profesional.

Las miradas cómplices entre Winston y yo se sucedían según nos iba contado historias. De alguna manera, nos sentíamos reflejados en aquellos pasajes, como si Yetta hubiera seguido un mismo *modus operandi* a la hora de ejercer cierta influencia en todos nosotros. Era evidente que la historia contada por el agente Sinclair cuadraba perfectamente con las volteretas realizadas por Yetta en su paso por nuestras vidas. Sin embargo, seguía sin estar claro la razón de todo aquello. Quizá al compartir la verdad con Julia la cosa se aclararía, aunque no teníamos ni idea de lo que podía acontecer al descubrirle nuestro secreto.

El éxito rotundo que tuve al convencer a Alberto Albornoz me sugería que la forma más efectiva de contar la verdad a Julia era enseñándole las fotos de modo que ella misma se diera cuenta de que algo raro pasaba. Cuando tuviera esa intuición sería más fácil de explicar lo que habíamos averiguado tirando del hilo.

—No os he dejado ni abrir la boca —terminó excusándose Julia cuando hubo completado su última historia sobre su época universitaria—. Deberíais ser vosotros los que me preguntarais lo que queráis saber.

—Julia, lo cierto es que no sé como explicarte, pero no sabemos a quien más acudir. Es decir, creemos que hablando contigo quizá esta historia tome más sentido.

—¿A qué historia te refieres?

—Nosotros también compartimos muchos buenos momentos con Yetta, Julia. Fue mi novia durante la universidad y Winston... estuvo casado con ella.

Para Julia no era algo extraño que aquel simpático inglés de barba canosa y ojitos de ratón de biblioteca dijera que había sido su esposo. Al fin y al cabo, los años habían pasado para todos. Quizá no se percató de la diferencia de edad, pero estaba claro que lo que no era lógico es que su amiga hubiera sido mi novia. Al igual que horas antes con Alberto, lancé las fotos sobre la mesa. Julia las analizó minuciosamente, levantando la cabeza a ratos para observar nuestros rostros.

—Daría la sensación de que Yetta esta más joven en esta foto que en la

otra—. Determinó Julia enseñándonos la foto en la que estábamos Yetta y yo.

—Si, pero de hecho es más moderna —Intervino Winston—. Se que lo que te vamos a decir puede sonar loco, pero Yetta convivió a la vez con Guillermo y conmigo. Pero no era la misma. Mi Yetta en esas fechas estaba enferma y al poco tiempo murió. Sin embargo, la Yetta de Guillermo era más joven y simplemente desapareció meses después de que mi esposa muriera. Creemos que se fue a Francia, allí también tiene su historia.

La cara de estupefacción de Julia no fue como nosotros lo esperábamos. La naturalidad con la que se tomó la noticia era incluso sospechosa. ¿Acaso ella ya sabía algo de la extraña presencia de Yetta?

—Os diría que es una locura lo que me estáis contando, si no fuera porque ya intuía que algo raro había en ella. Fue mi mejor amiga, no me confundáis, pero había cosas que no eran normales.

Julia nos explicó sus sospechas. Un día como cualquier otro, Yetta se había quedado en casa como era costumbre, mientras Julia salía a todo correr hacía la facultad. En teoría Yetta estudiaba Psicología, cuya facultad no distaba mucho de la de Julia. Sin embargo, ella rehuía a acompañar a Julia, o más bien, ser acompañada. Julia había llegado a sospechar que Yetta no estudiaba y que les estaba haciendo gastar el dinero en balde a sus padres, que, por otro lado, nunca había conocido y de los que Yetta apenas hablaba.

Tras las horas de estudio Julia volvió a casa y encontró a Yetta vestida igual que por la mañana, con su pijama y toda despeinada. Eran las cuatro de la tarde y no era normal encontrar a Yetta en casa y menos con esa pinta. Ella siempre se había preocupado de mostrarse como una mujer elegante y no faltaba la ocasión en la que se pasaba de vueltas vistiendo ropas que para nada eran típicas de una muchacha de su edad. Esa pequeña extravagancia, daba un punto de exotismo a la ya hermosa Yetta. No fue fácil sonsacarle ninguna información respecto a su indumentaria y a las claras marcas de sollozos en su rostro.

—¿Que te ha pasado?, ¿Has estado llorando? —le preguntó preocupada Julia.

—¡No es nada, un poco de morriña! —contestó Yetta mientras guardaba unas fotografías que estaba mirando encima de su cama—. Será mejor que me de el aire.

Sin más explicación, se vistió con su ropa de hacer deporte y salió pitando sin que Julia alcanzara a preguntarle nada más. No era normal esa actitud en la siempre alegre y dispuesta Yetta. Sin querer dejar el tema zanjado Julia se atrevió a entrar en el cuarto de Yetta y abrió la carpeta donde momentos antes Yetta había guardado las fotografías. En una de ellas aparecía un anciano con una niña pequeña en brazos. Los rasgos de la niña eran inconfundibles. Era Yetta de pequeña, aunque el señor parecía muy mayor para ser su abuelo. «quizá sea su tatarabuelo» pensó Julia. Otra de las fotos mostraba a una Yetta más crecida, entrada ya en la pubertad y que abrazaba con ambos brazos a una mujer y a un hombre. El hombre, vestido de soldado dejaba resbalar unas lágrimas sobre la mejilla, mientras apretaba también con fuerza a la joven Yetta, quien con el otro brazo se aferraba a una mujer de aspecto nórdico. Blanca como la nieve, incluso más que la propia Yetta y con una larga melena Rubia que con los brillos de la fotografía incluso parecía blanca. Si bien ambas parecían familia, estaba claro que Yetta no había heredado los rasgos nórdicos de aquella señora. Ella tenía un aspecto mucho más español y desde luego, Julia nunca había dudado de su supuesta procedencia extremeña. Incluso su perfecto español, con ese simpático acento del sur, nada podía presagiar ningún tipo de contacto con otras culturas y menos en su propia familia. Si el aspecto de la familia de Yetta provocó grandes sospechas a Julia, más aún lo hacía el paisaje y la casa donde estaba tomada la foto. El porche de lo que parecía un gran chalet no coincidía con las construcciones extremeñas, tampoco lo hacía la exuberante vegetación de arboles enormes que ni cabían en el encuadre de la foto. Extremadura tiene paisajes hermosos y verdes, pero no de ese verde. Todavía menos aquellos rojos tan intensos. En España no se suelen ver arboles rojos. La ropa del anciano tampoco parecía hablar mucho de las raíces rurales que se esperaba de un abuelo como ese. Ni boina, ni cachaba, ni nada que le delatara como un extremeño de pura cepa.

¿Que ocurría ahí?, ¿Acaso Yetta le había mentado en su origen? y si era ese al caso, ¿con que razón? Tras examinar un rato más las fotos se le ocurrió buscar alguna pista del origen de las fotos a través del traje militar del soldado. No había duda del origen. La bandera de las barras y las estrellas

delataba a aquel joven como un soldado americano. No se alcanzaba a ver bien el apellido que llevaba grabado sobre el pecho, pero sí el logotipo de su unidad bajo la bandera. En aquella época no había todavía teléfonos con cámara, de modo que a Julia se le ocurrió dibujar el emblema para poder hacer una búsqueda posterior. El esfuerzo fue infructuoso. No hubo forma de encontrar información sobre la unidad de aquel soldado y en teoría había conseguido recabar los logotipos de todas y cada una de las unidades existentes en aquel momento. Un amigo de Julia, estudiante de derecho, pero obsesionado con el ejército y que no pudo incorporarse a filas por problemas en la vista, le ayudó en la búsqueda. La insignia era sencilla y no había forma de equivocarla. Hacía referencia a un número 94 que bien podía ser la división 94 de infantería. Sin embargo, el problema es que la insignia no era igual a la existente. La insignia que se observaba en la foto era mucho más sencilla que la usada en aquella época y, de hecho, según el amigo de Julia, el traje del soldado en sí, parecía más moderno de lo que cabría esperar.

Nunca volvieron a hablar sobre ese día y Julia nunca le quiso preguntar sobre las fotografías, lo cual la hubiera expuesto como la fisgona que fue en aquella ocasión. Sin embargo, una sensación extraña se apoderó de ella desde entonces hasta el día en que se vieron por última vez.

La relación se enfrió, no sólo porque la actitud de Yetta cambiara con Julia, sino porque de repente empezó a involucrarse mucho en política. Paso de ser una mecenas intelectual para la carrera de Julia, a buscar amistades en los grupos más radicales de izquierdas. Julia nunca vio con buenos ojos ese cambio y no quiso fomentarlo acompañándola a sus reuniones. De repente Yetta era otra persona, aunque en casa siguiera comportándose igual.

—Algún día sabrás porque debo hacer esto —le había anunciado a Julia el día que se marchó definitivamente del apartamento que compartían—. No pienses mal de mí, esto nos supera a ti y a mí mi querida amiga y sólo te pido que sigas trabajando duro investigando injusticias.

Le dijo que se iba a Francia, que allí había verdaderos revolucionarios con ganas de cambiar el mundo. Eso fue lo último que supo de ella. Mientras tanto Julia terminó su carrera y entró directamente a trabajar en prácticas en un pequeño periódico que al poco tiempo la mandó a Nueva York, donde descubriría todo lo que a la postre la mandó al más oscuro ostracismo.

—Las fechas no me cuadran —repuso Winston—. Si su Yetta se fue a Francia en 1991, ¿qué Yetta conoció Gabrielle Abat?

—¿Estas suponiendo que hay una Yetta más?

—Simplemente hago cálculos. Mi esposa murió, pero el resto de las Yettas, ¿donde están metidas, cuantas puede haber?

—Está claro que no tenemos toda la información. No sabemos ni cuantas, ni cuando, ni donde. Pero yo creo que nos querían juntos para descubrir algo. Nos estamos acercando y estoy seguro de que somos parte de un plan.

—Un profesor de política internacional y dos periodistas, en que podemos estar relacionados.

—Si no me equivoco... En aquello que Yetta nos propuso hacer en nuestras vidas.

Ni siquiera yo tenía muy claro lo que acababa de afirmar, pero tenía una corazonada. Quizá todos habíamos puesto nuestras miras en algo común. Yetta siempre me incentivó a especializarme en asuntos políticos. Ahí donde está el poder, están los problemas que sacar a la luz, de modo que no era mala recomendación. Por esa obsesión inquisitorial con el poder me habían desterrado de primera plana, por meter las narices en los asuntos de unos jefes que habíamos destapado. Mi amigo Richard Bowman y yo. Quizá eso tuviera que ver con el trabajo de Winston y con el problemita de Julia.

—Intentemos unir los puntos —propuse sin mucha claridad de ideas—. Winston, tu eres experto en política internacional.

—Sí, he sido asesor del gobierno británico en relación con conductas poco diplomáticas de algunas de las grandes transnacionales.

—Hablando en plata, Winston, tu sabes como se mueve el mundo. ¿No crees que puedes tener alguna información que Yetta quería que nos dieras a nosotros como periodistas?

—William, eres muy imaginativo, pero yo no sé más que lo que puedes

leer en los periódicos. Por desgracia hay muchas veces que la ciencia está muchos pasos atrás de lo que se mueve en otros ámbitos y este es uno de ellos. Los economistas y politólogos sólo podemos acercarnos a la realidad del país cuando nos alejamos de la academia, de lo contrario nos vetan en esos círculos de poder. Soy asesor académico del gobierno, no estoy metido en ningún *Thinktank* de esos que tan de moda están.

Los ojos de Julia se iluminaron en aquel preciso momento. La tarde se había convertido en noche y a la luz del fuego que Daniel había encendido en el hogar de la cabaña, pudimos ver como Julia sacaba fuerzas para contarnos toda la verdad sobre su situación.

—Quizá Guillermo tenga razón y quizá lo comprendáis si os cuento la verdad de mi problemita con la empresa que me contrató. Mi gran error fue intentar sacar información de una fuente no adecuada. De esas de las que te juegas el cuello literalmente y se lo haces jugar a la fuente. Conseguí un buen topo en una organización que no es muy amiga de dar a conocer sus asuntos. Un auténtico “garganta profunda”, que veía con malos ojos como habían derivado las políticas de la empresa. Publiqué un par de artículos cortos como parte de mi trabajo de corresponsal en los que mencionaba datos que no eran de dominio público. No fue mi intención. Lo cierto es que estaba escribiendo ya este libro y esos datos sólo deberían haber salido a la luz con su publicación. Por desgracia, no repuse en la importancia de aquellas frases y a partir de ese día me sentí perseguida y no tardaron en darme un ultimátum.

Una noche, un hombre bien vestido estaba esperándome en casa. Había entrado sin problemas y estaba en el salón jugando con Daniel, que apenas tenía 10 años, como si tal cosa. Le había dicho que éramos amigos y que me esperaba. Me dijo que tenían a mi esposo y que para que lo tomara en serio iban a tener que retenerlo unos días. Si continuaba publicando algo parecido, serían unos meses y en compañía de mi hijo, y si persistía... el cautiverio sería eterno. Pedí vacaciones para no tener que publicar nada y al cabo de una semana Juan Manuel, mi esposo, estaba de vuelta. Lo habían mantenido en una cabaña similar a esta, en plena montaña a las afueras del estado. No volvieron a molestarme, pero en ese lapso sucedió lo de la oferta de trabajo. Relaciones públicas en una gran empresa. Nos ofrecían una casa enorme y trabajo también para mi esposo, que es ingeniero. El colegio para Daniel estaba a pocas

manzanas de casa. Era lo que ellos consideran el sueño americano: casa con vallas blancas y perro incorporado. Supongo que el miedo y la tensión de aquellos días nos hizo tomar la decisión, sin saber que me estaba metiendo en la boca del lobo.

—Lamentablemente, a pesar de la cómoda posición, o quizá por ella, saqué tiempo para seguir escribiendo mi libro. Me habían creado una vida a medida, tanto era así que ni me percaté que mi trabajo era una auténtica farsa. Me habían conseguido eclipsar y yo lo había permitido. Yo pasaba memorándums y noticias, y ellos hacían como que todo estaba bien. Fui una tonta, a día de hoy ni siquiera sé si la empresa era de verdad. No sé si sus productos se vendían o era todo una tapadera para tener a gente cobrando mientras hacían otras cosas moralmente más discutibles.

—¿Y cómo terminaste aquello? —pregunté atónito al conocer la historia de aquella mujer que parecía sacada de una película.

—Tuvimos que huir con lo puesto el día en que se enteraron de que yo seguía escribiendo mi libro.

Julia había tenido otro desliz como aquel con la publicación de las noticias en su antiguo periódico. La empresa tapadera vendía infraestructura para oleoductos y gaseoductos. En teoría pertenecía a una familia de ricos tejanos que habían ganado una fortuna al encontrar petróleo en la finca familiar. Julia, interesada en el tema petrolero por ciertas informaciones de su informante, quedó al descubierto un día en el que preguntó sobre la posible consecución de negocios en la construcción de los nuevos gaseoductos que unirían Rusia con Europa. Algo que para aquel entonces no era conocido por ninguna agencia de noticias. Por la noche cuando llegó a su casa se encontró a Juan Manuel recogiendo del suelo los pedazos de floreros, esculturas y demás mobiliario que sólo unas horas antes adornaban su preciosa vivienda. El pánico se apoderó de Julia que no dudó que había vuelto a meter la pata. Corriendo subió a su estudio, donde guardaba su ordenador y algunos papeles en un archivador. Ambas cosas habían desaparecido y estaba claro que vendrían a por ellos en cuanto conocieran toda la información que había recabado durante aquellos años.

—Por lo que entiendo, tu crees que esa empresa era la misma que te

amenazó. ¿Pero por qué, a caso les estabas espiando a ellos mismos?

—No, mi investigación es sobre El Club Bilderberg.

Capítulo 11

Un ambiente plumizo y denso anegó la cabaña. La euforia desarrollada durante las horas previas con la animada charla y los datos que nos estaba ofreciendo Julia se desvaneció como una exhalación tras este último descubrimiento. Enfrentarnos al legendario Club Bilderberg no era moco de pavo. Ese gobierno en la sombra que muchos menospreciaban por no dar pábulo a teorías conspiratorias era realmente uno de los poderes fácticos que dirigían el devenir del mundo y tanto Winston como yo lo sabíamos por distintas razones.

Las preguntas se amontonaban en mi cabeza. Ahora había que unir nuevas piezas a un rompecabezas ya de por sí descabellado. El amor de mi vida me había llevado a una situación del todo surrealista, entrevistándome en secreto con una periodista maldita y viajando para encontrar el nexo entre todos nosotros, desconocidos apenas uno par de meses atrás y que ahora buscábamos encontrar entre nuestros recuerdos algo que diera sentido a todo aquello. Una misma persona o no, el amor de unos y la amiga de otros, una viajera del tiempo, una salvadora de una causa que no conocíamos, una locura o una coincidencia. La línea entre la realidad y una fantasía literaria se desdibujaba fácilmente, más aún cuando miraba esas fotos. Las fotos que dejaban claro que habíamos compartido con ella un mismo momento Winston y yo, y que sin embargo y a la vez, nos distanciaban en el espacio y en el tiempo.

Mis divagaciones sobre la lógica de todo ello fueron interrumpidas súbitamente. No hubo más tiempo. El ambiente no sólo estaba enrarecido entre aquellas cuatro paredes. De repente y como si de una película se tratase, se empezaron a escuchar lo que para un reportero curtido en el frente era el inconfundible sonido de disparos. Una interminable ráfaga de detonaciones impactó contra las raquílicas paredes de aquella pequeña cabaña. Mi instinto me mandó de un salto sobre la alfombra y junto a mí me llevé por delante a Winston, que sin esperarlo fue abrazado y tumbado con un placaje digno de las mejores jugadas de la *superbowl*. Julia quedó agachada sin saber muy bien que estaba ocurriendo, mientras que su hijo corrió agachado hacia la chimenea, donde había dejado apoyada su escopeta.

La lluvia de disparos persistió un buen rato, mientras que nosotros permanecíamos en el suelo sin movernos.

—¡Rápido, rodad hacia la chimenea! —se escucharon a duras penas los gritos de Daniel. Sincronizado con la invitación a deslizarnos sobre las tablas de madera, delante del hogar crepitante se descolgó el suelo, formando una rampa que iba a parar a un hueco oscuro protegido por la propia piedra de la chimenea. Una pequeña palanca situada junto al atizador y los otros útiles de la chimenea había sido accionada por el joven y había dejado al descubierto lo que parecía una salida secreta o quizá solamente un escondrijo. Winston fue el primero en introducirse en ella tras varios empujones por mi parte que nos llevaron rodando a ambos hasta el fondo del hueco. Daniel se introdujo de espaldas, mientras oteaba el suelo en busca de su madre y mantenía la escopeta en guardia.

Julia se hallaba aún cerca de la mesa donde segundos antes nos había contado su asombrosa historia. Abrazaba lo que parecía su portátil y se arrastraba con dificultad hacia nosotros. Pronto descubrimos el porqué. Julia dejaba una hilera de sangre tras sus pies que no dejaban lugar a duda. Una de las balas había impactado en ella y la herida no le dejaba avanzar a mayor velocidad.

—¡Mamá, ¿qué has hecho? —gritó de nuevo Daniel saliendo hacia ella lo más agachado que la prisa por alcanzar la posición de su madre le permitía.

—¡Tenía que guardar el portátil, no puede caer en malas manos!

Daniel trató de avanzar tirando de su madre, pero ya era un peso muerto. Julia se estaba desangrando y no tenía fuerzas para reptar ni un metro más. Tras unos segundos de incertidumbre sacó fuerzas para agarrar del hombro a su hijo, pidiéndole que parase.

—Dáselo a ellos, creo que sabrán que hacer con él y con toda la información —alcanzó a decir mientras con una caricia sobre la mejilla se despedía de su querido hijo.

Daniel, entre sollozos, siguió tirando del cuerpo intentando ponerlo a salvo. Sin embargo, la descarga de munición continuaba y estaba claro que no

había mucho que el joven pudiera hacer por su madre.

—¡Vamos Daniel, vas a conseguir que te maten a ti también! —intentaba convencerle yo desde la rampa de la chimenea.

Tras dudarle unos segundos más, Daniel agarró el portátil de su madre y se dejó caer sobre la rampa. En ese mismo instante las detonaciones cesaron. Daniel alcanzó a accionar otra palanca situada en el interior del minúsculo hueco y la rampa subió dejando ver una estancia algo más amplia, repleta de latas de conservas y otros materiales de supervivencia, y dejándonos protegidos de la inesperada visita.

Las rendijas entre las tablas del suelo permitían ver la luz en el interior de la cabaña sin ser vistos desde la misma. Un aumento en la intensidad de la luz y un chirrido anunciaron la apertura de la puerta y unas pisadas cautelosas introdujeron a los asesinos de Julia en la habitación.

Revisaron unos instantes la cabaña e hicieron acopio de todos los papeles desperdigados por la mesa de la cocina y por el suelo, muchos de ellos agujereados por las balas. Tras llenar un par de bolsas de basura con ellos se acercaron al cadáver de Julia Navarrete. Lo movieron con indiferencia, como quien intenta calcular a ojo el peso de un saco sin valor. Con la puntera, de lo que parecía una bota militar, le giraron el cuello y confirmaron el fin de la misión por *walkie-talkie*, recibiendo a continuación la orden de abandonar la escena lo antes posible.

Tras esperar unos minutos en silencio a que todo estuviera en silencio, Daniel volvió a accionar la palanca y una oleada de luz cegó nuestros ojos por unos instantes. La adrenalina del momento no nos había permitido darnos cuenta del desastre producido minutos antes. La cabaña brillaba con la luz procedente de todos y cada uno de los agujeros taladrados por las balas en las paredes. Sólo la columna de piedra que formaba la chimenea había quedado intacta, el resto de la cabaña estaba lista para ser derruida, incapaz después de tal ataque de volver a ser útil como vivienda.

Daniel se acercó al cuerpo yermo de su madre, lo abrazó por última vez, cerró sus ojos y se puso en pie con dificultad, trastabillando, más por el dolor de su corazón que por la flojera de piernas que el susto nos había producido a

todos. No había más que hacer allí. Tendría que volver más tarde por el cadaver.

Nosotros también habíamos terminado nuestra visita, de la peor manera posible.

—Mi madre confió en vosotros y me pidió que os entregara el portátil. ¿Podréis hacer algo con él?

—Te juro que limpiaré el nombre de tu madre. En cuanto terminemos con este asunto publicaré todo lo que ella investigó, así sea lo último que me dejen publicar en mi vida.

Dándole una palmada en el hombro a Daniel abandonamos la desvencijada cabaña y llegamos hasta el coche. Era noche cerrada cuando por fin alcanzamos el camino de tierra donde habíamos aparcado. Los asesinos debían haber llegado por otro medio y, por tanto, el coche estaba intacto y no sospecharon que pudiera haber alguien más en la cabaña. De haber llegado por allí, muy posiblemente nos hubieran buscado y no hubiéramos salido con vida de la visita.

Durante el viaje a Madrid, Daniel se fue componiendo. Era claro que aun en su silencio, nos culpaba de la muerte de su madre. Había estado a salvo varios años en aquella cabaña y justo con nuestra llegada todo había cambiado.

—Daniel, se que en este mismo momento nos estás echando la culpa de lo sucedido. Pero te juro que nosotros no tenemos nada que ver con esto. Lamentablemente, al preguntar por ella, alguien más que nosotros obtuvo la información de su localización. Es lo único que se me ocurre.

—¿Crees que tu jefe ha tenido algo que ver con esto? —preguntó Winston.

—En este momento no sé que creer, pero lo voy a averiguar.

Dejamos a Daniel en el piso familiar. A pesar de todo, el resto de la familia había podido seguir llevando una vida más o menos normal. Nos despedimos recalcando nuestro compromiso de no dejar la causa de su madre

de lado y prometiéndole informarle de todo lo que averiguáramos de ahí en adelante.

Por primera vez en semanas me sentaba en mi sofá. Mi pequeño apartamento madrileño pedía a gritos una limpieza, pero esa noche no conocería fregona alguna.

Winston, sentado a mi lado, miraba al infinito mientras en la televisión sonaban las noticias como si de un zumbido lejano se tratase.

—¡Muchas emociones para un viejo profesor! —musitó mientras se descalzaba con la mirada perdida más allá de las paredes del edificio.

—Y para un joven periodista también. No todos los días intentan matarte.

—¿Vas a hablar con tu jefe?

—Se que deberíamos centrarnos en buscar a Gabrielle Abat, pero necesito saber si él está implicado o no en el ataque. No tardaré mucho, podemos buscar vuelo a París para la tarde.

Winston asintió. Ambos estábamos exhaustos. La larga caminata y la adrenalina había hecho mella en nosotros. Le acerqué unas sábanas y una almohada para que durmiera en el sofá y en pocos minutos ambos estábamos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente Winston se dedicó a buscarnos vuelo a París. Nuestro objetivo era encontrar a los Libertarios y que nos dieran alguna información sobre Gabrielle Abat. Era el único cabo que nos quedaba por atar. Yo por mi parte fui nuevamente a la redacción. Esta vez no hubo café, ni saludos con los amigos. Sin esperar a que la desagradable secretaria de Alberto Albornoz me anunciara entré como un energúmeno en su oficina.

Alberto estaba de espaldas, mirando por la ventana y sujetando un vaso, que a todas luces parecía Whisky, a pesar de la temprana hora. Ni siquiera tuvo de girarse.

—Te estaba esperando Guillermo.

—¡Casi nos matan!, ¿lo sabes? Y a Julia la mataron, delante de nuestras narices... ¡Delante de las narices de su hijo!

—Lo sé... y no tengo ninguna excusa para ti.

—¿Por qué?, ¿Quienes eran esos hombres?

—Me obligaste a hacerlo, había tratado por años no preguntar esas coordenadas. La había protegido como pude... pero cuando me obligaste a hacer esa llamada...

—¿De qué estás hablando? Yo no te obligué a nada, te pedí un favor, una simple información.

—¡Hablas igual que ella!, os crees que vuestras investigaciones no tienen repercusiones en nadie... pero os equivocáis. Sois felices metiendo el hocico donde nadie os ha llamado, pero somos nosotros los que pagamos el pato. Vuestros jefes. ¿Crees que te puse en turismo por gusto? ¡Te salvé la vida Guillermo! Ellos te querían muerto y te protegí como supe... quitándote de primera plana, dejando reposar el asunto.

—¿Qué tiene que ver conmigo este asunto?, ¡Has hecho que la maten, ha muerto una persona porque tu diste su localización!

—No tuve que dar nada, ellos me rastrean, saben lo mismo que yo sé.

—¿De que estás hablando? Me quieres hacer creer que está bajo la presión de un ejercito de asesinos.

—Las élites políticas, el club Bilderberg, la trilateral, el club de Roma; llámalos como quieras, pero tengo mis manos atadas desde el mismo día que accedí a este puesto. Vendí mi alma por medrar en el periódico. Yo también fui un reportero hambriento de noticias, pero vendí mis principios, mi alma... y todo por un buen piso en el centro y un mercedes en el garaje. Porque mis hijos pudieran estudiar en un buen colegio y no les faltase de nada. Por formar parte de esa España rica, sin hipotecas y sin problemas para llegar a fin de

mes. En la redacción envidiáis al jefe, pero no sabéis ni de lejos lo que supone trabajar para un sistema corrupto que vuelve mierda todo lo que toca. El hedor de sus órdenes no deja aire para respirar. ¿Acaso no quieres verlo?, la línea editorial está totalmente comprometida con lo que los de arriba quieren. Los periódicos actuales somos marionetas en sus manos. Todos ellos en bancarrota y en manos de los bancos y de transnacionales. Cómo crees que vamos a poder publicar noticias contra los que nos dan de comer.

—¿Por qué no le había pasado nada a Julia cuando las coordenadas solo las conocía él que te las dio a ti?

—Porque él tiene más huevos que yo, supo proteger a su amiga por encima del miedo, ¿contento? Venías para saber si fue culpa mía... ya lo sabes, ahora márchate y protege tus espaldas. Si en tu investigación está metida la CIA, muy pronto tu también estarás en su punto de mira.

Me largué de aquella oficina con la convicción de que nunca nos volveríamos a ver. Un palpito me anunció que toda la ira demostrada en la conversación era la prueba final de su arrepentimiento y de la imposibilidad de vivir con aquella culpa. No esperaba escuchar como se descerrajaba un tiro en la boca, como ocurre en las películas, pero las malas noticias corren deprisa y pronto llegaría hasta mí la de que aquel mismo día fue el último para Alberto Albornoz. Se sirvió otro whisky, de aquel caro con el que le gustaba alardear con las visitas. A falta de un revolver del 45, sacó del cajón de su escritorio una caja de ansiolíticos que le acompañaban desde más tiempo del que nadie sabía y vació todas las píldoras sobre el vaso de whisky. No tardo en escucharse el vaso caer y quebrarse sobre el parqué de su oficina. Su adusta secretaria entró ante el estruendo y lo encontró tirado sobre su butaca de cuero italiano ya sin respiración.

Aquella misma tarde en el aeropuerto Winston y yo intentábamos atar cabos. Ambos compartíamos una sensación de persecución. Quizá por haber pasado en pocos días por más aeropuertos de la cuenta o quizá por la situación vivida el día anterior. Pero lo cierto es que nos daban desconfianza todos y cada uno de los policías y agentes de migración que nos tocaron en gracia. A pesar de nuestra aprensión, nuestra llegada a la puerta de embarque que nos

conduciría a París no supuso mayor problema. Buscamos un rincón tranquilo donde poder ordenar nuestras ideas y fisgar un poco en el portátil de Julia.

Habíamos llegado a la conclusión de que nuestras Yettas nos habían inducido a todos nosotros para que estudiáramos y nos especializáramos en temas que nos ayudaran en este preciso momento. Yo, un periodista especialista en conflictos armados, un hombre de acción a mi modo. Nunca había tocado un arma, pero muchas habían sido las que a mí me habían apuntado en los últimos años. Era capaz de cruzar datos y crear historias rápidamente. Y gracias a ello me había granjeado una buena reputación con mis análisis geopolíticos sobre el propio terreno que daban una óptica sincera de las situaciones más candentes.

Julia al parecer tenía mucha información sobre el club Bilderberg, más de la que ellos desearían y por lo cual le habían puesto precio a su cabeza. Si la mitad de las cosas que Julia había investigado eran reales, no había duda de que, a pesar de ser para la opinión pública simplemente un *ThinkTank*, no sólo eran capaces de idear planes a futuro que dirigieran las políticas gubernamentales, si no que eran capaces de realizar acciones concretas, tales como mandar matar a una persona molesta como ella.

Y Winston, con sus conocimientos de política internacional, estaba más al tanto de lo poderoso que era el club de lo que quería admitir. Había trabajado estrechamente con distintos primeros ministros y podría decirse que tenía amistad incluso con la casa real inglesa. Él fue quien me puso al tanto de todo en aquel rato que pasamos sentados en la terminal desde donde nos dirigiríamos a París.

Muchos son los que creen en las conspiraciones, yo creía..., pero nunca me puse a pensar en lo profundo que podría llegar una organización a la hora de dirigir los designios de la humanidad. Todo el mundo ha escuchado sobre los *Thinktanks*, como los llaman los ingleses. Esas organizaciones que en base a los conocimientos de sus expertos preconizan los problemas globales, sobretodo cuando hablamos de política y economía. Pero la realidad es que algunos de ellos no solo asesoran a los gobiernos..., se han convertido en gobiernos en la sombra. Poderes fácticos que llegan a todas partes y que tienen entre sus integrantes a gobernantes, financieros y empresarios, es decir, a los que mandan. Las palabras de mi jefe sobre la organización de los periódicos y

como la libertad periodística sucumbe antes los deseos de los poderosos, tomó un grado de realidad supina cuando Winston me empezó a contar cosas sobre el Club Bilderberg. Hasta ese momento no lo había entendido o no lo había querido entender.

Este club, selecto, de personas influyentes, nació en la década de los cincuenta, cuando después de la segunda guerra mundial el mundo quedó establecido tal y como en la actualidad lo conocemos. O, mejor dicho, como lo conocimos los de mi generación en el colegio. Al igual que otros *Thinktanks*, como la Comisión Trilateral o el Club de Roma, nacieron bajo el auspicio de poderosas familias como los Rockefeller, los Carnegie o los Morgan. Todos ellos adinerados industriales y banqueros que gobernaron con su poder los vertiginosos inicios del siglo XX y a los cuales las inestabilidades entre guerras no hicieron más que acrecentar sus patrimonios.

Pero ¿hasta qué punto un grupo no gubernamental puede influir tanto? Winston me tenía la respuesta. Todos y cada uno de los presidentes de Estados Unidos han pertenecido directa o indirectamente a estas instituciones. Por ejemplo, siendo parte del *Council on Foreign Relations (CFR)*. No ha habido ningún político americano importante en todo el siglo XX y el XXI que no haya estado bajo el paraguas de este brazo político que trabaja por y para el Club Bilderberg y que fue creado, al igual que este, por David Rockefeller, nieto del fundador de la *Standard Oil* y origen de toda la vasta familia de multimillonarios.

Así es fácil entender porque en un país como Estados Unidos, con un sistema político bipartidista y totalmente enfrentados entre sí, el cambio de unos por otros tras unas elecciones no provoca cambios radicales en las políticas. En el fondo todos luchan por lo mismo, el bien de los poderosos, y así ha sido durante décadas. No hay diferencias fundamentales entre demócratas y republicanos, solo persiguen su propio beneficio.

Pero no hay que quedarse en la superficie. Todos sabemos que los políticos no son de fiar y por tanto esta aclaración no me cayó de sorpresa. Más inquietante fue descubrir como han hecho y desecho a su antojo manipulando a la humanidad desde hace siglos. Grupos de pensadores muy bien acomodados han influido en cosas tan universales como la propia evolución, dejando su impronta imperialista hasta en la escritura del *Origen*

de las especies por parte Darwin, que no fue más que un instrumento en manos del *Club X*, otro descubrimiento que Winston me reveló y al que no podía dar crédito. Todo ese asunto de la evolución del más apto no fue más que una estratagema para afianzar en la élite a los colonizadores blancos en un mundo en plena expansión colonial y que no tenía, ni tiene a día de hoy, ninguna base biológica. Bien es sabido que mientras el macho alfa se pelea por mantener el control de la manada, algún joven no tan apto disfruta de las aburridas hembras. Así es en la naturaleza y así es en la civilización, donde no importa cuanto te prepares, siempre habrá algún inepto que consiga de forma fácil tus sueños. Desgraciadamente, esos ineptos suelen ir de la mano de otros más listos y con poder.

Todos estos intereses en gobernar el mundo parecen claros cuando ves que todo gira entorno a sus ganas de ganar y ganar cada vez más dinero. Pero ¿qué podría tener que ver esto con Yetta?

—¿Crees que Yetta nos quería advertir de algo respecto al Club Bilderberg? —Pregunté un poco desorientado a Winston.

—Quizá en el futuro hagan algo que sea lo suficientemente descabellado como para poner en peligro a la humanidad.

—Julia habló algo de un gasoducto, ¿sabes algo de esto?

—En su portátil debe estar la información, ¡quizá debamos estudiar un poco sus apuntes!

—¡Vamos *Spotlight* una ayudita! Buscar gasoducto en documentos.

—¡Ahí está! —Exclamó Winston cuando en la lista de archivos apareció un bloc de notas cuyo título no dejaba lugar a dudas.

—Son recortes de prensa sobre distintos gasoductos: *Blue stream, North stream...*, ¿qué sabes de esto, Winston?

— A decir verdad, mi querido William, algo sé de este tema. Quizá la suposición de que estén tramando algo no sea tan ridícula si juntamos las piezas.

—¿A que te refieres Winston?

—La geopolítica mundial es algo bien complejo William. La tensión y los tira y afloja entre bandos contrarios son hoy en día tan fuertes o más de lo que lo eran en plena guerra fría. A decir verdad, podríamos decir que estamos aún en ella.

—Te refieres a luchas entre Rusia y Estados Unidos.

— Si, o entre Rusia y occidente en general. Lo cierto es que la fricción nunca acabó. Solamente durante la *Perestroika* hubo momentos de verdadera empatía mundial. Sin embargo, no sé si sabes que Gorbachov no era muy querido en Rusia, precisamente porque se le consideraba un títere de occidente.

—Y ahora es al revés, todos los periódicos hablan mal de Putin, pero allí lo aman.

—Así es, los periodistas tergiversáis la realidad según la línea editorial.

—Yo no, ya sabes que por eso me pusieron donde estoy.

Las extensas explicaciones de Winston continuaron durante nuestro vuelo. Era claro que sabía de lo que hablaba. Hay realidades que no se pueden comprender desde fuera si no te las analiza un experto y esta era una de ellas.

Entre la información recabada por Julia sobre gasoductos había referencias a otros dos: el *South stream* y el gasoducto turco. De estos dos habían estado hablando los periódicos los últimos meses. ¡Que si sí se construirían, que si no! Cada día salían noticias al respecto, pero nunca explicaban porque tantos cambios de parecer por parte de Putin. La realidad era muy simple: a occidente no le interesaba que Rusia vendiera su gas, uno de sus grandes negocios. Y por tanto estaban poniendo todas las trabas posibles a su construcción. La independencia energética alcanzada por Estados Unidos gracias al *Fracking* había llegado en el momento más oportuno para poder arremeter contra Rusia. A ellos no les afectaría la caída del petróleo y del gas ya que no se dedican a venderlo, pero si arruinaría la economía rusa. La decisión de los países árabes de bajar y bajar el barril, lejos de perjudicar,

era una de las bazas más importantes con las que contaba Estados Unidos para presionar a Rusia. Esa sería su perdición y demostrado está que la situación había perjudicado la estabilidad del país. Detrás de todos estos movimientos económicos no había más que intereses por parte de los poderes fácticos, como el club Bilderberg, para imponer su propio sistema económico. Su sistema alardeaba de riqueza global, pero no decía que esa riqueza se quedaría en manos de unos pocos. La globalización ha sido una de las mayores estafas que como ciudadanos nos hemos tragado. Lejos de permitir la unión de las civilizaciones, lo que ha permitido es dominar con mano de hierro a los trabajadores de todo el mundo. En occidente haciéndonos perder poder adquisitivo, hipotecando literalmente nuestras vidas y en demasiados casos despojándonos de nuestra dignidad. En los países subdesarrollados creando un nuevo sistema esclavista, donde todos deben trabajar para alimentar el mercado común y donde se les vende la ausencia de desempleo como la luz que ilumina su desarrollo. Sin embargo, no está en la cabeza de ninguna de las empresas transnacionales facilitar el desarrollo de esos países. Sin camboyas, vietnams, tailandias, indias, etc. ¿Dónde podrían producir ellos sus zapatillas deportivas a precios competitivos?, ¿dónde fabricarían los miles de millones de teléfonos que se venden en occidente?

Por alguna razón que yo todavía no entendía, el sueño americano ya no era prioritario en las agendas de los poderosos. El famoso estado del bienestar había dejado paso al estado del desahucio. El capitalismo Keynesiano ha colapsado con el paro en el crecimiento mundial y con ello, lo único que queda es aniquilarnos poco a poco a los trabajadores, al mundo entero, para que unos pocos puedan seguir disfrutando de su propio estado del bienestar.

No contentos con ahogar la economía mundial, no sin antes guardar todos sus beneficios a buen recaudo, estaban dispuestos a idiotizar a las masas, no fuera que algunos revoltosos provocaran una revolución. No hay que ir muy lejos para confirmar que el nivel educativo en general ha ido bajando con el paso del siglo XX. No es casualidad que cada vez sea más difícil estudiar y que los estudios sean peores. Es una forma fácil de controlar a las masas. Cuanto menos preparados seamos, más difícil es que hagamos ruido. De ahí que durante las últimas décadas los planes de estudios no duren apenas y poco a poco se haya ido degradando la educación, desde la primaria hasta la universitaria. El plan Bolonia no fue más que un peldaño en esta escalera de

ignorancia que nos han obligado a recorrer. Carreras de cuatro años, pero sin valor a no ser que termines pagando un máster. Y quien no tenga para ello se quedará marginado con su carrera de segunda categoría.

Tras terminar de explicarme todas estas cosas Winston se echó una cabezada en los escuetos asientos del avión. Mientras, yo aproveché para revisar más del trabajo de Julia. Era impresionante la cantidad de datos que había en esos archivos. Algunos se remontaban a la propia creación del Club Bilderberg y algunos daban cierta luz a mis dudas sobre los intereses de aquellos que se decían velar por el bien del mundo, pero que en el fondo estaba claro que sólo lo hacían por el suyo propio.

Muchos de los dirigentes del Club seguían una clara política Maltusiana en la que el número de población mundial era un verdadero problema. Anhelaban disminuir su número hasta cotas totalmente irracionales. Julia mencionaba que deseaban un mundo con sólo mil millones de personas, una séptima parte de la población actual. Era inconcebible pensar que cada movimiento político mundial estuviera diseñado para diezmar la población, pero así parecía que era, y que mejor para ello que hubiera tensiones entre países o entre oriente y occidente.

Todos los grupos terroristas actuales no existirían sin alguien que lubrique bien el tráfico de armas y sin un buen número de beneficios económicos para sus dirigentes, que desde luego no son los que se inmolan en nombre de ningún dios y que solo se arrodillan frente a su propia codicia.

Creados los enemigos y creado el miedo es fácil ver que la maquinaria de subyugación está activa. El once de septiembre pudo ser el pistoletazo de salida a nivel popular, pero no debemos olvidar la guerra del golfo y las innumerables misiones de paz gestadas en oriente próximo en los últimos veinte años, de las cuales ningún país ha salido indemne. Suelo que protege la OTAN, suelo en el que no vuelve a crecer la hierba. Ese es uno de los reflejos más nítidos de las políticas occidentales para unir al mundo en un nuevo régimen feudal donde los señores esta vez no mandan desde sus corceles y con su brillante armadura, si no desde sus despachos y comprando voluntades políticas. El dinero sucio, la corrupción y las políticas neoliberales que facilitan la venta por parte de los gobiernos de los bienes del estado nos han llevado a un mundo dominado por unos pocos desde sus oficinas y han

aniquilado por completo la capacidad de los estados para sostenerse. Es curioso como en pocos años, la venta de empresas públicas en todos los países ha permitido que gran parte de las infraestructuras nacionales ya no lo sean. No pertenecen a los países sus redes de suministro de electricidad, sus carreteras o las tuberías por donde circula el agua, que muy pronto será causas de nuevas guerras. Todo lo que un país necesita para vivir, en la actualidad, suele ser parte de un conglomerado empresarial que no pertenece a ningún sitio, pero que tiene en sus manos el futuro de la población. Algo así, hace unos siglos no era posible sin una invasión militar, una larga guerra y uno montón de muertos. Ahora simplemente se consigue comprando voluntades de ineptos y corruptos que dejan, por un puñado de dólares, en manos de estos psicópatas oligarcas el devenir de sus propios países.

A pesar de que las conversaciones mantenidas con Julia y con Winston me habían hecho abrir los ojos ante una realidad totalmente macabra, seguía sin ver que podía tener que ver Yetta en todo esto. Si nos estaba avisando de algo gordo, no era algo tan claro de ver. Y si era así, ¿qué podría tener que ver Gabrielle Abat con los planes del club Bilderberg? ¿Acaso formaban parte de algún complot?

Para mí era imposible creer que Yetta albergará un solo gramo de maldad en su cuerpo, de modo que no entendía que podía estar buscando junto a un mequetrefe como aquel, que según su propio hermano había andado metido en problemas desde que ambos tenían uso de razón.

No habíamos tenido tiempo de investigar mucho sobre aquel grupo al que parecían pertenecer Gabrielle, y quizá también Yetta, pero todo parecía indicar que era un grupo de extrema izquierda, nada que ver con los ideales fascistas del club Bilderberg. Aunque como suelen decir, los extremos se tocan.

Mientras yo andaba divagando para mis adentros, Winston dio un respingo en su asiento. Se despertó sobresaltado como si una pesadilla lo hubiera asustado

—¡UNA, UNA GUERRA! —alcanzó a tartamudear en su famélico español. ¡Están tramando una guerra global!, por eso Yetta nos esta avisando. ¿No querías una razón para viajar en el tiempo? Ahí tienes una bastante

preocupante. Que mejor razón que evitar un desastre mundial.

—¿Y que tendría que ver Yetta con eso?

—Nos está conduciendo al detonante o al momento donde nosotros podremos evitarla. Si no, ¿qué sentido tendría?

—Así que crees que estamos aquí para impedir el inicio de una guerra. Esta historia se nos está yendo de las manos Winston y lo peor de todo es que ya hemos visto morir a una persona.

Las conjeturas de Winston eran alocadas, pero no descabelladas. Ahora más que nunca quedaba claro que debíamos encontrar a Gabrielle Abat y conocer su parte de este rompecabezas. Además, encontrándole a él quizá pudiéramos encontrar a Yetta, a una de las que parecían existir.

Capítulo 12

—¡Estás roderas son recientes!, una furgoneta antigua a juzgar por el peso y por los estrechos neumáticos. Quién aparcó aquí se fue hace menos de una hora —dedujo uno de los hombres de John Green al bajar del enorme todoterreno que les había conducido hasta la casa de Ilya Markof.

Mr. Green, como le gustaba que le llamaran sus secuaces, era un mercenario. Los trajes caros y los zapatos italianos no podían ocultar su origen callejero. Sin compromisos a la hora de realizar sus misiones, ni sentimientos que pudieran desviarlo un milímetro de su objetivo, siempre fue el favorito de Walter Scott y el único en el que confiaba para las misiones más sucias. De alguna manera el propio Walter lo admiraba. Green representaba todo aquello que él hubiera llegado a ser de no terminar en trabajos más burocráticos. Una bestia asesina, sin escrúpulos, que sólo se mantenía fiel a sí mismo. Mientras trabajara para la CIA no les traicionaría, pero tampoco eso era un seguro. Tipos como él eran fáciles de comprar con dinero y por eso, a pesar de ser la mano derecha de Walter Scott, también rendía cuentas ante Stuart O'Neill, el jefe supremo del proyecto 365 y sobre quien parecía que nadie mandara, ni si quiera el presidente de los Estados Unidos, en parte porque seguramente no conociera de su existencia. Para O'Neill, John Green era sus ojos y sus oídos en la oficina central y se fiaba más de él que del propio Scott. Años atrás había sido su guardaespaldas personal y había demostrado con sangre su lealtad. Fue en una reunión con unos narcotraficantes cuando Green demostró su compromiso más férreo con su trabajo de proteger a O'Neill. La conversación se había salido de los límites. Ellos querían más dinero por cada cargamento y sus matones de tres al cuarto eran de gatillo fácil. Green recibió el primer impacto dirigido a O'Neill. Pero ellos no podían contar con que sus armas semiautomáticas poco valdrían cuando John Green, con un hombro sangrando y tras un estruendoso golpe contra el suelo, sacara su *Smith & Wesson modelo 29* de 214mm. Sus seis tiros fueron suficientes para acabar uno por uno con los cuatro guardaespaldas del narcotraficante y para herir en una pierna a este para que no intentara escapar. Una vez a su merced, fue el propio Stuart O'Neill el que apretó el gatillo para detonar la sexta bala entre ceja y ceja del jefe del cartel, no sin

antes advertirle que con los Estados Unidos no se jugaba. Tras ello, nunca duraría del compromiso de Green, mientras su lealtad estuviera bien comprada con su dinero.

Si no hubiera sido por él, Stuart O'Neill hubiera sido hombre muerto en varias ocasiones más. Es por eso por lo que le puso en el cargo que tenía en la actualidad. Prescindir de un guardaespaldas como él no era una decisión fácil, pero le servía más en el nuevo puesto. Casi como si de un regalo se tratase se lo entregó a Walter Scott para que se convirtiera en su pistolero, no sin antes asegurarse de que le seguiría rindiendo cuentas gracias a jugosos depósitos que regularmente recibía en su cuenta.

John Green se acercó al porche de la casa mientras con las manos ordenaba a sus dos acompañantes que asegurasen el perímetro. Puede que alguien se hubiera ido, pero eso no aseguraba que Robert Sinclair no siguiera en la casa.

Fue Peter, el yerno de Ilya, quien le abrió la puerta al agente. Con cara de pocos amigos, Green preguntó por el profesor Markof, que en ese momento se encontraba descansando en su habitación.

—¿Le puedo servir yo en algo? —preguntó Peter sabedor de cual era la razón de la visita.

—Estoy buscando a un viejo amigo del profesor, Robert Sinclair. ¿Sabe si ha estado por aquí de visita?

Peter contestó afirmativamente. No había razón para hacer sospechar más de la cuenta a Green. Sin embargo, dejó muy claro que no sabía a donde se habría dirigido.

—Quizá haya ido a California a ver a sus padres, creo que comentó que hacía mucho que no pasaba por su casa.

Green no se tragó la ingenua respuesta de Peter, pero no tenía mucho más que preguntar. Walter no le había dado mucha información respecto a su

búsqueda y no tenía sentido intimidar a aquella gente que vivían perfectamente aislados del problema actual.

—¿Sabe al menos a qué vino?

—Me temo que no fue más que una visita social. Por lo que alcancé a entender Robert y Christine son viejos amigos de mi suegro.

Green no tenía muchas posibilidades de indagar nada más, pero Peter había cometido dos errores en una misma frase de los que se dio cuenta en el mismo instante de pronunciarlos. John Green entrecerró los ojos en signo de contrariedad. Si bien no había conseguido el destino de la pareja, ahora sabía que Robert no iba solo, Christine seguía con él. Más preocupante era que, después de tantos años, la CIA se acababa de enterar por boca de Peter y de forma indirecta de la aventura vivida por Ilya y su compañera María Matriskaya y que de la misma había nacido una niña, su esposa María Markof. No podía traer nada bueno que Green se pusiera a investigar sobre como era posible que Ilya Markof tuviera un yerno y, por tanto, una hija de la que nadie había sabido nada hasta ese preciso momento. Pero el mal ya estaba hecho. La duda que sembró Peter en el agente Green quedó clara con su cara de susto, que hizo asomar una mueca de malicia en la comisura de los labios del agente, antes de que girara sobre sus talones y abandonase el porche sin hacer más preguntas.

El silencio en el todoterreno donde se alejaban los tres agentes de la CIA se rompió con una llamada inesperada del Stuart O'Neill.

—Señor O'Neill, ¿cómo está? —preguntó Green seriamente.

—¿Ha encontrado a Sinclair?

—No señor, pero sabemos que sí estuvo en casa de Markof. Además, todavía parece estar en compañía de la señorita Foster, pero no hemos conseguido información de su paradero.

—¡Da igual!, informa de esto a Scott y dile que yo te necesito. Que si

quiere seguir buscando a Sinclair mande a otra persona. Ha surgido algo importante y tu viaje a Europa tiene que ser de inmediato.

—Si señor, me tiene a su servicio. ¿De que se trata?

—Nuestros amigos del Club ha localizado a Julia Navarrete y ha sido eliminada.

—Excelentes noticias, ¿no señor? Han sido muchos años sin haber podido conseguirlo.

—Si, si, excelente para ellos, a nosotros no nos incumbe. Pero hay algo que me ronda la cabeza sobre el tema. La información sobre el paradero de la señora Navarrete salió del jefe de ese reportero que apareció en la alerta 365. Puede que sólo sea una coincidencia, pero no podemos arriesgarnos. Sal ya para Madrid, investiga la muerte de Navarrete y busca a esos dos, al reportero y a ese profesor de Oxford, no queremos que se inmiscuyan en los planes del Club . Toda la información la tienes ya en tu mail cifrado, junto a los billetes de avión para dos, llévate a Mugillan y que Michaels se devuelva, no podemos llamar demasiado la atención. Que se presente ante Scott y que le asigne a él la búsqueda de Sinclair aquí en América.

John Green no esperó ni un momento para preparar todo. Desde su teléfono móvil descargó toda la información respecto el incidente acontecido en la sierra madrileña, así como los billetes de avión que los llevarían a él y a su ayudante más diestro, el agente Mulligan, desde Chicago, hacía donde se dirigieron rápidamente, hasta Madrid.

La cabaña seguía igual que la habían dejado el día del tiroteo, a falta del cadáver de Julia del que su hijo se encargó personalmente e hizo pasar por una muerte fortuita en su piso madrileño.

Green y Mulligan revisaron la agujereada vivienda campestre en busca de algo que les indicara un posible contacto de Julia con Winston y conmigo antes de su muerte. Era un trabajo difícil. Más allá de los fragmentos de varias tazas rotas dispersados por el suelo, nada podría indicar la presencia de más de una

persona en el momento del ataque, ya que apenas nada había quedado en pie tras él.

—¡O esta mujer no lavaba mucho sus vasos o aquí había más de una persona! —Advirtió Mulligan.

—Supongo que alguien la pudo visitar, pero eso no nos demuestra que fueran el reportero y su amigo inglés.

Por desgracia la palanca que abría el escondrijo secreto no estaba muy oculta. Había servido para ocultarnos durante el ataque, sin embargo, un registro más profundo permitió a Green encontrarla sin problemas. Las pisadas que encontró no le dejaron dudas. Tres personas diferentes habían estado allí escondidas hacía poco tiempo. El suelo polvoriento había dejado el rastro perfectamente demarcado.

—¡Un momento!, ¿que son estas señales? —preguntó en voz alta Green sin esperar respuesta a la pregunta.

Sin esperar a que Mulligan le pudiera dar su opinión, Green se acercó a su maletín y sacó un pequeño ordenador de no más de once pulgadas. Plano y de aluminio, sólo sobresalía de su esbelta figura cuatro pequeños botones de goma negra que hacían las veces de patas estabilizadoras. Green se agachó de nuevo sobre el agujero y colocó el ordenador sobre las marcas encontradas en un lateral de este. No había duda, un ordenador de las mismas características había descansado en ese lugar. Y así era, allí lo apoyó para poder salir del hueco después de que el tiroteo hubo terminado. No era una prueba muy sólida, pero para Green era claro que los trozos de tazas en el suelo, el escondite excavado en la roca, las huellas y la presencia de un ordenador indicaban que alguien había salido de la cabaña con más información de la que al Club y a Stuart O'Neill les hubiera gustado.

—¡Se han llevado su ordenador! —explicó a Mulligan saliendo de un brinco del agujero. Está claro que había alguien aquí cuando mataron a Julia Navarrete.

—Pero eso no demuestra que fueran el profesor y el otro.

—No lo demuestra, pero muchas coincidencias son ya en este caso. Habrá que avisar a O’Neill, no creo que le haga mucha gracia.

De vuelta a Madrid Green contactó con Stuart O’Neill. El tema no era claro, pero al igual que el agente, O’Neill no dudó que eran muchas coincidencias.

—Id al periódico de ese reportero y averiguar si estuvo en estos días en Madrid. Si estuvo no sabremos si fue él quien se llevo el ordenador, pero si no estuvo serían buenas noticias. Quizá el ordenador se lo llevaron los tipos enviados a hacer el trabajo y por seguridad no lo reportaron. En el informe aparece un ordenador confiscado, pero no sería raro que la señora Navarrete tuviera otro con la información más valiosa.

Para un agente secreto es incómodo no conocer todas las piezas de un caso. Así de incómodo debió sentirse John Green cuando llegó al periódico preguntando por Alberto Albornoz y se enteró de la muerte del informante. Una complicación más que añadir al asunto.

Sin embargo, la ida a las oficinas del periódico no iba a ser en balde. La muy seria y muy puntillosa secretaria de Alberto supo sacar su lado más cotilla para contarle los más nimios detalles de aquella desdichada tarde. Tarde en la que tanto Julia como Alberto perdieron la vida y que con el tiempo ha llegado a ser una losa sobre mi conciencia. Una culpa terrible me acompaña desde aquel día; culpa apaciguada por la necesidad imperiosa de encontrar respuestas, que más tarde comprendería como de mayor importancia que mi propia culpa, sus vidas o la mía. A pesar de ello, nunca podré borrar aquella última conversación con mi jefe, ni el ataque a la cabaña que acabó con la vida de una compañera de profesión de la que podía haber aprendido mucho en otras circunstancias.

Era tiempo de hacer balance: Dos personas ya habían muerto por culpa de este rompecabezas y ni siquiera estábamos cerca de entender el alcance que para toda la humanidad tenía el hecho de que nosotros dos, un profesor de universidad y un reportero en horas bajas, fuéramos capaces de resolver el acertijo que Yetta nos había formulado.

Las extensas explicaciones de la secretaria habían dejado claro para

Green mi vinculación con la situación y había sido capaz de recrear perfectamente en su cabeza las escenas que precedieron a la muerte de Alberto. Tanto era así que era un hecho para él, y para Stuart O'Neill cuando este le informó, que ahora era yo el blanco a encontrar y neutralizar, aunque todavía había una pieza más en el juego, a la que Green tendría que dedicar sus esfuerzos antes de poder echarme el guante. De no ser así, yo podría influir en un plan que estaba muy por encima de los propios intereses de O'Neill, pero que nunca se atrevería a poner en duda, ni en peligro.

—¡Buen trabajo Green!, creo que ahora vas a necesitar nueva información —le felicitó O'Neill—. Nuestros amigos del club están preocupados con esta posible filtración. Tienen un plan en funcionamiento que les preocupa que se pueda truncar si ese reporterucho se entromete.

Green había pasado en poco tiempo de buscar a Robert Sinclair, a investigar sobre mí paso por Madrid, y de repente, se iba a convertir en el ángel de la guarda de alguien importante para los planes del Club. Era difícil de entender para él por qué de improviso era más importante ese sujeto que cazarnos a todos nosotros. Sin embargo, las casualidades no existen, y pronto entendería que estando al acecho de aquel individuo también lo estaría de nosotros.

Capítulo 13

El vuelo de Robert y Christine llegó sin contratiempos a Londres. No habían conseguido otro destino menos aparente, ni un vuelo directo a París, y la premura hacía que no hubieran podido esperar mejores escalas. Sin embargo, estaban contentos de aterrizar lejos de las garras de Green. Habían sido ocho largas horas de vuelo, pero les habían permitido relajarse. Allí arriba, entre las nubes, no había peligro de ser encontrados. Había sido un oasis aéreo que les permitió desconectar de lo acontecido durante la última semana. Parecía increíble todo lo que había sucedido en tan poco tiempo y como sus vidas habían cambiado. Durante el vuelo hubo tiempo para todo. Christine amaba a Robert más de lo que él podría creer. Sin embargo, le echaba en cara sus ganas de aventura. Si no fuera por eso seguirían tranquilos en su monótona vida, que en esos momentos se le antojaba como una deliciosa y distante utopía. También hubo momentos para amarse y confirmar que estaban en esto juntos y nada lo podría cambiar. Se apoyarían en todo lo que hiciera falta y si salían con bien del problema dejarían sus flirteos para comprometerse. No les sería difícil encontrar nuevos trabajos y olvidarse de toda aquella pesadilla. Robert fue el primero en afirmar que se había equivocado y que no buscaría más aventuras que la de estar a su lado para formar una familia. Pero para ello primero tendrían que terminar lo que habían empezado. Si al principio su intención era ayudar a unos extraños, ahora era un imperativo conseguirlo. Sólo desenmarañando todo aquel misterio podrían salvarse ellos mismos.

La llegada a Londres no era el final del camino. Todavía les quedaba un último viaje que les conduciría a París. Una hora después de aterrizar en *Heathrow* llegaban en uno de esos típicos taxis londinenses a la estación de *St. Pancras*. Christine no podía reprimir su entusiasmo por su tour europeo, aún cuando estuvieran en peligro. Para ella era la primera vez que salía de su país y su imaginación no podía entender un mejor destino que Londres y París para su primera escapada. Lamentablemente no eran las condiciones románticas que uno esperaría y apenas se pudo contentar con conocer la estación gótica, famosa por aparecer en las películas de Harry Potter y la hermosa estatua de Paul Day en el vestíbulo de esta, que recordaba, con su amorosa estampa, a

todos los que en algún momento de su vida se han despedido o reencontrado en una estación de tren o en algún aeropuerto.

—¡Vamos cariño!, no es momento de hacer turismo —le saco de su ensueño europeo Robert, al cual ese ritmo de viaje no podía más que sacarle de sus casillas—. Debemos alcanzar el próximo *Eurostar* si no quieres que pasemos la noche durmiendo al lado de esa estatua.

Desde allí cogerían el tren de alta velocidad que los llevaría directamente al corazón de París, donde tendrían que encontrar algún hotel barato para pasar la noche. El próximo paso sería encontrarnos y avisarnos del peligro que nos acechaba a todos. La alerta había significado todo lo que Robert predijo y su intromisión, intentando contactarnos con antelación, no había hecho otra cosa que empeorar la situación.

Robert sabía que tenían ventaja respecto a Green. Aún en el caso de haberlos seguido era imposible que los agentes de la CIA hubieran llegado antes que ellos a Europa. Eso les daba un par de días para encontrarnos a Winston y a mí, misión que no parecía muy obvia, pero que buscando a Gabrielle Abat, creía poder enfrentar en mucho menos tiempo de lo que supondría buscarnos al azar por toda la ciudad.

Si la llegada a Londres había hecho olvidar a Christine la verdadera razón de su viaje, su llegada a París la enamoró al instante.

—Prométeme que volveremos en otras circunstancias.

—¡Desde luego que si mi vida, en estas mismas lo dudo! —respondió entre el sarcasmo y la broma Robert, quien también se había dejado seducir por el romanticismo parisino en compañía de su amor.

Caminaron fuera de la estación, donde las luces de la ciudad les mostraban una cara amable de la misma, a pesar de no saber ni si quiera donde pasarían la noche.

—Creo que por hoy lo mejor será descansar aquí mismo —indicó Robert levantando su índice en dirección contraria a la estación donde se levantaba un hermoso hotel—. Mañana veremos si encontramos algo más discreto.

La mañana amaneció oscura. Un cielo cubierto de nubarrones y que dejaban caer gotas sin dirección no hacía presagiar nada bueno para ese día, que, a pesar de ello, debía ser el primero de nuestra búsqueda de Gabrielle Abat. Winston y yo habíamos llegado la noche anterior a París. Tras un rápido viaje en metro habíamos llegado a un pequeño hostel conocido por Winston. Una oronda mujer nos recibió, dando un abrazo a Winston como si de un viejo amigo se tratase y que casi rompe en dos al pequeño profesor. Nos mostró personalmente la habitación: dos camas separadas por una pequeña mesilla más antigua que yo, un armario y un minúsculo baño eran todo lo que el cuarto contenía.

—No es el Ritz, pero estaremos cómodos, ¡y es discreto! —intentó escudarse Winston ante mi cara de poca emoción.

La buena mujer nos preparó una improvisada cena a base de quesos, paté y un buen vino que nos sentó de perlas. Una vez entonados, decidimos salir a dar una vuelta. El barrio era tranquilo, pero contaba con numerosos restaurantes de aspecto bohemio que invitaban a tomar otra copa de vino, y así lo hicimos. A diferencia de las últimas noches en Madrid, donde por miedo o por nerviosismo habíamos decidido no salir de mi apartamento, esa noche decidimos relajarnos un poco. La tensión por la muerte de Julia había hecho mella en nuestros físicos. Eso, junto a la falta de sueño y los continuos viajes, habían hecho aparecer en ambos distintos dolores musculares que hacían que caminásemos como una pareja de abueletes nonagenarios.

—¡Una botella de vino más nos vendrá bien William, tenemos que relajarnos!

—Si, creo que no tiene sentido seguir escondiéndonos en la habitación.

—Lo de Julia ha sido horrible, pero ella ya estaba en peligro de antemano.

—No me dirás que no te sientes culpable. El fin y al cabo, fuimos nosotros los que pedimos su ubicación y con ella una lluvia de plomo a domicilio.

—La hubieran encontrado tarde o temprano. No te voy a mentir, me duele

haberlo desencadenado, pero... ¿como íbamos a predecir tal masacre? Lo que me preocupa es que te hayas quedado con ese dichoso ordenador. Te va a traer problemas William. ¡Nos va a traer problemas!, ¿y si saben que te lo llevaste?

—Julia tenía dos ordenadores en su cabaña. El otro viste como lo cogieron. Nadie tiene porque saber que existe este.

—¡Eso esperemos!

La noche transcurrió entre copas de vino y coñac, como le gustaba a Winston. A pesar del alojamiento de mala muerte elegido por mi compañero, he de reconocer que el barrio tenía un encanto especial y no fue difícil encontrar un restaurante que nos distribuyera el licor que la situación ameritaba.

El plan de esa mañana era sencillo. Iríamos a la sede de los Libertarios y preguntaríamos por Gabrielle. Más allá de eso, no teníamos más pistas que una vieja dirección que nos ofrecieron su hermano y su cuñada a donde en alguna ocasión le habían tenido que mandar ropa y algo de comida, pero en la que llevaba tiempo sin responder. Nunca había estado tanto tiempo distante de la familia y Maurice y Cécile eran los primeros que esperaban de nosotros una prueba de que Gabrielle estuviera bien.

A las ocho de la mañana estábamos puntuales enfrente de la sede de los Libertario. Era una calle fea. Fea, estrecha y sombría. Todo lo fea que puede ser una calle del centro de París, del centro de Europa. Nuestra moderna y prospera Europa. Lejos del glamour que se espera de la capital francesa, esa calle reflejaba la vida de un barrio obrero, hundido en el desempleo, en la falta de oportunidades y en la más absoluta decadencia. Era una calle por la que uno intentaría no pasar de no saberse seguro en la vieja Europa. Una calle que en cualquier otro continente bien podría ser el nido de los más aviesos delincuentes, pero que en esa idílica Comunidad Europa no era más que otra calle de barrio. Nunca debido ser una calle bonita y no hubiera sido malo que los arquitectos y el urbanista que perpetraron aquel crimen hubieran pagado ante el tribunal del buen gusto. Sin embargo, el bajo valor de los alquileres en la zona había permitido que un pequeño grupo de revolucionarios anarquistas

y ateos tuvieran una oportunidad de creerse un partido político con su sede y con su placa en el portal que anunciaba su lucha obrera. Una placa simple, de latón y oxidada, situada junto al telefonillo, era lo único que denotaba la existencia de un partido político en aquel edificio. Era temprano, quizá por eso todavía no había rastro de ningún militante o quizá porque a esas horas estaban en la universidad, como correspondía a los jóvenes soñadores por muy revolucionarios que fueran. No había duda de que la falta de repercusión mediática de aquel grupo era, en parte, por la falta de militantes de postín. Políticos profesionales que pudieran dar el callo todos los días y a todas horas engrasando la maquinaria a base de unos cuantos *verdes*.

—¡Tendremos que esperar! Vamos a esa cafetería a desayunar, será lo más provechoso.

No podía haber una cafetería menos romántica en todo París. Al igual que la calle, la cafetería podía definirse como horrible. Una larga barra y un estrecho pasillo llevaba a una minúscula zona con mesas donde varios personajes de lo más variopinto tomaban café acompañados de unos grandes cruasanes. Había que pedir en barra y al más puro estilo francés, una abuelita cobraba en otra pequeña barra que contaba con una caja registradora de la misma quinta que ella.

—Al menos los cruasanes tienen buena pinta —intentó animarse Winston.

A pesar del deprimente ambiente de aquel café de barrio, teníamos la suerte de contar con una ventana directamente orientada hacia el portal de la sede, de modo que veríamos cualquier movimiento.

Cuatro cafés y dos cruasanes más tarde llegó el primer movimiento que no fuera de la señora de la limpieza, y que indicaba que alguien del partido había llegado. Un joven de coleta y ropa hippie entro en el portal cargado con lo que parecía una pancarta enrollada. Unos minutos más tarde se encendió la luz de una de las habitaciones que desde la calle se observaba en el segundo piso, donde según la información de la placa de latón oxidada se situaba la sede de los Libertarios.

—¡Es hora de investigar! —incentivó Winston mientras apurábamos el último sorbo de café y nos levantábamos en dirección a la abuela con los

tickets de todo lo consumido.

Tras subir por las estrechas escaleras que rodeaban al viejo ascensor en forma de jaula y tocar un vetusto timbre de sonido pintoresco, la puerta se abrió. Tras ella apareció el joven hippie con la sonrisa, la coleta, los pantalones y todo el aguar que se espera de un joven revolucionario. Con todo el entusiasmo y la mirada de querer cambiar el mundo nos invitó a pasar y no dudó en ofrecernos otro café incluso antes de saber a que se debía nuestra visita.

—Estamos buscando a Gabrielle Abat, ¿le suena el nombre? —pregunté sin dilación.

—Me suena, sobretodo porque está siendo muy solicitado en esta última semana —respondió con sonrisa ingeniosa mientras andaba de un lado para otro buscando unos azucarillos que ofrecernos junto al café.

—¿Ya le han preguntado por él?

—Si, dos veces. Hace unos días una señora lo buscaba para no sé que cosa del pueblo, ¡o eso dijo! Y ayer unos caballeros. Muy serios. La verdad es que daban miedo.

—¿Y les dijiste algo?

—Lo mismo a todos ellos. Gabrielle hace tiempo que no viene por aquí. De hecho, yo apenas lo llegué a conocer, hace poco que formo parte de los Libertarios, ¡porque no sabía que existieran! —aclaró entre risas el joven, que al parecer vivía con gran júbilo su paso por el partido anarquista.

—La verdad es que cualquier información nos podría servir. Es muy importante que encontremos al señor Abat —rogó educadamente Winston.

—Parecen ustedes buenas personas, a diferencia de los tipos de ayer. Les voy a dar la última dirección que tenemos, pero no se si seguirá viviendo allí.

—¿A ellos no les dijo nada?

—Ya les digo que daban miedo, parecían los típicos matones de las

películas. Bien vestidos, pero con modales de soldados. No dejaron de fisgonear por todos los lados mientras trataban de sonsacarme información. Eran americanos, eso si lo noté.

—¿Y la señora?

—No sé, quizá era su madre. Era de mediana edad, algo mayor que usted —calculó el joven señalando a Winston. Elegante y guapa. También le di la dirección, la verdad es que dudo que les sirva de nada. Por lo que me han contado Gabrielle estaba metido en algún tipo de lío y seguro que ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué lío, no sabes más?

—Cuando llegó al partido era un militante muy enérgico, tanto que pronto llegó a la cúpula. Sin embargo, poco a poco se fue radicalizando y empezó a desbarrar. Somos un grupo pacifista, ¿Saben ustedes? Por mucho que los periódicos quieran hacer mala prensa de nosotros. Sin embargo, Gabrielle dejó de ser tan pacífico y propuso algunas ideas que no gustaron mucho. Ahí empezaron los problemas y poco a poco se fue distanciando. Hay quien dice que para hacer sus ideas realidad.

—¿Que clase de ideas, no estoy seguro de seguirte?

—¡Atentados terroristas, amigo!, dicen las malas lenguas que su novia, o lo que fuera, era el cerebro detrás de aquellas ideas. Que lo manejaba como un pelele y que le dejaría penando como cabeza de turco para conseguir la notoriedad que buscaba.

—No entiendo nada, ¿qué notoriedad?, a caso, ¿qué ideas tenían? — pregunté tan confundido como lo parecía estar Winston.

—¡Querían cambiar el sistema! No me entiendan mal. Yo también quiero, pero no por esos medios. Creían que había que plantar cara al imperio neoliberal que los políticos nos están haciendo sufrir y les echaban la culpa de todo lo que está pasando en el mundo y concretamente en Europa. Querían destruir el Banco central europeo, la troika... todo aquello que supusiese un yugo para las libertades nacionales. Creían en una Europa unida a nivel

cultural y social, pero no económico como nos han obligado a estar.

—¡Eran unos revolucionarios de tomo y lomo, por lo que cuentas!

—¡Unos peligrosos!, por eso dejaron de estar bien vistos aquí y el resto de la cúpula terminó invitándolos a irse. Dicen que luego ella lo abandonó y eso lo terminó de volver loco. Después de eso dejó de venir tan asiduamente y le empezaron a ver en compañía de un par de tipos raros. Parecidos a los que vinieron ayer, pero sin el traje negro de espía, claro. Querían entrar en el partido, pero desde el principio dejaron claro sus intereses más allá de sentadas pacifistas. Dijeron ser de un partido similar de Estados Unidos y que querían estrechar lazos, pero lo cierto es que le comieron el poco seso que le quedaba a Gabrielle. Entre ellos y su novia parece que lo consiguieron convertir en un auténtico insensato. Miren, aquí están en una de las últimas *manifas* a las que acudieron —terminó de explicarnos el joven apuntando a un recorte de periódico colgado en la pared.

—¿Esta era su novia? —preguntó Winston antes de que me diera tiempo a hacerlo a mí.

—Si, esa era. ¡Muy guapa! Ahora que lo pienso, se parece un montón a la señora que vino preguntando por él. Quizá era la madre de ella y no de Gabrielle.

El papel punteado del periódico no dejaba duda para Winston y para mí. A pesar del blanco y negro de la foto, la cara de Yetta se dibujaba perfectamente al lado de un tipo alto y delgadito, de nariz prominente y pelo enmarañado que recordaba claramente a su hermano Maurice. Todas las dudas que pudiéramos tener sobre la existencia de aquella Yetta francesa habían quedado disipadas. Pero nuevas dudas habían surgido. No era normal todo aquello de la revolución terrorista que el joven hippie imputaba a Yetta. Tenía que haber una explicación para que ella estuviera incentivando tamaña idea.

No había más que hacer en la sede de los Libertarios. Después de agradecerle la información y el café al joven anarquista nos dirigimos a la dirección que nos había entregado. Era distinta a la que teníamos y por tanto supusimos que más moderna. Quizá tuviéramos suerte.

El sol se había hecho un hueco entre los nubarrones matutinos cuando salimos del portal.

—Una buena señal, el día nos quiere dar una tregua —inquirió Winston alzando la mano a modo de visera sobre los ojos.

—¡Una buena señal es encontrar a un par de amigos! —se escuchó a nuestras espaldas.

La silueta de una pequeña mujer y un corpulento varón taparon la acera. El día nos deparaba una sorpresa inesperada.

—¡Robert! —Que haces aquí, no deberías estar en Estados Unidos.

—Debería, si no fuera porque tenía que proteger a mis amigos europeos. Aunque me alegro de veros, no vengo de vacaciones. Tenemos problemas... y de los gordos.

Capítulo 14

Robert y Christine habían llegado a aquella calle con la idea de que nos encontrarían a Gabrielle Abat o, quizá, a nosotros. Cualquiera cosa les acercaba un poco más a su misión principal, que en aquel momento no era otra que la de avisarnos del peligro que se nos avecinaba. Había sido una extraña coincidencia encontrarnos de una y eso nos permitiría ganar tiempo. Un tiempo, que una vez actualizados de todo lo ocurrido en esa semana, parecía estar en nuestra contra.

A diferencia de lo que había supuesto inicialmente Robert, Green ya se debía encontrar en París. La visita de ese par de matones el día anterior en la sede de los libertarios así lo indicaba. Robert no contaba con que Green pudiera llegar tan rápido, pero claro estaba que utilizando un avión del ejército habría sido posible adelantarse al propio Robert en su viaje a Europa.

—No entiendo como habrán llegado tan rápido, si es que son ellos, pero... tampoco entiendo porque habrán llegado aquí. Nosotros llegamos con pasaportes falsos y no dejamos pistas sobre nuestro destino.

—¿Crees que en casa de Markof les habrán dicho algo?

—No lo creo, si en alguien confío es en ese hombre. Es como un padre para Christine y para mí.

—Entonces sólo puede ser porque no te están siguiendo a ti... si no a nosotros —concluyó Winston.

—Tiene sentido, al no encontrar rastro nuestro pudieron pedirle que se centrara en el caso, que es lo importante —Supuse yo.

Robert lo pensó un momento, había algo que no cuadraba.

—Puede que os esté buscando a vosotros, pero... ¿por qué llegaron hasta los Libertarios? —preguntó Robert—. Cuando bloqueé el sistema los datos de los Abat todavía no estaban cotejados. Yo llegué hasta *Audes* por vuestros

movimientos, no porque supiera que buscabais a Gabrielle Abat. De modo que ellos tampoco deberían saber nada de él.

—Bueno, de hecho, nosotros tampoco sabíamos que buscamos en *Audes* —concluí cerrando el círculo de datos poco lógicos en el que nos desenvolvíamos.

Mientras disertábamos sobre aquel enigma, nos dirigimos a la dirección donde esperábamos encontrar a Gabrielle. Un taxi destartado, igual que la calle, nos acercó a la dirección escrita en el pequeño trozo de papel que el joven libertario nos había ofrecido. Habíamos cambiado de barrio, pero no de ambiente. Estábamos haciendo el tour menos turístico que se podía imaginar a la bella ciudad de París. Eran barrios obreros, llenos de inmigración y con problemas de trabajo. Todos los que habían soñado con Europa, habían terminado viviendo en sitios así. Guetos modernos que acogían a los desheredados de África, Oriente próximo y de la antigua Unión Soviética. Algunos de ellos ya siendo franceses de tercera generación, pero que, aún así, no habían encontrado su sitio en la sociedad occidental.

Por suerte esta vez no estábamos encerrados entre calles estrechas y edificios sin gracia. Una pequeña plazuela nos dio la bienvenida a la bajada del taxi. Era una plaza casi circular con una fuente central sin agua y que debía haber conocido tiempos mejores. Un par de cafeterías en ambos extremos de la plazuela hacían de punto de encuentro para ancianos y jóvenes que compartían su mala suerte en búsqueda de trabajo o los problemas cotidianos de la convivencia en viviendas abarrotadas de familiares que no compartían más que sus desdichas y su rencor contra aquella sociedad que apenas les aceptaba como trabajadores de segunda.

Durante el trayecto habíamos terminado de ponernos al día y de conocer a Christine, quien había resultado ser una hermosa muchacha, simpática y cariñosa, que pronto se convertiría en el centro de aquel extraño grupo que formábamos el informático, el académico y yo, el periodista. Todos tuvimos claro que debíamos protegerla. Al fin y al cabo, era la única que no tenía nada que ver con el tema y sólo se había visto envuelta por ayudar a su, otrora amante y ahora, pareja formal. Lo único bueno de toda aquella huida había sido su compromiso. Ambos tenían claro que no era un lío de una noche y conocían perfectamente el amor que se profesaban.

Robert nos puso al tanto de todo lo acontecido a su llegada a Langley. Como le habían acusado de traidor por haber adelantado la investigación con el fin de protegernos y como suponían que les habían seguido hasta la casa de su viejo amigo, el físico Ilya Markof. Al final, su viaje a Europa sólo había servido para retrasar que nos buscaran, pero como añadido, les había puesto a él y a Christine en el punto de mira. A pesar de todo, ahora teníamos mucha más información. Sabíamos quien nos iba a perseguir y Robert nos enseñó una fotografía de John Green para que lo tuviéramos en mente.

Además de sabernos perseguidos por sabuesos de la CIA, y para nuestra mayor sorpresa, la identidad de Yetta parecía aclarada. Una bebé recién nacida sería la que en un futuro viniera a complicarnos la vida. Aún no sabíamos con que motivo, pero siendo la nieta de Ilya Markof, había un rayo de esperanza de que todo aquello tuviera algún sentido lógico. Era algo perturbador pensar que una persona que en la actualidad era una bebé recién nacida, fuera la misma persona que había compartido la vida con nosotros. Que fuera aquella persona tan especial que cambio el rumbo de nuestras carreras y a la que amamos tanto. Winston debía estar pensando lo mismo. Era difícil de aceptar y de entender. Más aún si pensábamos en porque había distintas personas que se habían solapado en el tiempo. No había una explicación clara o nosotros no éramos capaces de verla, aunque en su momento Robert nos dijera que eso era el menor de los misterios, bastante complejo era ya pensar en que se pudiera viajar en el tiempo como para ponerse a dilucidar cuando, como y cuantas veces se podría hacer. Quizá era así de simple, distintos viajes con distintas vidas a compartir. Aún así, el runrún seguiría martirizándonos tanto a Winston como a mí. Todo aquello parecía quitarle su patina de amor verdadero a nuestras relaciones. Como si cada una de nuestras Yetta solamente fueran marionetas con una función de teatro a protagonizar. O peor todavía, nosotros parecíamos haber sido sus marionetas entrenadas de forma subrepticia para culminar con éxito aquella loca misión que parecía que nos habían dejado encargada.

La dirección nos condujo hasta un viejo edificio en uno de los extremos de la plazoleta. Era una casa de tres alturas con varias ventanas simétricas y una bonita terraza en el segundo piso que colindaba con el edificio aledaño y desde la que se divisaban unas escaleras de caracol que trepaban hasta la azotea. En la puerta, a pesar de parecer una única vivienda, la presencia de

hasta nueve apartamentos distintos en el telefonillo indicaban que aquella vivienda había sido dividida, muy posiblemente para albergar huéspedes en distintas habitaciones o pequeños apartamentos. El portal estaba entreabierto de modo que preferimos no alertar con el timbre. Los cuatro nos adentramos en lo que se reveló, efectivamente, como parte de una vivienda. No había portal que valiera. Una alfombra raída y un taquillón hacían las veces de recibidor desde donde se veía la puerta doble y acristalada de una sala de estar. En ella una viejecita miraba un televisor antiguo, sentada en una butaca mecedora, impulsándose con ayuda de los pies que colgaban graciosamente como los de un niño en un columpio.

Tras golpear suavemente en el cristal la viejecita se levantó con más energía de lo que su constitución menuda podría haber presagiado. Nos recibió con una gran sonrisa y nos preguntó en que podía ayudar.

—Buenas tardes. Disculpe que hayamos entrado sin llamar, pero la puerta estaba abierta. Buscamos a Gabrielle Abat —le respondí cortésmente en mi limitado francés.

—¡Sigan, sigan, no hay problema!, siempre dejo abierto mientras estoy en la sala. Así me entero de quien entra y quien sale —explicó la anciana divertida—. El señor Abat reside en el segundo D. La habitación del fondo a la derecha. Pueden subir si gustan —nos invitó señalando con el dedo la escalera.

Así debía ganarse la vida la viejecita. Había dividido la casa en ocho habitaciones que compartían baño cada dos de ellas y el bajo lo tenía reservado para sí misma. La casa era tan espaciosa que, aun así, su parte de la vivienda era más grande que cualquier piso de la actualidad.

El edificio era de los pocos que quedaban de esa altura sobre la plazoleta. El resto de la plaza estaba poblada por edificios de apartamentos mucho más modernos, aunque su mal estado no lo revelase. La casa debía tener más de un siglo o las escaleras de madera crujiente así lo parecían indicar. Subimos con cautela, como quien se adentra en una casa abandonada. No sabíamos que podíamos encontrar en tan destartado hospedaje. El lujo del que en algún momento hizo gala la mansión, había dejado paso al más lúgubre inquilinato. Las puertas de las habitaciones ni si quiera estaban preparadas para usar con

llave y cada huésped había apañado como había podido un candado y una cadena para cuidar sus pertenencias durante su ausencia de la habitación. La presencia de un candado indicaba que la habitación estaba vacía, mientras que una cadena suelta se observaba cuando el inquilino se hallaba descansando en el interior.

Tras avanzar tres puertas y otras tantas paredes con el papel pintado hecho jirones llegamos al segundo D. La puerta se abrió tímidamente tras nuestro golpeteo. El mismo hombre que habíamos visto en la foto del periódico en la sede de los Libertarios se asomó, pero no hubo tiempo de preguntar nada. Tras inspeccionarnos de arriba a bajo uno por uno, la puerta se cerró de golpe a la vez que yo pronunciaba su nombre.

—¡Gabrielle, necesitamos hablar con usted! —alcancé a gritar tras el cierre de la puerta.

No hubo respuesta. El sonido de una ventana abriéndose fue todo lo que alcanzamos a oír.

—¡Se está escapando! —grité mientras comprobaba de nuevo el pomo de la puerta.

—¡Maldita sea!, ¿por qué?, nosotros no somos los malos.

—Porque el no lo sabe y porque hay gente que no quiere ser encontrado, ¡como nosotros en este momento! —aclaré acelerado mientras me distanciaba de la puerta y arrancaba a correr con la intención de hacerla ceder.

No hizo falta otro intento. La endeble puerta se abrió de par en par frente al ímpetu que la adrenalina me proporcionó.

La habitación está vacía. Una cama medio deshecha, un televisor encima de una cómoda y una silla repleta de ropa sucia era todo lo que se podía observar. Un gran ventanal de madera abierto dejaba entrar una leve brisa que levantaba las finas cortinas tapando la vista al exterior.

—Es la terraza que se veía desde la calle. Debe haber salido por ella —predijo Christine.

—Salid a la calle y buscad por donde ha podido huir, yo seguiré por la terraza —grité ya estando en la terraza y acto seguido desaparecí por las escaleras que subían hacia la azotea.

Una hilera de edificios se extendía en dirección contraria a la plaza. Todos de la misma altura y todos con la misma fisionomía. Azotea tras azotea, Gabrielle Abat corrió y saltó entre azoteas y para cuando yo llegué a lo alto de la escalera, ya se perdía en el horizonte de chimeneas y tejadillos. Traté de alcanzarlo, pero estaba claro que no era la primera vez que salía corriendo por aquellas azoteas. La velocidad con la que se desenvolvía así lo indicaba. Tras unos fatigosos minutos de saltos y carreras le había perdido la pista. Podía haber bajado por cualquiera de los edificios. Hubiera sido una suerte acertar por cual, de modo que lo mejor era bajar también a la calle lo antes posible. Tras apoyarme unos segundos sobre uno de los bloques de chimeneas, abrí la puerta sin seguro que conducía a las escaleras del edificio al que acababa de saltar. La adrenalina no me había permitido hacer concesiones, pero una vez en frío sería consciente de los riesgos innecesarios que había corrido. No todos los edificios estaban unidos y en más de una ocasión, como en aquel último salto, había sobrevolado más de dos metros de distancia para aterrizar rodando sobre la ardiente tela asfáltica que cubría las azoteas.

Bajé las angostas escaleras que comunicaban con el interior del edificio lo más rápido que mis pulmones me permitieron tras la prueba atlética, llegando de nuevo en la calle, tras atravesar un vetusto portal, esta vez sin vivienda improvisada, ni abuela que regentara el edificio. No había rastro del francés y el resto del grupo tampoco había tenido suerte. Christine y Robert llegaron corriendo por la misma calle a la que el portal me había sacado. Sin embargo, no había rastro de Gabrielle.

—Lo perdí de vista y ha podido salir por cualquier portal. O quizá siga dentro de alguno de estos edificios —aclaré resollando por el esfuerzo—. ¡Maldita sea!, parecía el hombre araña, en lo que yo tardé en subir a la azotea el ya había saltado tres edificios.

—Volvamos a por Winston, tarde o temprano regresará. Tendremos que hacer guardia.

Winston se había quedado en la habitación de Gabrielle Abat. No eran

muchos los lugares donde buscar información, pero quedarse buscando en la habitación había sido más beneficioso que una carrera tras nuestros talones. Había revisado el armario, que era lo único que no estaba a la vista: Ropa desordenada, zapatos y libros de política era lo más obvio a la vista. Sin embargo, una caja de zapatos remendada con cinta americana y garabateada le llamó la atención. En su interior se agolpaban todo tipo de recuerdos. Toda una vida resumida en souvenirs, billetes de tren y de avión, cartas y fotografías.

—¿Has encontrado algo? —le pregunté a Winston cuando los tres volvimos a entrar en la habitación.

—De hecho, ¡si! Deberías echar un vistazo a estas cartas —respondió Winston extendiendo el brazo con una de las cartas extraída de la caja y un par de fotos.

En las fotos se observaba a Yetta junto al francés. Se veía mayor de lo que recordaba, pero perfectamente podría ser la misma que me quitó el aliento años atrás. Echando la vista a su despedida en Salamanca, esta coincidía con la historia que Maurice y Cécile nos habían contado. Quizá esta era la explicación que ella me obligó a aceptar. “Un día lo entenderás” había sido la única explicación para su abandono. Para su huida de una relación que parecía perfecta y que me dejó más tocado de lo que nunca quise aceptar. Su marcha dejó un agujero tan profundo en mi corazón que nunca nadie lo pudo llenar y de ahí mi falta de compromiso en cualquiera de los estériles intentos de emparejarme que había vivido en todos esos años.

Me había quedado ensimismado mirando aquellas fotos. Winston me exhortaba a que leyera las cartas y el tiempo pasaba sin que yo reaccionara.

—¡Si está viva la encontraremos y le podrás preguntar todo lo que te atormenta! —me intentó despertar Winston agarrándome la cabeza sobre las orejas y zarandeándomela.

—¡En fin! —intenté disimular tras un largo suspiro—. No es nada, simplemente recordaba aquellos años.

Tras leer las cartas el temor se extendió entre nosotros. La última carta

estaba fechada apenas dos meses atrás. En ella, Yetta le instaba a terminar el trabajo. Sólo así podrían volver a estar juntos. “Debes reunirte conmigo en el lugar acordado y llevar el paquete. Ni un minuto antes, ni uno después” era una de las tantas indicaciones que Yetta le daba en sus misivas. Pero ningún dato concreto para poder saber donde, cuando o que trabajo era aquel. Toda información parecía encriptada, seguramente por seguridad. Ya que no parecía ser nada legal lo que estaban tramando.

—Está claro que este tipo está tramando algo y como nos dijo el muchacho de los Libertarios, ¡nada bueno!

—Pero ¿por qué Yetta le exhorta a ello?, esta no es la Yetta que nosotros conocimos.

—No nos dejemos llevar por las apariencias, quizá sea sólo un plan que no estamos entendiendo.

No había nada más que hacer en aquella tétrica habitación. Bajamos las escaleras como quien se dirige al paredón. Aquella era nuestra única respuesta a todas las preguntas. Sin Gabrielle Abat estábamos en un callejón sin salida. Nos dirigimos a una de las cafeterías que habíamos visto al llegar a la plazuela. Tras pedir café para todos, el silencio, nuevamente, se instauró en el grupo. Robert era el único que parecía tener esperanzas de encontrar solución a nuestra situación.

—Quizá debemos adelantarnos a sus movimientos —empezó Robert a analizar—. Si debe reunirse con Yetta y además parece que debe ser en una fecha muy concreta, quizá tenga comprado un billete de avión o tren a algún lugar.

Esa era una buena suposición y nadie mejor que Robert para esa tarea, debíamos volver a su hotel para que pudiera realizar una búsqueda desde su ordenador. Un atisbo de esperanza se alojó en todos nosotros tras escuchar la explicación del, ya, ex miembro de la CIA.

— Es una gran idea, pero no podemos irnos de aquí, tenemos que esperar a ver si vuelve.

—No hay problema, quedaros aquí vosotros, Christine y yo volveremos al hotel —solventó el problema Robert—. Tomad, quedaros con este teléfono, es francés, nos podremos comunicar fácilmente. En la memoria solo hay un número que es de este otro — aclaró enseñando otro móvil igual que se guardó en su chaqueta.

Desde la cafetería teníamos buena vista del edificio, si Abat aparecía lo veríamos. No tanto así de la entrada del local que nos quedaba a la espalda. Una hora después de que Robert y Christine abandonaron la cafetería y cuando el aburrimiento nos estaba venciendo, una inesperada visita nos despertó del sopor en que estábamos a punto de caer.

—¡Volverá, siempre lo hace! De hecho, ¡si no volviera, no podría recoger el paquete que esconde en la habitación y que al parecer no habéis sido capaces de encontrar!

Las pupilas de Winston temblaban al son de la cucharilla de su taza de café. Como si hubiera visto un fantasma, se levantó tiritando sin pestañear, con la mirada fija en la interlocutora de aquella aseveración.

—¡Yetta, eres tu! ¡Eres Yetta, eres Yetta! —Repetía una y otra vez.

No era para menos la sorpresa. Frente a nosotros, una mujer de mediana edad, elegante y decidida se había acercado para demostrarnos fehacientemente que había más de una Yetta en este mundo, para suerte de los que las conocimos y para desgracia de los que las impulsaron a vivir desafiando las leyes de la física.

El tiempo había hecho mella en su rostro, mucho más ajado de lo que podría suponerse para una persona de su edad. Si bien es cierto que no teníamos como saber su edad. Todo dependía de su momento de llegada a nuestra línea temporal. Aunque yo podía distanciarme fácilmente de ella, ya que era mucho mayor de lo que correspondía para mi recuerdo, el proceso mental debía ser mucho más difícil para Winston. Parecía tener sólo unos pocos años más que él y quizá por ello, Winston no era capaz de diferenciar su recuerdo personal de la presencia de aquella desconocida, que, al fin y al cabo, no era su esposa.

—Buenas tardes chicos. Es un placer conocerlos al fin. Profesor Sahr, siento mucho lo de su esposa. De verdad le puedo decir que tuvo mucha suerte al encontrarle. Su misión, al lado suyo fue muy fácil. No tuvo más que amarle y..., quizá dirigirle un poco hacía donde nos convenía —explicó Yetta grácilmente, como si lo que estaba revelando no rompiera todas las leyes naturales que hasta entonces se conocían.

Yetta se sentó a nuestro lado una vez terminada la presentación. Winston seguía mirándola como quien mira un espectro. La voz de ella acompañaba la misma sensación de envejecimiento prematuro que su mirada. Aquella Yetta parecía haber vivido más de la cuenta o su voz rota y su mirada sombría así lo denotaban. No podía dejar de pensar en que aventuras habría estado metida aquella señora. Aquella dama que me recordaba a mi amor de juventud, pero que bien podría ser mi madre por su edad. Supongo que esta sensación podría estar dentro de las paradojas temporales que acarrearán los tránsitos por la delgada línea espacio-tiempo. Sea como fuera, sus movimientos cansados y su sencilla actitud daban a entender que su viaje estaba por terminar. Supongo que había sido una vida demasiado compleja como para seguir al pie del cañón. Su aparición parecía un grito de auxilio, quizá necesitaba nuestra ayuda para seguir con el plan, fuera este el que fuera.

—Si habéis llegado hasta aquí, supongo que tendréis muchas preguntas, pero también tendréis muchas respuestas.

—Tenemos nuestras conjeturas, pero nada claro —respondí yo mientras miraba a Winston para que saliera de su ensimismamiento.

—Sabéis de la existencia de varias..., ¿verdad? Yo Supongo que el descubrimiento fue lo que os unió, ¿No es así?

—¡Por casualidad! Si acaso ese era el plan, era muy arriesgado.

—No hubo otra forma, de hecho, el que yo esté aquí hablando con vosotros es un peligro. ¿Sabéis que son las paradojas temporales?

—¿Eso de que, si mato a mi abuelo en el pasado, yo no nazco?

—Si, algo así. Mi abuela no estaba muy segura de que eso fuera real, pero

existir existen y no sabíamos como trabajaban o como controlarlas.

—Y eres una experta en paradojas, ¿por qué...?

—Ya sabéis quien soy, Sinclair os lo ha dicho. Él era amigo de mi abuelo, o lo es, en esta línea temporal. No perdamos el tiempo sospechando entre nosotros. No puedo ayudaros mucho, cualquier información que alga de mi boca puede trastocar el devenir de esta línea temporal, así sucedió anteriormente y por eso somos varias las que estamos, o hemos estado, aquí. Si me he presentado ante vosotros es para que no perdáis la perspectiva. No hay ninguna casualidad en vuestra presencia aquí y lo sabéis. De una manera u otra terminasteis implicados por mí misma en esta historia y sólo puedo pedir os que confiéis en el instinto que os ha traído hasta aquí hoy. Vuestro papel es fundamental para que esta aventura llegue a buen puerto. Para que mi vida haya merecido la pena vivirla, lejos de mi propia vida, de mi vida real, de mi familia. Está claro que no todas mis versiones tuvieron tan mala suerte. Tu Yetta, Winston, fue amada y te amó, no debes dudar eso. Que llegáramos aquí por una razón no quiere decir que llegáramos sin corazón. Lo que hubo entre vosotros y vuestras metas fueron tan reales como la historia de cualquier otra pareja. Sin embargo, yo no he tenido tanta suerte. He sido la guardiana de este secreto y he tenido que mantenerme en la sombra demasiado tiempo.

Una lagrima se asomó por su ojo derecho y resbaló por la mejilla hasta la comisura de sus labios. Aquella Yetta parecía una persona atormentada. Demasiado centrada en su trabajo de, lo que ella llamaba, guardiana del secreto. Cuál capitán de un barco que se puede hundir en cualquier momento, había vivido su vida como una pesada losa, sin darse tiempo para disfrutar y recordando a cada momento a sus seres queridos de aquel incierto futuro del que provenía. No se arrepentía de nada, todo lo que había hecho lo había hecho por un bien mayor, que no nos podía explicar aún. Sin embargo, se veía consumida porque así estaba. Consumida por la tristeza, el cansancio y el rencor hacía un mundo que no supo protegerse solo y que solamente gracias a su valentía en aquel extraño viaje, podría gozar de su última alternativa de salvación. Lástima que esa salvación pasara por un académico y un periodista, que más lejos que cerca, intentábamos estar a la altura de una aventura más propia de superhéroes que de simples mortales. En pocos meses nuestras vidas habían pasado de ser anodinas jornadas de trabajo y pequeños

momentos de relax, a convertirse en capítulos de un cómic futurista, donde la ciencia ficción rodeaba el desenlace fatal del mundo en manos de algún villano que, en este momento y para nosotros, se encontraba personificado por el escurridizo Gabrielle Abat.

—¡Y eso es todo lo que os puedo contar! —Concluyó su explicación Yetta, mientras encendía un último cigarrillo de los tantos que se había fumado en aquellas dos horas en las que nos desveló lo que pudo de su historia—. Si no he metido la pata con esta conversación, deberíais tener suficiente información para cambiar el rumbo de la historia.

—Una última cosa. No culpes a Yetta de su partida Guillermo, era su trabajo, no te dejó porque quisiera.

—¿Sabes algo de ella?

—Se que te amó más de lo que tu has debido pensar estos últimos años. Encuéntrala. Al igual que yo, tuvo que poner su trabajo por delante de sus deseos. Te aseguro que convivir con Abat no era lo que ella hubiera querido de haber podido decidir —aclaró Yetta mientras me guiñaba un ojo con complicidad—. Creo que te sorprenderá su historia, al fin y al cabo, también es la tuya.

—¿Qué será de ti ahora que esto debe acabar? —preguntó Winston con ojos de cordero degollado.

—Mi querido Winston, eres muy dulce. No me extraña que me enamorara de ti. En otro tiempo, quizá, lo hubiera vuelto a hacer. Ya no me acuerdo de que es eso de amar o de ser amada, aunque sea sólo amistad. Pero lo cierto es que estoy demasiado cansada para todo esto. Quiero que todo termine y yo terminar con todo. Igual que ellos han acabado con todo al matar a Julia. Ella era mi última parada, pedir su perdón y poder volver a abrazarla era lo único que me daba fuerzas. Ahora no sé que me queda en este tiempo. Ella fue la única amiga que he tenido, la única persona con la que de verdad conviví y aprecié en todos estos años.

La frase de despedida no presagiaba nada bueno. Yetta se levantó y con un gesto elegante cruzó sobre su pecho el fino pañuelo de seda que colgaba sobre sus hombros. Tanto Winston como yo nos quedamos en silencio. Silencio continuado por ella que, con una profunda mirada se despidió. Sus ojos que en nuestras versiones siempre fueron luminosos, nos dejaron preocupados. Seguían siendo tan hermosos e inolvidables como siempre, pero el reflejo de la tristeza no dejaba dudas sobre sus intenciones de arrasar con todo, incluyéndose a sí misma, así fuera lo último que hiciera en este tiempo.

—Señor Sinclair, ¡Tan apuesto como siempre! —Comentó Yetta al cruzarse con Robert y con Christine a la salida de la cafetería. A pesar de esa melancolía que supuraba por cada poro, conservaba ese aire de *femme fatale* que enloquece a cualquier hombre.

—¿Quién era esa? —preguntó Robert contrariado.

—Era Yetta, al menos una de ellas —le respondí por toda explicación—. Tenemos mucho que contarte, pero seguimos sin pistas sobre que hacer ahora con Abat.

—Bueno, nosotros también tenemos algo que contaros —aclaró sonriente el informático—. Aunque no sepamos que trama, si sabemos donde lo pretende hacer.

—Ha comprado un billete de avión a Madrid, y otro de bus, concretamente pretende llegar hasta Salamanca.

—¡A Salamanca!, no puede ser, ¿qué se le habrá perdido allí? —refunfuñe como un niño al que le han tocado sus juguetes.

—Habrá que averiguarlo. Pero se va en dos días.

Winston y yo nos miramos al unísono. Seguramente habíamos pensado lo mismo. En el ordenador de Julia Navarrete podría haber alguna referencia sobre Salamanca que explicara la excursión de Gabrielle Abat.

Había sido un día extraño. Lleno de sorpresas, pero que no nos habían aclarado lo más mínimo sobre lo que debíamos hacer a continuación. Aún así,

las sorpresas no terminarían aún.

—Vayámonos de aquí, no va a volver hoy o si vuelve entrará por donde se fue y no nos enteraremos —Acertó a indicar Christine, a la que toda aquella aventura le resultaba demasiado pesada de soportar.

—Estoy de acuerdo, Christine tiene razón. Aquí ya no hacemos nada —concluí yo antes de que nos levantáramos de la mesa.

Ya caía la tarde cuando salíamos de nuevo a la plazuela. Los grupos de inmigrantes continuaban a lo suyo. Habían cambiado de composición, habiendo a esas horas más jóvenes y menos abuelos, pero las conversaciones giraban en torno a los mismos temas: dinero, trabajo y alguna que otra vez, fútbol.

Entre todos aquellos grupos una pareja rompía la homogeneidad de la plazuela. Dos hombres vestidos de negro y con sus gafas de aviador no disimulaban su pertenencia a algún servicio de inteligencia.

—¡Vaya, vaya, vaya!, si tenemos aquí a nuestro informático de cabecera, al gran Robert Sinclair. ¡Informático y traidor, claro!

—John Green, te estábamos esperando, no creas que no sabíamos que nos seguías —le espetó Robert con mucha tranquilidad.

—Veo que además de traidor eres un poco engreído. Si te hubiéramos seguido, tu y tu amiguita ya estaríais de vuelta en la celda de donde la sacaste. Tienes suerte de que tengamos otras cosas que hacer —respondió el agente Green sin querer aceptar que se le habían escapado en Estados Unidos.

—¡Ya ves que miedo me das, Green! Si no recuerdo mal es tu mezquindad lo que te ha hecho famoso, no tu habilidad. O quieres que te vuelva a romper la nariz como la última vez que entrenamos juntos.

—¡Maldito James Bond de pacotilla!, tu no te has visto en una pelea de verdad en tu vida. No te creas tan bueno hasta que salves tu vida sin un casco protector.

La situación se ponía tensa y no era para menos. Tras disuadir a Robert de no seguir la discusión, nos alejamos de los dos matones.

—¿Y qué estáis haciendo aquí?, ¡maldita sea! Como os pongáis en nuestro camino vamos a averiguar lo valiente que eres Sinclair —nos gritó una vez que ya nos habíamos separado lo suficiente de ellos.

Una duda nueva sobrevolaba nuestras cabezas. Si Green, no estaba aquí siguiéndonos a Winston y a mí como habíamos creído y Robert aseguraba que su algoritmo no podía haber informado de Abat, ¿por qué estaban ellos allí?

Ya en el hotel pudimos tranquilizarnos de la charla con los matones de la CIA. Era extraño que no hubieran intentado retener a Robert y a Christine, al fin y al cabo, esa era la idea que ellos tenían desde que escaparon con pasaportes falsos de Estados Unidos. Pero aún más raro era que estuvieran allí. No podía ser coincidencia, estaba claro que buscaban a Gabrielle Abat aún sin la información del algoritmo, lo cual suponía que la CIA conocía de su existencia mucho antes de que la alerta 365 estallase.

—Hay que buscar información de Salamanca en el ordenador de Julia. Quizá nos pueda aclarar que demonios va a hacer Abat allí.

Tras intentar varias veces encontrar la palabra Salamanca entre sus archivos sin éxito, Robert tomó el mando del portátil y por arte de magia dio con la respuesta.

—Creo que esto nos puede interesar —respondió tras su rápido trabajo.

En el historial de búsquedas aparece Salamanca relacionada con la próxima reunión del club Bilderberg.

—¡No es posible!, déjame ver —respondí acercándome lo más que pude a la pantalla del ordenador—. En tres días comienza la reunión anual del Club y como siempre en un hotel de cinco estrellas y bajo las mayores medidas de seguridad.

—Este tipo quiere reventar la reunión —sacó en conclusión Winston.

—Eso es imposible, Julia nos contó como funcionaban esas reuniones. Cuentan con su propio servicio de seguridad. Este loco no podría acercarse ni a cien metros del hotel —Intenté evaluar yo la situación—. Además, ¿que sacaría con eso? o, mejor dicho, ¿por qué deberíamos detenerlo? Creo que no sería malo que todos esos ricachones y politiquillos se fueran a freír espárragos.

—No es tan sencillo William. Las repercusiones geopolíticas podrían ser nefastas para todo el planeta —aclaró Winston.

—Creo que está claro que va a intentar algo gordo, pero si no lo puede hacer en el hotel de la reunión, ¿donde y contra quién? —preguntó Robert.

—Habrà que averiguarlo, pero mientras tanto tendremos que comprar unos billetes de avión, ¿no creéis? —concluí yo.

—Yo me encargo —se ofreció Robert—. Pero mejor será que sea por tren, hay menos controles y nosotros no estamos como para levantar sospechas.

Mientras me atormentaba con esos recuerdos en los que yo parecía ser el causante de todos los males del mundo por haber seguido mis principios, urdí un plan para que Gabrielle Abat no se nos escapase. No fue difícil convencer a Enrique Urkitza para que se apostar frente a la estación de buses esperando la llegada de Gabrielle a Salamanca. Ni siquiera tuve que explicarle el porqué. La simple idea de andar siguiendo a alguien le hizo soltar un gallo de emoción cuando de forma eufórica contestó afirmativamente a mi petición.

—Espero que no corra mucho ese franchute. Últimamente no hago mucho ejercicio —resopló alegre Enrique tras confirmarme su participación en la persecución—. En cuanto lleguéis, venid a mi casa, os tendré preparado algo de comida. Begoña estará encantada de volver a verte. ¡Han pasado muchos años desde que te fuiste a la capital!

—Parece que hubiera pasado una eternidad, ¡si!

—¡Otra vida, completamente!

Capítulo 15

Dejamos en manos de Robert la búsqueda de nuestra salida de París con rumbo a Salamanca. De alguna manera me sentía ilusionado de volver a la que consideraba mi ciudad. A pesar de haber crecido en un pueblo, Salamanca había marcado un antes y un después en mi vida, no en vano, en ella había pasado años muy felices de mi juventud. Entre amigos, fiestas y estudios, me había convertido en la persona que hoy era gracias a un conjunto de lo más variopinto de personas que habían desfilado por mi vida en aquellos años. Cada recuerdo que en días como este se venían a mi cabeza, me acercaban más a mi yo soñador, aquel que creía que podrían cambiar el mundo siendo un periodista justo e imparcial, algo que en los últimos días había aprendido que ya no se estilaba. El amor que poco a poco había desarrollado por mi profesión, por el arte o por los libros, entre otras aficiones, serían difíciles de entender si no se contaran por horas o días completos el tiempo vivido en los cafés de una ciudad tan cosmopolita en ocasiones como provinciana en otras. Donde fácilmente puedes perderte en el desenfreno juvenil, pero en la que es difícil no encontrar momentos más sosegados con personas muy especiales o simplemente paseando entre la historia de sus calles. Eran muchas las tardes de asueto merodeando por la biblioteca de la Casa de las Conchas o buscando un regalo en la librería Víctor Jara o la Cervantes, las cuales se habían convertido para mí en los verdaderos templos del saber. Lo cual es mucho decir estando en Salamanca. Pero que, en perspectiva, viendo como ha cambiado el mundo en la última década, no está tan lejos de la realidad. Sólo en los libros parece que queda algo de cordura. Aquella época en Salamanca parecía ahora remota, como si hubiera sucedido hace miles de años: sin redes sociales, ni conexión continua al internet desde nuestro bolsillo, daba la sensación desde la actualidad que hubieran sido tiempos más reales que los de ahora. Los recuerdos de antaño eran vívidos, mucho más que los actuales, donde las fotos en internet son tan efímeras en nuestras retinas como permanentes en nuestros muros.

En aquella época, cuando los libros eran de papel, ir deshojando estanterías llenas de ellos con el dedo sobre sus lomos había sido una de tantas formas de comprender que el mundo es demasiado amplio como para

quedarse quieto un solo minuto. Quizá por eso terminé de reportero, al fin y al cabo, era una gran excusa para no parar de moverse.

El trabajo de los últimos años me había imposibilitado viajar hasta Salamanca y hacía ya tres años o más que no pisaba las calles de la ciudad que me vio crecer como persona y como periodista. Muchos eran los amigos que todavía guardaba en ella y a quienes, si no fuera por las modernas tecnologías, les hubiera perdido la pista hacía ya mucho tiempo. No todo es malo en esta modernidad efímera como pocas. A pesar de ello nos conecta en la distancia como ninguna.

A pesar de mis anhelos por volver a pasear por sus calles, este no era un viaje de placer. Teníamos una misión entre manos que ya parecía suficientemente compleja sin haber plantado todavía cara ni a la CIA, ni a Gabrielle Abat. Los detalles desvelados por Yetta habían sido inquietantes y a la vez esclarecedores, a pesar de los puntos oscuros que no había podido revelar por miedo de que el espacio tiempo nos jugara una mala pasada y se resquebrajara entre nuestros dedos.

Era fácil fantasear con las paradojas temporales cuando se leía un libro de ciencia ficción, pero nunca antes las había tenido en cuenta como un posible enemigo a quien engañar en una partida de póker como la que estábamos jugando contra el mismo tiempo y contra el destino.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Robert cuando a media tarde Winston y yo les fuimos a visitar a su hotel. En poco más de dos días aquella habitación de hotel se había convertido en nuestro cuartel general. Su cercanía con la estación del norte era ideal para una improvisada escapada y los distintos restaurantes de la zona, nos habían ofrecido una buena variedad de gastronomía europea, asiática y mejicana, con la que calmar el hambre mientras diseñábamos un plan para encontrar a Abat. Sin embargo, las guardias realizadas frente a la casa de Gabrielle no habían dado frutos.

—¡Nada, parece que se ha volatilizado! —contesté abatido y cansado—. A no ser que llegue muy tarde y madrugue mucho, este tipo se ha volado ya.

—¿Y que hay de sus pertenencias? —preguntó Christine, la cual estaba más que aburrida de andar metida en el hotel sin poder ni si quiera conocer algo de París.

—Hoy hablamos con la anciana de la casa. Al parecer le pagó por adelantado un mes más. De modo que quizá espere regresar después de estar en Salamanca —explicó Winston.

—No tiene sentido esperar más a que aparezca. Sería más eficaz cazarlo en el aeropuerto, ¿no creéis? —atreví a aventurar yo.

—Quizá, si no fuera porque perderíamos nuestro tren. Salimos casi a la misma hora que él, no encontré otro horario—. Y cuando lleguemos nosotros otra vez se nos habrá escapado.

—¿Y que hay de tu amigo Green? —pregunté preocupado por ese asunto.

—No te creas que a mí no me preocupa. He intentado rastrear un posible viaje de Green y su compañero. El otro, el de cara de perro, se llama Mulligan. Pero no hay nada. Si van a seguir a Gabrielle Abat, muy posiblemente viajen en algún transporte militar. Seguramente así es como llegaron tan rápido aquí y ahí, hay poco que rascar. Pueden despegar cuando quieran sin dejar rastro.

—¿Cómo empezaremos cuando lleguemos?, ¿Dónde buscaremos? —preguntó Winston.

—Querido amigo, ahora vamos a jugar en casa. Alguna ventaja tendríamos que tener, ¿no crees? Esa pregunta ya me la había hecho yo en el mismo momento en el que supe de nuestro viaje. ¿Cómo íbamos a hacer para no perderlo a su llegada?

Enrique Urkitza ya no era un jovencito. Una gran barriga estiraba sus típicos tirantes y un caminar lento desvelaba problemas de rodilla por el sobrepeso. El pelo había pasado de un rubio rojizo a un blanco plateado, al igual que su bigote, que conservaba su grosor, pero le otorgaba unos años más

de los que en realidad tenía. Con más ganas de retirarse que de seguir trabajando con todas las trabas con las que tenía que lidiar a diario, sin embargo, seguía siendo el primero en entrar a la redacción cada mañana. *La voz Helmántica* había sido desde hacía décadas su casa, su vida y su salvación. Mientras que él salvaba de la quiebra un pequeño diario de provincia, el diario le salvaba a él de la muerte, del divorcio y de quién sabe que más. Enrique era un reportero de casta. Su padre había sido periodista, igual que su abuelo, y la tinta de las rotativas corría por sus venas sin poder remediarlo desde el mismo día que nació en medio de la redacción de *El Diario Vasco*, donde por aquel entonces trabajaba su padre intentando mantener el ideario del periódico en la más estricta objetividad. Cosa difícil por aquel entonces, cuando cualquier inclinación política era entendida como pasión y arrebatamiento sin gradación posible.

Sus primeros trabajos como periodista habían coincidido con la transición española. Época convulsa en aquel País vasco que se debatía entre sus sentimientos propios y las disputas políticas, muchas veces distantes de los primeros y que serían, a la postre, la razón de su migración hacia tierras menos hostiles para los que tienen razón. Lamentablemente este periplo no fue todo lo directo que cabría esperar y tras instalarse en Barcelona, descubrió para su sorpresa que su trabajo se desarrollaría muy lejos de esta. Su vida como reportero de guerra al menos tenía el aliciente de mantener a salvo a su familia. Constituida en aquellos años por su mujer, su hijo mayor y un chihuahua traído de Centroamérica, donde empezó a ver que la inseguridad del País vasco no era única y donde se jugó la vida en más ocasiones de las que contaría a su mujer para evitarle preocupaciones. Tras recorrer medio mundo a gachas, sacudirse la arena de demasiados desiertos y secarse en hogueras encendidas sobre las ruinas de demasiados hogares, decidió que ya había contribuido suficiente a la causa periodística, sin haber recibido nunca otra cosa que críticas por ser imparcial. Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Enrique tuvo que tropezar una docena de veces hasta que se dio cuenta que, bajo el paraguas de una gran empresa, siempre llueve hacia el mismo lado y, o te agarras con fuerza al mango, o te van a salpicar siempre que puedan.

Así fue como dejó la acción de primera línea y con los ahorros de toda una vida decidió comprar un diario en ruina, mantenido como había podido por el

anterior dueño, otro soñador ya demasiado cansado para seguir soñando. *La voz Helmántica* nunca tendría una gran tirada y nunca daría los beneficios que se deberían esperar de una empresa, pero tenía algo que cautivo a Enrique: un contrato con la Universidad para que todos los veranos un grupo de muchachos recién licenciados pudieran ir a hacer prácticas. Sería su contribución al mundo periodístico. De forma encubierta seguiría sembrando la misma semilla de equidad y libertad periodística que su padre había sembrado en él, y antes, su abuelo en su padre.

Así conocí a Enrique. Si Yetta me instigó a entrar en el mundo de la política y del periodismo de campo. Fue Enrique quien me enseñó todo lo que sé al respecto. El mejor aprendizaje que pude tener, si no fuera porque cometí su mismo error al pensar que la objetividad era lo que se esperaba de un periodista. Una vez fuera de su cobijo pude comprobar en propias carnes como cada línea editorial trata de manejar la verdad en pro de sus beneficios y de los de sus anunciantes o accionistas. Sin embargo, nunca hice mucho caso a eso y pude ir curtiéndome en mil y una batallas contando la historia como yo quería. Ahora, visto en perspectiva y tras la muerte de Alberto Albornoz, soy consciente de que no solo Enrique me protegió en los primeros años, si no que Alberto, a pesar del enfado que descargué sobre él, siempre se preocupó de mí y me cuidó.

La noche vino acompañada de lluvia en aquella estación de tren de París. Habíamos corrido desde el Hotel y a pesar de la cercanía, acabamos calados hasta los huesos. Nos restaba un largo viaje hasta Salamanca y más aún pensado que Green pudiera seguirnos. No sería fácil conciliar el sueño a pesar del cansancio acumulado. Menos mal que Robert había conseguido uno de esos compartimientos privados con dos literas y baño. La atmósfera trasnochada de aquel vagón era lo que faltaba para que pareciera que estábamos inmersos en una novela de Agatha Christie o en una aventura entre guerras de John le Carré. El frío nos había hecho tiritar a los cuatro y antes de que nos diéramos cuenta estábamos sentados en corro sobre las camas bajas y tapados hasta las orejas con unas ásperas mantas que encontramos en un pequeño armario.

—Parece que fue ayer cuando me intentasteis inmovilizar tirándose

Maurice desde aquella tapia —bromeó Robert.

—Ya ves, pareciera que han pasado años desde que todo esto empezó y ahora, ni siquiera entiendo que estamos haciendo, ni porque lo hacemos.

—Creo que Yetta dejó bastante claro que es importante. No hay marcha atrás. Nos persigue la CIA, perseguimos a un extraño y para conseguir estos billetes he tenido que hacer alguna cosa como mínimo *alegal*. Rendirse no es una opción.

Christine había sucumbido al traqueteo del tren y para cuando el camarero llegó a ofrecernos la cena ya estaba en el séptimo sueño. Lo mismo ocurrió con el profesor. Los dejamos a ambos durmiendo y Robert y yo decidimos cenar en el vagón restaurante.

La lluvia y los relámpagos daban un aspecto tétrico a todo el tren. A través de los cristales los campos pasaban como cementerios tenebrosos entre los que estuviéramos navegando. Como si del tren de la bruja se tratase y hubiéramos entrado en el túnel del terror.

Robert no terminaba de entender la historia de Yetta. A pesar de ser el más informado sobre el proyecto de viajar en el tiempo, nunca había estado al tanto de como se pensaba realizar el proceso y aunque en un principio no le había dado importancia, no llegaba a ver claro el hecho de que hubiera más de una Yetta.

—Ella lo explicaba como si fuera lo más sencillo del mundo —empecé a contarle—. María Matriskaya estaba a punto de jubilarse y no estaba claro que después de que ella abandonase el proyecto hubiera algo que hacer. No se podía perder tiempo. La situación había llegado a ser tan compleja que mandar a un viajero al pasado se vislumbraba como la última alternativa para salvar el mundo. Había sido algo comentado entre ellas más de una vez. Tras la muerte de su padre, Yetta creía firmemente que tenía que hacer algo para cambiar el rumbo de la historia.

—¿Tal es el futuro que nos espera si no tenemos éxito?

—Eso parece, querido amigo. Tu puesto de trabajo no es lo único que está

en juego —bromeé—.

La hija de matriskaya, María Markof, era el verdadero cerebro de la operación. Matriskaya ni siquiera estaba de acuerdo. Creía que era una locura que nunca funcionaría y además estaban hablando de poner en peligro a su propia nieta, con la cual había dejado aflorar todo su instinto maternal. Ese que nunca uso con su hija y que ahora, ya en la madurez, había visto multiplicado por mil en el amor hacía esa pequeña de ojos grandes color miel y aceituna y cabellos de oro cobrizo. Yetta acababa de cumplir su mayoría de edad y eso también formaba parte del plan. Una chica de su edad podría contactar fácilmente en la universidad con los futuros salvadores del mundo. Es decir, con nosotros. Mirando hacía atrás, eso parecía que lo había conseguido. Tanto Winston, Julia Navarrete y yo, habíamos sido los elegidos para poner en marcha el plan. Según Yetta, todo era al azar, no contaban con información que permitiera seleccionarnos. Simplemente la intuición permitiría encontrar a las personas adecuadas, además que ciertos errores en el proceso tampoco permitieron tener un plan totalmente cerrado.

—Pero ¿por qué hay varias Yettas? —preguntó Robert intrigado.

—De hecho, no fue la primera idea. Las paradojas temporales terminaron provocando que existieran —Continué contándole la historia revelada por Yetta en el café de París.

Un domingo en el que el laboratorio estaba vacío decidieron hacer la incursión. No hubo muchos problemas. Los guardias conocían de sobra a María y entraron disimulando un día familiar cualquiera. Horas de la mañana, ropa informal y una cesta de picnic para que todo pareciera una mera visita turística para su familia antes de salir a comer. A pesar de las reticencias de su abuela, Yetta estaba decidida a hacerlo. En su mano guardaba celosamente una foto en la que se veía a sus padres y a ella todavía pequeña. Era la última foto que tenía de su padre y sólo por él, merecía la pena el intento.

Yetta amaba a su padre, había crecido a su lado y al de su abuelo Ilya, aunque de este último no tenía unos recuerdos tan nítidos ya que murió cuando ella era demasiado pequeña. Su madre tenía una vida muy ajetreada como activista política y no siempre estaba en casa cuando ella terminaba dormida en brazos de su padre. Muchas veces el contacto era a través de alguna escena

en la que ella aparecía en las noticias. Conocía más de su vida como personaje público que como madre, pero a pesar de ello, la admiraba profundamente. Sabía que todo aquello era lo que su abuelo le había inculcado. Buscar la justicia y la equidad y lo mismo habían procurado con ella desde pequeña. Hacer del mundo un lugar mejor era una obsesión para su abuelo Ilya Markof, cuya vida había estado marcada por continuas injusticias. Aun así, la conexión con su padre era mayor. Su profesión de escritor le dotaba de suficiente tiempo como para dedicarle a su pequeña y la casa heredada de su abuelo había sido el lugar perfecto para crecer en paz a pesar de las hostilidades del mundo.

Tras la muerte de Ilya, María Matriskaya había aumentado su presencia en la vida de la pequeña y se había propuesto subsanar todo aquello que hizo mal con su propia hija a través de su nieta. Se había convertido en su fan número uno, celebrándole cada logro, tanto académicos, como personales, desde decir sus primeras palabras a ganar algún que otro concurso de deletreo. Siempre que había algo importante, allí estaba su abuela.

Aquel domingo iba a ser el decisivo. La hora había llegado y las tres rubias, Abuela, madre e hija se fundieron en un abrazo que les hizo llorar. No había más que hacer, todos los planes que durante meses habían desarrollado para que Yetta tuviera éxito en el pasado se concentraban ahora en que la maquina funcionara y no desintegrada a la joven en ese primer intento con humanos.

La idea era simple, en vez de mandarla directamente al pasado, harían una escala a unos minutos previos. Así tendrían una nueva Yetta para mandar al pasado y Yetta podría seguir su vida normalmente en su tiempo. Así lo hicieron y como por arte de magia dos personas idénticas aparecieron de repente en la habitación. El viaje había funcionado y la euforia era evidente. Ahora sólo quedaba hacer el viaje largo. Una vez en el pasado, Yetta sabía perfectamente cual era su misión, matar al causante de todo. No era fácil pedirle a una inocente joven que cometiera un asesinato, pero era la vía más rápida para terminar esta historia y Yetta no puso objeciones.

Tras minutos de espera en aquel laboratorio, nada parecía haber cambiado. Sin embargo, eso no era razón para pensar que el experimento no hubiera funcionado, al fin y al cabo, aquel edificio había aguantado sin inmutarse los

peores años de aquella pesadilla que habían durado una década. Había una forma sencilla de confirmar si había habido algún cambio en el pasado: una búsqueda rápida en internet.

La desazón se adueñó del trío. Yetta parecía haber tenido su oportunidad y había aniquilado al que a su vez era el asesino que comenzó todo. Sin embargo, las noticias no dejaban lugar a duda, la gran guerra había sucedido. La tercera guerra mundial no había sido parada y a pesar de haber asesinado a la gota que colmó el vaso, a la causa final que desató el conflicto, otro personaje aparecía en las noticias como causante de todo. A eso se refería Yetta con las paradojas temporales. Si algo habían aprendido con aquella experiencia es que el futuro sabe buscar su camino, aunque le pongamos trabas.

—¿Y cual fue la solución? —preguntó Robert tras mi explicación.

—No parecía que luchar contra las causas conocidas del estallido de la guerra con antelación pudiera dar frutos. Tras un nuevo intento y ante este dilema, decidieron un plan alternativo.

—El gran problema parecía ser que el ejecutor de la acción desencadenante, que Yetta no nos puedo explicar por miedo a provocar un nuevo cambio en la línea temporal, sólo era un peón. Un títere puesto por alguien más, de modo que en cuanto era eliminado, aparecía un nuevo ejecutor. Si hubiera sido un loco solitario, quizá el plan si hubiera dado resultado.

—Pero si eso es así, ¿cómo podremos detener todo esto?

—Ahí es donde aparece una tercera Yetta en el pasado. Tras los dos intentos previos infructuosos, Matriskaya lo tenía claro. Debía llegar a un punto del pasado previo, avisarlas de que el plan no estaba funcionando y poner en marcha una estrategia diferente.

—Intentar que vosotros paraseis todo.

—Así parece. Pusieron el destino del mundo en manos de un profesor de Oxford y un par de periodistas.

—Y en mí también. No olvides que si yo no me hubiera inmiscuido quizá no hubierais tenido la consciencia de la importancia de todo esto.

—Es cierto, en tus manos también hay mucha responsabilidad, aunque no sé si lo tenían contemplado o encontrar las pistas dejadas Yetta era el único plan.

Sea como fuera, volvieron a repetir la duplicación de Yetta para que viajara al pasado. Sin embargo, el control del punto de llegada parece que no era demasiado fiable. Y la tercera Yetta llegó demasiado temprano y pasó muchos años esperando la aparición de las otras dos. Pero eso no fue lo peor. La maquina dejó de permitir hacer el duplicado de Yetta usando cortos espacios de tiempo, de modo que ella misma se mando al pasado. No era una cosa baladí. Esa acción le cerraba la posibilidad de quedarse, de vivir su vida y la condenó por siempre a vivir en un mundo que no era el suyo. Quizá por ello, ella, la tercera Yetta, la que conocimos en París, nunca se adaptó del todo y fue la más apegada a su pasado, o, mejor dicho, a su futuro. Nunca olvidó la misión y se comportó como organizadora de todo. Solo cuando hubo localizado al resto de Yettas y hubo coordinado su nuevo plan pudo descansar un poco.

—Ahora se entiende porque siempre cargaba consigo la foto que Julia nos contó. Era la última foto que tenía de su padre, días antes de salir a la misión de guerra de la que nunca volvería. Por eso el traje militar que Julia observó en su juventud no era lógico. Era un traje del futuro.

—Si no entiendo mal, nuestra misión es confrontar a Abat. Pero ¿con que intención?

—Eso es lo que no nos dijo Yetta, por miedo a que todo el plan sucumbiera bajo la presión de una paradoja temporal. Pero creo que ya lo tengo claro. Abat fue el elegido para sustituir al anterior asesino que dio inicio a la guerra.

—¿Elegido por quién?

—Por la propia Yetta. Igual que a nosotros nos aleccionó para buscarle, a él lo debió hacer para cometer el crimen.

—Pero si lo que quiere es evitarlo.

—Supongo que es una cuestión de control. Al ser elegido por la propia Yetta, podía controlar todos sus pasos con la esperanza de que fuera parado en el último momento por nosotros. Cosa que no pasaba cuando se detenía al asesino con mucha antelación. El futuro buscaba otro asesino y así podría pasar infinitamente si no actuamos con precaución.

—O sea que lo persuadió para que asesinara a alguien importante y la idea es que lo detengamos en Salamanca.

—¡Eso pienso yo! —terminé de explicar mi teoría a un contrariado Robert.

—Vaya, parece una historia difícil de creer. Esas tres mujeres aisladas en un mundo que no es el suyo, planeando durante años salvarlo. ¿Y como hicieron para vivir todo ese tiempo?

—Un almanaque usado con discreción les permitió vivir desahogadamente mientras preparaban todo. Winston siempre creyó que su esposa había tenido becas para estudiar, pero la beca era conseguida por ellas mismas, siempre teniendo la precaución de no causar cambios en el espacio-tiempo.

Todavía había otra gran duda. Si bien parecía claro que Salamanca iba a ser el lugar del suceso, no teníamos ni idea a quien debíamos proteger. Acaso a algún ricachón del Club Bilderberg. Pero quien era tan importante como para provocar una guerra.

—Toda esta historia se parece demasiado al comienzo de la primera guerra mundial —analizó Robert—. Pareciera que estamos buscando al anarquista aquel que mató al Archiduque de Austria.

—Gavrilo Princip.

—Si ese mismo, otro Gabrielle loco y que provocó lo que provocó.

—Quizá no sea coincidencia. Tu mejor que nadie sabe que los ataques de

falsa bandera han sido una constante desde que se inventaron las guerras. Muchos estudiosos consideran que la segunda guerra mundial es una continuación de la primera y de ella nació la guerra fría como una continuación silenciosa de la misma. Quizá esto sea solo la cuarta parte de un plan continuo de confrontación global. ¿Como provocarías de nuevo un enfrentamiento global?

—Echaría la culpa de la muerte de la reina de Inglaterra a un anarquista ruso —bromeó Robert—. Ahí tienes todos los ingredientes. Rusos, políticas socialistas frente a capitalismo y la mayor autoridad de uno de los países líderes asesinada.

El silencio absorbió el vagón restaurante, que a aquellas alturas solo nosotros y un camarero recogiendo vajilla ocupábamos.

—Maldita sea, ¿no es la Reina una de las que suele ir a las reuniones del club Bilderberg?

—Sí, creo que sí. Este tío quiere cargarse a la Reina de Inglaterra.

—Así se desatarán todas las tensiones acumuladas entre Rusia y occidente —concluí con los ojos tan abiertos como los de Robert—. ¡Joder, Joder, Joder!, necesitamos ayuda. Nosotros no podemos parar esto.

El sentimiento de haber encajado las piezas había provocado en mí una sensación de ahogo. De repente todo aquello parecía más real, como si hasta ahora hubiera querido creer que estábamos inmersos en algún tipo de juego.

—¡Tranquilo!, él está solo y tampoco es un superhéroe. Sólo es un loco con un plan endemoniado. Ni siquiera creo que él sea consciente de que repercusiones tiene esto. Es una marioneta. ¿Recuerdas que me contaste de dos sujetos a los que presentó en el partido? Estoy seguro de que le ayudaron con todo esto. Es como tu bien has dicho, un ataque de falsa bandera. ¡Tiene que serlo!

—Eso no facilita las cosas. Si es así, muy posiblemente lo estén vigilando para que no cometa errores y eso nos pone a nosotros en el punto de mira.

—Ahí tienes razón y eso encaja perfectamente con la presencia de Green aquí. Nos dijo a la cara que no estaba aquí por Christine y por mí. Y no sabíamos que demonios hacían en el barrio de Abat. Puede que le hayan mandado vigilarlo. Habrá que estar con los ojos muy abiertos para que esos dos perros no nos cojan por sorpresa.

No quisimos despertar a Christine y Winston cuando llegamos por fin al vagón dormitorio. Era de madrugada y el frío se había apoderado de aquellos estrechos pasillos. Robert encendió un último cigarrillo y abrió mínimamente la ventanilla del pasillo después de comprobar que ambos dormían como marmotas en el interior.

—Durante mucho tiempo he anhelado correr aventuras como esta — empezó a sincerarse Robert—. Y ahora que estoy en una no puedo dejar de pensar en que estoy poniendo en peligro a Christine. Nuestra vida era ya una aventura, la mejor que se puede vivir.

Los ojos de Robert habían envejecido en aquella semana desde que lo conocimos. Ahora denotaban cierto miedo que no vi cuando me golpeó por primera vez junto a la tapia de la *Abadía*. Aquel *James Bond* que nos abordó había dado paso a un padre de familia. Un hombre más maduro que se había dado cuenta de cuanto podría perder por haber arriesgado su cómoda vida de oficina. A pesar de ello, no había duda alguna de que su ayuda sería imprescindible. Aunque yo hubiera tenido más experiencias extremas, su físico y, por qué no decirlo, su arma reglamentaria, podría ser la ventaja que necesitábamos.

La conversación nos había venido bien. En el ambiente calmado de aquel tren pudimos unir todas las piezas de ese rompecabezas que había comenzado apenas tres meses antes. Aunque bien visto, su comienzo se remontaba al momento en que cada uno de nosotros conocimos a Yetta.

No obstante, había todavía un cabo suelto. Si el plan era parar a Abat en el último momento, ¿por qué la misma Yetta no estaba allí? Si los cálculos no me fallaban, la Yetta que contactó con Gabrielle Abat era la misma que yo conocí. Era algo difícil de encajar. Sabía que había sido su pareja, o eso suponía, y a la postre me sentía como si estuviera buscando a la persona por la que me abandonó. Sin embargo, un pequeño brillo de esperanza de volver a verla

estaba creciendo en mi corazón y sentía que era por ella, por recuperarla y por salvarla, por lo que hacía todo esto. No podía imaginar un final mejor que reencontrarme con ella en la ciudad que vio crecer nuestro amor, aunque a estas alturas dudara de si ella llegó a sentir algo por mí.

Era ya media mañana cuando el tren se detuvo en la estación de Salamanca. Habíamos disfrutado de un contundente desayuno a base de mantequilla francesa en todo tipo de formas: bollos, cruasanes y tostadas untadas también con más mantequilla. A pesar de la época del año, todavía hacía fresco cuando salimos a la calle, cosa que agradecemos. El calor que la adrenalina producía en nuestros cuerpos ya era suficiente.

Aunque había quedado con Enrique en que nos recogería para ir a su casa, no era de extrañar que no hubiera rastro de él. Quizá su único defecto era la impuntualidad. De modo que decidimos caminar un poco. No teníamos muy claro a donde ir sin haber recibido su informe sobre la llegada de Abat, de modo que nos dirigimos al centro de la ciudad acercándonos en dirección a parque de la Alamedilla donde tantas veces había paseado con Yetta.

Sin embargo, no habíamos caminado ni dos metros cuando un Land Rover Santana aparcó violentamente sobre la acera de la estación. En el interior, una masa gigante tumbada sobre el asiento de copiloto nos hacía señas con la mano por la ventanilla.

—¡Guillermo!, rápido, subid, ¡rápido!

Enrique Urkitza sudaba por el esfuerzo de su llamado. Con aquella barriga apenas había sitio para girar el volante de aquel armatoste. Los años y los kilos le habían pasado factura. Todavía recuerdo la primera vez que subí a aquel Land Rover. En aquella época Enrique era un tipo atlético, con algún kilo de más, pero fuerte como un toro. Habíamos ido a hacer un reportaje a la sierra y a falta de gato, el mismo Enrique levantó en vilo aquel 4x4 mientras yo colocaba unos cascotes bajo el mismo para poder cambiar una rueda pinchada.

—¿Todavía con esta carraca? —le pregunté cuando todos estábamos ya aposentados en su interior y Enrique arrancaba dejando atrás una humareda negra de gasoil.

—Nunca me ha dejado tirado, ¿por qué cambiarlo? —respondió mientras me abrazaba con una mano—. La próxima vez que me mandes una misión tan “sencilla”, acuérdate de decirme que no soy el único tras el interfecto. ¡Casi haces que me maten Guillermo... y yo no estoy ya para estos trotes!

El Land Rover giró en redondo en la rotonda de la Avenida de la estación con la calle río Miño y nos devolvimos como una exhalación hacia el centro, dejando a un lado la Alamedilla para continuar hacia el río por el Paseo de Canalejas.

—¿A qué viene tanta prisa? —murmuraba Winston por lo bajo.

—A que nos están siguiendo, queridos amigos de Guillermo. No sé a quien habéis enfadado, pero no estamos seguros por aquí.

Si Enrique estaba asustado la cosa no pintaba bien. Enrique vivía en una bonita casa a la orilla del río. Una de las primeras urbanizaciones que hubo en Salamanca y que en la actualidad habían sido engullida por el resto de las edificaciones que colindaban con el único centro comercial de la ciudad. Sin embargo, no fue allí donde nos detuvimos. Tras hacer el amago de entrar en el barrio, Enrique aceleró todavía más para salir por un camino sin asfaltar que terminaría llevándonos hasta una carretera secundaria con destino a Santa Marta.

—¿Donde vamos, Enrique?

—Al único sitio seguro que conozco, una finca que nunca ha estado a mi nombre, pero que nos pertenece desde hace tiempo.

Desaparecimos en medio de la dehesa Salmantina hasta que el coche se detuvo en lo alto de una colina. Tras esperar un buen rato en silencio, Enrique respiró tranquilo.

—Parece que nadie nos sigue —confirmó mientras se secaba el sudor de

la frente con un florido pañuelo.

Desanduvimos un buen trecho hasta desviarnos por un pequeño camino cubierto de maleza que nos precipitó contra una puerta desvencijada compuesta por viejos somieres y palés de madera.

El pequeño chalet de montaña donde se escondía Julia Navarrete era un palacio al lado de la vivienda que nos recibió tras aparcar. La típica josa castellana, destina antaño al resguardo del frío y la lluvia durante los días de labranza, estaba presidida por una generosa chimenea desde la que partía una gran mesa que debería dar cobijo y descanso a los hambrientos trabajadores. Más allá de aquella instancia, solo un deposito exterior para herramientas y lo que parecía una despensa al fondo de tan escueta vivienda, completaban nuestro recién estrenado escondite.

Begoña nos esperaba con el delantal puesto frente a una pequeña cocina de gas colindante con la chimenea y que parecía ser toda la infraestructura gastronómica de la que disfrutaba la josa.

—¡Guillermo! —exclamó Begoña antes de abrazarme cálidamente—. No has cambiado nada.

—Tu tampoco Begoña, pero a este parece que lo has cebado para la matanza.

—¡No me hace caso a nada! Mira que le digo que se cuide, pero siempre tiene un pincho nuevo que probar o un asado que preparar. Debéis estar hambrientos. Sentaos a la mesa que la comida ya va a estar.

Begoña, a pesar de su origen vasco, era especialista en paellas. Nunca había olvidado su sabor y por un momento ese olor me permitió soñar con un poco de optimismo frente al complicado futuro que se nos venía encima.

Capítulo 16

Sentados frente a aquel mantel de hule en el que se desdibujaban las provincias españolas junto a sus más sofisticados clichés de faralaes, jotas y muñeiras, Enrique nos desgranó con todo lujo de detalles lo acontecido a la llegada de Gabrielle Abat a la estación de autobuses de Salamanca. Una palpitación, que nos rondaba la cabeza desde nuestro encontronazo con el agente Green en París, se materializó al comprobar que su presencia acechadora no estaba dirigida hacia nosotros si no hacía Gabrielle.

—¡Fue fácil localizar al franchute! —comenzó a relatarnos Enrique—. No había más que verle la cara de susto para saber que aquel pellejo humano, desgarrado y con cara de no haber probado bocado desde su comunión, no tramaba nada bueno.

Enrique se había replegado sobre el quiosco de la puerta de la estación, observando desinteresadamente los paquetes de kikos y habas que colgaban desorganizados en la cristalera. Mientras, con el rabillo del ojo no dejaba sin auscultar ni a uno solo de los viajeros que aparecían sobre las escaleras eléctricas que conducían desde las dársenas al centro de la estación. Años de labores detectivescas habían conferido a Enrique una habilidad inusual para pasar inadvertido sin que por ello su capacidad analítica se viera comprometida por el distractor que usara en cada momento. Un simple envoltorio de chicle tirado en el suelo le podía servir para entablar conversación con el tendero de turno y así obtener un discreto lugar de vigilancia o información de interés del interfecto a vigilar.

A pesar de su prominente tamaño, acrecentado por aquella estrambótica barriga que había cultivado desde nuestro último encuentro, Abat no había caído en cuenta que ya desde que su cara apareció en el vestíbulo de la estación, los ojos de Enrique Urkitza, periodista intrépido y detective a ratos libres, habían detectado a su presa y no se despegarían de ella sin conseguir su objetivo, por ahora limitado a determinar su lugar de asentamiento en tierras salmantinas.

La tarea de seguimiento parecía cosa fácil puesto que el señor Abat decidió no tomar medio de transporte más complicado que aquellos dos palillos que hacían las veces de piernas y que no hubieran podido más que distraer un par de minutos a cualquier perro roedor de huesos. Abat fue callejeando, acercándose a cada sombra que pudiera ocultar su presencia en la ciudad. No tardó en llegar a la avenida de Portugal, cuyo bullicioso tráfico a aquellas horas de la tarde sirvió para distraer a un Enrique sudoroso por el esfuerzo de la subida por aquellas calles del barrio del Oeste. Sólo su instinto le permitió volver a hallar el rastro del francés que en apenas dos zancadas había doblado una lejana esquina perdiéndose de su vista. Enrique aceleró el paso una vez culminada su subida hasta la avenida y logró equilibrar la persecución hasta observar como el señor Abat se adentraba en un viejo portal del barrio Vidal. Enrique llegó al pie de la vivienda y anotó cuidadosamente la dirección. No quería que la similitud de todo el barrio obrero pudiera ocasionar un error tonto. Husmeó a través del cristal del portal y pudo observar como Gabrielle subía las angostas escaleras y, tras unos segundos de subida, la luz de una ventana en el segundo piso definió sin posibilidad de error el piso a donde el francés había llegado.

A pesar del rápido seguimiento, el tiempo había pasado sin apenas notarse y sólo el encendido del alumbrado hizo percatarse a Enrique que ya estaba bien entrada la tarde de aquel caluroso día de verano. Fue entonces cuando un dolor agudo penetró como un relámpago a través de su coronilla.

Un zumbido seguía insinuándose en sus oídos cuando despertó en la parte trasera de una furgoneta, mientras dos individuos, que parecían salidos de una novela negra barata, le observaban.

—Señor Urkitza, ¿No le dijeron sus padres que seguir a la gente es de mala educación? —preguntó con tono socarrón en un paupérrimo español el agente Green.

—¡No sé de que me habla! Por favor déjenme ir, tengo familia y deben estar preocupados —respondió Enrique con una actuación bobalicona digna de un Oscar.

Enrique había estado metido en demasiados fregados durante su vida como para amedrentarse por un par de agentes secretos. Más miedo le darían de no

olerse a la legua su pertenencia a algún grupo oficial, como aquella vez que un grupo de albanokosovares le retuvieron sin ni siquiera entender, a día de hoy, con que razón. El sudor frío del primer momento se moderó cuando a punta de vodka terminaron en abrazos y ellos mismo lo escoltaron hasta la embajada de Portugal, país al que creían que pertenecía. Así que, mucho tenían que apretarle las tuercas estos dos americanos para que soltara la lengua.

—No se haga el listo conmigo, señor Urkitza, sabe muy bien de que hablo. Esté hombre —continuó con tono más amenazante y en inglés, como si pretendiera dar más miedo, mientras le enseñaba una foto de Gabrielle Abat—. ¿Qué sabe de él?

—¡Les juro que no sé nada! Soy Periodista y esto haciendo un artículo sobre los turistas de Salamanca —improvisó Enrique—. Estaba claro que este era un francés y quería ver a que tipo de hotel llegaba y quizá hacerle algunas preguntas. Pero no me dio tiempo, andaba muy deprisa y no estoy yo en muy buena forma.

—En peor forma le vamos a dejar como no nos diga la verdad. Cree que no sé quien es. Se que es el director de *la Voz Helmántica*. Y se que es amigo de un tal Guillermo Sánchez. Dígale que no meta las narices donde no le han llamado o todos sus amiguitos, incluido usted y su querida Yetta lo pagarán.

Mulligan abrió la furgoneta acto seguido y con todo el desprecio del que fue capaz lanzó al periodista fuera de la misma. Enrique cayó sobre su hombro izquierdo y se golpeó la cabeza con el bordillo, resultado de lo cual, al día siguiente y sin que nos hubiéramos percatado en un primer momento, lucía un pequeño apósito en la sien izquierda.

—¡Cuanto tiempo sin verle señor Abat! —gritó un exultante agente Green cuando Gabrielle abrió la puerta del pequeño estudio donde se acababa de instalar.

—¡Bu, buenas tardes! —tartamudeó este al ver a los dos agentes en el dintel de la puerta.

Acto seguido cerraron la puerta y merodearon por la habitación que hacía las veces de salón y dormitorio.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, señor Green. No ha habido ningún inconveniente. Todo como lo habíamos planeado.

—¡Que bien, eso me alegra! —respondió Green con una sonrisa sardónica—. ¿Y supongo que nadie te ha visto llegar aquí?

—No señor, puede estar tranquilo.

—¿Ni siquiera el puto periodista de metro noventa y ciento cincuenta kilos que te siguió desde la estación? —le preguntó entre gritos mientras le sujetaba de la pechera y lo arrinconaba contra la única ventana del inmueble—. Maldita sea Abat, para ser alguien tan comprometido con la causa estás un poco distraído, ¿no crees? ¡Espero que el miedo que puedo oler desde aquí no te suponga un problema para seguir con el plan!

—No señor, no es eso. Simplemente no me debí dar cuenta. ¿Quién me siguió? —preguntó Abat mientras se estiraba la ropa y recobraba la compostura.

—Nadie de quien preocuparse. Por ahora todo sigue igual y procura que así sea. Si no, tu amiguita Yetta igual tiene que pasar por el cirujano plástico a que le haga una cara nueva, y sería una pena, ¿verdad?, con esa carita de ángel que tiene —le amenazó de nuevo mientras le respiraba a un palmo de la cara y le apretaba la quijada—. No nos falles o sabrás que es sufrir. Tú y tu amiga. No hables con nadie y límitate a lo que tienes que hacer. Si alguien se pone en contacto contigo intenta tener una buena coartada.

Green y Mulligan salieron del apartamento sin volver la mirada. Gabrielle Abat se derrumbó literalmente, llevándose consigo la cortina sobre la que Green lo había amenazado. Había llegado muy lejos por sus ideales, por aquellos que creía compartir con su querida amiga Yetta. Sin embargo, hacía meses que algo no tenía sentido. Quizá era la inminencia de su acción o quizá la desaparición de Yetta. Ella le seguía escribiendo, incentivándole a

encontrarse con ella en Salamanca. Sin embargo, hacía tiempo que sabía que algo no andaba bien. Las comunicaciones por carta no eran normales entre ellos. Siempre habían podido llamarse y, sin embargo, eso había terminado meses atrás. Todo se había aclarado en ese momento. El agente Green, su viejo camarada, a quien había invitado a participar en el partido, le había dejado muy claro que no había marcha atrás y que tenían a Yetta bajo custodia. Ahora, no sólo el plan dependía íntegramente de él, también la vida de Yetta.

—No te preocupes —Le habían dicho—. Es sólo una pequeña garantía de tu compromiso con la causa. Pronto estaréis de nuevo juntos.

Poco podían prever los agentes que los planes de Yetta eran muy distintos cuando su nombre apareció involucrado en no sé que historia de una alerta 365 que tuvieron que investigar para Walter Scott.

Mientras Abat se reconcomía ante la nueva tensión creada por Green, las cosas no andaban mejor en aquella lejana josa donde seguíamos dilucidando los pasos a seguir.

—Ahora me vais a explicar que está pasando y porque tengo este chichón en la cabeza —nos amenazó Enrique mientras daba buena cuenta del final de un salchichón ibérico que nos habíamos ventilado en el transcurso de la conversación.

—No me preguntes porque lo suponemos, pero creemos que tu perseguido va a atentar contra la Reina de Inglaterra —le expliqué escuetamente.

Una risa socarrona me recordó los viejos tiempos en la redacción. Más allá de su apariencia física, Enrique Urkitza no había cambiado en absoluto y lo demostraba con su habitual desparpajo, como si haber recibido semejante golpe en la cabeza no fuera más que un lance del juego y no le diera mayor importancia.

—¿Estás loco? Mañana la ciudad va a estar blindada. Acaso no sabéis que los prohombres de este imperio occidental están aquí mismo.

—Lo sabemos, y entre ellos está la Reina.

—¿Me estáis diciendo que ese hombre enclenque que seguí ayer está tratando de atentar contra el Club Bilderberg?

—No contra todo el club, solo contra la Reina —se apresuró a aclarar Robert.

—Según los protocolos de seguridad, nadie entra y nadie sale del hotel una vez comienza la reunión. Si habéis investigado sobre el Club sabríais eso, ¿verdad?

—Creemos que se van a saltar el protocolo. Es lo único lógico. Entendemos que Abat no podría internarse en el hotel sin ser placado por una docena de guardaespaldas.

—¡Maldita sea Guillermo, sigues encontrando las investigaciones más complicada cada vez que levantas la vista!

—Créeme, esta vez no he sido yo. Esto me ha sido impuesto. De verdad te lo digo. Han sido una serie de casualidades no tan casuales ideadas por Yetta.

—¿Quién, aquella por la que suspirabas cuando te conocí? No dejaste de hablar de ella en todo el verano de tu pasantía.

Enrique se levantó respirando fuerte por la nariz, como un miura que no ha decidido todavía si entrar a matar o si será él el sacrificado. Miró sigilosamente por la pequeña ventana de la cocina, oteando el horizonte como si quisiera saber que estábamos realmente solos antes de soltar su as bajo la manga.

—Corren rumores desde hace días —comenzó a relatarnos mientras seguía analizando los alrededores—. Se comenta que alguien muy importante reservó para mañana mismo una visita guiada al Patio de Escuelas, especialmente al Cielo de Salamanca. Todo ha sido coordinado con la Universidad y con el ayuntamiento y para evitar problemas el centro de la ciudad, sobretodo cerca de la pontificia y del campus de ciencias, estará levantado de arriba a bajo por supuestas averías en las canalizaciones subterráneas. No hay forma de entrar o

salir de esa zona sin ser observado y mucho me temo que mañana directamente no dejaran pasar a nadie.

—Tiene que ser ahí, en ese momento y en ese lugar —se apresuró a concluir Winston.

—Pero sigue siendo el mismo problema, ¿cómo llegaría allí con su “paquete”? Recordáis la carta. Se supone que tenía que tener un paquete con él, una bomba, ¿qué podría ser si no?

—Tenemos que ir a buscarlo ya, no podemos exponernos a esperar a mañana —terminó la conversación Robert, quien estaba deseando encontrarse cara a cara con Abat y aclararle un par de cosas sobre hospitalidad.

El sol filtraba sus últimos rayos del día entre los edificios del barrio Vidal. Habíamos pasado todo el día hablando y discutiendo los pasos a seguir y se nos había hecho tarde cuando decidimos aventurarnos en la búsqueda de Abat. Esta vez habría que tener más precaución con las posibles vías de escape. Aunque la arquitectura española no daba para persecuciones por los tejados, como nos había ocurrido en París, no era raro que ya hubiera estudiado un método de huida por si las cosas se ponían feas.

El edificio nada tenía que envidiar a su anterior posada parisina. Tétrico y desconchado serían los adjetivos que mejor le venían a un inmueble que había conocido tiempos mejores y que reflejaba a la perfección la situación económica de un país en crisis que hacía tiempo que había dejado de mirar hacía adentro para dejar la mirada perdida en los nuevos suburbios de adosados hipotecados a cuarenta años. Adosados que muy posiblemente terminarían dibujando un paisaje similar al que teníamos delante si la crisis no se superaba de verdad. El alquiler al mejor postor de viejos inmuebles se había convertido en uno de los pocos negocios lucrativos de la ciudad universitaria. La única forma de llegar a pagar la hipoteca que les separaba de ser dueños de su propia vivienda. En la España de la fiesta y el veraneo, de la lucha entre las tradiciones de montera y lentejuela y las modernidades de conlaves nocturnos a pie de calle, el centro urbano de las pequeñas y medianas ciudades, se habían convertido en junglas deterioradas, donde se cocía a fuego lento la inequidad, la zozobra y el desencanto.

Las mismas políticas que estaban detrás de toda aquella aventura que nos estaba llevando tras la pista de un supuesto terrorista, eran las que habían causado ese deterioro de la sociedad y con ella de sus calles, inmuebles y orgullo.

Contemplando aquellas calles desvestidas y sombrías me quedaba claro que nos jugábamos mucho más que encontrar respuestas al acertijo que Yetta nos había dejado encargado para alegrar nuestras vidas. Si todas las conclusiones a las que habíamos llegado eran ciertas, estábamos intentando salvar la sociedad occidental tal y como la conocíamos o, mejor dicho, devolverla a lo que debería ser y no dejar que la degradación continuara por el método más rápido para ello, la guerra.

No nos sorprendió a ninguno que el timbre del telefonillo ni siquiera existiera para poder decir al menos que estaba estropeado. Una masa de cables al descubierto era lo único que demostraba que, en algún momento de su historia, aquel edificio contó con tal elemento tecnológico entre sus cualidades arquitectónicas. Un empujón a la puerta era lo único que separaba a aquella comunidad de vecinos de la entrada de cualquier merodeador sin mejor oficio que el gusto por lo ajeno. El angosto portal solo contaba con los seis buzones pertenecientes a cada vivienda y uno de regalo para la propaganda, que, aun así, rebosaba por cada uno de los otros buzones como lenguas de papel en busca de ávidos compradores a los que susurrarles su mejor oferta. Sin ascensor, ni sitio que pudiera albergarlo, subimos las escaleras con pies de plomo, ubicando en cada giro la dirección correcta de la ventana que según Enrique pertenecía al piso donde se alojaba Gabrielle Abat. Tras subir hasta el tercer y último piso y comprobar que no había azotea que brindara una posible escapatoria, bajamos decididos a llamar al timbre, que en esta ocasión nos reservaba la agradable sorpresa de funcionar.

Christine había decidido, tras las suplicas de Robert, quedarse junto a Enrique y su esposa en la josa que nos hacía las veces de cuartel general. Robert, Winston y yo componíamos el dispar grupo de intervención al que tendría que dar cuentas Abat si no quería probar las desaprovechadas habilidades de Robert Sinclair.

Un ruido tras la puerta denotaba la presencia de alguien en el interior del inmueble. La luz entrecortada a través de la mirilla fue la señal que Robert

necesitó para adelantarse al plan fijado y asestar tal patada a la puerta que la misma y el enjuto Abat terminaron por los suelos y sin posibilidad de escapatoria. Mientras Winston y yo nos cruzábamos una mirada de asombro por tal eficaz desenlace, Robert ya se encontraba sobre Gabrielle que luchaba denodadamente por zafarse de los musculosos brazos de Sinclair, contra los que no tuvo nada que hacer y que le enviaron de un segundo empujón sobre el sofá cama que hacía las veces de centro de salón y de alcoba.

Una anciana asomó la cabeza desde la puerta aladaña quejándose del ruido incluso antes de comprobar el desastre polvoriento en el que se había convertido el rellano.

—Tranquila abuela, es que nuestro amigo se había quedado encerrado y hemos tenido que tirar la puerta abajo — le conté amigablemente a la anciana que nos miró atentamente antes de cerrar su puerta entre displicente y aprensiva.

Robert se había metido en el papel de *poli* amenazador y no nos dejó ni intervenir. Tras ajustarse la camisa y mecerse el cabello empezó su actuación intimidatoria.

—Saludos de tu hermano —comenzó la conversación intentando descolocar al interfecto mientras se sentaba frente a él en una silla sacada de la cocina.

—¿Qué?, ¿qué quieren?, ¿Quienes son?

—Somos los mismos a los que hiciste correr el otro día en París, ¿No te acuerdas?

—¿Qué le han hecho a mi hermano?

Me interpuse entre Robert y Abat, el cual estaba a punto de romper a llorar. Estaba claro que se sentía en una situación incómoda y no parecía tener la integridad que un asesino necesita para llevar a cabo su misión.

—Gabrielle, tranquilo, no somos los malos, ¿entiendes? Somos amigos de Yetta.

La cara de Gabrielle cambió al escuchar aquel nombre que tanto significaba para todos los presentes y se hecho a llorar cogiéndose la cara con las manos. Hubo que esperar un par de minutos para poder entender lo que mascullaba entre sollozos.

—¡La tienen secuestrada! —pudimos entender después de que lo repitiera unas cuantas veces.

Un nudo se apretó en mi estomago al escuchar aquellas palabras. Teniendo la certeza de que aquella desconocida de la que nos hablaba Abat, era realmente la misma persona con la que yo había compartido los años más felices de mi vida, no pude quitarme de la cabeza la escena de su cautiverio. Sentirla tan cerca y a la vez tan lejos desató en mí una desazón inusitada, que impedía centrarme en lo que en aquel instante era lo más urgente: evitar que Gabrielle Abat cometiera alguna locura.

Las lágrimas de Gabrielle se secaron súbitamente, recobrando la compostura y la entereza que minutos antes le habían abandonado, dejándolo ante nuestra mirada como un niño asustadizo.

—Si lo que queréis con vuestra visita es convencerme de algo, ¡lo lleváis claro! —gritó mientras de debajo del sofá alcanzó un revolver con el que nos encañonó mientras se secaba con la manga las últimas lágrimas que le escurrían por las mejillas.

—No entiendes Gabrielle, estamos aquí para ayudarte —intenté contenerle mientras me anteponía a Robert quien ya se disponía a hacerle frente.

—¿Ayuda?, eso me prometieron ellos y al final lo único que querían era una cabeza de turco que les hiciera el trabajo sucio.

—Si sabes eso, ¿por qué continuas con el plan?

—¡Por ella!, ella quería que lo hiciera. No la voy a defraudar.

—Te estás equivocando, Gabrielle. Ayudamos a encontrarla y ella misma te lo dirá.

—¡Alejaos de mí o no respondo!

Abat se dirigió hacia la puerta sin darnos la espalda mientras nos seguía encañonando con el revolver. Sus pasos escalera abajo precedieron a un silencio oscuro, tan oscuro como las opciones que teníamos para encontrar una solución a aquella situación. El liante se nos había vuelto a escapar sin dejar rastro.

Una tormenta de verano había cubierto las calles con un espejo húmedo que reflejaba la cara de Gabrielle Abat según se distanciaba de aquel inmueble. Perturbado por todo lo acontecido en apenas unas horas, corría cabizbajo y encorvado sobre las sombras que los balcones le ofrecían. La visita de Green y su sabueso, la noticia del secuestro de Yetta y por último nuestra aparición, habían resquebrajado la ya raquítica lucidez de la que el francés hacía gala. Sin un lugar a donde ir y donde refugiarse y a pocas horas de tomar la decisión que marcaría su destino para siempre, emprendió su camino hacia una vieja Nissan Vanette, de aquellas que habían hecho furor a finales de los ochenta y que habían cambiado el parque vehicular español sustituyendo a los correosos camiones Avia, que en aquella época servían para el reparto en pueblos y ciudades. Adecentada para la ocasión, había servido para ocultar el macabro plan desde su llegada a tierras españolas y durante las siguientes horas le serviría de improvisado refugio a las afueras de la ciudad.

No sería hasta años después cuando comprendiera la verdad sobre Gabrielle Abat. Sería su cuñada, Cécile, la que me sacara de mi error y me hiciera pensar en lo mal que estuvo odiarle desde el mismo momento de conocer de su existencia y mucho antes de siquiera haberlo conocido en persona. El solo hecho de pensar en su relación con Yetta me hacía hervir la sangre y me demostraba, tantos años después de haberme despedido de ella, que nunca la había olvidado. Ahora, que incluso dudaba de la veracidad de sus sentimientos por mí, tenía que reconocer que había conseguido dejar una señal tan profunda en mi ser, que sería imposible de superar. No sé por qué, ni se cómo lo hizo, pero todo en mi vida parecía ordenarse en función de mis recuerdos de ella y esta loca aventura en busca de la salvación del mundo era el epitome de aquella realidad. Quizá es verdad que el amor mueve el mundo. Al menos en aquella ocasión, nos estaba moviendo a nosotros.

Sólo Cécile conocía la verdad de la relación que se había fraguado entre

Yetta y Gabrielle y que estaba un paso más cerca del amor fraternal que del carnal. Yetta había conocido a Gabrielle en uno de los momentos más bajos de su vida. Cubierto de problemas legales y sin querer enderezar su destino, lo conoció durmiendo en un parque. Al principio sólo lo ayudó llevándole comida de un refugio para indigentes donde ella hacía labores de voluntariado los fines de semana y a donde no consiguió nunca que se acercara. Poco a poco las conversaciones en aquel parque le descubrieron a un hombre lleno de complejos al que la vida no le había dejado desarrollarse como persona. Conoció sus problemas familiares, las peleas continuas con su padre, los primeros juicios por violencia contra sus compañeros de estudios y por último llegó a la clave de su personalidad. En una sociedad donde la estigmatización social dirige opresivamente la vida de las personas, Gabrielle se había refugiado en aquella violencia como escudo protector contra su más íntimo sentimiento. Nunca había podido expresarse libremente y su orientación sexual reprimida por incomprensión propia y de la sociedad rural que le rodeaba, fueron enquistado el problema hasta convertirle en el delincuente que había dejado todo atrás para perderse en los bajos fondos de una sociedad a la que nunca había podido abrirse y dentro de la cual siempre se había sentido como una visita indeseada y molesta.

Yetta se convirtió en su ángel salvador. Le dio un nuevo escudo al que aferrarse sin que esta vez tuviera que estar en los límites de la legalidad. A ojos del mundo se comportaban como una pareja. No había sido algo premeditado, pero Yetta lo permitió, sabiendo que así Gabrielle podía respirar con una profundidad que durante años se había negado a sí mismo. La relación con su hermano Maurice había mejorado de la noche a la mañana y tanto él como Cécile habían visto a Yetta como una bendición que había llegado a normalizar una familia que nunca se había dado tal opción consigo misma. Atrás quedaban los días en los que una llamada de madrugada les despertaba para que acudieran a pagar la fianza por Gabrielle o las que eran peores, las llamadas desde cualquier hospital porque Gabrielle había estado envuelto en alguna pelea.

Aunque Maurice y Cécile nunca estuvieron de acuerdo con la incursión de la pareja en política, las relaciones andaban tan bien en aquellos días que no le dieron mayor importancia. De ese modo, poco a poco, Yetta había encontrado la cabeza de turco perfecta para su plan. No quería herir a

Gabrielle y en teoría nadie debía salir herido. Tenía el poder de manejarlo y simplemente lo llevaría hasta donde hoy estaba, pero le pararía los pies antes de que nada sucediera. De no ser en ese preciso momento, parecía que el plan no funcionaría. Jugar con el espacio-tiempo tiene sus complicaciones. Además, desbaratar el plan debía ser a través de personas de este tiempo, o así lo había predicho María Matriskaya después de los infructuosos intentos previos.

Lamentablemente, la llegada de Green a la sede de los Libertarios trastocó los planes de Yetta. Alguien más había fijado sus ojos en Gabrielle como ejecutor del plan que desencadenaría la tercera guerra mundial y en esta ocasión, no tenían ninguna intención de parar el mecanismo. Quizá Yetta se había precipitado al incentivar a Gabrielle en sus ideas revolucionarias y habían dejado demasiadas pistas a la vista de los soplones que siempre están merodeando los entresijos de un partido revolucionario como aquel.

Con Yetta retenida por Green, ahora nosotros tampoco teníamos claro como parar a Gabrielle. Nos había dejado claro esa noche que no tenía oídos para nada que le tuviéramos que decir. Sólo encontrando a Yetta podríamos desincentivarle y se nos acababa el tiempo.

Capítulo 17

El frío de la noche se multiplicaba a la orilla del río. No era una sensación nueva. Hacía ya muchos años que la conocía. Incluso en los inviernos más fríos, siempre había disfrutado de la brisa helada, esa que atraviesa la bufanda para hacerte sentir en plena ventisca. Quizá era uno de los pocos recuerdos que le quedaban de su Michigan natal. Los inviernos vividos en Salamanca no podían compararse con las gélidas temperaturas que se alcanzaban en Pentwater, pero, aun así, era la estación del año que le permitía recordar todo aquello que había dejado atrás y todo aquello por lo que merecía la pena haberlo hecho. No se arrepentía. Había tenido una vida intensa. Bien visto, había disfrutado de dos vidas: la de una chica de un pequeño pueblo americano y la de una joven española. Quizá había sido un regalo del destino. Después de todo, después de los bailes de fin de curso, de los juegos de fútbol americano y de las faldas de animadora, había desembarcado en otro mundo, previo al suyo y además con todas las peculiaridades de una cultura mediterránea como la española. Había sido la decisión más difícil de su vida, si bien, su abuelo y su madre, la habían preparado para ello desde pequeña, adelantándose a los acontecimientos con aquella clarividencia que caracterizaba a los Markof. Al fin y al cabo, habían visto demasiado sufrimiento en su vida como para no percibir lo que se avecinaba.

No se arrepentía. Su vida en España había comenzado con buen pie, conociendo al hombre más maravilloso del mundo, del cual nunca se olvidaría y en quien en poco tiempo depositaría su confianza para convertirse en el ejecutor del plan que tan minuciosamente habían diseñado entre las tres versiones de ella misma que poblaban nuestro tiempo, yo mismo. No había espacio para errores esta vez. Cada pieza, como en un encaje de bolillos, debía estar preparada para que el fatídico día que debería ser mañana, nunca llegara a trascender en los futuros calendarios. Si yo no me había olvidado de ella y seguía sintiendo lo mismo que ella nunca dejó de sentir, sabía que no dejaría pasar la oportunidad de recuperar su memoria a través de las minúsculas pistas dejadas y, de ese modo, completaría el rompecabezas para detener el desastre.

Yetta sabía que no importaba su cautiverio. Nosotros teníamos que solucionar el entuerto sin su ayuda y, de hecho, así debía ser para no causar cambios inesperados en el espacio-tiempo. A pesar de ello, aquella noche se encontraba intranquila mientras veía la lluvia caer por la estrecha ventana de la habitación donde la habían recluido durante los últimos meses.

No sabía como habían dado con ella. Quizá nuestra propia aventura había hecho saltar las alarmas. La otra Yetta que aún estaba viva, y que, por la diferencia de fecha de llegada, se había convertido en una madre para ella, le había tenido al tanto de todo. Sea como fuera, la habían atrapado sin remedio y sin poder dar el último apoyo a un Gabrielle que poco a poco se había ido deshinchando. No hubiera sido nada malo, si no fuera porque en caso de que la CIA viera antes de tiempo su incapacidad para llevar el plan a su fin, podría elegir un nuevo ejecutor y aquello tiraría por la borda todo el plan.

Había sido el propio John Green y su sabueso, Mulligan, quienes la habían interceptado en su viaje a Salamanca, donde quería supervisar algunos detalles del plan que facilitarían la vida a Gabrielle, como la vivienda y el vehículo, que se encargó de traer y camuflar como cualquier otro vehículo de transporte de los que pueblan las calles de la ciudad. Todo lo prepararía ella y el sólo tendría que llegar con tiempo suficiente para tomar la furgoneta y esconder el paquete. No los vio venir y sólo por un par de minutos fue capaz de aparcar la furgoneta en el lugar acordado y salir de allí. Sin posibilidad de volver a contactar a Gabrielle, sólo le quedaba esperar que él se ciñera al plan y encontrar todo como había sido pensado, mientras que Winston y yo tendríamos el camino fácil para interceptarlo. Sin embargo, con la llegada de Green todo parecía más difícil. Quién sabe si no nos encontrarían a nosotros antes que nosotros a Gabrielle.

Sin explicaciones, esa había sido la consigna. Nunca le explicaron porque la secuestraban, aunque de sobra lo sabía. Green, cuyo nombre conoció por una conversación con quien debería ser su guardián esos meses, apenas había abierto la boca en su presencia. Le destaparon los ojos una vez entraron a la habitación que sería su nueva vivienda y una vez allí sólo hubo una

conversación.

—No tengo nada contra usted, señorita. Si no arma escándalo y todo sale bien, se podrá ir después de que todo acabe.

—¿Todo?, ¿Qué significa todo?

—No se haga la tonta, no le sienta bien. Ambos sabemos porque está aquí. Yo sólo cumplo con mi trabajo.

—Bastardo, no sabes lo que estás haciendo. Esto es más importante que tu y que yo. ¿O acaso no sabe lo que está en juego? ...Al fin y al cabo sólo eres un mandado, claro que no sabes nada.

Y así era. Mas allá de creer que era la novia del ejecutor del plan, Green poco podía suponer que aquella chica que habían secuestrado sería la que en un par de meses le haría recorrer medio Estados Unidos tras Robert Sinclair y otro tanto de Europa por una tal Julia Navarrete y un Reportero y su amigo inglés. Green era un sabueso, cumplía ordenes, No podría haber atado tantos cabos como para entender que todo lo que iba a acontecer en las siguientes semanas estaba relacionado.

Una bofetada sonó al unísono con un alarido de dolor. Mulligan acababa de atar a Yetta a una silla y quiso que le quedara claro quien mandaba allí.

—Respetar a tus mayores, pequeña. ¿Eso no te lo enseñó tu papá?

Yetta intentó forcejear en vano con la silla atada a su espalda. Nunca había sido una persona violenta, pero la mención a su padre le hizo arder su interior más que la sangre que le brotaba de su labio partido.

—Déjala en paz Mulligan. ¡Es una orden! —exhortó Green—. Señorita Yetta, le dejamos en buena compañía, George estará al cargo mientras nosotros solucionamos otros asuntos. No dude en pedirle lo que desee. Mientras no salga de la habitación, podrá hacer de su estancia con nosotros unas agradables vacaciones.

La sonrisa sardónica de Green le acompañó mientras abandonaba la

habitación.

—No te pongas muy cómoda, ¡pronto estaré de vuelta! —le susurró Mulligan al oído—. Nos podremos hacer buenos amigos.

Esta vez estuvo mejor preparada y alcanzó a darle una patada en la espinilla que le arranco un grito de dolor y que obligó a Green a entrar nuevamente a la habitación. La mirada de odio que Mulligan le regaló no dejaba lugar a dudas. Sería peligroso seguir allí para cuando esos dos volvieran.

Para su tranquilidad la fecha se acercaba y solamente había tenido contacto con el inexperto agente George.

Si sus cálculos no la engañaban, el tiempo se le estaba acabando. Aquella era la última noche antes del día señalado para que Gabrielle cambiara el destino del mundo. El tiempo había transcurrido lento durante aquellas semanas. El trato con el joven agente había sido casi inexistente. George se limitaba a entregarle la comida con un escueto saludo y cerrar la puerta tras de sí. El semblante del agente dejaba entrever más miedo que cualquier otro sentimiento. No quería que la situación se complicara y la premura de sus acciones eran claros indicios de su incomodidad e inexperiencia en presencia de una rehén.

Aquel olor a río, incrementado en una noche como aquella, no le dejaba lugar a dudas. Había intentado orientarse más de una vez en el transcurso de aquellos meses, sin embargo, nunca lo había tenido tan claro como esa noche. El tipo de construcción y el viento parecían indicar que se encontraba alojada en una de las urbanizaciones de nuevo cuño que habían proliferado como hongos en toda la periferia de la ciudad.

“Un lugar perfecto para tenerme retenida” pensó Yetta. Aquel tipo de barrio no daba mucho juego a la hora de interacciones sociales y en la mayoría de las ocasiones los vecinos ni si quiera se conocían con el de al lado.

George había decidido volver a atar a la secuestrada a la silla, tal y como se la habían entregado dos meses atrás. Esperaba no sufrir ningún contratiempo en el momento en el que sus superiores llegaran.

Los escalones sonaron a través del repiqueteo de la lluvia contra el cristal de la habitación.

—Señorita Yetta. Que gentil ha sido en esperarme todos estos días —gritó socarronamente Mulligan cuando abrió la puerta de la habitación.

Un sudor frío le resbaló por la espalda a Yetta, quien se supo perdida ante la llegada en solitario del agente.

—No quería irme sin despedirme nuevamente.

—Quizá esta vez el saludo sea un poco más arriba —inquirió Yetta todo lo serena que pudo.

—Esta vez no esta Green para protegerte. Así que, ¿por qué no eres buena para que los dos podamos pasarlo bien.

El agente se aproximó lentamente hacia la silla, mientras desanudaba su corbata. Yetta trató de mover la silla hacia la pared, pero le fue inútil. Esta vez Mulligan no esperó el envite y se agacho junto a ella amarrando con su corbata su pie izquierdo contra la pata de la silla.

—Me temo que el saludo hoy te lo voy a dar yo a ti —le amenazó mientras subía su mano lentamente por el gemelo de la pierna que todavía permanecía suelta hasta introducirle los dedos por debajo de la falda plisada que le tapa las piernas.

Sentía su aliento cerca. Su mirada subía desde la altura de su pecho, donde posó sus viciosos ojos. Los botones de la blusa, apretados por la posición forzada de los brazos tras el respaldo de la silla, volaron en todas direcciones tras un ligero tirón del agente, dejando al descubierto sus turgentes pechos elevados por una minúscula pieza de lencería que no ocultaba nada ni a la vista, ni al tacto.

Las pulsaciones de ambos se aceleraron, de miedo en el caso de ella. De pura lujuria en la de él, quien se abalanzo con desesperación por poseer aquellos gloriosos pezones.

Solo contó con aquella oportunidad. Con la pierna liberada de la mano del agresor, Yetta apretó su tobillo sobre la corva de la pierna de Mulligan, momento en el que él levanta la mirada con expresión de dolor y ella le asestó un tremendo cabezazo que le rompió la nariz, quedando su cuerpo al instante salpicado con la sangre oscura del agente. Aprovechando el desconcierto, apoyó el pie firmemente en el suelo y en un irrepetible giro sobre sí misma, logró romper el respaldo de la silla sobre el cuerpo del agente, dejándolo noqueado por un instante y consiguiendo liberar sus manos. Antes de que él pudiera reaccionar, Yetta recogió uno de los palos del respaldo que segundos antes la mantenían inmóvil y que habían quedado sueltos tras el impacto y lo empuñó con toda su rabia.

—¡Te dije que me volvería a despedir yo! —le susurró al oído, para acto seguido hundirle la madera con toda la fuerza que pudo rescatar de su cuerpo magullado por la voltereta y la caída sobre la silla rota. Un movimiento de abajo a arriba dejó clavado el travesaño en un pantalón todavía abultado por el miembro erecto del agente, quien se retorció de dolor hasta perder el conocimiento definitivamente.

Revisó el cuerpo inerte de Mulligan en busca de su arma reglamentaria. Una vez en su poder descendió las escaleras sigilosamente. Eran estrechas y en forma de caracol, típicas de aquellos dúplex adosados. Llegando a la planta baja, observó al agente George de espaldas a ella en la cocina. Unos voluminosos auriculares habían servido para mantener al joven ajeno a todo lo acontecido en la planta superior. Sólo el frío metal de la pistola en su nuca detuvo su rítmico contoneo.

Tras unos segundos de silencio, Yetta se llevó su índice derecho a la boca.

—No digas nada, no quiero hacerte daño. Has sido bueno conmigo. Yo que tú no perdería tiempo en seguirme y llevaría a tu amigo al hospital. Dame tu pistola.

El agente, que, sin habérselo pedido, ya se encontraba con las manos en alto, no hizo ni el más mínimo intento de zafarse de aquella situación.

—Un coche. ¡Necesito un coche!

George señaló una puerta de metal aledaña a las escaleras. Parecía la entrada a un sótano o quizá un garaje.

—Las llaves están colgadas abajo y el mando de la puerta en la guantera.

—Gracias. Créeme, yo no soy la mala en esta historia.

Yetta abrió la puerta donde continuaban más escaleras, tras encender la luz y despedirse del agente cerró por dentro la puerta y descendió hasta encontrar el garaje. Fue fácil encontrar las llaves del coche y tan rápido como pudo salió del edificio dejando tras de sí una nube de humo y polvo.

Las luces anaranjadas de las farolas producían un efecto túnel a aquella velocidad. Sin destino definido, Yetta sólo podía pensar en alejarse de aquel polígono disfrazado de barrio residencial. Uno tras otro fue dejando atrás los bloques de adosados hasta internarse en el tráfico de la ciudad.

Era ya de madrugada cuando, tras dar vueltas pensando en su siguiente paso, llegó al estacionamiento de donde horas antes había arrancado la vieja Vannette de manos de un nervioso Gabrielle.

“No es buena señal” pensó Yetta al comprobar la ausencia del vehículo. Lo más lógico era suponer que algo malo le había llevado a Gabrielle a alterar los planes. Poco podía suponer Yetta que hubiera sido nuestra propia visita a Gabrielle la que había provocado aquella huida.

Fuera como fuese, todo estaba ya fuera de sus manos.

Sentada en aquel solitario estacionamiento, con la lluvia repiqueteando sobre el capó de aquel coche tomado prestado de sus propios captores, Yetta no podía dejar de pensar en lo retorcida que había sido su vida. Una vida llena de engaños, todos ellos en pro de un bien superior que ahora, y después de tanto esfuerzo, estaba a la merced de un pobre desquiciado que ella misma indujo hasta esa locura.

Con la frente apoyada en el volante no podía dejar de pensar en aquel día en el que a su madre y a ella les dieron la noticia de la muerte de su padre. Ella era aún una adolescente y al igual que aquella noche, el tiempo se había

detenido como si todo lo demás hubiera dejado de existir para que el universo se concentrara únicamente en su presencia, en su dolor y en aquel vacío que le acompañaría el resto de su vida. Era un grito silencioso, aquel que sólo se puede escuchar con el alma del que sabe todo perdido. Con el alma del que ve como incluso la última alternativa es cosa ya del pasado.

“Quizá fuera necesario sentir aquel dolor” se decía a menudo intentando encontrar una razón para la aventura que había terminado siendo su vida. Quizá fue perderlo para atreverse a salvarlo. Quizá sólo el coraje basado en el amor podría explicar que hubieran arriesgado tanto. No sólo ella, también su madre y su abuela. Encerrada en un pasado que no era el suyo, había dejado de preguntarse hacía ya muchos años que habría sido de ellas. Todas ellas habían aceptado el plan, a sabiendas de que el viaje al pasado, saliera como saliese, tenía un precio claro: ellas perderían a Yetta como si realmente hubiera muerto en aquel espacio-tiempo.

Su padre había muerto en el frente oriental, vistiendo aquel traje de combate que podría dibujar de memoria de tanto haberlo observado en aquella fotografía que era su posesión más preciada. La ausencia de aquel padre que tanto le había enseñado desde que era una bebé, le había impregnado el alma. Ella apenas contaba con trece años cuando murió, pero su relación había sido tan intensa que no podía haber un padre y una hija más unidos en el mundo. A pesar de ello, no podría haber imaginado que años después, o antes, según se vea, un tal Guillermo Sánchez conseguiría hacerle sentir de nuevo una emoción por la vida que había creído perdida.

Con la duda sobre el futuro del plan, Yetta arrancó de nuevo el motor y se dirigió al único sitio que a esas alturas significaba algo para ella: su casa.

Habían sido muchos años yendo y viniendo intentando distribuir las piezas del rompecabezas que Guillermo y Winston habrían de juntar. Unas vidas ficticias, creadas como se crean las coartadas, con mentiras. En todos aquellos años, sólo la compañía de ellas mismas, en aquellas otras vidas vividas al unísono, les habían dado las fuerzas a las tres Yettas para seguir adelante. Winston poco se podía imaginar cual era la verdadera razón de los viajes de su esposa a París. Allí se habían de juntar para planear y concretar en casa de

aquella mujer de fruño fruncido a la que apenas podían reconocer como su misma persona. Ella no había tenido tanta suerte en esa vida ficticia como sus otros cuerpos. En Inglaterra Yetta encontró el amor de Winston, con quien mantuvo un matrimonio perfecto. Llegada la hora de su prematura muerte, más le había dolido dejar solo a aquel buen hombre que todo lo dio por hacerla feliz, que el mismo hecho de morir.

Sin embargo, en Francia el destino no había jugado a favor de aquella Yetta. Su desembarco en un pasado demasiado lejano había sido muy difícil de aceptar para ella. Demasiado tiempo de espera y demasiada soledad que le había agriado el carácter. A pesar de ello, nunca abandonó el estado de alerta y para cuando las demás Yettas aparecieron en su vida, todo el plan estaba calculado al milímetro. Pronto se convertiría en una madre para ambas Yettas, intentado enseñarles con su ejemplo todo lo que no debían hacer en aquel nuevo tiempo que les iba a tocar vivir.

Conocer a Guillermo en Salamanca había trastocado los planes de Yetta. No era tan fácil huir cuando te enamoras de la persona a la que debes abandonar. Llegado el momento no hubo otra opción y dejarlo fue una dura prueba más aún en las circunstancias que se daba.

Guillermo nunca sabría la verdad y así debía ser. Si todos los cálculos estaban correctos conseguiría detener el plan de Gabrielle, que formaba parte del plan general ideado por Yetta para contener la inminente guerra. Aun así, sus caminos no debían cruzarse de nuevo y Guillermo nunca conocería de la existencia de su hijo.

Guillermo Junior crecería en una extraña normalidad. Toda la normalidad que se puede tener cuando tu madre y tu presunta abuela son como gotas de agua. Creció escuchando planes en reunión de aquellas dos mujeres que parecían gemelas y nunca dudo de que esas reuniones eran algo extraordinario. Se sabía distinto al resto de niños, como si conociera una verdad que el resto no alcanzara ni a imaginar. Aun así, las negativas de su madre a darle información sobre quien era su padre marcaron la diferencia.

La abuela Yetta y Guillermo Junior dormían ya cuando Yetta llegó a casa.

Aquella vieja casa en un pueblo cercano a Salamanca había sido el primero hogar en el que Guillermo vivió antes de que se trasladaran a París con su abuela, siendo aún muy bebé de meses y apenas después de nuestra ruptura. Siempre le había gustado volver allí, desde pequeño entendía que España le acercaba a su padre, aun cuando no parecía que su madre quisiera hablar de ello. Poco podía suponer aquel niño, cuando acompañando a su abuela realizó aquel último viaje a Salamanca, que ese momento cambiaría su vida para siempre y supondría el encuentro que tanto tiempo había esperado.

La abuela Yetta, a la que apenas hacía unas horas habíamos conocido en París, se despertó súbitamente al escuchar la puerta. Un rápido reflejo la situó tras la puerta de su habitación con el percutor de su pequeña *Walther PPK* ya tensado. Los años en espera le habían enseñado a no bajar la guardia en ningún momento y mucho menos en una noche como aquella.

La voz de Yetta la tranquilizó. Ambas se fundieron en un abrazo necesitado por las dos en igual medida.

—¿Qué te ha ocurrido?, ¿donde has estado?

—Green y su sabueso me secuestraron. Están muy cerca de Gabrielle, no permitirán que falle. Tengo miedo de que el plan fracase.

—Guillermo y Winston están ya aquí. Hay que confiar en ellos. Además, están acompañados de un agente de la CIA que se enteró de todo y está ayudando.

—¿Un agente de la CIA?, ¿No será peligroso?

—No, es Sinclair, el amigo del abuelo. El informático del proyecto 365. Mamá nos hablaba de él. Creo que será de ayuda, al menos él sabe usar un arma.

La adrenalina dio paso a un estado de letargo en el cuerpo de Yetta. Había sido una noche muy larga y sentirse a salvo al lado de quien la había cuidado como una madre, aun siendo ella misma, le había dejado descansar por fin. Tras besar en la frente a su querido hijo cayó rendida a su lado en la cama.

Capítulo 18

Un cielo huérfano de nubes auguraba un día radiante. Habían sido muchas las veces que estando fuera de Castilla soñaba con ese cielo Salmantino, igual de cristalino en invierno que en verano. Cuando en otros lugares las nubes anunciaban chubascos y el viento arreciaba, no podía dejar de pensar lo luminoso y alegre que es el invierno castellano. Siempre se ha criticado la rudeza de sus gentes, pero lo cierto es que no le podemos echar la culpa al clima, mucho más benigno de lo que parecen suponer los que escuchan de mediodías bajo cero y *chupiteles* en los aleros de puertas y ventanas. Ya quisieran en climas más cálidos disponer de cielos tan resplandecientes.

A pesar del sosiego que se respiraba en la finca de Enrique Urkitza, ninguno habíamos podido pegar ojo esa noche. Winston se había aprendido ya todos los frutales del huerto paseando una y otra vez entre los estrechos caminos esculpidos en la hierba a base de años de recolección de frutas. De vez en cuando se paraba a contemplar las estrellas que, en aquella pequeña parcela privilegiada, dibujaban las constelaciones con tiralíneas y se le observaba suspirar profundamente.

—¡Winston está intranquilo! —apreció Robert mientras aprovechaba el tiempo limpiando su arma a la espera de tener que utilizarla por primera vez en su vida.

—¡Quién no lo está! —contesté mientras apuraba la enésima taza de café de la noche.

—Supongo que para vosotros es distinto, tiene un componente emocional que no alcanzo a compartir.

—Debe ser eso.

—¿Has pensado en que ella esté ahí mañana?

—No dejo de pensar en eso —contesté contrariado por la conversación propuesta por el agente de la CIA—. Es gracioso que me preocupe verla

teniendo en cuenta la situación, ¿no?

—Todo héroe tiene derecho a tener sentimientos. No te culpes por ello. Nadie te preguntó si tú querías salvar al mundo.

Robert tenía razón. Había terminado en una situación que, por primera vez en mucho tiempo, no había sido buscada directamente por mí. Después de tres meses absorto por esta locura ya ni me acordaba de mi situación en el periódico y mucho menos de lo enfadado que estaba por mi destitución como corresponsal internacional. Todos los problemas que me había ganado por meter las narices donde no tocaba ahora parecían una broma y paradójicamente, esta vez no había sido yo él que había buscado la situación. Sólo me había enamorado, ese había sido todo mi papel en aquella historia. Y ahora, tantos años después de conocer a la mujer que me quitó el aliento, resulta que todo parecía haber sido premeditado. Seguía preguntándome si me eligió al azar o si tenía algún sentido mi presencia en este plan. Aquello era lo que realmente me quitaba el sueño, pensar que no hubo más sentimientos por su parte que el ánimo de interponerse en el oscuro futuro que parecía cernirse sobre la humanidad. Hubiera sido del todo loable si así hubiera sido, pero desde el fondo del corazón se me rasgaban las entrañas al pensar que ella nunca hubiera sentido nada por mí. Pensar que al día siguiente me la pudiera encontrar no hacía si no acrecentar aquel sentimiento de desasosiego.

Bajo aquella noche estrellada, contemplando a Winston caminar entre los frutales, sabían a ciencia cierta que él se preguntaba lo mismo. Habíamos compartido en aquellos tres meses suficientes horas como para conocer sus sentimientos a ese respecto y en su caso, para complicar más las cosas, no había manera de que nunca se pudiera enterar de la verdad por los labios de su esposa. Eso hacía que su tormento fuera aún más acentuado que el mío.

La claridad inundaba poco a poco el huerto de la pequeña casa. Christine había servido de ayudante a Begoña y entre las dos nos habían preparado un reconstituyente café de puchero. La joven americana intentaba distraer su atención en los pintorescos detalles de aquella situación. De no ser así no hubiera podido aguantar la tensión. En cuanto la mirada de Robert no le sostenía el alma, se venía abajo, se ensimismaba pensando tal vez en como

saldrían de aquel problema o en todo lo que habían dejado atrás en aquella alocada huida de lo que hasta hacía apenas unos de días había sido su vida cotidiana.

En apenas tres horas tendríamos que desvelar ante el mundo y ante nosotros mismos nuestra capacidad para detener la locura que al parecer se venía hacia nosotros. Sin un plan claro y con la policía controlando la zona, un mal paso podía situarnos a nosotros como los delincuentes y eso pondría las cosas muy difíciles. Si apenas creíamos posible enfrentarnos a Green en el caso de que apareciera, mucho menos tener que lidiar con él mientras huíamos de la policía.

Habíamos decidido llegar lo más cerca posible de las Escuelas Menores de la Universidad, lugar al que presumiblemente había de llegar Su Majestad Británica para conocer el Cielo de Salamanca. El bloqueo de todas las calles desde la plaza, la Clerecía y la Rúa mayor complicaban enormemente el plan. Enrique nos había acercado en el viejo Land Rover hasta el puente romano. De allí tendríamos que callejear hasta encontrar una posición adecuada. Enrique se despidió, no sin antes prometernos proteger a Christine que se había quedado esperando con Begoña.

Los tres mosqueteros, Robert, Winston y yo, subimos caminando a paso ligero bordeando el viejo campus de ciencias. La zona parecía despejada de policía y no había valla alguna que indicara que hubiera calles cortadas. Al paso por delante de la facultad de ciencias, el estruendo de unos neumáticos chirriando nos puso en alerta. Aquello tenía mala pinta. Salido de la nada asomó un gran todoterreno negro que nos cerró el paso.

—¡De verdad que os lo habéis tomado muy en serio! —se jactó Green mientras descendía del coche. Al otro lado del vehículo, desde la posición de conductor descendió un dolorido Mulligan, con cara de haber pasado peor noche que nosotros. Cojeando se acercó a su jefe desenfundando ambos sus armas al unísono.

—No hagáis esto más difícil —intentó romper el hielo el agente Green. Nadie tiene que salir lastimado si todos cooperamos.

A esas alturas lo único que le importaba era que el plan siguiera adelante.

—Bueno, menos tu Robert —aclaró jactancioso. Tu eres un desertor y un tráfuga. No te puedo dejar ir de rositas después de haber traicionado a tu país.

—¿Cómo te atreves? —empezó a defenderse Robert, mientras yo le retenía para que no se acercase más a los dos agentes de la CIA.

En la hora de la locura, actuar con humanidad no suponía una ventaja. Más bien lo contrario. Robert se había convertido en un fugitivo por hacer lo que estaba bien y lamentablemente iba a ser muy difícil restituir su honor en la situación que se avecinaba.

—Daos media vuelta y todos seremos amigos. De lo contrario no es podré dejar vivos. Quizá deseéis quedaros para ver los fuegos artificiales juntos. Desde aquí tendremos una muy buena vista.

La sonrisa sardónica de Green se congeló tan rápido como había aparecido. El frío tacto de un cañón se posó en su nuca. Una sensación que difícilmente se confunde.

—¡No muevas ni un pelo, bastardo! —le susurró al oído una cansada Yetta, cuya melena plateada brillaba bajo aquel sol de la mañana.

Mulligan se giró rápidamente sólo para contemplar como otro cañón le observaba a menos de un metro de distancia.

—bajad las armas si no queréis ser vosotros los fuegos artificiales.

—¡Vieja estúpida!, no sé por qué no te maté en cuanto supe quien eras — Rezongó Green mientras arrojaba su revolver al suelo.

Un rayo de esperanza se dibujó en nuestros rostros al ver rodar las armas de los dos agentes por el suelo.

—¡Seguid vosotros, buscad a Gabrielle! —exhortó Robert mientras se acercaba a sus antiguos compañeros—. Yo me quedaré a vigilar a estos dos.

La vigilancia de Robert empezó con un rodillazo en el estomago de Green quien se retorció en el suelo más herido en su orgullo que en su cuerpo.

Yetta rebuscó en los bolsillos de Mulligan las llaves del todoterreno y tras abrirlo, les invitó a subir en la parte trasera.

—Ahí metidos los tendré controlados —Explicó Yetta—. Es mejor que vayas a ayudar a los demás. Tu tienes tu carnet de la CIA, úsalo para pasar por donde la policía os corte el paso.

—¡Está bien, iré a ayudar! El tiempo se está agotando.

Robert corrió por el campus tras los pasos que minutos antes habíamos recorrido Winston y yo. No fuimos muy lejos. Metros antes de la puerta de las Escuelas Menores una decena de Policías custodiaban el paso. Aunque habíamos sopesado contarles la razón de nuestra presencia allí, lo habíamos desestimado. Estaba claro que no hubiéramos conseguido nada más que un viaje en furgón con destino a la comisaría más cercana.

—¿Y si pruebo a decírselo yo con mi placa del CIA? —propuso Robert—. Es idea de Yetta.

—Yo hablaré —me ofrecí como mejor interlocutor en español—. Probemos con la Guapa que te está mirando, Robert.

La explicación no debió ser muy convincente ya que produjo la alarma entre el grupo de policías que se encontraban junto a ella. El que parecía más veterano del grupo se acercó a examinar la creencia que Robert les había mostrado. Con cara de no fiarse y el ceño fruncido, escrutó el rostro de cada uno de nosotros sin entender que clase de broma era aquella.

—¡Si esto es una puñetera broma no tiene gracia! Pero os puedo asegurar que en este edificio no hay ninguna bomba. Yo mismo he estado esta mañana en la última revisión que se ha hecho y desde entonces nadie ha entrado ni ha salido de aquí. La ciudad es un caos por la mierda de la cumbre esa. Lo que menos necesitamos es que tres tarados nos vengán a tocar los cojones —la cara del policía se iba soliviantado según avanzaba su amenaza y estaba claro que no íbamos a conseguir nada.

—¡Tranquilo, no les molestamos más! —concluí la conversación.

—¡Eh! —me llamó la atención la joven policía con quién habíamos iniciado la conversación—. Si realmente tenéis pruebas de algo lo mejor es que le digas a tu amigo de la CIA que su oficina sea la que nos alerte directamente, de lo contrario sólo os tomarán por locos.

—Se que tienes razón, pero no es tan sencillo. Gracias en todo caso.

Nos alejamos sin saber muy bien que hacer, cuando la expresión de la cara de Winston denotó una salida a la situación.

Desde aquella esquina de la calle Latina se podía observar un grupo de turistas que se acercaban a la catedral cuyo lateral se vislumbraba a lo lejos.

—¿Y si no va a poner una bomba? —preguntó Winston sabiendo muy bien la respuesta que quería para aquella pregunta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Robert.

Leyéndole la mente rápidamente contesté.

—¿y si la va a lanzar?

—No entiendo que queréis decir.

—¡*Ieronimus!* —gritamos al unísono Winston y yo, sabedores de la posición estratégica de la catedral—. Desde la torres de la catedral se tiene vista directa del Patio de escuelas y de las Escuelas Menores de la universidad.

Robert seguía sin entender muy bien lo que estábamos pensando, pero nos siguió rápidamente a lo largo de aquella calle en la que en tantas ocasiones había tomado café en mis días universitarios. Tras atravesar la calle Tavira desembocamos en una plaza de Juan XXIII vacía más de lo normal a aquellas horas.

—*Ieronimus* es una exposición que permite entrar en las torres de la catedral —Explicó Winston entre resuellos y señalando a la pequeña puerta en la base de la torre. Nos acercamos corriendo para comprobar que a pesar de las tempranas horas la puerta estaba ya abierta.

—¡Está cerrado! —nos anunció la aguda voz de una mujer que asomaba la cabeza por detrás de un elevado mostrador.

—Perdón, es que estamos buscando a un amigo —improvisé—. ¿No sabrá si alguien ya ha entrado?

—Hoy van a grabar un documental y no se podrá entrar hasta la tarde —nos confirmó aquella pequeña mujer bajándose las gafas con un dedo como si intentara escrutar con la mirada nuestras intenciones—. El único que ha entrado es el operario con las cámaras.

Echando un vistazo desde la puerta se podía ver una vieja furgoneta en la que un gran vinilo rezaba ser el vehículo de un estudio de grabación. Robert, que para aquel entonces empezaba a encajar las piezas, se asomó a observar por la ventanilla del conductor. Tras acercar la cara y con la ayuda de su mano derecha para quitarse reflejos, Robert volvió a nuestro lado de forma acelerada.

—¡Es Gabrielle! —gritó según entraba a la torre para desconcierto de la señora—. Hay un periódico francés en el asiento del copiloto, no creo que sea muy usual entre los camarógrafos salmantinos.

La tensión en nuestros rostros debió alertar a la mujer, que sin esperar nuestra reacción preguntó que estaba pasando.

—Señora, el tipo que ha dejado entrar no es un operario de grabación. ¿Qué ha subido con él?

—No sé, lo normal en estos casos supongo. Un par de cajas de esas negras donde se transportan equipos delicados.

—Tiene que creerme, debemos subir inmediatamente.

—Pero...no me esta permitido dejar pasar a nadie hasta mediodía —aclaró la mujer mientras se adelantaba al mostrador con la intención de interponerse a nuestros pasos.

—¡Llame a la policía entonces, estaría bien que fueran viniendo! —le grité

a la señora mientras la apartaba de mi camino alzándola levemente por los hombros.

La pobre mujer se quedó inmóvil mientras los tres nos adentramos por las escaleras de subida a la torre.

La angosta subida, junto a la trémula luz que con dificultad se hacía paso por los estrechos tragaluces, hicieron que el tiempo de subida fuera más largo de lo esperado. La anaranjada piedra de Villamayor que revestía la subida se hacía más fría según nos acercábamos a nuestro destino. Esa especie de vértigo que impide moverse con naturalidad y que te congela los nervios como cuando estás en un sueño se iba apoderando de mí, mientras me preguntaba que demonios hacía en aquella situación. Retazos de los momentos vividos aquellas semanas y de mis recuerdos de Yetta se amontonaban ante mis ojos y me impulsaban a terminar cuanto antes con aquello y a la vez me atenazaban de miedo. Con más corazón que piernas fui avanzando seguido por Robert.

Winston, que ya había llegado cansado a la catedral, pronto se descolgó de nosotros. Mientras, Robert y yo seguimos subiendo y pasando por salas en la que se explicaba la historia de la catedral. Los efectos del gran terremoto de Lisboa se dejaban ver en forma de una gran brecha en la pared de la sala principal de la torre. Poco debía faltar hasta alcanzar una zona adecuada para los planes de Gabrielle.

Una gran sala se abrió de repente frente a nosotros terminando abruptamente la subida y cegándonos momentáneamente con una luz inundada de partículas en suspensión. Al fondo, dos grandes cajas ocultaban los movimientos del enjuto francés que con nerviosismo intentaba encajar una gran pieza sobre un trípode.

—¡Gabrielle, el juego ha terminado!, deja lo que estás haciendo—grité con el ánimo de detener el posible desenlace mortal.

Gabrielle se volvió hacia nosotros, tembloroso y sudando, apoyándose sobre la estructura recién armada y haciéndola tambalear.

—¿Quiénes sois? —alcanzo a preguntar con una voz aún más temblorosa que las manos.

—¡Somos amigos! Ya te dijimos, Yetta nos envía.

—¿Por qué habría de creerlos?

—¿Por qué tendríamos que mentirte, Gabrielle? Dejamos explicarte y lo entenderás.

El temblor de Gabrielle pronto se convirtió en los movimientos erráticos de un demente. El sudor que escurría por su frente ayudaba todavía más a darle ese aire de quien está a punto de cometer una locura.

—¡Tranquilízate Gabrielle!, de verdad que queremos ayudarte —intervino Robert—. Tus enemigos son mis enemigos, nos estaban persiguiendo hasta aquí y los acabamos de retener. No tienes nada que temer.

—¡Yetta nos envía! —insistí yo sin conseguir convencerle.

—Yetta es la que organizó todo, ¿por qué debería ahora contradecirse?

—Se que suena extraño, pero Yetta te necesitaba aquí y ahora, pero no necesitaba que hicieras lo que pretendas hacer.

—¡Hay que aniquilar la raíz del problema!, por eso estoy aquí, esa sucia casta de psicópatas debe morir o si no el mundo se autodestruirá —explicó entre dientes Gabrielle mientras tensaba cada músculo de su cara.

—Ese es el problema Gabrielle —intervino Winston que acababa de llegar jadeando—. Si das pie con este ataque, se iniciará esa autodestrucción de la que hablas. Te están usando para iniciar una guerra.

El silencio inundó la sala, apaciguando los ánimos y dando una tregua al pico de adrenalina que todos llevábamos en nuestras venas. Supongo que fueron apenas segundos, pero una eternidad se extendió desde la intervención de Winston. Gabrielle con la cabeza agachada intentaba aclarar sus ideas, pero de poco sirvió. Su mente estaba demasiado desquiciada como para entender la situación.

Cual ojo de huracán, la tranquilidad fue interrumpida por un nuevo frenesí. Los movimientos descontrolados de Gabrielle y los intentos de atajarlos de

Robert culminaron con una ráfaga de estruendos provenientes de aquella caja cuadrada montada sobre el trípode. Cuatro proyectiles salieron uno detrás de otro, dejando una humareda entre Gabrielle y nosotros. La explosión pronto llegó a nuestros oídos, así como la algarabía del tumulto creado por la inesperada situación de pánico.

Gabrielle, todavía agarrado de la chaqueta por Robert se acercó al estrecho ventanal por donde segundos antes habían salido disparados los proyectiles. Al fondo, apenas a trescientos metros, una columna de humo ascendía desde las escuelas menores de la universidad. A pesar de la presión del momento, el tiro había sido certero y sin lugar a duda había acertado en pleno centro de la comitiva Real. El tejado del claustro se veía vencido y fragmentos naranjas provenientes de las tejas rotas se habían esparcido llegando a amontonarse a las puertas de la catedral.

Gabrielle sin dar cuenta de la atrocidad cometida, simplemente se arrodillo en el suelo, volviendo un nudo titilante del que no se podía deducir ni complacencia por el trabajo hecho, ni desesperación por haberlo cometido. Robert enojado tenía cara de querer arremeter contra lo que quedaba de aquella persona enjuta y maltratada por la vida.

—¡No lo juzgues tan severamente, Robert! —le disuadió Winston de las intenciones que en su rostro se entreveían—. Él es simplemente la primera víctima de lo que se nos viene encima.

Sin saber muy bien que hacer con Gabrielle decidimos marcharnos de allí para ir a conocer de primera mano las consecuencias de la explosión. Allí quedo postrado aquel hombre que en algún momento de su vida había creído ciertamente en su destino y que en la penumbra de aquella torre no alcanzaba a distinguir si sus razones habían tenido alguna razón.

La plaza de Anaya estaba desierta cuando llegamos a la base de la torre. Cualquiera hubiera pensado que la Apocalipsis había llegado, pero simplemente era el resultado de la curiosidad. Hileras de gente se dirigen cual hormigas en dirección al lugar de la explosión. Mientras, los policías previamente destinados como cordón de seguridad de la comitiva real intentaban disuadir a la multitud de su peregrinación en busca de alguna foto con la cual asegurar un buen perfil en sus redes sociales.

En esta ocasión la placa de la CIA de Robert si consiguió darnos la ventaja que previamente nos había negado. Tras sortear a los grupos de turistas que se agolpaban en la entrada de las calles Francisco de Vitoria y de la Fe, conseguimos llegar a la calle Libreros donde un retén de policías impedía la entrada a los curiosos.

Coincidiendo con nuestra llegada, la misma agente que minutos antes nos había atendido llegó al retén. Al vernos, una expresión de estupor le congestionó el rostro. A pesar de ser una agente de bajo escalafón, su decisión e interés por su trabajo la llevaban a actuar con más eficacia de la que cabría esperar, imponiendo su criterio incluso a colegas de mayor rango.

—¡Eh, vosotros tres!, acompañadme, creo que teníais más información de la que queríais compartir con nosotros.

Sin volverse hacia nosotros anduvo en dirección a la universidad, no dudando ni un momento que nuestro interés nos llevaría detrás de ella sin rechistar.

El patio de escuelas se abrió ante nuestros ojos como un escenario de guerra. La estatua fragmentada de Fray Luis de León yacía en el suelo y el edificio del rectorado no tenía mejor pinta. Escombros de piedras anaranjadas y sus respectivos Vítores pintados en rojo sangre complicaban el tránsito hacia la entrada de las Escuelas Menores. Aquel claustro, donde tantas veces había descansado al sol, aparecía borrado, imposible diferenciarlo de un desierto polvoriento. Camillas con cuerpos desmembrados iban saliendo como podían por la puerta de atrás, por donde apenas unos minutos antes nosotros habíamos intentado entrar.

Alicia, que así resultó llamarse la policía, nos dirigió hacia su superior. Este al vernos no pudo evitar una mueca de nerviosismo. Mitad enfado con nosotros, mitad con él mismo por haber desperdiciado la oportunidad de evitar aquello al no creernos.

—¡No sé como sabían esto, pero me temo que de aquí no se va nadie hasta que se aclare todo!

—¡Capitán! —gritó la voz de otro agente que se dirigía hacia nosotros con

un niño de unos 8 años en brazos—. ¡Un superviviente!

—Pero... ¿qué cojones hacía este niño aquí? —espetó el capitán al que aquella situación obviamente le quedaba grande.

El pequeño se encontraba medio mareado, y aunque consciente, no parecía entender lo ocurrido.

—Ha dicho que su madre le mando ir a ver las estrellas.

—¡Bendita ocurrencia de la madre para el día de hoy! — sentenció el Capitán.

—¡No fue mala Capitán! —aclaró Alicia—. Gracias a eso debe estar vivo. ¿Se acuerda que hace unos meses se instaló un sistema antisísmico que sustenta toda la cúpula del Cielo?, por eso es lo único que ha quedado en pie.

Entre toda la barbarie vivida en pocos segundos, el Cielo de Salamanca, una vez más sobrevivía a la destrucción como había hecho previamente a lo largo de sus cinco siglos de historia. Y en esta ocasión, además, salvando la vida de aquel niño que nadie entendía que hacía allí. A pesar de haberse salvado, la fuerte onda expansiva la había lanzado contra una de las paredes y la había propinado un contundente golpe en la cabeza del que brotaba sangre en abundancia.

El pequeño abrió los ojos buscando una mirada conocida.

—¿Mami? —gritó lo más alto que pudo antes de que el dolor en la cabeza le hiciera callar.

—¡Aquí hay otra superviviente! —se escuchó al fondo del claustro.

El pequeño grupo que habíamos formado los tres agentes de la policía, nosotros y aquel niño herido nos dirigimos instintivamente hacía aquella voz.

—¡Mami! —volvió a gritar el niño al observar el cuerpo de la superviviente tendido bajo una roca. La sangre le inundaba el rostro y su supervivencia no se vio tan clara cuando se retiró la roca y se comprobó el aplastamiento que había sufrido.

El corazón se me congeló de golpe al analizar aquellas facciones ensangrentadas.

—¡Yetta! —grité mientras me arrodillaba a su lado—. ¿Yetta, eres tú?

Sus ojos, cuyo color me había acompañado todos esos años como el más valioso de los recuerdos, se clavaron en mí. Mientras intenté tomar su cabeza entre mis manos.

A mi espalda, los gritos de aquel niño, que trataba de zafarse de los brazos del policía que lo retenían, se fueron haciendo más agudos hasta que su presencia y el abrazo a su madre se mezclaron con mis brazos bajo la cabeza de ella.

Los ojos de Yetta se llenaron entonces de lágrimas.

—¡Mis dos hombres por fin se conocen! —alcanzó a balbucear antes de que el llanto volviera ininteligible su discurso.

—¡Yetta, por favor explícame! —balbuceé yo, con el rostro también envuelto en lágrimas—. ¡Explícame que es todo esto, explícame porque te fuiste!

—¡Perdóname!, no fue mi intención hacerte daño. Nunca quise a nadie como te amé a ti... pero era necesario por el bien del planeta. ¡Perdóname!

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté como un niño asustado.

—¡El Horror! —aquella fue toda la respuesta que obtuvimos sobre el futuro que se nos avecinaba—. Cuida a Guillermo Junior, ahora eres todo lo que tiene.

Los ojos de Yetta se apagaron lentamente, mientras la mirada de aquel niño, tan perdido como yo, se iba acercando a la mía que lo contemplaba atónito y sin poder encajar aquella paternidad estrenada en unas circunstancias tan inusuales. Así lo tenía que hacer ella. Hasta para despedirse siempre fue especial.

La conmoción del momento fue interrumpida por la siempre inoportuna presencia del agente Green.

—¡Vaya, los soldaditos no pudieron evitar el desastre! —se jactó el agente mientras apartaba de un manotazo al capitán de la policía que lo miraba atónito.

—¿Y este quién cojones es? —preguntó indignado por el comportamiento.

—Tranquilo mi capitán —le contestó en su macarrónico español—. Agente Green de la CIA. No pude llegar antes para evitar el desastre, estos mequetrefes me entretuvieron —mintió descaradamente.

Miró al suelo y comprobó que Yetta yacía ya sin vida.

—¡Que mala suerte están teniendo hoy las Yettas! —comentó jocosamente—. Vais a encontrar otra por allá. La cabronada se llevó por delante a mi compañero, pero tranquilo Sinclair —le habló a Robert mientras le guiñaba un ojo— pronto tendré un reemplazo para buscarte y acabar contigo y con esa secretaria tuya. Quizá nos divirtamos un poco antes.

Green se marchó sin mirar atrás, cruzándose por el camino con un grupo de agentes británicos que acababan de llegar a la escena, con cara de circunstancias y sabiendo lo que se les venía encima.

Robert no pudo más la indignación de aquella situación y zigzagueando entre los escombros alcanzó a Green quien se vio sorprendido por el ataque. Un par de puñetazos en la cara lo tumbaron y le permitieron a Robert tomarlo por el pescuezo.

—¡Sucio reptil!, la verdad se sabrá tarde o temprano y seréis tu y tu jefe los que tengan que pedir perdón por lo que habéis promovido.

Green rio, sabiendo que la moral de Robert no le permitiría ir mas adelante de esa mínima agresión.

—Lo que tu quieras ex agente Sinclair, pero sabes bien que aquí siempre ganan los mismo.

Entre todos ayudamos con aquel desastre de víctimas. Los cuerpos de la Reina y su séquito pronto fueron puestos bajo custodia. Las noticias sobre el magnicidio no tardaron en llegar, aunque las consecuencias tardarían unas semanas más en manifestarse.

A las puertas de la facultad de ciencias encontramos los cuerpos del agente Mulligan con un disparo en la cabeza y el de la vieja Yetta que al parecer pudo contener a los agentes de la CIA lo suficiente para darnos una ventaja, pero no lo suficiente como para que llegáramos a ayudarla.

Winston la miró recordando a su esposa. Serían casi de la misma edad de no haber muerto años antes. Se sintió más solo que nunca. Aquel cuerpo en el suelo era para él el último nexo con una vida pasada. Demasiado pasada ya, a la cual no podría nunca regresar y la cual, cada vez le costaba más recordar.

Se cerraba un capítulo para nosotros. La razón por la que un día, meses atrás, nos habíamos conocido se había esfumado con la última piedra caída en aquella explosión. Sin embargo, nuestra historia nos uniría para siempre y como recuerdo de aquello, ahora éramos los responsables de un niño de 8 años, que, mirándolo en perspectiva, era tan hijo mío como suyo. Hijo de nuestra Yetta.

Era curioso pensar que, de nuestras dos historias de amor con la misma persona, pero distinta a la vez, hubieran salido aquella aventura de vidas cruzadas y que podrían haber marcado un antes y un después en el devenir del mundo. Lastimosamente, Guillermo Junior era ahora el único recuerdo de todo aquello, pero quizá... también era la última alternativa para que no se volviera a repetir la misma historia.

Epílogo

De pequeño mi hermana me atemorizaba diciéndome que me iba a tocar ir a la guerra. Que era una cosa que pasaba cada dos generaciones. Ya que nuestros abuelos habían luchado en la Guerra Civil Española, a mí me volvería a tocar. Cuando crecí comprendí que me tomaba el pelo. Sin embargo, la vida es así de puñetera y aquí estoy, escribiéndote desde las trincheras, mi querido hijo.

Espero que estas cartas te hayan servido para conocerme y conocer a tu madre. Conocer como empezó todo y como hicimos lo que pudimos para salvar un mundo que no tenía las ganas suficientes para ser salvado. El tiempo demostraría que así era y que solamente con explotar la punta de iceberg era suficiente para que su masa completa sucumbiera ante la barbarie.

Apenas hemos tenido tiempo de estar juntos desde lo acontecido en Salamanca, pero ya eres la razón más importante que me permite levantarme por las mañanas y seguir luchando por mi vida, que no por nada más.

Es increíble como se aceleró todo y como todo lo que hicimos no sirvió para nada. No hubo condecoraciones, ni felicitaciones. No lo conseguimos, no paramos la locura y no salvamos al mundo. Olvidados y mandados a combatir por unos ideales que no son los nuestros y para propiciar la regeneración de un mundo en el que a la postre, seguirán mandando los de siempre.

Winston nunca contará su historia y yo te la debo contar esperando la muerte en esta desolada orilla de Europa. Nunca antes había habido una guerra de tamañas proporciones. Los cinco continentes son campo de batalla y no hay un solo muchacho o adulto que no haya sido embarcado en la mayor locura que jamás contarán los libros de historia. Esto, si aún queda alguien para escribirla.

Los primeros que caímos fuimos los españoles, los griegos, los portugueses, los italianos. Que mejor manera de pagar las deudas de un país que mandando sus tropas a primera línea de batalla. Que mejor manera de

reducir la población mundial que matar a los pobres. Creímos inocentemente, viendo guerras televisadas, que las trincheras eran cosa de otra época. Que la infantería había dejado paso a los drones. ¡Que inocentes! Nada más lejos de la realidad. Una guerra total no tenía sentido sin muertes en las trincheras. Era la penitencia por haber “vivido por encima de nuestras posibilidades”. Por haber creído que el bien común nos salvaría, ahora sí, a todos, y no sólo a unos pocos como había sido hasta la fecha. ¡Que inocentes! Creíamos que éramos el culmen de la evolución, el epítome de la sociedad humana. No somos más que carnaza para que los poderosos sigan gobernando. Por alguna razón que a los de la base de la pirámide se nos escapa, la sociedad del bienestar ya no es prioritaria y desmontarla sin más, con crisis y subyugando libertades no había tenido el rendimiento que ellos esperaban. Sólo con esta devastadora guerra se podrá edificar una nueva sociedad al gusto del nuevo régimen.

Tras la muerte de la Reina y el ajusticiamiento de la docena de rusos presuntamente implicados, poco tardaron los disturbios. Primero empezaron las agresiones de inmigrantes. Los rusos de Londres fueron los peores parados. Brasileños, sudafricanos, chinos e indios les siguieron. Desde las televisiones se crearon los bandos y nadie pudo ni siquiera rechistar.

Berlín se volvió a convertir en campo de batalla una vez más y en breve la frontera rusa se convirtió en frente decisivo de la contienda.

Lo habían conseguido una vez más. La minoría dominaba a la mayoría y así seguirá siendo una vez acabado el desastre en el que se ha convertido la Última gran guerra, como se le ha dado en llamar.

Las grandes corporaciones tras todo el asunto lo tenían claro. Si un país no quería endeudarse o pretendía tener su economía saneada era acusado de revolucionario y arrastrado al otro bando. Pronto quedó claro que la guerra fría nunca había dejado de existir y dos grandes mentalidades de como ejercer el poder sobre el mundo volvieron a chocar. Occidente liderado por Estados Unidos y Gran Bretaña, se aliaron esta vez con una poderosa Alemania. No hubo tiempo para Brexits. Todo Europa debía gritar al unísono contra los países díscolos. O estabas con la OTAN o en contra de ella.

América latina ha sucumbió en un caos no recordado desde los álgidos

momentos de la escuela de las Américas, cuando presidentes títeres del gobierno norteamericano crearon las más caóticas dictaduras a lo largo de todo el continente. Toda Sudamérica se ha dividido y la guerra se ha extendió por pueblos y aldeas convirtiéndose en una guerra civil donde los caciques de turno, apoyando al bando que más les interesa en cada momento, han creado un estado de inestabilidad difícil de entender y mucho más difícil de solucionar. Sólo la devastación total podrá parar el derramamiento de sangre.

Oriente próximo se ha convirtió, como en anteriores ocasiones, en campo de batalla decisivo y allí se están jugando poderosas ofensivas de demostración militar. Muy al contrario de lo que se podría pensar, las alianzas enterradas bajo el manto del terrorismo islámico propiciaron grandes aliados al bloque occidental. Algo de bueno tenía que tener todo aquello. Se demostró irrefutablemente que la mano occidental era la que había mandado sobre todos los conflictos acaecidos desde el once de septiembre. No hay duda, había sido un gran negocio cimentado en la muerte de compatriotas, el mayor ataque de falsa bandera perpetrado jamás. Una broma cruel que había durado diecisiete años y que ya no es necesario mantener. Ahora se han puesto al descubierto las más profundas alianzas y todo lo aprendido. Lo ocurrido desde el 2001 no es más que un juego de niños en comparación con lo que se está viviendo desde el inicio de esta guerra.

La tierra está llorando implorando una salvación que parece que no llegará hasta dentro de mucho tiempo.

Te ama, tu padre.

Boston, dieciocho años más tarde

Era una tarde preciosa de septiembre. El cielo azul no dejaba ver una sola nube en el horizonte. La paz que se respiraba en el campus recordaba a los inviernos castellanos, cuando el vacío del cielo, coronado por su radiante

astro rey contrastaba con ese frío penetrante que te helaba el cerebro en cada inhalación. El otoño pronto cubriría de ocre las copas de los árboles del campus. El MIT estaba casi reconstruido y los últimos edificios renovados habían tapado los socavones dejados por los bombardeos. Había sido una guerra muy larga, demasiada para cualquier civilización. Una década después de su inicio, la falta total de munición sobre el planeta y la carestía de cualquier cosa que llevarse a la boca, determinó el cese total de las hostilidades, no sin que algunos políticos lo criticaran y quisieran continuar en la vorágine de destrucción que había diezmado la población a números que no se habían conocido desde el siglo XIX. Ocho años más tarde del final de la guerra el retroceso en conocimientos había hecho tan difícil la reconstrucción del mundo que todos los gobiernos habían promocionado el estudio de ingenierías que permitieran encauzar el curso de los acontecimientos. El MIT se había convertido en algo parecido al centro del planeta y los más brillantes estudiantes volvían a iluminar el futuro con una visión totalmente renovada de las necesidades globales. Hacía mucho tiempo que la educación no se entendía de una forma tan pragmática y a la vez tan profunda. Era necesario entender, pero más aún poder usar los conocimientos que durante milenios se habían ido recopilando. Nunca antes habían sido tan distinguidos los grandes hombres de ciencia de todas las épocas, alzados hasta las cumbres del estrellato como lo habían sido hasta hace bien poco famosillos de poca monta y que en esta nueva era no tenían cabida por primera vez en muchos años. Existía una regeneración cultural y eso, era lo único bueno que el desastre había propiciado.

Guillermo Junior había estudiado muy duro en España para poder acceder a una plaza de doctorado en el MIT y en poco tiempo se había convertido en una celebridad por sus capacidades y por su alegría. Eso era lo que en ese momento se necesitaba. Gente entusiasta con una visión global de las cosas. Muy posiblemente había heredado su personalidad de unos padres, que, sin quererlo, habíamos estado en el epicentro de los últimos coletazos del anterior régimen. Quizá incentivado por lo aprendido sobre su propia familia, por lo contado por mí desde las trincheras y por el recuerdo de una madre a la que perdió antes de lo necesario para un niño, había decidido estudiar física y así emular a sus bisabuelos. Tempranamente conseguiría una plaza como investigador y profesor donde gracias a su simpatía pudo, no solo aportar sus conocimientos propios, si no incentivar a muchos otros estudiantes a seguir sus pasos.

—¿Dr. Sánchez?

—Si, Soy yo —Contesto sin levantar la vista de los papeles que discutía en aquel momento con un colega.

—Acabo de entrar en la universidad y me han dicho que usted será mi mentor. Mi nombre es Yetta.

Guillermo se giró rápidamente al oír aquel nombre que tan familiar era para él.

—¡Hola Mamá!, te estaba esperando. No te preocupes, esta vez viajaremos juntos, seguro que así lo conseguiremos.

FIN